

A portrait of a woman with dark hair, wearing a white, ruffled dress, looking directly at the viewer. The background is a soft, painterly style with muted colors.

FLORENCIA CANALE

Pasión y traición

LOS AMORES SECRETOS DE
REMEDIOS DE ESCALADA DE SAN MARTÍN



Lectulandia

Todos saben que la vida del general José de San Martín no estuvo signada por circunstancias fáciles: la coyuntura política y social de una Argentina en sus albores le dificultó el camino hacia la gloria. Sin embargo, pocos conocen que el hombre más poderoso del continente americano dio una de sus batallas más feroces puertas adentro, en su vida doméstica. ¿Su peor enemigo? Remedios de Escalada, su mujer, la madre de su hija.

Florencia Canale, sobrina en sexta generación de Remedios y heredera de un verdadero tesoro de anécdotas y documentos familiares, siguió de cerca las huellas de esa contienda privada. Rastros que ponen al descubierto la cotidianidad de una mujer que no quiso ni pudo someterse al mandato masculino de su época, y que en ese devenir fue capaz de engañar y ser infiel a su marido con hombres de su mayor confianza.

Lectulandia

Florencia Canale

Pasión y traición

Los amores secretos de Remedios de Escalada de San Martín

ePub r1.0
lenny 07.09.15

Florencia Canale, 2011
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Tita y Chito, por esas tardes en voz baja.

Buenos Aires, julio de 2011

Tomar la decisión de escribir esta novela no fue tarea fácil. Fueron años de investigación, prueba y escritura. Sin embargo, lo más importante, aquello que marcó —sin darme cuenta— el destino final de «mi Remedios» sucedió hace mucho tiempo. En esa casa donde pasaba los sábados y domingos; la casa de mis abuelos, la de la calle Laprida. Ese caserón interminable que yo recorrí con mi paso corto, de poquísima edad. Ahí aprendí a leer a los tres años, y casi al mismo tiempo empecé a prestar atención a las conversaciones de los adultos. Ellos supondrían, seguramente, que una niña haría oídos sordos a tedios semejantes. Pero no fue así. Nunca me interesó el universo infantil, sí el de la gente grande. Y de esa manera fui tenida en cuenta por mis abuelos, con quienes compartí tareas diferentes. Con Tita tejía durante horas con una concentración inquietante para una chica de mi edad. Con Chito hablábamos de libros. En fin, él hablaba. Así fue como conocí a Remedios. Con sólo cinco años aprendí que esa mujer de rulos negros había sido la mujer del general José de San Martín, y además nuestra «parienta». Por ese entonces no le di importancia, me pareció algo de lo más normal. Era una tía más, otra de las tantas que recolectaba. Sin embargo, todas las tardes Chito me sentaba en un banquito al lado de su sillón de seda bordó y me contaba historias de Remedios.

Sin buscarlo, y a medida que los años fueron pasando, en cada reunión familiar algún rezagado se me acercaba y continuaba el relato que mi abuelo había empezado. Hasta que en 2008 decidí que ya era hora de escribir la historia de esa vida, que era también la de la recopilación de datos, y la de esa oralidad perpetua de la que habíamos sido cómplices con algunos de mis primos, tíos y hermanos.

Así empezó el itinerario y la búsqueda casi detectivesca de anécdotas, relatos, acontecimientos. Hablé primero con mi padre y él me acompañó, con agregados, gestos y entusiasmo. Me señaló el camino hacia dónde dirigirme. Llamé a mi tío Juan, después al Gocho, y él me entregó material inimaginable. Me mostró grabados de Remedios y de otras tías. Subió por una escalera mágica, y desde arriba me trajo libros antiquísimos, cuidados como si fueran joyas. Me los prestó y los estudié de arriba a abajo. Gracias al árbol genealógico que me enseñó, entendí al fin cómo era el parentesco con esa muchacha de principios del siglo XIX. Soy sobrina en sexta generación de Remedios de Escalada.

La familia, enterada de mi libro, empezó a acercarse con pistas. Los más viejos,

cautos y casi entre murmullos, confesaron lo inconfesable: Remedios había tenido varios amantes, sí. Y uno de esos nombres me dio escalofríos.

En octubre de 2010 viajé a Francia y todo me llevó a Boulogne Sur Mer. La gente me preguntaba cómo se me ocurría ir a ese paraje inhóspito. Sus recomendaciones me parecían ridículas. Yo sólo quería llegar hasta la que había sido la casa de José de San Martín. Lo demás me parecía irrelevante. Llegué un sábado luego de horas de vueltas y más vueltas por las rutas francesas. Supuse que arribaría al mediodía, pero desembarqué en la casa que me hospedaría bien entrada la tarde. Como una desafortada salí en busca del 113 de la Grand Rue, donde se encuentra la que fuera la casa del «tío Pepe» —así se lo llama, medio en broma, en mi familia— y que es hoy el Museo General San Martín. Di millones de vueltas hasta que lo encontré. Eran las 18.30. El museo cerraba a las 18. En un cartel se avisaba que permanecía cerrado los domingos. Yo partía el lunes a la mañana. No podía creer lo que me pasaba. No iba a poder entrar al único lugar que me interesaba. Toqué un timbre. Esperé un rato. Nadie contestó. Volví a tocar. Nada. Di la vuelta, decepcionada y triste. Caminé unos pasos y la puerta se abrió. Casi me tiré sobre el hombre que me escrutaba con cara de pregunta. Puse mi mejor gesto de sufrimiento y le imploré en francés que me dejara pasar. Me contestó que sí con acento cordobés, y con una sonrisa de oreja a oreja me invitó a entrar. Recorrí la casa con un guía de lujo. Me quedé en silencio en ese tercer piso para respirar el mismo aire que el prócer. Vi su cama corta, una réplica del camastro con el que cruzó los Andes, los distintos uniformes de Granaderos, los sables, sus libros. Me emocioné. Después me llevó al patio del fondo de la casa. Sobre una de las paredes, una cantidad enorme de placas la adornaban casi por completo. La última, la de la visita de Raúl Alfonsín.

Antes de irme de Boulogne rumbo a París me paré cerca de un acantilado a mirar el mar. Hacía bastante frío. De fondo se escuchaba el sonido de las olas embravecidas. Un ruido bastante parecido, supongo, al que habría escuchado, en su momento, don José. El general San Martín. El tío «Pepe». El marido de Remedios.

FLORENCIA CANALE

Y se detuvo allí, como todas las mañanas. La punta de las botas gastadas pero con lustre, en el borde del acantilado. La mirada opaca se perdía en el horizonte lejano. Con furia buscaba aquella tierra que distaba cientos de leguas de allí. Desde ese punto parecía un trayecto interminable, pero él sabía que allá lejos, y a la vez tan cerca, se encontraba el lugar donde todo había comenzado. Como nunca sonaba el mar embravecido. Parecía el rugido de una manada de leones, y el silbido del viento detrás, que aplacaba la ira del agua. Las dificultades que habían deteriorado su vista habían hecho que el oído se le aguzara enormemente. Las olas rompían contra las rocas. La espuma salpicaba como siempre a esa misma hora. Se mantuvo quieto para escuchar. El sonido de la furia de la Naturaleza lo calmaba. Le daba una serenidad que lo apaciguaba. Cualquiera hubiera escapado unos pasos hacia atrás, tal el estruendo del abismo. Pero no él. En cambio, subió la solapa de su largo abrigo azul, que lo guarecía del frío marítimo que calaba los huesos. Achinó los ojos como si de esa manera le fuera posible afilar la visión perjudicada.

Tenía ganas de gritar. Y gritó. El eco de su voz replicó constituyéndose en la respuesta que aguardaba en vano desde la otra orilla, desde territorio inglés, donde había empezado a pergeñar el plan maestro junto con sus hermanos de juramento. Allí había aprendido todo. Y estaba por demás agradecido. Pero las cosas no habían salido como ellos habían planeado. Eso no significaba que no mantuviera aquellos principios intactos. Inglaterra, sí, Inglaterra. Extrañaba esos tiempos, las distinciones, los honores, sus amigos.

¿Podría volver a Londres? Sabía que no. Intuía que la vida estaba llegando a su fin, que se le escapaba como agua entre los dedos. Pero sus caminatas habituales, ya desde el primer paso y a partir del golpe de la puerta de casa al cerrarse, lo transportaban al pasado. Eran la alquimia ideal para sentirse vivo. Desde la partida en la Grand Rue y hasta el borde del acantilado hacía un recuento de sus días en América. La genealogía de su vida, como el coleccionista que era, de dichos y hechos. A pesar de sus setenta años, con cada paso que daba sentía la misma energía furibunda de la juventud.

Acomodó los brazos con el gesto gracioso y repetido, para que sus nietas se entrelazaran con él. Debían volver. Su hija lo esperaba, como todos los días, hacía ya tantos años.

PRIMERA PARTE

Una infancia feliz

(1805-1812)

Capítulo I

El sol de principios de septiembre iluminaba las calles de Buenos Aires. El calor todavía se soportaba. No era abrasador, como solía suceder durante el último mes del año. La primavera no había hecho su aparición, pero los pocos ombúes que adornaban la zona sur de la ciudad empezaban a desvelar algunas hojas nuevas. Como todos los sábados por la mañana, Antonio de Escalada y Remeditos, su hija dilecta, caminaban desde su casa ubicada en la esquina de Santísima Trinidad y la Merced hasta los Altos sobre la Plaza del Fuerte^[1]. La pequeña esperaba con ansiedad ese momento. Siempre a la misma hora. Su padre iba a buscarla a sus habitaciones y la nana ya le había adornado los rizos negros con cintas de seda, acomodaba su falda y con una risotada la empujaba hacia los brazos de Antonio. La niña sonreía. Adoraba a su padre. Hacía lo que quería con él. Si se le antojaba un juguete nuevo, Remeditos lo miraba con sus ojos enormes y lograba su cometido. Si prefería quedarse despierta figoneando en un rincón del salón, en esas tertulias espléndidas que ofrecían los Escalada hasta entrada la noche, pestañeaba y hacía puchero ante la mirada plena de su padre, y recibía un sí como respuesta. Su madre, Tomasa de la Quintana Aoiz Riglos y Larrazábal, no siempre acordaba con los consentimientos de su marido pero no podía contra los manejos de su hija.

—¿Vamos, Tatita? —dijo Remedios, mientras se acercaba corriendo a la figura enorme de su padre. Antonio de Escalada era uno de los comerciantes más ricos del Río de la Plata y no escatimaba en derroches para sus hijos y su esposa. Y la luz de sus ojos —Remeditos, como le decían sus padres y hermanos— sabía que la caminata de los sábados le deparaba todo tipo de regalos al paso. Los pastelitos eran su mayor tentación. Su madre se los tenía prohibidos. Sobre todo si eran de cualquier desconocido que fatigara la calle con su canasta. Pero los sábados ella sabía que podía llegar a engullir tres pastelitos de la mano de su padre. Sus caprichos eran órdenes.

Antonio hacía la recorrida obligada por los Altos de Escalada. Controlaba que todos sus asuntos estuvieran en orden. Pero el sábado era el día especial de su hijita querida. Y Remeditos adoraba acompañarlo. En los Altos vivían muchos de los empleados de su padre, además de situarse las tiendas y talleres artesanales.

Cerraron con fuerza el portón de calle y partieron por Santísima Trinidad rumbo a la calle del Cabildo^[2].

—¿Cómo andan las clases de piano?

—Muy bien, Tatita, avanzo mucho. Cuando volvamos a casa, ¿puedo mostrarles cómo adelanté con esa nueva canción?

—Por supuesto, m'hijita. Después del almuerzo nos sentamos en el salón como si estuviéramos en el teatro. ¿Qué te parece?

—¡Sí! Quiero que todos me presten atención.

Remedios no sólo era la mimada del patriarca de los Escalada. Sus hermanos mayores la consentían sin medir consecuencia alguna. Bernabé y María Eugenia eran hijos de la primera mujer de Antonio, Petrona Salcedo y Silva, sobrina del virrey Juan José de Vértiz y Salcedo, y le llevaban a su hermanita diecisiete y dieciséis años. El abogado de la familia, como le gustaba presentarse a Bernabé —o más bien el estudiante crónico de Leyes— no residía en Buenos Aires. Según el relato familiar, la Corte de España lo había trasladado a las Filipinas para que desempeñara el cargo de gobernador de las islas, y hacia ese destino había embarcado. Sin embargo, preguntaba especialmente por la niña en todas y cada una de las cartas que llegaban desde ese paraje remoto. Él, a la distancia, y su hermana, siempre muy cerca, la mimaban como si fuera su hija y le permitían cualquier capricho. Tomasa trataba a los primogénitos de su marido como si hubieran sido propios, y ellos, huérfanos de madre a edad temprana, no habían sentido diferencias en el trato. Pero quienes cuidaban de su hermanita como si fuera un muñeco eran Manuel y Mariano, que sólo le llevaban uno y dos años. La pequeña tenía siete y ya dominaba a los varones de su familia con una autoridad única. Incluso Nieves, la menor con sólo cinco años, se unía en los juegos de «los grandes». Remedios adoraba organizar fiestas familiares donde pudiera recitar pequeños versos ante la mirada atenta de sus padres y hermanos, y alguno más que quisiera unirse a la graciosa reunión. Todos recordaban con ternura aquella tarde en que Remedios había organizado su recitado más afilado.

A partir del mediodía la niña conminó a toda la casa a reunirse en el salón. Ayudada por Felicia, la sirvienta que estaba a su disposición, acomodó varias sillas en el salón para que nadie se disculpara con excusas improvisadas. Además de sus padres y sus hermanos pequeños, la casa estaba repleta de gente. Maruja, la hermana mayor, su marido José Demaría y sus sobrinatas Dolores de casi seis años, Encarnación de cuatro, Trinidad de tres, Mercedes de dos y la nueva integrante de la familia, Asunción de tan sólo cuatro meses. El cuarteto de las niñas Demaría iba custodiado de cerca por dos esclavas. Tranquilizar los berrinches continuos de una u otra no era tarea fácil. La llegada de Asunción había trastocado algunas costumbres de la casa. Sobre todo, el humor de Remedios, que por momentos se alteraba bastante.

Cerca de las siete de la tarde, la pequeña impuso su voluntad y llevó uno por uno a su lugar. Felicia se paró derecha al costado del piano y con una sonrisa plena anunció:

—¡Ante Vuestras Señorías, la niña Remedios!

Con su vestido amarillo y blanco, y los rizos negros adornados con cintas y perlas, la mimada de la familia caminó con paso lento hacia el piano. Y con una concentración pasmosa para su edad, paseó sus dedos regordetes por las teclas.

—¡Bravo, m'hijita! —gritó Antonio, con la alegría propia de un padre orgulloso. Y los demás integrantes del clan siguieron el aplauso. Sabían que la muestra continuaba con un recitado de la niña. Se acomodaron en sus asientos y fijaron sus

ojos en el cuerpito infantil.

*Ven acá, Gobierno,
¿Qué te ha sucedido?
¿Dónde está el amparo
Que me has prometido?
Acurrucutú, tú, tú, tú.*

Remedios hizo una reverencia y levantó su cara. Sus ojos brillaban sobre las mejillas arreboladas, y una sonrisa plena la dominaba.

—¿Pero qué está diciendo esta niña? ¿De dónde sacó ese pasquín? —estalló Tomasa mientras se levantaba de la silla.

Remedios rompió en sollozos sin entender lo que estaba sucediendo, y Felicia abandonó el salón con rapidez.

—¿Qué le pasa a Remedios, mamá? ¿Por qué llora? —preguntó Manuel. No le gustaba ver a su hermanita triste. Las lágrimas de la niña se multiplicaron en cascada.

—No pasa nada, hijos. Remeditos repitió algo que no entiende. ¿No, chiquitina? ¿Quién te enseñó esos versos?

El llanto siguió. La niña no comprendía qué había pasado. No sabía por qué se enojaban tanto los adultos de la casa. Ella siempre cantaba, recitaba o tocaba el piano, y sus padres la felicitaban. Hasta Maruja había fruncido el entrecejo.

—A ver, m'hija. ¿Me dejan a mí, por favor? Los versos son muy bonitos. ¿Quién te los enseñó? —le preguntó su padre, mientras la sentaba sobre sus faldas y le secaba las lágrimas con su pañuelo.

—No sé, Tatita. Pasé ayer por la cocina y estaban todos repitiendo esa copla. Era linda con lo del *acurrucutú*, ¿no? Mientras María amasaba el pan, los demás la cantaban. Y me gustó...

—Bueno, no te preocupes. Olvídate de lo que pasó, ya está.

Remedios bajó de un salto de las piernas de su padre y se dirigió a sus habitaciones, donde la esperaban la pequeña Nieves y sus sobrinas. Como si nada hubiera pasado, las niñas se dispusieron a jugar envueltas en risas.

En el salón, mientras tanto, Antonio, Tomasa, Maruja y José discutían los dichos de la niña.

—Bueno, Tomasa, ya es suficiente. Fue sólo una gracia de Remedios —dijo Antonio, serio, restando importancia al juego de su hija.

—Me parece que la niña está demasiado con la servidumbre. Deberíamos cuidarla más —respondió su madre con preocupación.

—Si les interesa mi opinión, yo creo que es muy chica como para que ande repitiendo desenlaces políticos por ahí. Pero ¡qué simpáticas palabras escuchamos! —dijo el marido de Maruja riéndose a carcajadas—. Está bien que esta casa se llene de personalidades y que Remedios a veces escuche cosas que no sean propias de su edad

o que no entienda; pero de ahí a que nos enojemos porque recite como una muñequita versos de «Lamentos de un Capao» es otra cuestión. Sí, puede ser que la pequeña debiera estar más cuidada, pero no exageremos, doña Tomasa. Por otro lado, no sé cómo habrá llegado a la servidumbre ese cántico salteño, don Antonio. Pero en fin, no son palabras para que sean dichas por mi cuñadita.

Las ideas liberales, que arrasaban en Europa, habían desembarcado en el Río de la Plata. La casa de los Escalada recibía casi todas las tardes a varios de sus defensores. Era muy normal para los infantes de la familia prestar oídos, de pasada, a discusiones sobre los libros de Rousseau y Montesquieu, como si se hablara del último chisme del aguatero. Las discusiones se acaloraban a medida que pasaban las horas, y los ataques encarnizados en contra de las prebendas hispanas y sus enormes ganancias en desmedro de las pérdidas criollas eran moneda corriente. Antonio de Escalada comenzaba a disminuir su admiración por las tierras españolas y a mirar con otros ojos hacia Inglaterra. Y ni qué hablar de José Demaría. Su yerno era también un comerciante bien establecido y de una fortuna considerable. Tenía buque propio, *La Monserrat*, y en la embarcación iba y venía de Paraguay, comerciando yerba. Como su suegro, instaba por la apertura del comercio con otras colonias.

* * *

Con la manita de su hija entre la suya grande y firme, Antonio y Remedios caminaron lento por las calles embarradas, fruto de las lluvias torrenciales del día anterior. Sabía que si franqueaba la puerta de su casa con el vestido de Remedios lleno de barro, Tomasa lo reprendería. A su mujer no le gustaba que la pequeña no cuidara las formas y que se mostrara desarreglada. De cualquier manera, doña Tomasa era un poco exagerada. Su hija era una niña bastante reposada y observadora. Prefería los juegos tranquilos y no era muy proclive a las corridas que usualmente ensayaban los varones de la casa. A Remedios le gustaba sentarse a mirar por la ventana del gran salón. Corría los pesados cortinados que dominaban los ventanales que daban a la calle Santísima Trinidad, y desde ahí controlaba todo lo que sucedía puertas afuera. Su cabeza fantasiosa armaba historias extraordinarias. Fábulas de príncipes, reinas, traiciones y desamores. Así podía pasarse horas. Si alguno de sus hermanos o Felicia no la rescataban de aquella evasión frecuente, Remedios se instalaba eternamente en su propio mundo de fantasías.

—¿En qué andas pensando, m'hijita? Te veo callada... ¿Estarás preocupada por algo?

—No, Tatita, no me pasa nada...

Padre e hija desembocaron en la Plaza Mayor. Para evitar que las botinetas de cuero de Remedios se embarraran aún más, Antonio se quitó el capote de barragán y lo arrojó sobre el enchastre de la calle. Ella adoraba que su padre la tratara como una dama, y con grititos de por medio, caminó con lentitud sobre la tela de lana

impermeable. Los botines, a pesar del acto caballeresco, se habían embarrado un poco. Antonio no lo había podido evitar, pero la cara de felicidad de su hija lograba borrar por unas horas la discusión que se le avecinaba a la vuelta, en la casa. La Recova era el lugar favorito de Remedios. Los puestos y tiendas al paso adornaban el paseo que realizaban con asiduidad. Las preocupaciones que embargaban a la niña, según Escalada, desaparecieron al instante, en el mismo momento en que los vendedores advirtieron a unos posibles compradores de sus bicocas.

—Ay, Tatita, ¿podemos ir al puesto de doña Isabel?

—¿Cuál, Remeditos? ¿El de las cintas y afeites para el pelo?

—¡Sí, sí! Quiero que me regale cintas nuevas, de muchos colores.

Arrastrando a su padre de la mano, Remedios se encaminó al puesto más coqueto de la Recova. Isabel, la vendedora, recibía todos los días a las mujeres más ricas de Buenos Aires. Sabían que en esa tiendita encontraban las respuestas a todos sus pedidos. Cintas de seda para adornar los peinados, lisas o de rayas, y de distintos grosores; perlas, peinetas y broches para las fiestas y bodas; y adornos más discretos para misa de domingo. La niña taconeaba de emoción y aplaudía bajito. Debía observar con detenimiento cada pieza en exposición. No quería perderse ninguna novedad. Isabel la conocía y sabía ofrecerle todo lo que podía gustarle.

—Buenos días, niña Remedios. ¿Qué buscamos hoy? —saludó la puestera, con gracia.

—Hola, doña Isabel. Todas mis cintas empiezan a deshilacharse, y Tatita quiere que yo sólo use moños nuevos —y miró a su padre con complicidad—. ¿Tiene una celeste, otra amarilla, una blanca y una morada?

—Por supuesto, niña. Para vuestra merced tengo todos los colores que me pidáis —Isabel le guiñó el ojo a Antonio y revolvió en el cajón que desbordaba en colores y tramas—. Aquí están, niña. Una de cada color, ¿os parece bien?

—¡Qué bonitas! Tatita, ¿me puedo llevar todas?

—Por supuesto, m'hijita. Mejor llevemos dos de cada una.

Remedios saltó a los brazos de su padre y con una seguidilla de brincos lo llenó de besos. Antonio se descostilló de risa. Adoraba complacer a su hija.

—Vamos, hijita, sigamos camino que tenemos que llegar a los Altos de una buena vez.

—¿Podemos comer unos pastelitos antes?

—Ay, Remeditos, qué manía. Bueno, dos nada más. No quiero que al volver nos reprenda tu madre. Sabes que no le gusta que comas fuera de casa.

—Sólo dos, ¿por favor? —imploró con sus ojos grandes. Remedios sabía cómo comprar a su padre.

Se despidieron de Isabel y siguieron viaje hasta la vendedora de empanadas y pastelitos. Remedios eligió los más grandes, el padre pagó unas monedas y siguieron hasta los Altos. Atravesaron la Plaza del Fuerte a paso lento. El silencio había vuelto a embargar a la niña. Antonio se preocupaba cuando su hija se volvía lejana. Le

parecía que era muy chica para tener pensamientos oscuros. Pero sentía que Remedios era una niña de emociones complejas.

—Cualquier cosa que te pase, sabes a quién recurrir, ¿no? A tu padre, Remedios. Por algo eres mi hijita adorada. Tengo ideado para ti un futuro espléndido. Mi niña, vas a ser una reina, ¿sabías? Vas a llegar muy lejos, te vas a casar con un hombre importante y vas a ser la mujer más feliz de la Tierra, te lo juro. Sé lo que te digo.

—¿En serio, Tatita? —y la carita de la niña comenzó a iluminarse.

—¿Qué día es hoy?, 12 de septiembre de 1805, ¿no es cierto? Bueno, recuerda este día para siempre. Vas a ver que cuando seas una señora, recordarás mi vaticinio y me darás la razón.

Siguieron con la caminata matinal y entraron en los Altos en silencio. Antonio de Escalada, el rico comerciante, orgulloso y grandilocuente por las calles de Buenos Aires; Remedios, la niña frágil y delicada, con la ansiedad por cumplir el oráculo, pero con el rostro oscurecido por la fatalidad de lo aún no vivido y desconocido por todos.

Capítulo II

Al fin llegó el verano. Luego de una primavera de lluvias permanentes, el calor dominó cada recoveco de la ciudad. Las calles de tierra se agrietaban cada tanto y el polvo velaba el aire con cada caballo o carruaje que transitara. Y ni qué hablar de las altas temperaturas del mediodía. Los habitantes de Buenos Aires preferían guarecerse dentro de sus casas en el horario fatal. Los ropajes pesaban más que de costumbre durante esos meses.

A pesar de todo, la casa de los Escalada se mantenía fresca; pero cuando el mes de diciembre empezaba a elevar sus temperaturas, la familia partía a la quinta de las afueras, que a la larga sería conocida por su apellido. Era una propiedad de grandes dimensiones, que Bernabé había heredado de sus abuelos maternos José de Salcedo y Juana Silva. Sin embargo, como el hermano mayor había partido rumbo a tierras exóticas, su hermana Maruja había quedado a cargo de la tierra. María Eugenia se encargaba de que el caserón estuviese siempre en perfectas condiciones. No sólo para las temporadas en que la familia pasaba allí, sino para que su hermano adorado —si ocurría que decidiera volver de improviso— tuviera todo a su gusto. Bernabé le rendía pleitesía a su hermana. Al morir la madre de ambos, él, pequeño como era, había cuidado de Maruja como si fuera un adulto. Siempre la había sobreprotegido por demás e incluso a la distancia las cartas iban siempre dirigidas a ella. Maruja reunía a su padre y Tomasa, a sus medio hermanos y su marido, para relatarles las aventuras y noticias de su distinguido hermano mayor. Todas las semanas tenía alguna novedad de Bernabé por descubrir. Sus relaciones con lo más exquisito de la sociedad isleña, así como también aquellas osadas anécdotas de sus inmersiones en lo más tupido de la naturaleza filipina. Maruja admiraba el coraje de su hermano. Y con una intención evidente, cada vez que leía una de sus tantas cartas, realzaba delante de todos las condiciones inigualables de la sangre de su sangre. Lo comparaba con el tío abuelo Juan José. Demaría conocía de memoria el ritual de su joven esposa, y aún más la verdadera historia de su cuñado y ex socio comercial. Pero prefería callar. Ante la repetición constante, en cada reunión con los familiares íntimos, de que el linaje excelso del ex virrey Vértiz corría sólo por las venas de ella y Bernabé, José entrecerraba los ojos como si con el mero gesto de oscurecer la visión pudiera ensordecer sus oídos. Intentaba por todos los medios de que el hartazgo no lo dominara. Maruja sabía muy bien cómo encender la furia de José Demaría.

El carruaje, los carros y los caballos se organizaron desde temprano. En la carroza cerrada se instalaron Antonio, Tomasa y los tres hijos menores. Manuel ya era un eximio jinete y sus padres le habían concedido —por primera vez— que acompañara a Ladislao, uno de los peones que había traído algunos caballos desde la quinta. En los carros abiertos iban los baúles repletos de ropa y demás necesidades. Francisca y Felicia habían sido las encargadas de armar el equipaje de los cuatro niños. La ropa blanca, los vestidos de las niñas y los pantalones de los varones, las chaquetas en caso

de que alguna noche hubiera reuniones en las que se solicitara su presencia, y los zapatos de todos, en un baúl más pequeño.

La noche anterior habían cubierto todos los muebles del salón con sábanas blancas para evitar que el polvo estival los arruinara. Los vistosos espejos venecianos, traídos especialmente por Antonio desde Europa, también se cubrían con un esmero especial. Eran los únicos en Buenos Aires y Escalada los mostraba con orgullo a las visitas que concurrían a la casa. Las severas pinturas procedentes del Alto Perú y Quito que dominaban varias paredes del gran salón eran el único adorno que se mantenía en su lugar original. Las gruesas alfombras europeas que cubrían los pisos eran enrolladas por varios sirvientes. Eran muy pesadas y las mujeres del servicio tardaban demasiado. El tiempo valía oro y Tomasa sabía bien cómo ahorrarlo.

Se aproximaba la hora de partida y los cuatro menores de los Escalada seguían en veremos.

—¿Qué pasa, Felicia, que las niñas no están listas todavía? —reclamó Tomasa, impaciente. Ella sola no podía encargarse de sus hijas. Entre Manuel, Mariano y las chicas, las obligaciones se le iban de las manos—. Vamos a misa de diez, y después del saludo final, partimos. El que no esté sentado en su lugar en el carruaje se queda en casa. Lo pasaremos muy bien sin aquel que prefiera quedarse.

La amenaza bastó para que los chicos apuraran su recolección de juguetes. No querían olvidarse de nada. En vez de juntar sus cosas unas horas antes, dejaban todo para último momento y su madre se fastidiaba.

Enfrente del caserón empezaron a sonar las diez campanadas de la iglesia de La Merced. Tomasa y Antonio cruzaron la calle con su prole detrás, bien custodiada por Felicia, desde el portón de la casa. En silencio y con aspecto señorial, se dirigieron por el ala izquierda rumbo a los primeros bancos. Y así, circunspectos, escucharon el sermón del padre Ruiz Quevedo. Los varones contaban los segundos. Ya querían estar en camino, sobre todo Manuel, que esperaba con ansiedad montar la yegua que le había designado su padre.

El padre Ruiz abrió sus brazos y despidió a sus feligreses con la acostumbrada *Ite missa est*. Ésa era la señal para que la familia Escalada saliera rumbo a la quinta. Allí los esperaba Maruja con las niñas, quien había abierto la casa unos días antes. Su marido, como era costumbre, había viajado a Asunción en plan comercial. El verano, entonces, iba a ser en familia, sin Demaría en los alrededores.

Con todos en su lugar partió la caravana. Remedios había procurado sentarse del lado de la apertura del carruaje; detestaba sentarse entre sus hermanos. Le gustaba mirar la ciudad. La gente, las casas, las calles eran una aventura nueva cada vez que subía al carruaje de su padre. Creía conocer de memoria el camino y sus puntos dominantes, pero no dejaba de asombrarse cuando aparecían puestos de expendio nuevos, o personas que no reconocía. Desde el comienzo, el viaje le parecía mágico. Siempre con Rafaela, su muñeca adorada, sentada sobre su regazo, Remedios

disfrutaba del camino.

—Antonio, no sé si me parece bien que Manuel haga esa legua a caballo. ¿No es demasiado para un niño? —fustigó Tomasa mientras controlaba a su hijo por la pequeña ventana del carruaje.

—¿Me estás tomando el pelo, mujer? El chico es un extraordinario jinete. Y ya es bastante mayorcito como para que sea un nene de mamá.

—Cuando lleguemos a la quinta, ¿me puedo subir con él? Por favor, Tatita —imploró Remedios.

—Creo que sí —respondió Antonio.

—Pero yo no estaría tan segura —contestó Tomasa abanicándose con furia por el calor abrasador.

—Mamita nunca me deja hacer nada —dijo la niña en un susurro casi inaudible. Tratando de tragar las lágrimas que dominaban sus ojos, pegó la carita contra el vidrio y se dedicó a observar lo que sucedía afuera del carruaje familiar. Ya habían cruzado la calle del Empedrado^[3] y la gente caminaba con lentitud. Las mulatas con las canastas aún repletas de empanadas y pastelitos bamboleaban sus cuerpos rumbo a la Plaza de la Piedad^[4]. A Remedios le gustaba mucho pasear por el mercado, aunque no era ése el que conocía casi de memoria. La Plaza del Fuerte y sus decenas de puestos eran el programa favorito de la niña. Sin embargo, Felicia, a veces y cuando su patrona no se daba cuenta, la usaba de damita de compañía para no llegar sola a la Piedad. Uno de los vendedores más jóvenes del mercado le arrastraba el ala a su nana, y ella era la excusa ideal para la empleada.

Remeditos sabía que el carruaje no se dirigiría rumbo a la Plaza de la Piedad y que continuaría por La Merced. Con el bracito de trapo de Rafaela en su manita, la niña saludaba a los transeúntes. Ya había olvidado el motivo de su tristeza momentánea. El mundo a su alrededor había desaparecido. Sólo quedaban ella, su muñeca y la calle. Las paredes sucias de las casas, algunas amarronadas, cautivaban su mirada. Espiaba a través de las ventanas de las casas, esperando ver a las familias que se hospedaban adentro. Así inventaba historias con niñas felices, hermanitos enfermos, madres malas y padres bondadosos.

—¡Hola, mi nombre es Rafaela! —gritaba por la ventana, mientras movía el bracito de trapo de su muñeca.

Cruzaron San Cosme y San Damián^[5] y Nieves ya había acurrucado su cara sobre el regazo de su madre para dormirse. Tomasa se había relajado un poco, sin dejar de observar a su hijo mayor.

—¿Por qué no puedo acompañar a Manuel? Yo también sé montar a caballo. Si no me creen, pueden preguntarle a Ladislao. Él me enseñó y me dijo que voy a ser un excelente jinete —arremetió Mariano.

—Justamente por eso, m'hijo. Porque lo vas a ser. Todavía no lo eres —respondió su madre. Acomodó a la menor y suspendió el berrinche del varón antes de que empezara.

* * *

Los caballos iban a paso lento. El peón y el conductor del carruaje sabían que a esa hora el sol quemaba. Los animales no podían agitarse por demás y la lentitud era la única forma de evitarlo. Las herraduras golpeaban al mismo ritmo por las calles de la ciudad. Su ruido contra el suelo dominaba el viaje, y cruzaron Monserrat^[6].

—¿Tienen hambre, niños?

—Yo sí —respondió Mariano.

—Aquí tengo una canasta con algunos dulces que preparó María antes de salir —hurgó Tomasa entre las telas.

—Preferiría carne asada —dijo el niño, mostrando que el fastidio previo no le había desaparecido.

—Antonio, ¿podremos hacer que este jovencito cambie los modos? —enfurecida, preguntó Tomasa.

—Te preocupas en exceso, mujer. A ver, Mariano, ahora hay pastelitos. Y en cuanto lleguemos a la quinta nos estará esperando Marujita con una carne especial. ¿Crees que podrás esperar? ¿O el hambre te come las entrañas? —bromeó De Escalada.

—¡Quiero dos pastelitos! —incurrió Mariano, al mismo tiempo que miraba con envidia a su hermano mayor al paso, al lado de Ladislao.

Y llegaron al barrio de San Nicolás^[7], zona de poco agrado para los Escalada. Era una parte de la ciudad reconocida por su fama complicada. Mujeres de mala vida, hombres sin trabajo conocido, niños sueltos y abandonados. Tomasa iba preocupada por esas calles descampadas. Y sobre todo en esta oportunidad, con su hijo Manuel a caballo. Al fin llegaron al camino de las Tunas^[8]. Ya faltaba menos. Los jinetes giraron hacia el sur, detrás el carruaje y los carros. Las construcciones importantes empezaban a desaparecer para darle lugar a las quintas y alguna que otra casa de adobe salpicando el escenario.

—Mamita, ¿está Dolores ya en la quinta? —preguntó Remedios. La hija mayor de Maruja era una compañera ideal de juegos. Más que tía y sobrina, parecían primas. Temprano por la mañana salían juntas a los jardines con sus muñecas, y la servidumbre debía salir a buscarlas para que entraran a comer porque las niñas desaparecían todo el día. Su hermana Nieves quería participar de los juegos, pero a veces era dejada de lado y debía contentarse con la compañía de sus sobrinitas Encarnación y Trinidad. Las chicas «grandes» preferían recluirse bajo un árbol a conversar de sus cosas.

—Por supuesto, Remedios. Están todas allí, esperándonos. Ya falta poco para llegar.

Pero las treinta cuerdas que faltaban por el camino de las Tunas hasta el zanjón de las quintas se hacía interminable. El golpeteo de las patas de los caballos era

insoponible. Sobre todo por el polvo que se levantaba, provocado por el calor furioso. Los ojos grandes de Remedios se llenaron de lágrimas al instante, y un acceso de tos la invadió.

—¡Mete la cabeza inmediatamente! —ordenó su madre—. A ver, Antonio, ¿traes el pañuelo? Dámelo, por favor.

La niña seguía tosiendo. Cada vez con más intensidad. Sus mejillas estaban arboladas y la transpiración empapó su frente. Parecía que Remedios se quedaba sin aire. Sus hermanos se paralizaron ante la horrenda escena. Felicia y Francisca, que iban en el carro de atrás, se asustaron al escuchar la tos de la niña. Ofrecieron ayuda desde allí pero Tomasa las detuvo, sería.

—Remedios, querida, acá tengo el pañuelo de tu padre. Lo acabo de embeber con agua. Acércame la carita. —Aterrada, la niña hizo caso a su madre y le ofreció la cara. De inmediato, Tomasa le adhirió el trapo chorreante sobre la nariz y la boca. Poco a poco pudo respirar mejor, y su madre chistó en voz baja para calmarla. Los rizos mojados de Remedios se habían descontrolado, su rostro estaba pálido. Con el susto atragantado, le tiró los bracitos a su padre y Antonio la cobijó en su cuerpo mullido. La niña lloró, envuelta en el abrazo paternal, rodeada de ojos que iban de un lado a otro, de su cuerpito frágil a la mano de Escalada, una y mil veces. Remedios no quiso seguir en ese viaje, en ese carruaje, dominada por la tierra y el polvo, y cerró sus ojos con fuerza. Quería dormir, quería desaparecer. El terror había sido inmenso. Había pensado que se moría, imaginó que se transformaba en polvareda, el dolor de su pecho la había lastimado demasiado. Por primera vez conocía el puntazo que la desgarraba por dentro. «Quiero dormir, quiero dormir, quiero dormir...», se repitió en pensamientos mientras se hamacaba abrazada a su padre. Las caricias de Antonio hicieron que la niña se durmiera. Y el último tramo hasta la quinta fue en un silencio mortal. Ningún integrante de la familia podía sacarse de la cabeza los ojos desesperados de Remedios mientras tosía. ¿Por qué el cuerpito de la niña parecía al borde de la desintegración sólo por un acceso de tos? Una simple levantada de tierra no podía desembocar en una explosión semejante.

—Bueno, niños, estamos llegando. Ya estamos a tres cuadras. ¡Giramos y llegamos! —intentó dar ánimos Tomasa, mientras recomponía la situación.

Eran las doce y media del mediodía. A una cuadra se veía la tranquera de la quinta. Manuel espoleó las ancas de la yegua y salió al trote ante la mirada irascible de su madre. Pero ya no podía decirle nada. Habían llegado. Los niños se desprendían de los modos urbanos para vivir a la usanza campestre a pesar del desagrado de Tomasa, siempre atenta a las buenas costumbres y al deber ser.

Franquearon la entrada, y Mariano y Nieves saltaron del carruaje. A la carrera se dirigieron al caserón. Remedios, en cambio, no se movió del regazo de su padre. Esperó hasta que los caballos se detuvieron frente al portón. De a poco fue acostumbrándose al cambio de panorama. El sueño la había llevado a lugares recónditos y la realidad del despertar le recordaba lo que había pasado. Por suerte ya

estaba en la quinta, un lugar seguro, espacio que adoraba.

Maruja los esperaba en la puerta con sus hijas mayores a cada lado. Desde temprano, las habitaciones de todos habían sido acondicionadas por la servidumbre. Y como era costumbre en la familia, al llegar a la quinta los esperaba un almuerzo con carne de vaca asada y lechón. Hacía ya dos horas que los peones estaban junto al fuego asando la carne.

Los recién llegados entraron y fueron directamente a refrescarse. El viaje había sido agotador y el calor los había deshidratado. La más perjudicada, sin duda, había sido Remedios. Tomasa y Felicia la llevaron a su habitación y la obligaron a recostarse. La niña no opuso resistencia. Lo sucedido durante el viaje la había asustado mucho. Ni siquiera se sentía tentada por la carne del almuerzo, su comida favorita. Su nana le quitó el vestido, las enaguas y las cintas. Le lavó la cara, le pasó un trapo mojado por la nuca, el cuello y las sienes. Remedios levantó sus bracitos y Felicia le puso un camisón blanco. Se metió en la cama, mientras la doméstica cerraba los postigos y abría las ventanas de par en par. Y con su muñeca de trapo acostada a su lado, la niña cerró los ojos para intentar una siesta.

La quinta de Bernabé era fresca y se transformaba en el refugio perfecto para esos días aciagos. Con la mesa preparada debajo de un árbol inmenso, la familia en pleno se dispuso al deleite de probar la carne asada.

—¿Cómo encontraste el caserón, hija? —preguntó Antonio mientras se servía una copa de vino.

—En perfectas condiciones. La casa estaba bien, los peones han cuidado de los animales, y los petisos se encuentran muy bien para que las niñas cabalguen estas semanas. Hay que aguardar que el sol baje y los tendremos listos esta misma tarde si así lo prefieren.

—¿Y José, no vino?

—Pero si les avisé que tuvo que viajar una vez más. No es ninguna novedad que mi marido suba a su barco rumbo a no sé dónde —respondió Maruja, crispada e impaciente—. Niñas, ¿podrán portarse como se debe, por el amor de Dios? Ay, no sé cómo encarrilar a estas chicas.

—No desesperes, María Eugenia. Sólo hay que darles algún que otro reto. Pero, Antonio, ¿no recuerdas que tu hija nos contó la semana pasada que su marido debía ocuparse de sus negocios en Asunción, y que no iba a ser de la partida? —dijo Tomasa, intentando calmar los ánimos de su hijastra.

—Pero ¿cómo no me voy a molestar si veo poco y nada a mi marido? —ya con un pésimo humor, Maruja corrió su plato servido con un pedazo de carne y unas verduras. Su pecho subía y bajaba a una velocidad pasmosa, ya dominada por la ira.

—A ver, tu marido es un buen hombre. Espléndido y sobre todo, rico. Tu deber, y el de toda mujer es seguirlo en sus menesteres y traerle la menor cantidad de problemas posibles. Pareces boba, mi querida. ¿No aprendiste nada? Antonio, ¿no vas a decirle nada a tu hija?

—Maruja, Tomasa tiene razón. Demaría es un hombre correcto, educado, con una fortuna más que importante. Siempre supimos que iba a ser tu esposo. ¿Cuál es el problema ahora? ¿Qué trabajo y viaje? ¡Pero qué dislate, por favor! Es el padre de tus cinco hijas, preciosas y sanas por cierto gracias a la fortuna que hace con el comercio con Paraguay. Yo no entiendo a las mujeres, ¿qué quieren?

—¿Es tan disparatado querer ver a mi marido? Pero bueno, parece que sí. Mejor silencio mi corazón y sigo con el asado, ¿no? —Maruja tragó las lágrimas de indignación, se acomodó el delantal que cubría parte de la falda morada y respiró hondo. Estaba acostumbrada a encubrir sus sentimientos. Ya era una mujer adulta, pero si había alguien que lograba hacerla pensar como se debía, ése era Antonio de Escalada ahora que su adorado hermano mayor no estaba allí para calmarla.

El tintineo de los vasos, el ruido de los cuchillos contra la vajilla y las maderas y el murmullo de la peonada por detrás de la conversación de los patronos fueron decayendo minuto tras minuto. Hasta que el último bocado se acabó y la familia Escalada toda se dirigió a sus aposentos en busca del descanso merecido.

* * *

Las semanas habían transcurrido con la normalidad de siempre. Los mayores comían delicias que no acostumbraban a poner a la mesa de la casa de Buenos Aires, leían debajo de la arboleda cuando el calor lo permitía y descansaban lo necesario; los niños andaban a caballo, aprovechaban todo lo que podían —siempre y cuando la señora de Escalada les diera permiso— las prácticas de los peones y volvían al caserón entrada la tarde en un estado de agotamiento enorme; y las niñas jugaban a la casita en el ombú viejo del fondo, donde habían armado su refugio secreto con trapos y demás objetos entregados con la anuencia de los adultos.

Remedios era la líder de las niñas. Pero no sólo por su edad manejaba a su hermanita y sobrinas. La joven Escalada era brillante y sabía hipnotizar como pocas a las chiquitas. Cada una cumplía las órdenes de Remedios a rajatabla. Ella ponía y disponía como la mejor. Y si en algún momento cualquiera intentaba rebelarse, la niña, con sólo ocho años, sabía cómo dominarla. Para su hermana Nieves bastaba con que sus ojos negros se fijaran sobre la carita infantil, para que recuperara la calma perdida y se pusiera nuevamente a disposición de la «jefa». Con Dolores, su sobrina preferida —tenía tan sólo un año menos que ella—, la cosa era más fácil. La niña tenía perdición por su tía. Cualquier cosa que ella hiciera o dijera bastaba para que emulara y copiara todos sus actos. Parecían gemelas en la diferencia. Encarnación y Trinidad también eran de la partida. Mercedes de sólo dos añitos, en cambio, intentaba participar de los juegos pero las grandes se fastidiaban y habían puesto una condición ineludible: para que Mercedes pudiera acercarse, debía hacerlo bajo la custodia permanente de Pancha, su nana. Así que la chiquitina intentaba corretear entre las chicas bajo la atenta mirada de la asistenta. La beba de la familia, Asunción,

quedaba adentro de la casa, con su madre.

—Ahora jugamos a los reyes. Yo soy la virreina y vengo a controlar a mis súbditos —mandoneó Remedios. Las chicas aceptaron sin chistar—. ¿Les gusta mi corona?

—Sí, virreina. Es muy bonita, como Vuestra Señoría —respondió Dolores, mientras ensayaba una genuflexión sumisa frente a su tía.

—Ay, Remedios, ¿nos puedes contar un cuento? —imploró Trinidad, olvidando por un momento el juego propuesto. Adoraba los relatos de su tía.

—¡Perfecto! Siéntense todas a mi alrededor, así empiezo —ordenó Remedios. Nada le gustaba más que tener toda la atención sobre ella. Y sabía cómo encandilar a todos. Con mohines, historias inventadas o verídicas, o unos ojos suplicantes o hipnotizadores, lograba su cometido.

—Había una vez, un joven guapo y distinguido. Bernardo era su nombre. Era un poco callado, de presencia majestuosa y ojos azules inmensos. Había vivido en Buenos Aires, hasta que un día la Corona lo mandó a una isla muy, muy lejana. Como no se había casado y no existía ninguna prometida a la vista, el joven Bernardo no tuvo ningún problema en hacer las valijas y partir. A la única persona que no había querido abandonar y que le provocaba un dolor inmenso era a su hermana Mariquita. Lloraron mucho el día que se despidieron y se juraron amor eterno. Pero esto no impidió que la orden se cumpliera y que Bernardo zarpara en el próximo barco rumbo a la isla. Viajó durante semanas y semanas, hasta que llegó a esa tierra exótica llena de pájaros verdes y animales enormes. Al principio, Bernardo sufrió de mucha soledad. Pero un día conoció a un jovencito en un barrio apartado y se encariñó. Lo bautizó Louis, en francés, porque no tenía nombre —las niñas eran una audiencia impecable. Con la mirada impertérrita fija en Remedios, casi ni respiraban para no perderse detalle.

—Bernardo me recuerda al tío Bernabé... —reflexionó Dolores, con su carita fruncida por las dudas. Sus hermanas y Nieves pestañearon con la boca abierta. La relación fue instantánea.

—Éste es mi cuento. Lo inventé yo, así que silencio —ordenó la mayor. Lo que Remedios no quería y jamás permitiría era que sus sobrinas y su hermana pusieran en duda su imaginación. Ella era la dueña de esas tardes de relatos orales, donde hacía uso de su mente y creatividad. Pero lo que no pensaba admitir era que Dolores tenía razón. La noche anterior y durante algunas otras noches había escuchado lo que no debía. Las conversaciones de los grandes eran eso, prohibidas para los chicos. Pero Remedios no podía evitarlo. Era más fuerte que ella y cuando presentía que las charlas comenzaban a bajar su volumen y a transformarse en prohibitivas para el grupo infantil, buscaba un escondite o se hacía invisible a los ojos de los demás, y escuchaba lo que le tenían vedado. Muchas veces no entendía de qué estaban hablando. Pero se quedaba igual.

La noche anterior, mientras bebían un oporto traído especialmente de España,

Antonio, Tomasa y Maruja habían estado discutiendo en la galería. No habían notado la presencia de la niña, que dibujaba en el piso del salón, ventanal de por medio. Había quedado sólo una lámpara suave adentro, alumbrando los dibujos de Remedios. La conversación de afuera empezó a dominar la escena y las voces fueron subiendo el tono de a poco. La chica, adentro, soltó la pluma de su padre y gateó hasta pegarse a la pared que la distanciaba de los mayores. La ventana abierta de par en par ayudaba para el fisgoneo.

—De ninguna manera, padre, no les voy a permitir que vituperen a mi hermano. Bernabé siempre fue y es un hombre con todas las letras, una persona de bien. Que no se haya casado no es ningún pecado. Pero por favor, esos mequetrefes del Cabildo que gustan de despreciar a cualquiera... ¿Cuál es el problema de que tenga a su cargo al chico ese, Louis? Tiene afán pedagógico, ¿o está mal enseñarle a un jovencito casi salvaje, educación y buenas costumbres? Pensé, padre, que era eso lo que usted valoraba de los jesuitas.

—Yo no lo condeno, Maruja, ni mucho menos. Sólo comparto con mi familia unos dichos que me fueron confesados hace un tiempo, en una reunión de hombres. Un íntimo de Bernabé contó que tu hermano había llevado a vivir con él al muchachito isleño. Y con prácticas *non sanctas*. ¿Qué quieres que le diga?

—Gracias a Dios que esto sucede bien lejos de esta casa. No puedo ni siquiera imaginar a Bernabé en asuntos semejantes —replicó Tomasa y secó las perlas de sudor sobre su boca con un pañuelito de encaje.

—Tal vez aprovechó la distancia para esas prácticas... —ensayó Antonio.

—A mí no me interesa para nada lo que ustedes tengan para decir. Mi hermano es un santo y haga lo que haga, lo defenderé eternamente.

—No sé por qué no defiende así a su marido esta muchacha. Cada vez que hablamos de Bernabé, más que tratamiento de hermano, escuchamos palabras amorosas que no corresponden a la fraternidad que los une —azuzó Tomasa. Nunca había aprobado la intimidad de Bernabé y María Eugenia. Desde niños, la relación había sido demasiado estrecha para su gusto. Pero su marido había desestimado sus opiniones. Las ocupaciones de Antonio habían tomado en cuerpo y alma al caballero, en detrimento de sus obligaciones de padre viudo. Había sido señalado como un hombre extravagante y eso no le había preocupado en absoluto. Es más, le divertía y redoblaba la apuesta. Si había reglas que seguir, Antonio de Escalada las transgredía un poco. Cuando apareció Tomasa en su vida y se hizo cargo de su casa y sus hijos, prefirió no escucharla. En general, intentaba hacer oídos sordos a la cantilena perpetua de su esposa.

Remedios se sentó, pero tuvo la mala suerte de hacerlo sobre la pluma de su padre. Ahogó un grito con su manita, más por el susto que por dolor. Cerró los ojos fuerte, como intentando acallar lo que había sucedido.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó su madre.

—Nada, mujer. Deben ser los perros que andan detrás de alguna liebre.

—Debe ser... Bueno, Antonio, vamos para adentro. Vayamos a descansar.

—Yo me voy a dormir. Pero antes voy a escribirle otra carta a mi hermano. ¿Quieren que le cuente lo que andan diciendo ustedes de él? Tal vez sea mejor que le oculte el palabrerío infame del que es víctima. Buenas noches, padre; hasta mañana, Tomasa.

La niña sólo atinó a acostarse boca abajo y pegó su cara sobre el piso del salón. Era tan diminuta que podía esconder su silueta entre las sombras. Maruja entró intempestivamente y fue directo a sus aposentos. Nunca vio a su hermanita. Jamás se enteró de que la niña había sido testigo de la conversación.

De a poco, Remedios se fue incorporando. Con paso lento se dirigió a su habitación. Felicia la vio pasar. Pero estaba acostumbrada al sigilo de la niña, a sus evasiones. A veces pensaba que la niña Remedios era extraña. Pero la apreciaba igual.

En la oscuridad de su cuarto se quitó las enaguas y el vestido, y los zapatos. Se puso el camisón y tapó su cuerpecito con las sábanas. ¿Por qué se habían ofendido tanto sus padres con el amigo íntimo de su hermano Bernabé? Ella también tenía a Dolores que, además de ser su sobrina, era su amiga querida. ¿Estaba mal tener amigos? Giró para el otro lado, se encontró con Rafaela y se abrazó a la cabecita de trapo. El sueño, de a poco, invadió sus músculos. Los hombros fueron bajando, sus piernas se soltaron y su respiración se fue aletargando. Los pensamientos terrenales de Remedios desaparecieron, para luego entregarse al silencio de la noche.

Capítulo III

Habían transcurrido los meses de un verano intenso y acalorado. La quinta era el refugio perfecto —como hacía años— de los Escalada. Tomasa era la primera en querer escapar hacia la tranquilidad de las afueras y la última en acceder al inevitable regreso. Prefería disfrutar de su familia en soledad. No le sucedía lo mismo a Antonio, que extrañaba las tertulias y reuniones obligadas en su casa. Pero como prefería no discutir con su mujer, aceptaba sin chistar las vacaciones que organizaba Tomasa desde el mes de diciembre. Aprovechaba para ponerse al día con las nuevas lecturas, que durante el año, con todas las obligaciones y reuniones sociales, abandonaba un poco.

Quienes más disfrutaban de los jardines y el contacto con la naturaleza eran los niños. Manuel desaparecía bien temprano a la mañana con su caballo y volvía para almorzar. Daba el último bocado, ensillaba nuevamente y partía con rumbo desconocido junto a Ladislao. Mariano, cuando su hermano mayor se lo permitía, también era de la partida. Lo admiraba e imitaba todos sus gestos. Manuel se sentía como pez en el agua.

La prole femenina era la más ruidosa y alegre. Todas las niñas, salvo Remedios, correteaban cuando el sol bajaba. La mayor de las infantas prefería el silencio. Siempre el silencio. Los únicos momentos en que gustaba de estar con sus parientas eran durante los atardeceres, bajo el árbol que oficiaba de casa de juguete donde armaba su auditorio infantil para que la escucharan con sus relatos extravagantes.

Pero comenzaba el mes de marzo y las tardes empezaban a refrescar. Eso advirtió a Remedios. En cualquier momento emprenderían la retirada. Extrañaba su cama. Cada vez que regresaban de la quinta, el día en que emprendían la retirada, se inquietaba: tenía la fantasía de que su casa hubiera desaparecido; que al llegar con el carruaje, ya nada existiría. En vez de ver el ancho balcón saliente sobre la puerta de escalón alto con las grandes rejas, todas de ferretería de Vizcaya, y las tejas oscuras asentadas en duras maderas del Paraguay, aparecería el vacío de un pozo negro. Esa sensación la atemorizaba bastante. Pero siempre quería volver.

La servidumbre armó el equipaje con celeridad y una precisión exactas. Con todo en su lugar, la familia —incluidas Maruja y sus hijas— retornó a la ciudad. Luego de la hora y media de traslado, arribaron al caserón.

—¡Ay, mamita! La casa está como la dejamos, qué alivio —suspiró Remedios.

—Pero qué son esas ocurrencias, m'hijita. ¿Adónde se iba a ir? —respondió Tomasa, entre carcajadas.

—¡Es que yo lo había soñado! En mi sueño desaparecía todo.

—Pero, niña, qué disparate.

Saturnino y Juan Manuel, dos de los tres esclavos que acompañaban a Escalada de toda la vida, abrieron la gran puerta y entraron antes que su amo. Detrás, Francisca y Felicia. Apuradas se dirigieron a las habitaciones para controlar que todo estuviera

en condiciones. Antonio y su esposa tomaron la delantera y suspiraron de placer por haber llegado al fin a su casa. Remedios franqueó el portón y rápidamente entró en el zaguán, a cuya derecha se encontraba otra puerta, que daba al salón. Estaba como siempre; a pesar de su sueño, nada había cambiado. Las paredes seguían tapizadas de seda amarilla con las cornisas doradas y cenefas con flecos de la misma tela. Los cortinados en las ventanas y puertas seguían dándole el mismo toque señorial de siempre. Los espejos venecianos con marcos espejados habían vuelto a su lugar, sobre las pequeñas mesas con patas doradas de cobre. Remedios levantó la vista y volvió a mirar ese techo de madera dorada y blanca, de donde pendía la gran araña central de cristal, que durante tantas tardes le había despertado todo tipo de fantasías. Las repisas de la pared del lado izquierdo y las dos rinconeras tenían, como siempre y a pesar de haber permanecido ausentes durante tres meses, las exquisitas pastillas confeccionadas por las monjas de enfrente, y los pebeteros y sahumadores de metal labrado que perfumaban el ambiente.

Todo estaba en su lugar, nada había cambiado o desaparecido durante su ausencia. Remedios se repuso de la zozobra del viaje y se dirigió a sus aposentos.

* * *

El frío había comenzado a azotar la ciudad. Cuando llegaba el mes de junio, en la casa de la Santísima Trinidad se intentaban todo tipo de recursos para entrar en calor. Los braseros se encendían desde temprano y eso menguaba un poco el enfriamiento y la humedad de las paredes. Las ventanas se abrían cerca del mediodía para airear el caserón, cuando la temperatura subía unos grados, y las puertas se mantenían cerradas para resguardar la tibieza que lograban.

Remedios tardaba demasiado en salir de su cama. Le encantaba remolonear, y sobre todo en los meses de invierno. Su madre se lo permitía porque era la más débil de sus hijos. Los catarros y resfríos eran moneda corriente en la tercera hija de Tomasa de la Quintana. Sólo por eso le concedía el privilegio de quedarse envuelta entre las sábanas y mantas.

—Vamos, niña, es la hora. Ya está al caer Madama para su clase. Y todavía hay que tomar el desayuno, vestirse y acomodar el peinado —dijo Felicia mientras abría los postigos y cerraba la ventana con apuro para evitar el fresco.

—Me quiero quedar un poco más, Felicia.

—No se puede, hay que levantarse.

La niña se desperezó y saltó de la cama. Los cabellos revueltos adornaban su cabecita. Debía dedicarle tiempo al peinado. Tan coqueta y tan pequeña. Nada le gustaba más que el cepillado que le hacía Felicia por las noches y al levantarse por las mañanas. Se cuidaba de no tirarle demasiado y se atenía a los mandatos de su amita. Remedios la instaba a que le cambiara los colores de las cintas todos los días; y le reclamaba que le acomodara bien los rizos del frente de su cara. Hasta que no se

veía bien no cesaba con los pedidos. Era el juego favorito de ambas. Remedios se acomodaba en la silla —con dos almohadones para elevar su estatura— frente al pequeño tocador de madera y Felicia comenzaba con el ritual. Las cerdas del cepillo rascaban su cuero cabelludo y descendían por la negrura de su pelo. Hasta que no brillaba como a la niña le gustaba, no paraba. Luego el trenzado y la domesticación de los pelitos rebeldes. Nada podía estar fuera de lugar. Remedios era implacable con su aspecto.

Con su faldita morada y gris a rayas, la camisa blanca de botones perlados, sus botinetas negras y el abrigo de rigor, salió de su habitación rumbo al escritorio de su padre. Allí la esperaba Madame Geneviève, su profesora de francés.

—*Bonjour, Madame.*

—*Bonjour, Mademoiselle Remedios. Comment ça va?*

—Muy bien, Madame Geneviève.

—*Non, non, non ma petite.* Ya sabe que no debemos hablar en castellano. *Seulement en français!*

A regañadientes al principio pero luego acostumbrada a su segunda lengua, Remedios hizo caso a su maestra y continuó la hora de lección como correspondía. Ella y sus tres hermanos tomaban clases de francés todas las semanas. La que mejor hablaba el idioma extranjero era Remedios. Pero las lecciones preferidas eran las de los viernes por la tarde, cuando llegaba el profesor Miguel de La Marca con sus partituras. La niña adoraba sentarse a su lado al piano, solfear, hacer escalas y practicar las piezas a cuatro manos.

Al finalizar la lectura y luego de la conversación con Madame Geneviève, Remedios la despidió con una reverencia y un *au revoir* veloz para recluirse en su cuarto. Allí desplegó unos cuantos papeles y pinturas, y se abocó a sus dibujos. No era demasiado buena con los pinceles, pero su padre la alentaba tanto que era imposible que censurara las ganas. Pintaba todas las tardes, como si su corta vida se fuera en ello. Llegó la hora del almuerzo casi sin darse cuenta. Felicia tuvo que arrastrarla hasta la cocina. Remedios no quería abandonar su obra pero tuvo que acceder a la orden. A desgano tragó la comida, haciendo caso omiso a las peleas constantes de los varones. Le hartaban las conversaciones de Manuel y Mariano. Los caballos, sus nuevas proezas, asuntos de varones que no podían interesarle menos. Bien erguida en su silla, tragó la sopa cucharada tras cucharada. Comió un revuelto de huevo y luego su postre preferido: fritura de papa, huevo y harina, espolvoreada con azúcar molida. Con el último bocado pidió permiso y volvió a sus papeles. Lo único que lograría distraerla de su práctica sería, unas horas más tarde, la reunión habitual en la sala de la casa. Todavía no estaba en edad de participar de las afamadas tertulias de su padre, pero ella sabía muy bien cómo rodear la escena sin que la vieran, para presenciar las charlas y discusiones más atractivas que jamás escucharía.

Sonaron las siete de la tarde en el reloj de la sala, y al mismo tiempo tocaron la aldaba de la puerta de entrada. Juan Manuel recibió a los primeros invitados,

acostumbrado a las innumerables presencias que alegraban la casa al atardecer.

—Sean bienvenidas, Vucencias. ¿Me daríais vuestros abrigos?

—Aquí tienes, Juan Manuel.

Don Rafael, marqués de Sobre Monte, era el virrey de la colonia. No se perdía tertulia en casa de su amigo Antonio de Escalada. Con paso firme lideró el camino hacia la sala, junto a su mujer doña Juana María de Larrázabal.

—Mi señor marqués, don Rafael, qué agradable presencia —se adelantó Antonio a recibir a su primera visita—. Doña Juana, un placer.

Tomasa esperaba en la sala. Francisca entró con la bandeja y varias pavas de agua caliente. Las depositó en la mesa, al lado de las tasas de porcelana francesa. Había té para los amantes de la infusión, así como mate para aquellos que así lo prefirieran. Con la llegada de los demás la doméstica traería el oporto y otras bebidas.

—Doña Juana, pero qué bonito vestido. ¿De dónde es? —admiró Tomasa el atuendo espléndido de la virreina. El torso blanco de mangas cortas y escote pronunciado era el adecuado para no quitar los ojos de la alhaja que recorría el cuello de doña Juana: de una cadena de plata gruesa pendía una cruz con una serie de rubíes engarzados. Era imposible no fijar la mirada sobre ese destello.

—Gracias, doña Tomasa. Me lo confeccionó Mistress Hill, como siempre. El *taffetas* me lo mandó a traer de París.

La figura blanca de Juana de Larrázabal se destacaba sobre los sillones de jacarandá con tapizados rojos de la sala grande de los Escalada. Ella lo había previsto antes de salir de su casa. Cada elección de vestuario y joyas era una decisión implacable para todas las reuniones y tertulias. No en vano era considerada una de las mujeres más elegantes de la colonia.

—Es precioso, doña Juana. Pero es su costumbre tener los vestidos más impactantes de las fiestas —señaló Tomasa entre risas.

—¡Pero miren quién llegó! La madrina de Remedios —recibió Antonio con los brazos abiertos—, doña María del Carmen, ¿cómo está, querida?, tanto tiempo.

María del Carmen de Sobre Monte, la prima del virrey, hizo una entrada triunfal. Dicharachera y encantadora, era la invitada favorita de todas las casas de la elite de la colonia.

—¿Dónde está mi ahijada? Tengo un regalo para ella.

Remedios, que estaba escuchando detrás de la puerta, corrió hacia su madrina. Adoraba a doña María del Carmen. Cada vez que la veía, la amatronada mujer le dedicaba mucho tiempo. Le preguntaba cómo estaba, cuáles eran las nuevas canciones que había aprendido con el profesor La Marca, y le enseñaba a escondidas coplas prohibidas. La niña quería ser como ella cuando fuera grande. Alegre y suelta, no como su madre.

—Toma, niña, aquí tengo un presente. Espero que sea de tu agrado —las risas de la prima del virrey inundaron la sala, mientras Remedios abría la cajita con ansiedad. Los moños que la envolvían estaban demasiado apretados. Al fin pudo con ellos y

sobre un soporte mullido apareció un peine de nácar—. Lo mandé a pedir de Montevideo, del comercio de Manuel Maculino.

—Pero no se hubiera echado en gastos, doña María del Carmen. Debe haber gastado una fortuna. Ese hombre es el padre de los peinetones, ni más ni menos. Un artista —la reprendió Tomasa.

—Es tan bonito —pudo responder Remedios entre suspiros. Le encantaban los adornos. Cuando su madre se lo permitía, se ponía sus pendientes y collares. Aunque eso no sucedía muy a menudo. Eran muy costosos y estaban bien guardados.

—Por el amor de Dios, doña Tomasa. Es mi ahijada adorada y yo le regalo lo que me parece, ¿no es así, mi niña?

Se sentó en una de las sillas gualdas y se sirvió una taza de té. En ese instante entraron Maruja y José, que había regresado hacía dos días de Asunción. El marido de la mayor de los Escalada, serio y displicente; Maruja, en cambio, con la sonrisa que marcaba las buenas costumbres. Su pelo negro tirante y cuantioso brillaba. Estaba hermosa, como si le hubiera vuelto el alma al cuerpo.

Y llegaron los demás invitados: el hermano de Tomasa, el ayudante Hilarión de la Quintana —por unos días en Buenos Aires— y su mujer María del Tránsito de Aoiz; el hermano de Antonio, Francisco de Escalada y su mujer María Gertrudis Bustillo; Narciso Alonso Martínez de Hoz y su esposa María Antonia; y Ramón de Oromí junto a su mujer Indalecia Lasala. Las enaguas almidonadas armaban los trajes de las señoras y crujían al caminar por la sala. Circulaban las copas y las conversaciones aumentaban el tono.

—Antonio, ¿estuviste estos días en el Consulado? Me tienen cansado algunos consiliarios. Es hora de que se abra el comercio de una vez. No entiendo cómo es que no entienden que el monopolio nos complica los negocios. Las ganancias, de esa forma, se achican. ¿Será posible que sean tan infames? —increpó Francisco de Escalada a su hermano.

—Allí estuve, pero no fueron esos temas los que se tocaron en la reunión. Hablaban de los ingleses y unos rumores que dicen que vienen hacia el sur muy bien armados. Comentaban acerca de la posibilidad de que invadieran Montevideo —respondió Antonio con su copa llena—. Hilarión, ¿sabías algo de todo esto?

—Sí, y en dos días regreso a Montevideo, justamente por eso.

—No se preocupen, mis amigos. Que ni se atrevan esos ingleses a desembarcar en estos reinos. Sabremos muy bien cómo desembarazarnos de ellos —se acercó el marqués de Sobre Monte queriendo desalentar la discusión. Sabía más de lo que decía. Había reclamado refuerzos militares a la Península, pero sus pedidos habían sido infructuosos. Lo único que había recibido, en cambio, eran algunos cañones—. ¡Brindemos por Su Majestad!

—¡A la salud de don Carlos IV! —elevó la copa don Ramón de Oromí, ex regidor de Madrid y miembro del Tribunal de Cuentas de Buenos Aires.

—Bueno, a ver, terminemos con estas cuestiones políticas, señores. ¿Alguien fue

a ver la última puesta del teatro? —intervino María del Carmen.

Remedios se había sentado sobre el piso, al costado de la puerta de entrada. Era invisible para todos, calladita y con las piernas cruzadas, empequeñecida ante el ajeteo de los adultos. Le encantaba observar los movimientos de los mayores. Su madrina dominaba la sala con su prestancia y conversación; en cambio, la mujer de Sobre Monte atraía todas las miradas por su belleza y estilo. Parecía como si las pinturas doradas del cielo raso la iluminaran a ella sola. La niña estudiaba a esa mujer de punta a punta: el peinado repleto de rizos, con la peineta negra y el clavel blanco sobre el costado izquierdo; los rubíes en el cuello, los guantes repletos de botones, los zapatos forrados en seda blanca bordados con hilo de oro y piedras preciosas. Era una princesa para Remedios, como ella fantaseaba ser.

Aparecieron Juan Manuel y Saturnino con dos guitarras de adentro y se las entregaron a José Demaría y Francisco de Escalada. Las señoras se acomodaron en las sillas y sillones para escuchar cómodas las coplas que inundarían la sala. Éste era el momento favorito de la niña escondida. Desde allí sentada, cantaba las canciones en voz baja. Ya habían pasado varias horas y sus ojos comenzaban a traicionarla. Pero había hecho una fuerza desmedida para llegar hasta ahí. No iba a dejar que el sueño la venciera. Su boca repetía la copla pero las pestañas largas le pesaban demasiado.

—¡Niña Remeditos! ¿Qué hace aquí? Es tardísimo, vamos a la cama ya mismo — la increpó entre susurros Felicia, quien venía de los cuartos y al verla cabeceando, la incorporó. Sin oponer resistencia, la niña obedeció. Se estaba quedando dormida y su cama era más tentadora que las canciones por venir. Además, conocía el ritual de los grandes y sabía que en breve, su tío y su hermana serían los primeros en irse, y luego los demás invitados imitarían la retirada.

Remedios se tapó y sólo dejó sus ojos negros fuera de las mantas. Las velas de su cuarto ardían. No le gustaba la oscuridad.

—Felicia, ¿mañana es 17 de junio, no es verdad?

—Sí, niña. ¿Para qué necesita saberlo?

—¡Porque es el cumpleaños de Manuelito! Cumple once años. Le voy a regalar una canción al piano.

—Me parece una gran idea. Pero mejor será que se duerma, si no, no podrá regalarle nada.

Contenta con el regalo que le haría a su hermano mayor, cerró los ojos y durmió toda la noche.

* * *

La ciudad permanecía silenciosa como nunca. La inmovilidad y la ausencia de los ruidos habituales la transformaban en el escenario perfecto para cumplir las premoniciones que habían circulado unos días antes en la casa de los Escalada. Los habitantes de la residencia percibían algo extraño en el aire, una suerte de ansiedad

desconocida por todos hasta ese momento.

Era domingo y estaban listos para ir a misa. Cruzaron la calle y entraron en La Merced. Los fieles estaban más ansiosos que nunca. Era difícil que se concentraran en el sermón del padre Ruiz Quevedo. Los acontecimientos sobrepasaban la realidad. Al finalizar el rito, Antonio se encontró en la puerta con su hermano Francisco. Tomasa y los niños esperaron a su lado que los hombres conversaran. Remedios presentía que algo extraño le sucedía a su padre.

—Bueno, Antonio, las cartas están echadas. La estrategia de Sobre Monte de armar a la población para defendernos no surtió efecto. La última noticia es que escapó hacia Córdoba con un centenar de milicianos. Lo acusan de haberse llevado los caudales del gobierno. No creo que sea verdad.

—Por supuesto, Francisco. Don Rafael no sería capaz de semejante cosa. ¿Alguna otra novedad?

—Sí, las autoridades aceptaron la intimación de Beresford y han entregado Buenos Aires a los ingleses.

Remedios veía los entrecejos fruncidos de los adultos pero no llegaba a comprender la dimensión de los acontecimientos. Caminó unos pasos hacia la derecha, donde un grupo de feligreses hablaba de lo mismo. Pudo escuchar que dos días antes, mil seiscientos soldados al mando del coronel William Carr Beresford habían desembarcado en las costas de Quilmes para invadir la ciudad. Recién al día siguiente habían respondido la ofensiva con un desempeño caótico, llevando a las tropas locales a la retirada y subsiguiente rendición. Con los ojos grandes y sin pestañear, regresó al lado de su madre. Su padre y su tío seguían con lo mismo. ¿Qué les sucedería a ellos? ¿Los ingleses llegarían hasta su casa para llevársela? Pero si ellos tenían amigos de esa isla que a veces los visitaban... No era posible que esos señores fueran enemigos. Esos pensamientos tranquilizaron a Remedios, por lo menos por un rato.

Regresaron a la casa. A las dos horas se sentaron para almorzar. Remedios comió en silencio, escuchando a sus padres y a Maruja, que intercambiaban opiniones.

—Padre, ¿vamos después del almuerzo a la Plaza Mayor? Allí nos enteraremos de todo, ¿no te parece? —preguntó Maruja.

—¿Puedo acompañarlos? ¿Por favor? —imploró Remedios.

—Bueno, m'hija. Pídele a Felicia que te prepare, y vienes con nosotros.

A las corridas se dirigió a la cocina. De la mano arrastró a su nana hacia las habitaciones para que la arreglara. Felicia la abrigó con las medias largas de lana, la chaqueta de terciopelo azul marino y el chal sobre la cabeza. Así vestida y junto a sus hermanos varones, sus padres y Maruja, partió rumbo a la Plaza Mayor.

El revuelo en la plaza era enorme. Estaba repleta de curiosos, a pesar del viento frío y la llovizna. De repente, aparecieron ellos. Las tropas británicas desfilaron por la Plaza Mayor y enarbolaron la bandera del Reino Unido, ante la mirada ansiosa de todos. Manuel y Mariano se quedaron sorprendidos con los uniformes enemigos.

Esos hombres altos y rubios del Regimiento 71 marcharon mostrando sus botas de cinta punzó cruzadas, falda corta, gorras de una tercia de alto de plumas negras y una cinta escocesa que formaba el cintillo, y un chal escocés cruzado sobre una casaca corta colorada. Algunas mujeres miraban con entusiasmo la agrupación de hombres nuevos. A pesar del clima, los enemigos mostraban las piernas desnudas con orgullo. Las más miedosas lloraban por el rey de España. Pero el aturdimiento prevalecía. Nadie sabía qué iría a pasarles en el futuro.

—Vamos, niños, que la lluvia empieza a caer con más fuerza —incredó Tomasa.

—Ay, mamá, ¿un rato más? ¿Por favor? —imploró Manuel. No quería perderse nada de lo que sucedía.

—Yo vuelvo con Remedios, Mariano y Maruja. Si te quieres quedar, le preguntas a tu padre.

—Se queda conmigo, Tomasa. Volvemos en un rato.

Las mujeres abrieron sus paraguas y cobijaron a los niños. Despacio, emprendieron la vuelta, evitando el barrial que había comenzado a formarse. Los habitantes que habían llenado la plaza también empezaron a retirarse. Antonio y Manuel, en cambio, siguieron a un grupo de ingleses a cierta distancia. Bajaron por la calle del Santo Cristo^[9] y entraron en Los Tres Reyes, una fonda ubicada a pasos de la plaza.

—Ven, Manuelito, entremos a comer algo. De paso, vemos de hablarles —abrieron las puertas de la fonda, propiedad de Juan Boncillo.

Allí, en el gran salón comedor decorado elegantemente estaban sentados los cinco ingleses, varios españoles y un criollo. Antonio se quitó la capa, apoyó su bastón sobre el respaldo de una silla y se acomodó en la mesa de al lado junto a su hijo.

—Buenas noches, Boncillo. Aquí le traigo unos comensales nuevos. El capitán Gillespie quiere comida para todos —señaló el criollo que oficiaba de traductor.

—¿Necesitáis ayuda? —ofreció Escalada.

—No se preocupe. Mi nombre es Ulpiano Barreda, y aquí me ofrecí de intérprete de los ingleses.

—Bueno, Barreda. Cualquier cosa que precisen, ya sabe.

Afuera sonaban unos truenos. La noche tormentosa obligaba a los transeúntes a moverse con pasos largos rumbo a sus casas. En la fonda, la clientela se sentía a salvo. Juan sacó de la cocina huevos y tocino. Era lo único que le había quedado a esas horas.

—María, llévale la comida a los señores soldados.

La moza no encubrió el disgusto de su cara. Con dos platos en sus manos, se acercó a la mesa del capitán Gillespie. Provocadora, miró a los ingleses. El capitán le susurró algo a Barreda, con sus ojos fijos en la muchacha.

—El capitán Gillespie me pide que te diga que expresas sin temor a ninguna represalia el porqué de tu disgusto. —Los soldados españoles se movieron incómodos en sus sillas. En la mesa de al lado, Antonio y Manuel se miraron con ansiedad. La

moza sonrió y agradeció al oficial inglés. Se dio vuelta y caminó hacia el lugar adonde estaban ubicados los españoles.

—Desearía, caballeros, que nos hubiesen informado antes de sus cobardes intenciones de rendir Buenos Aires, pues apostaría mi vida que, de haberlo sabido, las mujeres nos habríamos levantado unánimemente y rechazado a los ingleses a pedradas.

—A ver, María, ya es suficiente. Vamos para adentro —dijo el dueño de la fonda y salió de atrás de la mesada quitándose el delantal. La moza se retiró y los españoles comenzaron a despotricar.

—Vamos m'hijo. Nos vamos para casa, es tarde ya —apuró Antonio. Temía que las cosas pudieran complicarse. Manuel aún era chico y él, a pesar de disimular sus años con una vitalidad desmedida, ya era un hombre mayor.

El sonido del bastón hundiéndose en el barro y el tranco largo del padre y el hijo sobre las calles de la ciudad invadida cerraron aquella noche de tormenta que iniciaba un nuevo rumbo a Buenos Aires.

* * *

Las carcajadas retumbaban en la sala de los Escalada. Estaba repleta de hombres. Sólo hombres esta vez. Hacía quince días Antonio había enviado a su mujer e hijos a la quinta de Maruja, en San Isidro. La vida, con los ingleses en la ciudad, se había complicado por demás, y temía que se pusiera peor. Ahora que los incidentes habían pasado, se daba cuenta de que su decisión había sido la acertada.

Estaba de festejo en su casa junto a varios amigos y compañeros de gesta, pero hacía unas semanas los acontecimientos habían sido otros. Era algo impensado hablar de brindis o cánticos celebratorios. Durante doce horas, el estruendo de los tiros entre las milicias reclutadas por Juan Martín de Pueyrredón y las tropas inglesas había aterrado a los habitantes de la ciudad. Antonio agradecía que su familia no hubiera estado allí.

Pero ahora todo había pasado y la alegría que se vivía esa noche, en su casa, le hacía olvidar la inquietud, y por qué no, el miedo al que habían estado sometidos.

—Amigos, quiero proponer un nuevo brindis en esta jornada gloriosa —anunció el dueño de casa, con la copa en alto—: ¡Por el héroe de la Reconquista, don Santiago de Liniers!

Algunos de los presentes se acercaron a la mesa. Otros prefirieron mantenerse en su lugar. No todos estaban a favor del francés Liniers. Sin embargo, la alegría por la reconquista de Buenos Aires no se iba a ver empañada por celos o asuntos personales. Escalada se acercó a Pueyrredón y se quedó mirándolo con brillo en sus ojos. Le palmeó el hombro derecho y lo felicitó.

—Don Juan Martín, cuánta bravura ha mostrado, a pesar de todo, en Perdriel. Ha salvado su vida de casualidad.

—No fue la casualidad, don Antonio. Fue el anca del caballo de un soldado lo que me salvó. La bala de cañón que hirió de muerte a mi animal podría haberme dado a mí. Pero aquí estamos, y hemos recuperado nuestra ciudad —dijo Pueyrredón, con una sonrisa plena.

—Si no hubiera sido por nosotros Buenos Aires quedaba derruida. El imbécil de Sobre Monte no estuvo a la altura de las circunstancias. También es verdad que nuestras milicias no pudieron solas en Perdriel, y que necesitamos de los hombres comandados por don Santiago, desde Montevideo. Pero ahora no son tiempos de análisis. Más vale festejar —gritó el rico comerciante Martín de Álzaga, exultante con la derrota inglesa.

También eran de la partida Francisco de Escalada y el recién llegado Manuel Belgrano, quien había cruzado desde Colonia con las tropas de Liniers.

—Antonio, ¿cuándo vuelven todos a casa? —le preguntó don Francisco a su hermano.

—Mañana temprano parte mi fiel Saturnino rumbo a San Isidro, en busca de Tomasa y los niños. Se resguardaron allí con Maruja y varios sirvientes. Demaría no está en el país, se encuentra en el Paraguay, ya sabes.

—Como siempre, claro.

—¡Don Manuel, venga y cuénteme cómo encontró la ciudad! —Antonio acercó el botellón a la copa de Belgrano, y la llenó.

—Gracias a Dios estoy de vuelta aquí y sin los ingleses, don Antonio. Fue realmente espantoso verlos usurpando Buenos Aires, muy doloroso ver a mi patria bajo otra dominación. Casi pierdo la cabeza. No lo pude tolerar. Pero olvidemos esos días y a brindar por nuestro regreso. ¡Viva Liniers!

Los comerciantes más destacados de Buenos Aires y algunos soldados de rango, casi todos los protagonistas de la jornada triunfal del día anterior, exponían su entusiasmo sin ningún prurito. Se sentían de vuelta en casa. Como si hubieran sido expulsados sin explicación alguna, y luego de varios intentos fallidos, lograban al fin que la puerta se abriera de par de par.

Capítulo IV

Antonio estaba inquieto. Más que inquieto, su cabeza se encontraba repleta de preocupaciones y dudas. El año había comenzado con algunas turbulencias. Algo le decía que las cosas no terminarían bien. No eran los problemas de negocios lo que mantenían al patriarca en vela por las noches. El barco, las mercaderías y la compraventa no le provocaban el insomnio recurrente. La ansiedad empezaba a ganarle la batalla. Y no tenía a nadie en quién confiar dentro de su casa. Además, no quería preocupar a los suyos con los aires enrarecidos que circulaban por la ciudad. ¿Quién podría entenderlo? ¿Tomasa? No la creía capaz. Pero suponer que su mujer era tan tonta como para no darse cuenta de que algo estaba pasando era una ingenuidad. Tomasa había notado —incluso antes de que Escalada pusiera de manifiesto su zozobra— que su marido no estaba viviendo una buena temporada. Se sentía invisible ante Antonio. Ni la miraba, y cuando ella le hacía alguna consulta por los niños su marido se ausentaba. Tenía la mirada perdida, como si su cabeza anduviera ocupada en otras cosas, a cientos de leguas de allí. Era extraño que Antonio no reparara en ella. Así lo había seducido cuando se conocieron. Ella mucho más joven que el hombre ya hecho y derecho. La belleza y juventud de Tomasa habían cautivado a ese caballero; y seguían cautivándolo. Pero esa seducción había desaparecido hacía un tiempo.

Tomasa le imploraba que se fuera a dormir con ella. Ya no sabía cómo hacer para lograr que se retirara a sus habitaciones luego de comer. Antonio tenía el entrecejo fruncido a toda hora. Ella desconocía el motivo aunque ensayara todo tipo de posibilidades. Tan desesperada estaba por la incertidumbre en la que su marido la había sumido, que esa misma noche le había preguntado a los gritos si el motivo de sus ausencias era otra mujer. Antonio sólo sonrió. Intentó explicarle que no era eso lo que lo tenía alejado. Pero su mujer no escuchó explicaciones. Lo quería con ella otra vez. Con un golpe seco cerró el abanico y encaminó su cuerpo erguido de orgullo hacia la puerta que la llevaba de la sala a su habitación.

El silencio de la casa agigantaba la ausencia de ruidos de la calle. Se avecinaban días de inestabilidad. Los habitantes de Buenos Aires seguían con sus vidas como si nada sucediera. Intentaban la rutina diaria sin cambios. Pero algunos señores conocían lo que realmente se gestaba en profundidad. Antonio y casi todos los hombres de la ciudad empezaban a escuchar de confabulaciones, intrigas, persecuciones y nuevas ideas que intentaban desestabilizar a las viejas. Cierta sector sabía —cuando no participaba— de las reuniones secretas que se realizaban en algunas casas o lugares públicos camuflados, para evitar la cárcel por desacato. Algunos preferían la prudencia, otros elegían la acción de la palabra en pos de un futuro liberado de España. Se empezaban a escuchar nuevas adjetivaciones: unos eran los patriotas o insurgentes, otros, realistas o maturrangos.

La sala estaba repleta de hombres. Acostumbrada a las tertulias, la servidumbre de la casa de los Escalada no entendía demasiado bien por qué las mujeres no participaban de esa reunión. Por las noches, ese ámbito siempre era dominio de las señoras de la casa. Tomasa, Maruja, muchas de sus amigas y damas pertenecientes a la elite concurrían a esas veladas famosas del Río de la Plata.

Pero éstos no eran tiempos de fiesta. En esa fresca noche de abril se escuchaban sólo voces masculinas. Fueron llegando de a uno. Los capotes de los invitados ocuparon el perchero de la entrada. El hermano de Antonio, Francisco, su yerno José Demaría, el primo de su mujer Miguel de Irigoyen de la Quintana, Miguel de Azcuénaga, Juan José Castelli y Francisco de la Orma, todos con su vaso en mano. Algunos acalorados por la bebida y la discusión; otros mantenían el temple como era costumbre. En esos días no convenía gritar las posturas políticas a cuatro vientos. Era preferible mantener la prudencia. Sin embargo, los más jóvenes y aquellos más osados vomitaban sus ideas para que las escuchara quien quisiera. A veces dependía del lugar donde se encontraran. Algunas casas permitían la franqueza más absoluta, en otras era mejor manejarse con cautela. En casa de los Escalada era preferible navegar dentro de los mares de la prudencia. Antonio y Francisco pertenecían al grupo de los que optaban por mantener el buen orden.

—Señores, ¿alguien quiere otra bebida? ¿Alguno prefiere un mate? —preguntó Antonio.

—Estamos muy bien así, no te preocupes. ¿Se enteraron de la última noticia? Los otros días entraron al café de Marcos buscando a algún afrancesado —dijo De la Orma—. Estos del Juzgado de Vigilancia Política no nos dejan en paz. ¿De dónde sacó este Cisneros la idea de perseguir a la gente?

—Bueno, hombre. Me parece que el virrey no estuvo tan errado al emitir un bando luego de todos los sucesos que acontecieron en esta ciudad —respondió Francisco de Escalada—. Que haya intentado prevenir al vecindario de díscolos, que extendiendo noticias falsas y seductivas pretenden mantener la discordia, no sé si me parece un accionar tan errado.

—La verdad es que desde el año pasado las cosas ya no están bien. El levantamiento de Martín de Álzaga fue una clara señal, señores. La rivalidad entre criollos y peninsulares parece estar en su punto más tenso —refutó el yerno de Antonio—. Demasiada rispidez en el ambiente. Y la resolución de Cisneros fue una provocación clara. Las persecuciones del virrey nos llevarán por mal camino, yo sé lo que les digo.

—A ver, señores, tranquilos. La firmeza en los hechos, y las ideas claras nos conducirán a una resolución correcta. No desesperen, sigamos bebiendo y conversemos de otras cosas —intervino el abogado Juan José Castelli llenando su vaso. Se acercó al sillón en el que se había acomodado Demaría para hablarle aparte

—. José, mañana nos reunimos en la jabonería de Hipólito Vieytes con Belgrano, Paso, Beruti y otros más. No faltes.

—De ninguna manera. Cuenten conmigo.

Era un secreto a voces el motivo de aquellas reuniones. Empezaban a gestarse nuevos movimientos en el virreinato. Los privilegios de los españoles en tierras coloniales causaban un encono especial entre los criollos. La imposibilidad de ocupar cargos, de abrir mercados, y el descenso y falta de autoridad en España, encendían las cabezas de los hombres influyentes de Buenos Aires. Los hermanos Escalada optaban por escuchar a los más jóvenes, que tenían otros bríos y no temían represalias. Los hombres del Consulado preferían no emitir su opinión. Demaría, en cambio, mantenía vínculos ocultos con Manuel Belgrano y Juan José Castelli. No era fácil mostrarse a cara descubierta. En casa de su familia política guardaba —cuando no se le escapaban— las formas. Pero cuando franqueaba la puerta de la casa de Nicolás Rodríguez Peña, en la calle San Martín^[10], o de la jabonería de Vieytes, los gestos de su cara se transformaban. La sonrisa amable que mostraba a los Escalada devenía en una mueca adusta junto a sus compañeros de lucha.

Otro asiduo concurrente a la casa de La Merced, quien también llevaba una vida paralela, era Francisco de la Orma. El comerciante de 33 años había llegado desde España, pero su heroísmo durante la Reconquista de Buenos Aires lo había instalado entre los defensores acérrimos de los criollos. En su quinta, situada cruzando el Riachuelo, se juntaba varias veces por semana un reducido grupo de patriotas en forma clandestina para discutir acerca de las posibilidades de lograr la autonomía rioplatense. Sus compañeros de causa eran Domingo French y fray Ignacio Grela. Pero esto sucedía por las noches. Durante el día era normal que su hija Rufinita recibiera a Remedios, su amiga íntima. Compartían rondas, juegos al aire libre y todo tipo de complicidades. Tomasa y Antonio querían mucho a la niña de su amigo y cuando no les tocaba jugar en la quinta, lo hacían en casa de ellos.

Las sociedades secretas estaban a la orden del día, más encendidas, o algo tibias. Los hombres del Río de la Plata empezaban a reunirse a puertas cerradas. Las intrigas y traiciones eran parte de la normalidad. Había que imponer la intuición por sobre todo. Así era cómo Antonio de Escalada transitaba por la ciudad, con pocas palabras y muchas escuchas. Según su percepción, era lo más inteligente que podía hacer. No quería perder lo que había atesorado durante todos esos años. Había ganado mucho, él lo sabía. Por eso debía mantenerse bien con Dios y con el diablo. Sabía que las cosas no estaban bien, que el desarrollo de los acontecimientos era inevitable. Las tensiones iban en aumento y el desenlace era aún un misterio. Debía mantenerse alerta.

Las novedades y los negocios de cada uno eran el tema que se tocaba en este encuentro. Y así era cómo Antonio se enteraba de las últimas noticias. Las velas fueron ardiendo y cerca de la medianoche los hombres emprendieron la retirada. Por la gran ventana que daba a La Merced, Antonio vio cómo un grupo de capotes negros

enfilaba rumbo al sur en fila india.

Corrió las cortinas y se dirigió despacio a sus habitaciones. Allí lo esperaba Tomasa despierta.

—¿Se retiraron todos?

—Sí, mujer.

—¿Podrás dormir esta noche, Antonio?

—Eso espero.

—Las cosas no están bien.

—No, pero tratemos de no hablar de eso. ¿Qué te parece Antonio Dorna?

—Un hombre espléndido, de fortuna. ¿Por qué?

—Estuve pensando en su hijo Gervasio para Remedios.

—Bueno, Antonio —Tomasa se incorporó de inmediato, y acomodó dos almohadones detrás de su espalda.

—Tiene un buen pasar, es un comerciante muy bien establecido. Además de las catorce leguas que poseen en Monte y la quinta en el sur de la ciudad. Además, su hija María Sandalia es amiga de Remedios. Me parece una idea acertada, ¿no?

—Me gusta Gervasio para mi hija. Excelente decisión, querido.

Sin más, Antonio se quitó las ropas. Ya estaba decidido. Al día siguiente hablaría con Dorna. Estaba seguro de que aceptaría encantado que su hijo fuera el elegido. Sería un enlace beneficioso para ambos.

* * *

El 18 de mayo la ciudad amaneció con la noticia de que la Junta de Sevilla había caído. Cuatro días antes, un barco había traído periódicos desde Europa con la impactante novedad. El virrey Cisneros había ordenado decomisarlos, pero Manuel Belgrano y Juan José Castelli lograron interceptar uno y así se enteraron del nuevo contexto político. Rápidamente dieron a conocer las noticias en una reunión en la que se encontraron los protagonistas de las sociedades secretas.

Las discusiones sobre cómo destituirían a Cisneros iban de un extremo a otro. Algunos militares como el jefe de los Húsares Martín Rodríguez, se inclinaban por el uso de la fuerza; el otro grupo, donde primaban los abogados como Castelli, privilegiaba la convocatoria a un cabildo abierto para discutir el nuevo escenario.

Los días que siguieron fueron intensos. Se decidía el futuro de la Patria. La familia Escalada seguía de cerca el devenir de los acontecimientos, hasta que el lunes 21 por la tarde golpearon a la puerta de calle. Juan Manuel abrió y recibió de mano de un emisario una esquila a nombre de su patrón. Fue a la sala y le entregó el sobre. Antonio desplegó el papel con ansiedad. Sabía que el Cabildo había enviado cuatrocientas cincuenta invitaciones entre los principales vecinos y autoridades de la capital. Con una letra perfecta, la esquila decía:

«El Excmo. Cabildo convoca a Vd. para que sirva asistir, precisamente mañana 22 del corriente, a las nueve, sin etiqueta alguna y en clase de vecino, al cabildo abierto que con avenencia del Excmo. Sr. Virrey ha acordado celebrar; debiendo manifestar esta esquela a las tropas que guarnecerán las avenidas de esta plaza, para que se le permita pasar libremente.»

Antonio preparó su mejor atuendo para la mañana siguiente. Debía acostarse temprano para responder a una larga jornada como canciller de la Audiencia, tal su cargo. Sabía que la discusión sería larga y engorrosa. Había varias posiciones y los hombres que tomarían la palabra irían bien preparados.

El día amaneció frío y nublado. Escalada se envolvió en su capa, tomó su bastón y caminó en silencio hasta la Plaza de la Victoria. Sólo ante la insistencia de Tomasa, temerosa de algún percance, aceptó que Saturnino lo acompañara. Desde temprano las inmediaciones del Cabildo estaban repletas de «chisperos», el ala más exaltada de los revolucionarios. Antonio Beruti y Domingo French se encontraban al mando y habían reclutado a los sectores más pobres de los barrios de Monserrat, San Nicolás, Concepción y el Retiro, y algunos miembros más díscolos de las milicias.

—¿Qué es lo que pasa, Saturnino?

—Don Antonio, la plaza está tomada por la Legión Infernal. Escuché por ahí que estarán dispuestos a todo, incluso a tomar el Cabildo por asalto si las cosas salen mal. A ver si lo asaltan...

—No hay que preocuparse... Además, tú me defenderás... —Pero viendo la cara de susto del moreno, agregó—: Mejor me esperas en la esquina de la Catedral.

El canciller de la Audiencia entró al edificio sin que nadie lo detuviera y ocupó su lugar. No habían concurrido los más de cuatrocientos vecinos, sólo llegaban a la mitad de los invitados. Cuando todos se hubieron dispuesto, comenzaron a discutir la legitimidad o no del gobierno, y la aprobación de la autoridad del virrey o su destitución. Las posiciones eran dos: aquellos que sostenían que la situación debía mantenerse igual con Cisneros en su cargo, y los que defendían que debía formarse una junta de gobierno.

Como correspondía, el primero en hablar fue el obispo Benito Lué y Riega. Nadie dudó ni por un instante cuáles iban a ser sus palabras.

—Voy a exponer mi opinión. No solamente no hay que hacer novedad con el virrey, sino que aun cuando no quedase parte alguna de la España que no estuviese sojuzgada, los españoles que se encuentren en América deben tomar y reasumir el mando de ella. Este mando sólo podrá venir a manos de los hijos del país cuando ya no haya un español en él. Aunque hubiese quedado un solo vocal de la Junta Central de Sevilla y arribase a nuestras playas, lo deberíamos recibir como al Soberano.

El murmullo de los hombres fuertes de Buenos Aires creció hasta que el doctor Castelli tomó la palabra. Primero tartamudeó, y quienes lo conocían bien sabían que

sólo podía ser por la rabia contenida ante las palabras del obispo. Pero como buen orador que era, pronto inició una disertación llena de argumentos legales. A don Antonio le llamó la atención que Castelli recapitulase los hechos desde dos años atrás, cuando había comenzado la invasión francesa a la Metrópoli. Afirmó que ya entonces había caducado el gobierno soberano de España, en el momento mismo en que el último representante de la familia real, el infante don Carlos María Isidro había abandonado Madrid. Pero no dio tiempo a que esa afirmación temeraria —dos años sin legitimidad, nada menos— fuese contestada y siguió:

—Ahora con mayor razón debe considerarse que ha expirado ese gobierno con la disolución de la Junta de Sevilla, porque ésta no tiene facultades para establecer una regencia, ante la prisión de Su Majestad. De aquí se deduce que la soberanía ha revertido al pueblo de Buenos Aires, que en libre ejercicio de sus derechos debe instalarse un nuevo gobierno.

Antonio escuchó todo con atención. Analizó con precisión los discursos y cuando llegó su turno se acomodó la chaqueta y apoyó su cuerpo en el bastón labrado:

—Todo lo que sea poner en duda la necesidad de dar una nueva forma al gobierno del Virreinato me parece ya fuera de lugar. No sólo porque para eso se ha convocado al vecindario, sino porque la capital, conmovida en masa, lo reclama como indispensable para su seguridad y para sus derechos. Hay momentos en que los pueblos no tienen confianza sino en sí mismos; y justo o injusto, es siempre imprudente que se pretenda cerrarles las puertas que ellos quieren vigilar. Tengo la satisfacción de que el mismo señor virrey, inspirado siempre por un juicio elevado y por aquella discreción política que sólo pueden valorar los que le tratan, está de acuerdo en que se perfeccione la forma gubernativa del Virreinato. Por lo que he oído y conversado con la mayor parte de las personas influyentes que están reunidas, la proposición que cuenta con el asentimiento de todos es la siguiente: «Si se ha de subrogar otra autoridad a la autoridad que tiene el Excelentísimo Señor Virrey, dependiente de la Soberana, que se ejerza legítimamente en nombre del Señor Don Fernando VII».

Los ánimos se caldearon, la paciencia se iba perdiendo. El cansancio por los preliminares de los que tomaban la palabra se hacía notar. Hartos de dar vueltas sobre lo mismo, la mayoría de los presentes adhirieron a que la votación se hiciese sobre la fórmula de Escalada. Pero las diatribas continuaron. El fiscal Manuel Villota, representante de los españoles, señaló que la ciudad de Buenos Aires no tenía derecho a tomar decisiones unilaterales sobre la legitimidad del virrey sin hacer partícipes del debate a las demás ciudades del Virreinato. El doctor Juan José Paso le dio la razón en el primer punto, pero agregó que la situación del conflicto en Europa y la posibilidad de que las fuerzas napoleónicas siguieran conquistando las colonias americanas demandaban una solución urgente.

—Y argumento que Buenos Aires sea una suerte de «hermana mayor», por lo que tomará la iniciativa de realizar los cambios que juzgue necesarios y convenientes,

bajo la expresa condición de que las demás ciudades serán invitadas a pronunciarse a la mayor brevedad posible —concluyó el abogado.

—Mi voto es por el señor don Antonio José de Escalada —opinó el militar Miguel de Azcuénaga.

El atardecer se transformó en noche cerrada. Algunos hombres se destacaron por el silencio, otros, como Saavedra, por la crispación. El jefe del Regimiento de Patricios propuso que el mando se delegase en el Cabildo hasta la formación de una junta de gobierno.

—Y no queda duda de que el pueblo es el que confiere la autoridad o mando —concluyó Saavedra, erguido y seguro.

El silencio acaparó las miradas de los allí reunidos. Los señores buscaron alguna mano rezagada. Pero no la hubo. La suerte estaba echada. Comenzó la votación con lentitud. Afuera del Cabildo los «chisperos» esperaban con ansiedad; adentro se tejía el juego de la política. Y llegó la medianoche. La decisión se tomó a favor de la destitución del virrey por una amplia mayoría, 155 votos contra 69. A la madrugada se emitió el documento que decía:

«Hecha la regulación con el más prolijo examen, resulta de ella que el Excmo. Virrey debe cesar en el mando, y recae éste provisoriamente en el Excmo. Cabildo hasta la erección de una Junta que ha de formar el mismo Excmo. Cabildo, en la manera que estime conveniente.»

Agotados pero contentos, los protagonistas comenzaron a retirarse del Cabildo. Antonio caminó hasta la esquina que había convenido con su esclavo. Allí estaba Saturnino, con el sombrero encimado sobre sus ojos, dormitando. El canciller dudó en despertarlo bruscamente, para tomarle el pelo. Pero estaba muy cansado y se limitó a un «Vamos», que bastó para despabilar al moreno. Llegaron a la casa y el silencio era total. Esa noche pudo dormir en paz.

* * *

A las nueve de la mañana una multitud se dio reunión en la Plaza Mayor, liderada por French y Beruti. Reclamaban la renuncia absoluta de Cisneros. Como una tromba invadieron la sala capitular. Los integrantes del Cabildo, entre ellos los hermanos Escalada, reclamaron que fueran reprimidos por la fuerza. Pero nadie obedeció. El virrey seguía resistiendo. Los cientos de hombres reunidos en la plaza exigieron la formación de una Junta. La lluvia no lograba amedrentarlos, querían una respuesta y no se irían hasta conseguirla. Adentro, la cosa se ponía áspera. No convenía desestimar la presión popular. Tres capitulares abrieron las ventanas y salieron al balcón. La lluvia les mojó los cuerpos, al igual que la multitud que aguardaba en la plaza. A viva voz presentaron la ratificación a la petición popular. En un grito, los abajo reunidos elevaron los brazos y los pocos que se guarecían con paraguas los sacudieron con ferocidad. Habían vencido al último vestigio del poder viejo. Sólo

cuando les aseguraron que la nueva Junta había sido reconocida comenzaron a retirarse. Dentro del Cabildo se preparaba todo para la jura de esa tarde.

Se aguardaban aires nuevos en la joven ciudad de Buenos Aires.

* * *

—¡Qué afortunados seremos, Tomasa! El cambio, te aseguro, será para mejor — señaló Antonio. Su mujer, en cambio, tenía sus dudas. Acostumbrada a los beneficios que habían adquirido gracias a los negocios, las novedades no le hacían ninguna gracia. Prefería mantener las cosas como estaban.

—No sé, Antonio. ¿Para qué cambiar?

—El mundo está cambiando, mujer. No nos podemos quedar atrás. Y además, quiero agregarte que he decidido aportar dineros para la defensa de América y del rey Fernando, que Dios lo guarde.

—Yo no puedo obligarte a que cambies de opinión. Si la decisión está tomada, así será.

—Como canciller de la Real Audiencia he ofrecido 200 pesos fuertes y además, me comprometí a otros 200 cada año, mientras pueda y la Junta lo crea pertinente.

—Tú sabrás...

—Por supuesto, querida. Y habría que avisarles en la cocina que preparen una humita. Invité a Antonio Dorna. Le voy a participar nuestra idea, sobre su Gervasio y nuestra Remedios.

Tomasa arrojó su pecho y se dirigió al sector del servicio. Dio las órdenes. Quería que la comida estuviera perfecta. Debía deslumbrar al padre del candidato de su hija. Este muchacho era un buen partido, nunca hubiera entregado así como así a Remedios, una heredera espléndida en dinero y linaje. Dorna reunía las condiciones adecuadas: era hijo de un comerciante acaudalado y de buena familia. Perfecto.

A las dos en punto entró don Antonio Dorna en la sala. Vestía de punta en blanco. La ocasión lo permitía. Tomasa lo miró encantada; el calzón gris, las medias de seda negras, la casaca con hebillas de oro y el capote de barragán, sumaban al porte del hombre a seducir.

—¿Cómo está, don Antonio? —saludó el patriarca.

—Muy bien. ¿Qué tal, doña Tomasa? Gracias por la invitación.

—Por favor, lo recibimos encantados.

Los tres se sentaron a la mesa y la conversación fue de un tema a otro. Los niños acababan de comer en la cocina. Se dirigían a sus cuartos, cuando Remedios escuchó otra voz en el comedor. Había alguien más con sus padres. Sigilosa, se acercó hasta donde estaban comiendo los adultos. Frente a su madre estaba sentado el padre de su amiga María Sandalia. En el momento que dio el primer paso hacia la silla del hombre, escuchó lo que no debía.

—Don Antonio, hemos pensado con Tomasa que mi hija Remedios sería la

perfecta esposa de su hijo.

La niña retrocedió un paso y rogó que nadie hubiera notado su presencia. Estaban organizando su futuro. Esto era algo normal y ella sabía que tarde o temprano le tocaría. Nunca se le hubiera ocurrido que Gervasio Dorna podría transformarse en su marido. Miró al padre de arriba abajo. La había escuchado miles de veces a su madre admirando la guapeza de ese hombre. Y la altura y firmeza de su cuerpo atraían a todas las mujeres de su casa. Incluso la había visto a Felicia mirándolo de reojo con un brillo especial en sus ojos.

—Es un honor que usted haya fijado su atención en mi hijo para desposar a su hija.

—En unos meses cumplirá los 13. Podemos pensar en el año que viene como un tiempo prudencial para los preparativos.

Remedios caminó en puntas de pie hasta su cuarto. Las deliberaciones de sus padres con don Antonio la habían dejado sin aire. ¿Cómo sería una nueva vida junto a ese muchacho? No sabía si le gustaba. Siempre lo había mirado como el hermano de María Sandalia. Ahora debía cambiar la forma de dirigirse a él. Necesitaba pensar.

* * *

Había transcurrido un mes desde el larguísimo Cabildo Abierto. Como todas las mañanas, don Antonio ocupaba su despacho. Leía unos contratos cuando, sin previo aviso, irrumpieron varios hombres a su lugar de trabajo. El eco de las voces de esos sujetos entre las paredes blancas lo sacó de su letargo.

—¡Señores! ¿Cómo entráis de esta manera?

—Don Antonio de Escalada, queda removido de su cargo. ¡Es una orden de la Junta! —Eran tres hombres y en sólo cuatro pasos lo arrinconaron con violencia. El canciller intentó responder pero se dio cuenta de que las cosas podían ponerse violentas. Era mejor retirarse y averiguar qué estaba sucediendo.

Cruzó la Plaza de la Victoria y llegó al Fuerte. Había un enorme revuelo. Los oidores Francisco Anzoátegui, Manuel José de los Reyes y Manuel de Velasco, los fiscales Manuel Villota y Antonio Caspe y Rodríguez, y el virrey Cisneros, ocupaban la entrada. Castelli, en nombre de la Junta, les comunicaba la orden de exilio obligado. Así, sin más y con la ropa puesta como único equipaje, fueron conducidos al muelle bajo la custodia de quinientos soldados para ser embarcados luego en la balandra corsaria inglesa *Dart*, rumbo a las islas Canarias. El ahora ex canciller cada vez entendía menos. Acomodó su chaqueta y emprendió el regreso a su casa. A los pocos pasos apareció su hermano.

—Antonio, ¿estás bien? Vengo del Cabildo, me acabo de enterar las nuevas.

—Sí, Francisco, me encuentro bien, no te preocupes. Pero las cosas han cambiado.

—En unas horas los jueces nombrados por la Junta en reemplazo de los oidores

jurarán en la Sala de la Audiencia. Tengo entendido que no tendrán otro tratamiento ni otro traje que el de simples abogados.

—Ay, hermano querido. ¿Qué otros cambios tendremos que soportar? ¿Qué habremos hecho para que la Providencia nos abandone?

—Nada de qué avergonzarnos, por cierto. Vamos, Antonio, te acompaño hasta tu casa.

Caminaron con cuidado entre los charcos que inundaban la ciudad. El silencio los impulsaba por las calles. En breve deberían explicar en el seno de sus familias los tiempos revueltos que se avecinaban.

* * *

Tomasa se levantó de inmediato. El llanto de su hija la había despertado. Con la cobija sobre los hombros entró en la habitación de Remedios. Allí se encontraba la niña, empapada de sudor. Sus mejillas pintaban su cara de rojo y la frente ardía en fiebre. Rápidamente entró Felicia. Traía un recipiente con agua y varias compresas.

—A ver, ayúdame con el remojito. Yo la cubro para refrescarla. Remedios, mi querida, quédate tranquila, ya bajará la temperatura.

—Estoy muy mal, mamita. Tengo asco, estoy sin fuerzas —sollozó la pequeña—. Tengo miedo.

—No te preocupes, aquí está tu madre para cuidarte.

La ciudad comenzó a clarear. El sol agazapado amenazó con dejarse ver. De a poco, la niña se fue tranquilizando y la respiración volvió a su ritmo. Tomasa logró dormirla y, agotada, volvió a su cama. Antonio la esperaba despierto.

—¿Cómo está mi hijita adorada?

—Ahora un poco mejor, pero me asusté mucho, Antonio. La fiebre era muy alta. Tenía la cara como nunca, parecía una bola de fuego.

—Esperemos que no sea nada.

—Ojalá, Antonio, ojalá.

* * *

La salud de Remedios empezó a oscilar. El frío intenso del invierno no ayudaba. Podía pasar unos días mejor, pero una lluvia o un descuido la arrastraban a un nuevo acceso de fiebre que la postraba. Tomasa la cuidaba por demás, pero a veces no era suficiente. Incluso había recurrido a la Virgen de la Merced, frente a su casa, para pedir por su hija. Antonio, que se quedaba en casa más que antes luego del bochorno vivido con su exoneración como canciller, acompañaba a su mujer. Cuando la salud de Remedios lo permitía, la abrigaba bien y salían juntos para que la niña tomara aire. Antes de que el sol bajara, caminaban por los alrededores y volvían a la casa antes de

que refrescara demasiado. Allí estaba Tomasa esperando.

Hasta que llegó la medianoche del 19 de agosto. Un estruendo despertó a los Escalada. Parecía que el portón de calle se venía abajo. Los golpes sobre la madera resonaron por toda la casa. Juan Manuel preguntó desde adentro quién era.

—¡Buscamos a don Antonio de Escalada, en nombre de la Junta!

Asustado, el esclavo corrió hacia los aposentos de su patrón, quien ya se incorporaba de la cama.

—Ya oí, voy para allá —se calzó el jubón y la chaqueta, acomodó su pelo y fue hasta la entrada. La puerta estaba abierta y en la calle lo aguardaban tres soldados.

—Queda bajo arresto, por orden de la Excelentísima Junta —los soldados lo llevaron al carro y allí estaba esperándolo el primo hermano de su mujer, Miguel de Irigoyen de la Quintana, con el mismo destino. En un acto formal, un oficial desplegó un acta y leyó:

—Antonio de Escalada y Miguel de Irigoyen de la Quintana, seréis confinados ambos dos a Luján debido a vuestras ideas exaltadas, consistentes en pretender la declaración de la independencia y ser sospechados de conspiradores.

Sin siquiera despedirse de su mujer, el patriarca tuvo que cumplir la orden. Con noche cerrada, apenas iluminada por el reflejo de los velones de alguna de las casas de La Merced, Escalada murmuró un adiós bajo y triste. No sabía cuál sería su futuro.

Tomasa lo miró detrás del cortinado de la sala. Las lágrimas cubrían su cara. Juan Manuel le había relatado todo lo que había sucedido. Siempre supo que las cosas no iban a resultar como le había vaticinado su marido. Por algo había tenido ese presentimiento.

«Ruego al Señor que Antonio pueda aguantar... Dios mío, que estos hombres recapaciten y dejen en libertad a mi marido... No es ningún exaltado ni conspirador... Es un hombre derecho... ¿Cómo se les ocurre acusarlo de semejantes atrocidades?... Debo tranquilizarme, cuidar de los míos mientras Antonio está preso», pensó Tomasa con los ojos entrecerrados. Acomodó el paño de la cortina y giró para volver a su cuarto. En la puerta de la sala estaba Remedios. Pálida y con la mirada desorbitada.

—Ven aquí, mi niña, no te asustes. Han encarcelado a tu padre pero todo va a salir bien, te lo prometo —abrazó a su hija y consoló su llanto. Le rodeó el hombrito con su brazo y la llevó a su cama. La arropó y entonó en voz baja un canto de cuna. Remedios, como cuando era más niña, tomó la mano de su madre y la posó sobre su mejilla. Así concilió el sueño. Protegida y tranquila.

Capítulo V

El cielo estaba cubierto y el frío de los primeros días de enero de 1812 helaba la sangre de cualquier mortal. La fragata *George Canning* había hecho una escala en la ciudad inglesa de Portsmouth para cargar la mercadería que faltaba y había retomado la marcha hacia el destino final: el puerto de Buenos Aires, adonde se dirigía con carga general y algunos pasajeros. Esa tarde, como todas las tardes y a pesar de las bajas temperaturas, el teniente coronel don José de San Martín salió a cubierta, se alejó de cualquiera que buscara entablar una conversación, y puso en orden sus pensamientos.

¡Qué extraña sensación! ¿Así que vuelvo? Volver... ¿a dónde? Si me fui a los cinco años de ese país en que nací, y apenas si lo recuerdo... Sé más del África, a fuerza de pelear ahí, que de esa América de la que soy hijo. ¿Será posible que extrañe ahora a la Península? Podría ser... Después de todo, en defensa de esta madre cruel y desagradecida he puesto en riesgo mi vida innumerables veces, he estudiado con rigor y voluntad férrea, he transitado por la carrera militar con honores y sinsabores, como le sucede a un soldado de ley. De cadete he llegado a teniente coronel. En Bailén, bajo el mando de mi amado amigo el Marqués de Coupigny, tuve en un desempeño destacado por el cual me premiaron con esta medalla de oro que no abandono nunca y que siempre acompaña mis destinos en el bolsillo del pantalón. La muerte me respiró cerca y algún que otro mal me he ganado en estas luchas. Pero si el filo del enemigo no logró ganarme, menos lo harán el asma y las úlceras. Más me preocupan las acusaciones de tantas mentes viles: si soy un afrancesado, que por qué ando de reunión en reunión con los ingleses... Me tienen cansado. Oídos sordos y palabras mínimas. Eso es lo que hice siempre y seguiré haciendo por los siglos de los siglos. Repugnantes enemigos de la libertad, eso es lo que son... Aliados de la propia conveniencia y vendidos al mejor postor. Me tienen harto. Por eso me voy... por eso me he ido. Para eso llegaré a tierras americanas. ¿Qué andarán diciendo en Cádiz ahora tras mi retiro del ejército? ¿De qué me acusarán cuando comprueben la gran mentira que armé, que debía ocuparme de asuntos familiares ineludibles en Lima? No importa lo que digan. Todo valdrá en pos de conseguir la libertad tan estimada... Mis pensamientos no son sólo míos, la Logia los encauza. Estos últimos tres meses en Londres han sido decisivos. Las reuniones con los Caballeros Racionales han dado una razón a mi vida... Nosotros lograremos al fin que los países americanos alcancen la independencia que tanto merecen...

Las aguas del Canal se habían quietado y la navegación se desarrollaba en paz.

San Martín se abrochó su largo sobretodo de paño azul, ajustó el sombrero militar forrado en hule, y cerró los ojos mientras el viento helado se detenía sobre su cara. Le dio la espalda al interminable mar y observó lo que sucedía a bordo. Sus cofrades, el alférez don Carlos Alvear y Balbastro, el capitán de infantería don Francisco Vera, el alférez de navío José Zapiola y su hermano Bonifacio, el capitán de milicias Francisco Chilavert, el subteniente de infantería Antonio Arellano y el primer teniente de guardias Eduardo Kalitz barón de Holmberg, conversaban no lejos de donde él se encontraba. Los hijos pequeños de Chilavert, Martiniano y José Vicente asomaban sus cabezas por la borda, hipnotizados con el oleaje. Cuando el mar dejó de seducirlos, se le acercaron. Desde el día de la zarpada los hijos de Chilavert habían quedado cautivados por la personalidad del teniente coronel. Él los recibía con agrado en esas horas eternas. Aprovechó para tomar su guitarra y entonó alguna canción andaluza, de esas que traía consigo en la memoria; aquellas que le recordaban la tierra de la infancia y juventud. Martiniano enmudeció para escuchar la voz áspera y entonada de su amigo grande, aquel soldado de ojos renegridos. De a poco, los demás compañeros de viaje fueron acercándose. Disfrutaban de la melancolía de las canciones interpretadas por don José.

—Qué bella canción, Mr. José —suspiró Mathilda Kendall, mientras caminaba hacia el soldado.

La joven veinteañera inglesa viajaba con su hermana Frances y su hermano mayor, Peter. Los ingleses se mudaban por una temporada a Buenos Aires. El nuevo mundo atraía a las muchachas. Tal vez consiguieran algún novio acaudalado de ese lado del globo. Los volados y cuentas del vestido de muselina verde crujieron con el caminar lento de Mathilda. Ese militar de rostro moreno, nariz aguileña y grande, profundos ojos negros que cuando la miraban lograban perturbar su respiración, despertaba su curiosidad.

—Gracias, Miss Kendall. Es una copla de mi tierra.

—Ahora va a tener que aprender canciones nuevas. ¿Pensáis quedaros mucho tiempo en Buenos Aires?

—No lo creo. Mis compañeros y yo tenemos grandes planes. Allí donde nos necesiten, estaremos. ¿No es cierto? —elevó la voz para que Alvear se sumara al grupo.

—Por supuesto. Estaremos un tiempo en Buenos Aires, lo necesario. Yo me encargo de posicionarlo, de conectarlo con la gente adecuada —respondió, altivo, don Carlos de Alvear.

Las hermanas Kendall estaban cautivadas ante tanta virilidad. El alférez de tez blanca y ojos azules era más joven que San Martín. Sin embargo, él no estaba disponible. Junto a él viajaba su joven y preciosa mujer, doña Carmen Sáenz de la Quintanilla, una aristócrata andaluza de 19 años. Pero a esas horas, la belleza española guardaba reposo en la camareta. Había tomado frío la noche anterior y no se sentía bien. Alvear abandonó a los reunidos y fue en busca de un té para su esposa.

—¡Demasiada curiosidad! Queremos llegar cuanto antes a destino. Pero habrá que armarse de paciencia y rezar para que no tengamos temporales. Es posible que tengamos tormenta en el Mar de Vizcaya —dijo Peter Kendall.

El sonido de las olas atrapó la atención del pasaje. Un rugir de ritmo pausado del agua. La luz del día que bajaba. El cielo comenzaba a cambiar de color. Un gris claro que dejaba de serlo. En pocos minutos comerían algo para luego retirarse a las camaretas. Así transcurrían los días y las noches. Algunos aplacaban la ansiedad por llegar. Otros disfrutaban de la odisea de cruzar el océano hacia la próxima aventura.

* * *

La calma había vuelto a la casa. Los tiempos de zozobra por el encarcelamiento y las pocas noticias de don Antonio habían llegado a su fin. El 25 de septiembre la Junta dispuso la libertad del hombre. Los primeros días de octubre pudo volver junto a su familia y fue tratado como un héroe. Entre los suyos volvía a estar feliz. Y no dejaba tarde sin contarles lo que había vivido esos treinta días alejado de ellos. De cualquier manera no lo había pasado nada mal. La privación de la libertad de Antonio de Escalada se había transformado en una temporada en la casa de doña Mercedes Lamadrid y don Gaspar Contreras, en Luján. Con mate de por medio, don Antonio les contaba de sus madrugones en silencio, de los desayunos con la pareja que lo había hospedado, y las tardes de siesta y lectura. Este encuentro consigo mismo, explicaba, le había venido muy bien. Reflexionar acerca de los destinos de la patria, las tensiones, el futuro de sus hijos. Ésas habían sido sus preocupaciones primordiales.

Tomasa estaba tan contenta con la liberación y el regreso de su marido que no dejaba de malcriarlo. Todos los días ordenaba que le prepararan sus comidas favoritas. Antonio se deleitaba con humitas, carne de cordero y algunos dulces, que en otros tiempos hubiera tenido que evitar pero que ahora le estaban totalmente permitidos. Remedios, Manuel y Mariano vivían un sueño, parecía que estaban de fiesta gracias a los permisos que su madre había inaugurado.

El calor de enero los exilió en la quinta. Remedios ya era una señorita. Había cumplido 14 años hacía poco más de un mes, el 20 de noviembre. Esa tarde de humedad y baja presión la había recluido debajo del viejo peral que daba sombra sobre el costado derecho del caserón. Recordaba el festejo de aniversario que le habían organizado sus padres. A las ocho esperaban a los invitados, pero Remedios no había estado lista. El peinado que le había hecho Felicia le había resultado horrible. El llanto le había deformado la cara. Su madre tuvo que poner orden en la habitación porque la agasajada se había empacado y no quería salir.

—A ver, niña, ¡vamos de una vez! A terminar de vestirse, por favor. Está por llegar la gente, por el amor de Dios. Déjame que te acomode yo.

—Me quiero morir, mamita. Estoy horrenda, Felicia me arruinó la cabeza —y continuaba con el sollozo.

—Ay, amita, no me diga eso. Es una mujercita divina.

—Ponte enfrente del espejo, m'hija. Tengo algo especial para ti, por tu cumpleaños.

Remedios se sentó frente al espejo del tocador. Ya no necesitaba los almohadones de un tiempo atrás. Vestida sólo con las enaguas y el corsé, la jovencita respiraba agitada. Las pestañas negras se le habían pegoteado y su boca enrojecida desvelaba la desmesura del llanto. Tomasa le soltó el recogido y la pelambre negra cubrió toda su espalda. El contraste del brillo del pelo contra la blancura de sus hombros asombró a Tomasa. Qué bella mujer comenzaba a aparecer en el cuerpo de su hija. Y esa mirada, entre desafiante y provocadora, qué diferente era de la de esa niña frágil de antaño. ¿Cuándo había cambiado tanto Remedios? Ya era una mujer. Pero seguía siendo su hija y aún estaba bajo su ala.

Felicia le trajo la caja de lazos, cintas y adornos. Remedios la abrió. De a poco, la congoja la fue abandonando y las ganas de verse bonita otra vez ganaron la batalla. Tomasa domesticó, al fin, los rulos de su hija. Le hizo el recogido a los costados y le dejó algunos pocos rizos sueltos sobre la sien. La jovencita eligió una diadema de perlas y su madre se la colocó, firme. Su hija brillaba como nunca, parecía iluminada.

—Tengo algo para ti. Quiero que lo luzcas esta noche. Es mi regalo de cumpleaños, hijita. Fue mío, me lo regaló mi madre cuando cumplí los 14, y ahora es tuyo —sacó de su bolsillo una gargantilla de plata y le rodeó el cuello para abrochársela por debajo del peinado. En el medio del pecho refulgió una cruz de rubíes que parecía un manchón de sangre sobre la piel de alabastro de Remedios.

—¡Ay, mamá! Me quedo sin habla, es sublime. ¿Y es mía?

—Por supuesto, Remedios. Tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti. Feliz cumpleaños, m'hijita.

La joven se irguió, miró su figura en el espejo y le gustó lo que vio. Apurada, se puso el vestido de linón natural bordado con canutillos y cuentas que dejaban al descubierto su cuerpo de ninfa. Se calzó los zapatos dorados y con una última mirada frente al espejo, respiró hondo y salió de su habitación.

Su hermana Maruja y sus sobrinas ya habían llegado. También algunos amigos de sus hermanos Manuel y Mariano, los tíos Francisco y María Gertrudis Bustillo y sus primos María de los Ángeles, Francisquito, Nicolás, Bárbara y Toribia. Todo en la casa era conversación, música y risas. Al rato llegaron los últimos invitados. Antonio y Tomasa suspiraron con tranquilidad cuando Juan Manuel les avisó que Antonio Dorna, su mujer Petrona Sosa y sus hijos Gervasio y María Sandalia hacían su entrada. Las chicas se abrazaron y corrieron al costado de la sala en busca de privacidad.

—Ah, Remedios, ¡qué bonito colgante!

—¿Has visto, María Sandalia? Es mi regalo de cumpleaños. Me lo dio mamá, era de ella y ahora es mío —dijo entre risas Remedios, mientras acariciaba los rubíes del dije y miraba de reojo a Gervasio, que de a poco se acercaba.

—¿Cómo está, señorita? Feliz cumpleaños, Remedios. Aquí le hemos traído un regalo. A ver si le gusta —dijo Gervasio y le entregó una caja envuelta con papel y moño. Miraba fijo a la muchacha que se convertiría en su esposa.

Con la cara iluminada de felicidad, Remedios abrió el paquete. Sacó con cuidado un abanico de marfil, madera e incrustaciones preciosas. Lo desplegó con un golpe seco y besó a su amiga. Sonriente y abanicándose, entornó los ojos y en susurros le agradeció al joven con quien sus padres la habían prometido. En ese instante sonó la música y las parejas iniciaron su baile. Gervasio estiró su mano e invitó a Remedios a bailar un minué. Ella se dejó mandar y aceptó. Desde un costado, sus padres observaban el baile de su niña. Él se acercaba y desde su altura la miraba fijo. Ella sostenía la mirada de ojos oscuros. Jugaba a la seducción y lo hacía bien. Luego sonó un vals y su primo Nicolás la solicitó. Remedios era la reina de la noche. Iba de brazo en brazo y giraba como un trompo. Era un festejo feliz. Al rato, algo cansada, abandonó a su pareja de baile y se acercó a la mesa, en busca de un chocolate. Se sentó alejada del resto, a mirar a sus invitados. Fijó su mirada en uno sobre todo. Gervasio Dorna. Hacía un tiempo que le habían dicho que se casaría con ese hombre. ¿Pero le gustaba? Le habían contado que el amor era algo que dejaba sin aire, que la pasión era un sentimiento peligroso. Ella creía no sentir nada de todo esto. Ese joven era apuesto, sí. Pero de sólo pensar que debía dormir con él por las noches, le daba náuseas. Prefería hacerlo con su amiga María Sandalia, a quien adoraba. Ella sí que la entendía. Se quedaban hasta altas horas de la madrugada cuchicheando cuando se reunían. Si para estar con su amiga, debía casarse con su hermano... ¿Valía la pena el sacrificio? Su madre le había dicho que el amor se construía con el tiempo; que lo lograría; que era un buen muchacho, la cuidaría como ninguno... No sabía qué debía hacer, pero parecía que las cosas ya estaban organizadas. ¿Tal vez el amor era así?

—¡Vamos a bailar, Remedios! —su amiga la tomó por la cintura. Dorna y su hijo tomaban una copa con el futuro suegro. Los rulos de la hija de Antonio de Escalada se pegaban a su cuello y la cruz de rubíes subía y bajaba, entre los jadeos y risas de su dueña.

La noche fue terminándose. Tomasa se acercó a su hija y le dijo al oído que ya era hora de que se fuera a dormir. Remedios se despidió de todos y se dirigió a su habitación. Había sido el cumpleaños más feliz de su vida. Le rogó a Dios que los próximos festejos de su vida fueran iguales al que estaba terminando.

* * *

El clima había cambiado. El frío intenso de los días de enero en altamar ya no era tal. El abrigo obligado de los pasajeros de la *George Canning* se había guardado al fondo del equipaje. Terminaba el mes de febrero y el viento cálido del océano Atlántico hacía que las jornadas fueran más largas y que las reuniones en cubierta duraran horas. Don José, las hermanas Kendall, doña Carmen, su marido y algún que otro

militar más conversaban de todo un poco. Frances y San Martín intercambiaban opiniones de literatura. Los libros de la biblioteca ambulante, que el oficial llevaba a todas partes, habían aliviado las interminables horas a bordo de las mujeres. El atardecer era el momento ideal para charlar acerca de los autores y sus personajes.

—Don José, estuvimos pensando con Carmencita que podría venir a casa cuando lleguemos a Buenos Aires. Lo hospedaremos con mucho agrado —le dijo Alvear.

—Muchas gracias, don Carlos. Pero no quiero importunar —respondió el teniente coronel, desabrochando un botón dorado de la casaca larga azul.

—No aceptaremos negativas, don José. Si nos permite, nos gustaría ayudarlo apenas lleguemos. Es un lugar desconocido y podemos sentirnos incómodos, sin amigos. Se lo decimos en serio, no es molestia. Es más, lo haríamos felices —increpó Carmen Sáenz de la Quintanilla, abanicándose con fuerza. El calor era insostenible.

—Veo que será difícil contradecirlos —sonrió don José.

* * *

Muy a lo lejos la tripulación vio al fin tierra firme. El capitán Bousfield avisó a sus pasajeros que en pocos días arribarían al puerto de Buenos Aires. El desembarco no sería nada fácil. La fragata debía evitar el bloqueo naval que imponía el virrey Elío desde Montevideo. No era sencillo el tráfico naviero a través de las aguas del Río de la Plata.

Las velas iban bien infladas y tirantes, y el destino estaba cada vez más cerca. Los militares se encontraban en cubierta pero las mujeres y Peter Kendall prefirieron ponerse a resguardo. Había que conocer el Plata a la perfección para no tomar el camino equivocado. Debían optar por uno alternativo, el que los llevara sanos y salvos a tierra. El río podía ser traicionero. Bousfield aceptó la ayuda ofrecida por uno de sus pasajeros, el alférez Zapiola, que había estado apostado en Montevideo varios años y conocía esas aguas y a los marinos que las bloqueaban. Así sortearon el peligro. Durante los tres días que duró el alije del buque los varones americanos se dedicaron a pergeñar el plan que los llevaría ante el gobierno. Las últimas noticias decían que la Junta había quedado en el pasado y el destino de esa tierra estaba bajo el gobierno de un Triunvirato. Eso no significaba que fueran tiempos de serenidad política. Todo lo contrario.

Era lunes 9 de marzo de 1812 y desde la cubierta de la embarcación, el pasaje, la tripulación y el capitán Bousfield observaron la ciudad. La luz clara de la mañana les permitía una visión perfecta. El caserío chato de casas blancas bajas, donde emergían las bellas torres de sus iglesias, hizo que las miradas de los extranjeros y de los que volvían a la tierra de la infancia se congelaran como hipnotizados. Las mujeres —las de piel pecosa y la andaluza— no pudieron evitar la decepción ante la imagen de la orilla. Habitadas a las construcciones de sus ciudades, esto les parecía bastante descolorido. «¿Ésta será mi nueva casa?», se preguntó Carmencita de Alvear. Los

repiques de los campanarios sonaron acaso como un saludo de bienvenida. Don José no podía sacar los ojos de la orilla que lo aguardaba. Veía el Fuerte y más allá, hacia el norte, estaban las barrancas verdes del Retiro. La ansiedad por llegar lo ganaba. La operación de desembarco fue demasiado lenta y complicada. Las mujeres transpiraban, no estaban acostumbradas a semejante calor y sus abanicos no daban abasto. Al fin, la tripulación pudo manipular el calado de la fragata y los viajeros hicieron trasbordo hacia unos lanchones que los acercarían cada vez más a tierra firme. Desembarcaron y allí subieron a unas carretillas de madera forradas en cuero de potro con altas ruedas, arrastrada la cincha por fornidos caballitos criollos. San Martín, Alvear y su mujer, Francisco Vera y los hermanos Zapiola ocuparon una; los Kendall y los demás soldados, la otra.

Bajaron de los carros, cada uno con su equipaje. Los Kendall se despidieron con alegría de sus compañeros de aventura.

—*Bye bye*, señores —saludó Mathilda—. Nosotros nos vamos a la fonda de los Tres Reyes. ¿Vosotros?

—Carlos y yo nos dirigimos a lo de mi familia política. Supongo que usted, don José, vendrá con nosotros...

—Prefiero, si me permiten, acomodarme en ese hotel. No quiero importunar.

—Como quiera. Sólo por ahora acepto sus disculpas. Dejaremos el equipaje, lo paso a buscar por los Tres Reyes y vamos a ver a las autoridades —contestó serio Carlos de Alvear.

—Perfecto. ¿Saben dónde queda la fonda?

—Por supuesto, Mr. José. En la calle de Arze, entre Reconquista y Lezica^[11] —respondió Peter.

Hacia allí se dirigieron los cuatro. Apenas entraron, Juan Boncillo los interceptó con diligencia. Acomodó a las hermanas en una habitación más grande, y a los hombres, cada uno en una más pequeña. Don José se quitó la chaqueta, se refrescó la cara y deshizo una de sus valijas. Sus libros ocuparon casi toda la mesa que enfrentaba la cama. Se sentó por unos minutos y tocaron a su puerta. Boncillo le avisó que lo aguardaban. Volvió a ponerse la chaqueta azul, se prendió los botones de metal dorado y se acomodó el corbatín de seda negro. Afuera estaban Carlos de Alvear y José Zapiola.

Las botas repicaron por Arze a un paso fuerte. Llegaron a la Plaza de la Victoria y la cruzaron hasta la Recova. Caminaron los tres, observando el bullicio de la ciudad nueva, pasaron bajo el Arco de los Virreyes y atravesaron la Plaza 25 de Mayo. Los vendedores ambulantes fijaron su vista en aquellos soldados de tranco largo. Ignoraban la estela que dejaban a su paso. Llegaron al Fuerte amurallado con forma de estrella y cuatro bastiones coronados con garitas, donde funcionaban las oficinas del Gobierno. San Martín observó detenidamente el punto fundamental para la defensa de la ciudad. Este tipo de construcción era el que despertaba especial interés en el soldado. Cruzaron el puente levadizo hasta llegar al enorme portón de hierro

cerrado con el rastrillo. Golpearon y al instante las puertas se abrieron. Subieron por las escaleras hasta los salones que hasta hacía poco habían ocupado los virreyes. Las paredes de las antesalas aún mantenían sus coloridos retratos como decoración. Se anunciaron y esperaron que los atendieran. Carlos sudaba impaciencia; José mostraba un temple de acero. Luego de una breve espera, el teniente coronel San Martín, el alférez de los Carabineros Reales Alvear y el alférez de navío Zapiola entraron a la sala. Allí los esperaban los triunviros Manuel Sarratea y Feliciano Chiclana, y el secretario Bernardino Rivadavia. Los tres sentados y detrás, bajo un dosel, el crucifijo de rigor.

En silencio, los hombres fuertes del gobierno esperaron qué era lo que tenían para decir estos recién llegados.

—Vuestras Señorías, venimos a ofrecer nuestros servicios al Gobierno y a defender los intereses de la Patria. Llegando desde Londres, hemos pasado una larga temporada por las guerras de España y nuestro fin es el de la América toda: la libertad —explicó con voz fuerte Alvear. San Martín escuchó en silencio; estudiaba las caras de los hombres del poder.

La palabra se la había apropiado el joven Alvear. Su compañero de Logia, en cambio, prefería la medida del silencio. Así fue como los exiliados presentaron su foja de servicios. Abandonaban el ejército español para seguir con la lucha desde este frente. Los hombres de Buenos Aires aceptaron la oferta. A las horas y con la reunión terminada, el Triunvirato emitía un documento que decía: «En la fragata *George Canning* llegaron 18 oficiales que desesperados de la suerte de España, quieren salvarse».

Los cofrades salieron del Fuerte. Carlos, exaltado con el éxito logrado, insistió con la invitación a su casa. José notó que le iba a ser imposible negarse y aceptó. Despidieron a Zapiola y caminaron hasta la fonda.

—Es necesario que venga con nosotros. Ahora más que nunca, debemos trabajar en conjunto. Conozco a mucha gente aquí y soy el salvoconducto ideal para que penetre en la sociedad. Y Carmencita, en cuanto se instale, será también de gran ayuda.

San Martín ensayó una leve sonrisa y le agradeció. Carlos tenía razón. Él no conocía a nadie en Buenos Aires y las relaciones de su compañero le simplificarían el camino. Recogieron las valijas y anduvieron las pocas cuadras hasta la casa de los Balbastro en la calle de La Merced. Allí los recibió la abuela de Carlos, la espléndida Bernarda Dávila, viuda hacía ya diez años del acaudalado comerciante aragonés don Isidro Balbastro.

—Pero qué guapo amigo hospedaremos, mi querido Carlos —saludó Bernarda en la enorme sala, una de las más señoriales de la ciudad.

—Señora... No me había dicho, don Carlos, que la dueña de casa era portadora de semejante belleza —le besó la mano, galante, José. En un segundo se la metió en el bolsillo.

—¿Ha visto, doña Bernardita? Este hombre va a encandilar a todas las mujeres de esta ciudad —rió Carmen mientras entregaba el equipaje de su huésped a la servidumbre. Los ojos del teniente coronel brillaron como nunca. Esta ciudad le deparaba un futuro incierto pero, como nunca, la incertidumbre lo transformaba en un hombre arrasador.

* * *

Don Antonio y doña Tomasa habían elegido el patio para comer algo. Sobre la mesa, Juana había depositado un plato lleno de frutas. Remedios salió de su habitación y se sentó junto a sus padres. Los higos eran la tentación más grande que tenía, y uno detrás de otro, los saboreó.

—Escucha, mujer, lo que trae la *Gazeta*. Parece que arribó un barco al puerto, desde Londres, con unos oficiales americanos que estaban en España. «Estos individuos han venido a ofrecer sus servicios al Gobierno, y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la patria», dice el periódico.

—Sí, debe ser esa gente que desembarcó con el nieto de doña Bernarda y el finado don Isidro, mi querido, Carlos de Alvear. Vino con su mujer, una andaluza. Ayer a la tarde lo comentaron en la tertulia de Mariquita.

—Cierto, mamita. ¿Eran de los que hablaban las señoras ayer? —preguntó lánguida Remedios, mientras acomodaba y desacomodaba las frutas del recipiente.

—Por supuesto, m'hija. Y Mariquita contó que los Alvear hospedan a un soldado en lo de Balbastro.

—¿Lo conocemos, Tomasa?

—No, para nada. No es nadie, creo que es español o que peleó en España junto a don Carlos, y de allí lo conocerá. Pero nosotros no.

Remedios entrecerró sus ojos y disfrutó el gusto dulce que permanecía en su boca. Su mente escapó y soñó con un inmenso barco repleto de uniformes azules. Imaginó a una andaluza pálida, de labios carmesí y melena negra enrulada y salvaje, con un marido apuesto y viril sujetándola por la cintura. Y un amigo, ese amigo, alto, de entrecejo fruncido y mirada adusta, y piernas fuertes y manos grandes. De lejos, empezó a escuchar que la llamaban. Una voz gutural repetía su nombre, «Remeditos, Remeditos, ¿me escuchas?...»

—¡Remedios! ¿Dónde estás? Por Dios, qué muchacha distraída —repitió su padre.

Abrió los ojos y volvió a la realidad. No era aquel hombre de la ensoñación el que la llamaba. Era su padre quien repetía su nombre.

—Perdóname, padre. Estaba soñando.

—Ya nos dimos cuenta.

—¿Cómo se llama el huésped de los Alvear? —preguntó la joven.

—Ay, querida, no me acuerdo. Creo que San Martín, o algo parecido. Pero ¿qué tiene eso de interesante?

—Nada, mamita, nada. Simple curiosidad...

SEGUNDA PARTE

De niña a mujer

(1812-1814)

Capítulo I

Esa noche de sábado de fines de abril, en la cocina se vivía un trajín particular. María y Francisca preparaban la comida desde temprano. Era una ocasión especial. Don Antonio y doña Tomasa esperaban a comer al prometido de su hija, con su padre. Iba a ser la primera cita de los novios en la casa. Nunca habían hablado solos y ésa sería la gran noche. Tomasa se había ocupado de los preparativos. Había hecho limpiar la casa como nunca. Su hija merecía un encuentro digno de una princesa con Gervasio Dorna. La sala estaba de punta en blanco, los grandes cortinados habían sido limpiados a conciencia y la vajilla de porcelana, la que se usaba en la casa para las grandes ocasiones, también.

Remedios estrenaba vestido. Su madre lo había mandado a confeccionar con la modista inglesa. Habían elegido una seda rosa pálido que le sentaba bien. La muchachita eligió una diadema de perlas, que hacía juego con unos aretes y un collar. Estaba divina. Pero sus ojos mostraban una angustia difícil de esconder. Su mirada era demasiado transparente.

A las nueve entró en el salón. Sus padres ya estaban sentados con los Dorna.

—Remedios, ven, querida. Gervasio preguntaba por ti —dijo su madre. Los varones se incorporaron de inmediato.

—Buenas noches —estiró su mano y posó apenas unos segundos sus ojos sobre los del candidato. No podía sostener la mirada. El dolor en el pecho la perforaba. Doña Tomasa observó lo que pasaba. Conocía a su hija de memoria. Pero no iba a permitir que nada ni nadie interfiriera en sus planes.

—Pasemos a la mesa, por favor —ordenó la dueña de casa.

El comedor parecía más grande aún, sólo con los cinco comensales. Los dueños de casa en las cabeceras, don Antonio Dorna a la derecha, y Remedios y Gervasio frente a frente. Las sirvientas iban y venían desde la cocina con las delicias que se habían preparado para la ocasión.

—¿Te sientes bien, m'hijita? —preguntó Antonio. Su hija estaba extraña.

—Sí, Tatita. ¿Por qué preguntas?

—Me pareció, nada más. Estás un poco ajena a la conversación.

—Yo la veo bien, sin embargo. Remedios, estás preciosa —disparó Gervasio.

—Gracias. Estoy bien, no os preocupéis —y probó con una sonrisa.

Algo andaba mal. ¿Qué le podría estar pasando a su hijita querida? Antonio presentía que el alejamiento de Remedios se debía a algo más. No era uno de esos episodios que acostumbraba a protagonizar. La niña tenía algo. Tomasa lo miró fijo. Como si lo conminara a que arreglara la situación. ¿Pero qué podía hacer él? Remedios tenía una personalidad avasallante. O por lo menos hacía lo que quería con él. Notaba que los ojos negros de su hija hablaban por demás. No estaba feliz.

—¿Pasamos al escritorio? —invitó Tomasa—. Tomemos algo allí. Yo aviso en la cocina que traigan las bebidas. ¿Me acompañas, querido? Ustedes vayan yendo. Don

Antonio, ¿quiere venir conmigo, que tengo algo para mostrarle?

La parejita se acomodó en el sillón bordó. Remedios acomodó su falda y cruzó las piernas. Gervasio estiró su brazo y le tomó la mano.

—Estás muy bonita, Remedios. Levanta la cara, déjame mirarte —y le levantó el mentón. Con el revés de su mano le acarició la mejilla. Se acercó y la besó. Era el primer beso de la joven. Sabía que tarde o temprano esto iba a suceder. Cerró los ojos y sintió la respiración serena del hombre que la besaba. Y con la otra mano le rodeó la cintura. El silencio hizo que no escuchara nada. Pensó que estaba muerta y no se había dado cuenta. Los latidos de su corazón habían menguado. La palidez de su rostro estaba igual que siempre. Debía obligarse a sentir algo.

—Estoy tan contento de ser tu prometido, Remedios.

Debía contestar algo, pero la respuesta se le había atragantado. No podía decir nada. Ni siquiera una mentira piadosa. Y lo peor era que Gervasio Dorna suponía que la timidez femenina era eso, puro silencio.

Detrás de la puerta, Tomasa carraspeó y entró con su marido y su futuro consuegro. Sirvió las copas y animó el encuentro. Sacó conversación, habló de cualquier cosa, se rio y logró que su hija sonriera de nuevo. Pasaron unas horas y don Antonio Dorna anunció la retirada. Tomasa los despidió con brillo en su mirada. Remedios, en cambio, tenía el negro de sus ojos más opaco que nunca.

—¿Qué pasa, niña? ¿Qué es esa cara de muerte? —la retó Tomasa.

—Nada, madre. Es que no lo quiero.

—Eso no está en discusión. Tu padre y yo hemos tomado una decisión, y ya.

—Sí, lo sé. No se preocupen, ya se me va a pasar. Me voy a dormir, buenas noches.

Caminó despacio hasta sus habitaciones con su padre al lado. Antonio le pasó el brazo sobre su hombro, y en silencio la acompañó. De reojo vio que las lágrimas inundaban los ojos de su hija. Remedios hacía fuerza para no llorar, pero una tristeza inmensa la dominaba. No estaba enamorada de Gervasio Dorna. Y no encontraba solución a ese problema. Debería casarse con ese hombre. Sus padres lo habían decidido. Ya había dejado de ser un juego. El día estaba cada vez más cerca y el miedo la embargaba.

* * *

San Martín respiró tranquilo. Sus planes empezaban a cumplirse, al fin. Había que tener paciencia y las cosas irían construyéndose como había soñado. Acababan de desembarcar en tierras rioplatenses y todo parecía seguir sus planes. Las interminables conversaciones con su cofrade Alvear se cumplían. Sin embargo, la prudencia y la cautela nunca desaparecían del carácter del teniente coronel. No podía gritar de contento o de orgullo, como solía hacer Carlos. A veces envidiaba la exposición del arrojo y la intensidad de su compañero de armas. A él le costaba

mostrar sus sentimientos. Siempre había sido así. Las dos caras de la misma moneda. Eso eran los dos militares. Carlos de Alvear era puras palabras; José de San Martín, el silencio.

Sólo habían transcurrido diez días desde su llegada y el Triunvirato le había reconocido el grado militar que traía de España, además de encargarle la creación de un Escuadrón de Granaderos a Caballo; a Alvear lo habían ascendido a sargento mayor y segundo de los Granaderos. ¡Un salto de cinco grados de un plumazo! Estaba visto que don Carlos era de familia influyente en estas tierras. Habían nombrado a su camarada José Matías Zapiola como capitán y jefe de la primera compañía. Las piezas del rompecabezas se iban acomodando. Sólo faltaba reunir adeptos a la causa. La Logia necesitaba más cofrades para aumentar la fuerza y el poder. De eso se encargaban Carlos y José Matías, que tenían contactos en la ciudad. Él hacía su trabajo desde las sombras.

San Martín despejó su cabeza de pensamientos estratégicos y cargó la pluma con tinta negra. Acomodó su cuerpo firme en el escritorio del amplio cuarto que le habían dado. La ventana daba al patio y desde la habitación observaba el ir y venir de la servidumbre de la abuela de Carlos. Mojó la pluma y comenzó la carta seguramente tan esperada en Orense, para su querida madre. Doña Gregoria Matorras vivía con su hija María Elena y su esposo don Rafael González Menchaca, en un pueblo de Galicia. Pero siempre aguardaba noticias de José, su hijo dilecto. La distancia no hacía mella en los sentimientos de madre e hijo. San Martín cuidaba, como podía, las necesidades de doña Gregoria. Contarle de sus primeros éxitos en esta tierra la pondría muy contenta.

Los golpes en la puerta de su habitación sonaron con fuerza. Carlos lo reclamaba en la sala.

—Estamos reunidos con algunos hombres de confianza. Lo necesito allí.

Entraron a la inmensa sala, donde se encontraban cinco hombres más. El único que conocía San Martín era Zapiola.

—Quiero presentarle a estos hombres: Julián Álvarez, Bernardo de Monteagudo, Manuel Pinto y José Gregorio Gómez. Don Julián preside la Logia Independencia y con don Bernardo han reflatado la Sociedad Patriótica. Don Gregorio...

—Goyo, para mis hermanos, Goyo —interrumpió, confianzudo, el aludido.

—Don Goyo, entonces, proviene de la Logia San Juan de Jerusalén de la Felicidad de esta parte de América. Están ansiosos y muy conformes con nuestras ideas, que ya les he adelantado.

—Encantado de conocerles, señores. Es un honor para mí, recién llegado de tan lejanas tierras, encontrar pares en Buenos Aires —saludó San Martín, mientras golpeaba los tacos de sus botas.

—Pero encantados estamos nosotros, Pepe... Con tu permiso, claro... Nos tienes que adelantar algunas de tus ideas —lo tuteó «Goyo», amigable.

—Ya nos confirmó Carlos la conformación de los Granaderos —dijo

Monteagudo.

—No sé hasta dónde habrá llegado don Carlos con sus palabras. Pero, señores, de algo estoy seguro, y es que nuestro escuadrón será la base de un nuevo ejército, el brazo ejecutor de nuestra independencia. Y no serán hombres cualesquiera. Estas máquinas de vencer deberán seguir nuestras tácticas al pie de la letra. Seremos intransigentes con la disciplina. La educación, cultura y sentimientos nobles serán prioritarios. Espero poder encontrar hombres que estén a la altura de las circunstancias. Es a matar o morir, camaradas.

Los ojos de Zapiola y Alvear brillaron como nunca. Las miradas de los otros tres iban y venían entre sí con suspicacia. ¿Quién era este militar de decisiones tan feroces? Hacía mucho tiempo que no escuchaban un discurso de semejante soberbia.

—Por supuesto que encontraremos hombres con esas cualidades. Señores, ustedes colaborarán en esta tarea, ¿no es cierto? —señaló Alvear a los miembros de la Sociedad.

—Tenemos que poner manos a la obra. Todos y cada uno de nosotros. No hay tiempo que perder. Además, ¿quién podría negarse a formar parte de este escuadrón de elite? —agitó Monteagudo.

* * *

Dolores, Encarnación y Trinidad Demaría esperaban que su tía Remedios terminara de acicalarse. Hacía media hora que acomodaba sus rulos, el vestido, las botinetas; y otra vez el peinado, las medias, los cordones, las perlas... Parecía una práctica interminable.

Era Sábado Santo y se celebraba Misa de Gloria, como siempre, en Pascuas. La familia entera acudía en esa fecha al templo San Miguel Arcángel. Abandonaban La Merced en pocas oportunidades. Ésta era una de ellas y Remedios quería estar perfecta para la ocasión. Todas las mujeres de su clase se ponían sus mejores galas esa noche cumpliendo el protocolo establecido, así que ella no iba a ser menos.

Las hermanas, sentadas en el cuarto de su tía, aguardaban a que se dignara a terminar.

—Bueno, ya estoy, niñas. ¿Vamos? —sonrió Remedios y salió de su habitación en busca de su madre—. ¿Salimos, mamita?

—Vamos, niñas, llegamos tarde. Antonio, tu hija por fin terminó.

La familia entera, salvo Manuel y Mariano, que prefirieron ir caminando, se acomodó en el carruaje. Tomaron por Sáenz Valiente^[12]. Los cascos de los caballos sonaron en el silencio de las cuadras hasta que llegaron a Pareja^[13] y giraron. Descendieron y entraron al templo. Los varones ya estaban instalados de pie, cerca de las puertas. Allí se quedó su padre y las mujeres se hincaron con pompa, primero en la nave principal y luego se dirigieron al primer banco. Remedios se sentó en un

extremo, con Encarnación a su lado.

Los feligreses empezaron a ocupar los demás bancos de la iglesia. Como cada Sábado Santo, no quedaron lugares vacíos. Esa fecha era muy esperada y los integrantes de las familias más pudientes de Buenos Aires sentían la obligación de concurrir.

A pocas cuadras de allí, en casa de los Balbastro, se oyó un portazo provocado por el apuro. Carlos de Alvear, su mujer y su amigo José de San Martín, caminaron apurados hasta San Miguel Arcángel. Carmen se había atrasado y provocado que su marido la sacara casi a los tumbos. A las carcajadas llegaron al portón de la iglesia. El campanario había repiqueteado hacía rato. Llegaban tarde. Se chistaron unos a otros, ahogaron la risa y entraron en silencio, con los ojos repletos de lágrimas aguantadas. Carmen caminó hacia el ala derecha, con los tacones en el aire para acallar cualquier ruido. Detrás la siguieron Alvear y San Martín. Con una suerte inusitada, ella logró sentarse en la última banca. Los señores, como era la costumbre, se quedaron de pie, al fondo. Calmaron la agitación con la que habían entrado y se dispusieron a escuchar el sermón.

—Mis queridos hermanos, confiemos en nuestro Señor. Tengamos fe en su palabra, oremos para que estos tiempos sean de paz y tranquilidad. Sabemos que hemos atravesado momentos difíciles, y lo hemos hecho con una gran voluntad y tesón. Es por eso que les vuelvo a pedir, reitero: calma, que todo será para mejor. Roguemos a Dios nuestro Señor para que ilumine a los gobernantes y a los vecinos todos, y tengamos una vida serena, como la que merecemos. Cercana a nuestro Señor...

Mientras el padre recitaba sus palabras, José recorría con la mirada los altos de la iglesia. La enorme cantidad de velas iluminaba el templo y daba justo sobre los ojos negros del teniente coronel. Entrecerró los párpados y bajó la mirada. Se detuvo en el padre Ruiz. Miraba fijo a sus feligreses y hablaba pausado. Parecían hipnotizados con sus palabras.

El doctor Ruiz era sacerdote y abogado —se había recibido en Chuquisaca—, además de profesor de Lógica y de Filosofía en el Colegio. Era de los curas más preparados de la ciudad y hasta el gobierno le había encargado, pocos días antes, el discurso de apertura oficial de la Biblioteca Pública. El sacerdote parecía embelezado con sus propias frases y así lo transmitía. No volaba una mosca. Todos escuchaban. Ni siquiera lo interrumpía un estornudo ocasional. José detuvo su mirada en el alba blanca y la capa pluvial morada con bordados dorados del párroco. Continuó en los dobleces de la túnica que llegaba al piso. Por debajo, asomaban los zapatos negros bien lustrados. Su imaginación voló hasta Cádiz y aquellos tiempos de batallas intermitentes y feroces. El barro constante decoraba las botas; no como en esa iglesia. Y el riesgo de muerte, las plegarias reiteradas, los cuidados extensivos, sus amoríos frecuentes pero intrascendentes...

—No hay acción sin reacción, tal como no hay trabajo sin recompensa. Si los

hombres tienen derecho a trabajar y obtener un salario, de invertir y recibir sus ganancias, ¿no es entonces apropiado que Dios tenga los mismos derechos y aun más altos? —continuaba el padre—. Yo soy la palabra del Señor, que cuando es plantada como semilla en el corazón del hombre, está destinada a producir su fruto y a traer gloria a su reino celestial.

La atención de José no estaba puesta donde debía. El sermón del padre Ruiz no lograba atraerlo. Estaba distraído. San Miguel Arcángel estaba repleto. Las mujeres ocupaban sus asientos; los hombres de pie, atrás. Y sus ojos se detuvieron en el primer banco. Allí, sentadas, podía ver las espaldas de dos señoras y cuatro jovencitas. No supo bien por qué, pero su mirada se fijó en la muchacha que ocupaba la punta del asiento. Unos rizos negros renegridos que no llegaba a velar la mantilla clara, recogidos sobre una nuca blanquísima, la línea de los hombros perfecta, la espalda ceñida debajo de un vestido azul marino. Le pareció graciosa, sentada bien erguida, derecha, como si olvidara la respiración. ¿Qué cara tendría esa nuca tentadora que bajaba hacia esa cintura diminuta? Ninguna de las seis mujeres abandonaba la adoración que el padre ejercía sobre ellas. San Martín rogaba que la joven del pelo negro torciera su rostro, aunque fuera tan sólo un poco. La curiosidad lo estaba matando.

—Es por la acción del enemigo, por las atracciones del mundo, los placeres, las preocupaciones, el entretenimiento y todas las disipaciones de la vida terrenal que mi palabra no recibe la oportunidad. En efecto, es despreciada, rechazada y finalmente destruida de la misma manera que Yo fui personalmente rechazado y puesto a morir en la cruz.

Remedios escuchaba las palabras del padre Ruiz. Pero empezó a percibir una extraña sensación en el cuello y la nuca. Se dio cuenta de que sentía una tensión particular. Se llevó la mano izquierda a la clavícula, y de ahí la deslizó hacia atrás. El teniente coronel observaba los mínimos movimientos de la muchacha sin saber quién era. Con lentitud, torció su cara y apenas pudo ver el perfil encantador de una joven divina. Con gracia entrecerraba los ojos y presionaba su cuello. Parecía cansada. Con placer y gracias al masaje que ensayaba, la muchacha se mordía el labio inferior. San Martín rogaba que la chica diera vuelta completamente su cara y así cruzar miradas. Algo casi imposible en la casa del Señor. Pero la ansiedad le había ganado y olvidó por unos minutos las buenas costumbres.

El párroco despidió el servicio religioso y los feligreses comenzaron a salir. Doña Carmen llegó hasta el lugar que ocupaban su marido y don José. Tomó del brazo a San Martín y enfilaron hacia la puerta. Don Carlos quedó rezagado, alejado de sus acompañantes. Bajando las escalinatas se encontró con los Escalada, a quienes había querido acercarse apenas llegado a Buenos Aires.

—Pero, don Antonio, ¿acaso debo presentarme? Soy Carlos de Alvear, hijo de don Diego y de doña María Josefa Balbastro.

—¡A quien Dios tenga en su santa Gloria! Pero, muchacho, ¡cómo has crecido!

Ya no sé si debo seguir tuteándote... ¿Cómo andan tus cosas? Tengo entendido que te has establecido en la ciudad, y con muchas tareas por delante.

—Doña Tomasa, qué bien se la ve. Yo no me olvidé de ustedes, a pesar de las leguas de distancia —hizo una reverencia, fiel a su estilo seductor andaluz.

—Buenas noches, Carlos. Qué placer verte hecho hombre. Y sé también que casado... ¿Y tu mujer? ¿No anda por aquí?

—Por supuesto. Está acá, pero salió antes del templo y no la veo en este momento. Estaba con mi compañero de armas, don José de San Martín.

—Te presento a mi hija Remedios. Ven, querida, acércate —Tomasa llamó a la joven, que bajaba las escaleras con sus sobrinas. Extendió su mano, y el militar la besó con galantería.

A unos metros de allí y rodeados de señoras y caballeros, saludaban Carmen y San Martín. Ella no dejaba de presentarlo y él hacía honor a su amiga. Pero no podía dejar de mirar al grupo de personas que conversaban con su amigo. Y sobre todo a una de ellas. La muchachita de piel blanca y cabellera renegrada. Ahora podía verle la cara y la impresión lo dejó sin habla. Era preciosa. Como un camafeo. La percibía frágil detrás de la fachada de mujer hecha y derecha.

—Qué niña encantadora, Antonio. Me gustaría invitaros a comer a casa de mi abuela Bernarda, cuando vosotros lo dispongáis. Querría presentaros a nuestro huésped de honor, don José de San Martín. Estamos introduciéndolo en la sociedad.

—Tal vez prefieran venir a nuestra tertulia de los miércoles. ¿Qué te parece, Tomasa? Los podemos recibir, ¿no?

—Por supuesto, querido. Nos encantará recibirlos la semana que viene.

—Allí estaremos, contad con nosotros.

El sargento mayor saludó a los Escalada y caminó hasta donde lo esperaban su esposa y su amigo. Les contó de su encuentro con una de las familias más ricas de Buenos Aires, y de la invitación para el próximo miércoles. Don José no le sacaba los ojos de encima a la jovencita, que ahora sabía que se llamaba Remedios de Escalada. Antonio, Tomasa y las niñas aguardaban el carruaje que los llevaría de vuelta a casa. El *pater familiae* abrazaba a su hija, evitando el frío de la medianoche. Juan Manuel acercó la puerta del carruaje a sus patrones. Subieron todos y Remedios quedó rezagada. Antonio, desde adentro, la ayudó a que subiera. La joven acomodó su pie en el estribo y miró hacia atrás. Cerca de la puerta y junto al caballero que acababa de saludar, se erguía un militar espléndido, que no dejaba de mirarla. La sangre tiñó sus mejillas y bajó la vista. Su corazón latió con fuerza.

—Vamos, Remedios. A subir de una vez que nos vamos —la apuró su padre—. ¿Pero qué miras, niña?

—Nada, Tatita. Creí que me saludaban.

—¿Era Carlos de quien te despedías? Allí está doña Carmen Sáenz de Quintanilla. ¿La has visto, Tomasa? Es la joven andaluza a quien se desposó. Es muy guapa. Y ése debe ser el oficial del que nos habló, don José de San Martín.

Remedios se sentó al lado de su sobrina Encarnación y una sonrisa vaga iluminó su rostro.

Así se llama, entonces. Nunca nadie me miró de esa manera, don José... Esos ojos negros perforaron los míos. Qué alto, qué guapo, cuánta prestancia... ¿Cómo será su voz? ¿Grave y sensual? Me gustaría hablarle, que me oiga, mostrarle mi risa franca... Si tan sólo pudiera rozarme...

La cabeza de la muchacha no podía detener el deseo. El movimiento pausado del carruaje ayudó a que la imaginación de Remedios se multiplicara por mil.

* * *

Hacía varios años el lugar había sido el escenario de las puestas teatrales más importantes de la ciudad. Hasta el incendio ocurrido en 1792, el Teatro de la Ranchería había albergado a los amantes del arte, actores y público. Hoy, las cosas cambiaban. El gobierno de Buenos Aires le había entregado las instalaciones a San Martín, para que oficiaran de cuartel general de los Granaderos. En la esquina de Unquero y Alzaga^[14] se alzaba esa inmensa construcción, y ahora era ocupada por los hombres más arriesgados y valientes de la ciudad.

San Martín, Zapiola y Alvear estaban sentados discutiendo los nuevos despachos expedidos por el Triunvirato. Con ellos se encontraban los militares que ocuparían los cargos dentro de la compañía. Luciendo unos uniformes azules de botones dorados y botas altas negras, caminaban el capitán Pedro Vergara, los tenientes Justo Bermúdez y Agenor Murillo, los alféreces Hipólito Bouchard y Mariano Necochea, el portaestandarte Manuel Hidalgo y el ayudante mayor Francisco Luzuriaga. Se armaba el Escuadrón de Granaderos a Caballo. Gracias a los minuciosos exámenes y pruebas, a cargo de Zapiola, el escuadrón empezaba a tomar forma. José y Carlos estaban conformes con la tarea cumplida.

—Camaradas, sé que estaréis felices y orgullosos de formar parte de este cuerpo. Será el más importante del país y seremos nosotros quienes liberemos a los pueblos de América del yugo realista. Para eso necesito, y os conmino, a que portéis estos colores con valentía, bravura y arrojo. Si creéis no estar a la altura de las circunstancias, os prefiero lejos; si no podéis defender la Patria, os retiráis en este mismo instante, carajo —el teniente coronel don José de San Martín se incorporó y miró fijo uno a uno, a todos sus hombres—. Para ser parte de este escuadrón, deberéis predicar con el ejemplo y os insto a mostrar una conducta ejemplar frente a la sociedad y al Ejército. No toleraré ninguna falla en nadie. El culto al valor y al honor, y la férrea disciplina con las que viví toda mi vida serán las normas que deberéis acatar mañana, tarde y noche. El capitán Zapiola os hará entrega de los deberes que deberán ser cumplidos por vosotros. Capitán, entrégueles la lista de «Delitos por los cuales deben ser arrojados los oficiales».

Los militares recibieron la papeleta con extrema seriedad. Decía que serían

echados por agachar la cabeza en acción de guerra; por no pagar a la tropa el dinero suministrado para ella; por hablar mal de otro compañero con personas u oficiales de otros cuerpos; por poner la mano a cualquier mujer aunque fuera insultado por ella; por presentarse en público con mujeres conocidamente prostitutas; por hacer uso inmoderado de la bebida, y más obligaciones. Ninguno flaqueó. No pusieron en duda su elección. Estaban orgullosos de haber sido seleccionados para formar parte de ese escuadrón.

—Muy bien, señores, espero que estéis todos de acuerdo. Confío en vosotros. ¡Viva la Patria! —se despidió San Martín y salió a la calle junto con Alvear—. ¿Cuál es su opinión, mi amigo?

—Creo que vamos bien. Me gustan, pero no tenemos tiempo que perder. Debemos poner manos a la obra y pasar de la teoría a la práctica. El gobierno es tibio, no ejecuta. No me gustan. Sí, les agradezco que nos hayan recibido con pompa, pero ya es suficiente. Me parece que no están de nuestro lado, que evitan tomar medidas como las que auspiciamos. Hay que estar muy atentos y dar el zarpazo en cuanto menos lo imaginen.

San Martín escuchó con atención las palabras de su aliado. Tenía razón en sus apreciaciones, pero él prefería la moderación y la prudencia. Otra vez la ansiedad de Carlos. Temía que por culpa de la exaltación de su amigo las cosas se fueran por tierra. Había que hablar menos, demostrar poco y nada. Pero no sabía cómo hacer con él.

—¿Recuerda lo de mañana al atardecer? Tenemos la tertulia en casa de don Antonio de Escalada. No olvide, mi teniente coronel, que es una presentación imprescindible para usted... y para todos nosotros. Es una de las casas, si no la familia, más importante de la ciudad. Le ruego que prepare sus mejores galas para mañana, y ensaye alguna copla —se rio don Carlos y caminaron hasta la Plaza de la Victoria.

* * *

La sala se iluminaba con decenas de velas. El colorido de los pesados cortinados y los sillones que la adornaban se destacaban como nunca. Pasaban las siete de la tarde y la casa de los Escalada aguardaba a sus invitados de los miércoles. Hoy se agregaban tres personas a la lista de los habituales.

En la cocina, María y Francisca tenían las bebidas preparadas. Primero pasarían las bandejas con chocolate caliente y mate, y luego, con la noche cerrada, los vinos.

Y fueron llegando los contertulios. Maruja y su marido José Demaría, sus hijas Encarnación, Trinidad y Mercedes, su tío Francisco y su mujer, don Gervasio Dorna, su mujer e hijos, Mr. White, amigo de la familia y profesor inglés de piano y su esposa, Juan José de Anchorena y su prometida Bonifacia Lezica Vera.

Las visitas alegraron la casa de la calle La Merced. Las risotadas y los acordes

ejecutados en el piano por el profesor White se escuchaban en toda la cuadra. Dando vuelta a la manzana, los tres transeúntes que se dirigían hacia allí se asombraron ante el bullicio que inundaba la calle. Alvear, su esposa y San Martín se arrimaron a la puerta y esperaron a que los atendieran. Hicieron su entrada y vieron desde el marco a un grupo de gente que lo pasaba más que bien.

—Carlos, mi amigo. Qué alegría que han venido. Venid que os presento a mi gente —los saludó con afecto don Antonio—. Silencio, por favor. Os quiero introducir a mis amigos llegados hace más de un mes de Europa: don Carlos de Alvear y su bella esposa, doña Carmen Sáenz de Quintanilla, y su camarada, don José de San Martín.

Los señores inclinaron levemente la cabeza, doña Carmen abrió de un golpe su abanico y sonrió. Los uniformes impecables, de buen paño, atraieron las miradas de hombres y mujeres por igual. Sus portes elegantes y firmes eran el atractivo de la noche. Doña Tomasa los tomó del brazo a ambos y los llevó al centro de la sala. Antonio, galante, hizo lo mismo con Carmencita.

Los hombres de la fiesta rodearon a los militares. Habían oído hablar de ellos, pero ahora los tenían a tiro para preguntarles todo lo que se les ocurriera. «¿Cómo están las cosas en España?», «¿Qué pasa con José Bonaparte?», «¿Y cómo los ha atendido nuestro Excelentísimo Gobierno?», «Bonito revuelo han armado con su nuevo escuadrón; ¿siguen reclutando?», «Nos dicen que os habéis inspirado en las guardias francesas...», les dispararon los caballeros. Don Carlos y don José respondieron un cuestionamiento tras otro. Manuel y Mariano escuchaban en silencio. No podían sacar los ojos de la figura de San Martín.

—Buenas noches, caballeros. Soy el teniente coronel José de San Martín. Ya me han presentado, pero los saludo otra vez.

—Muy buenas noches, señor. Nosotros somos los hijos del dueño de casa, Manuel y Mariano de Escalada —contestó el mayor de los hermanos.

—Es un honor para mí estar en vuestra casa. ¿Y cuáles son vuestras actividades?

—Somos eximios jinetes, mi teniente coronel —respondió Mariano.

—Ah, ¿y os gustaría ser parte del escuadrón más bravío del mundo?

—Por supuesto, mi teniente coronel. Pero habíamos pensado que preferían hombres de más de 20 años —dijo Manuel.

—Podéis acercaros mañana por la mañana. En la Ranchería, a las ocho. Allí estaré.

Se dio vuelta y en la otra punta de la sala estaba ella. Rodeada de varias jovencitas estaba Remedios, la muchacha de melena oscura y tez blanca. Ese cuerpo grácil había irrumpido en sus pensamientos en varias oportunidades desde aquel encuentro. Ella no lo miraba, conversaba con sus amigas. Vio que don Antonio se dirigía hacia él, pero justo sonaron los primeros acordes de un minué. Aprovechó y caminó con paso firme hacia donde estaban las jóvenes.

—¿Me permite, señorita Remedios? —y le extendió su mano, sacándola a bailar.

La joven se ruborizó pero bajó la cabeza dando el sí. Las demás cuchichearon entre sonrisas. San Martín la llevó al centro de la sala y abrieron la danza. Mientras se acercaban y se alejaban, no se sacaron los ojos de encima. Quienes tampoco retiraban la mirada de la pareja que se acababa de formar, entre los compases del baile, eran los padres de Remedios. Notaban una rara energía en el aire. Conocían a su hija más que bien y descubrían una agitación nueva en su cuerpo. Era la segunda vez que veían a ese hombre, pero era evidente su interés.

Y sonó otra pieza. Sus ojos tenían un brillo hasta ese momento desconocido. El corazón le latía con violencia. Ese hombre le cortaba la respiración. Ya nada le importaba. Ni las buenas costumbres ni el protocolo; nada.

Contra la pared, frente a la pareja danzante, se encontraba Gervasio Dorna. No podía creer lo que estaba viendo. Esto era una humillación pública. Su prometida bailando, sin su permiso, con otro, y con una sonrisa que nunca antes le había visto.

Tomasa llegó de la cocina tras dar otra de sus tantas órdenes al servicio. Al instante vio lo que sucedía. Su hija bailaba con un hombre que no era el adecuado. Y los Dorna, a unos pasos de ahí, siendo testigos del espectáculo. Trató de sobreponerse y se dirigió hacia su futuro yerno.

—¿Qué tal, Gervasio? ¿No sacas a bailar a tu prometida?

—No creo que tenga ganas. Me parece que está contenta haciéndolo con quien lo hace —respondió ofuscado.

—Ay, mi querido. A veces no hay que hacer caso de las apariencias. ¿No te dijeron que engañan? Toma el toro por las astas, hijo mío.

Se acomodó la casaca y se paró frente a José y Remedios. La sacó a bailar y San Martín tuvo que entregársela, desconociendo el contrato que unía a la muchachita con ese hombre. Remedios cambió de manos y de humor. Su cara ahora denotaba desamparo. Más que nunca, odió a Gervasio por sacarla del sueño que había estado viviendo.

—Te noto ofuscada, Remedios.

—No lo creo.

—Estabas bailando encantada. Ahora no es así.

—No me siento bien.

—¿Qué tienes, mi niña?

—Me falta el aire. ¡Y no soy tu niña! —soltó la mano de Gervasio y corrió al patio a respirar.

Su madre, que observaba de cerca todo lo que pasaba, se fue detrás de ella.

—¿Pero qué estás haciendo, m'hijita? ¿Qué es ese desplante a Gervasio?

—Tuve un vahído, mamita. Necesitaba un poco de aire fresco. Ya me voy recuperar —respondió Remedios, agitada, escondiendo el rostro angustiada detrás del abanico.

—Más te vale, muchachita irrespetuosa, que las cosas sean como dices. No quieras que pase lo que yo imagino —le apretó el brazo y volvió a la sala.

Remedios no pudo evitar las lágrimas. Lloraba por impotencia. No podía creer lo que estaba sucediendo. Se había enamorado de un desconocido y estaba prometida en matrimonio con otro. ¿Debería aguantar y casarse? De sólo pensarlo, le dieron arcadas. Desde adentro del salón, salió una tonada diferente. El minué se había terminado y una guitarra comenzó a llenar el ambiente. Se secó las lágrimas, respiró hondo y entró nuevamente al lugar de la diversión. Allí, en el medio y rodeado por todos, estaba don José, sentado sobre una banquetita, tocaba la guitarra y cantaba una copla andaluza. Remedios se paró al lado de sus hermanos y escuchó, embelesada, la voz del militar. Sin sacarle ni un segundo los ojos de los suyos, San Martín le dedicó, en silencio, todas las coplas.

Los invitados habían bailado, tomado, cantado, reído. La fiesta había sido un éxito. Para algunos. Otros sentían que las cosas no estaban en su lugar, algo se había desacomodado. Llegó la hora del final, las once de la noche, y todos empezaron a partir. El grupo que retornaba a lo de Balbastro buscó sus abrigos.

—Hasta mañana, caballeros. Don Carlos, los hijos de don Antonio, Manuel y Mariano, vendrán mañana a la Ranchería. Veremos si sirven —se despidió don José.

—No lo dude, mi teniente coronel. Mañana verá quiénes somos.

—Yo también vengo a despedirme. Don José, un placer haberlo conocido —extendió su mano Remedios. El hombre la besó, sin dejar de mirarla.

Don Carlos y doña Carmen salieron primero. Esperaron a que San Martín se pusiera el sombrero y saliera. Caminaron en silencio varios pasos. La noche había sido movida. La habían pasado muy bien. Llegaron a la puerta de casa. La pareja miró a su amigo, lo notaron extraño.

—Gracias, mis buenos amigos. He pasado una velada extraordinaria. Teníais razón al decir que las tertulias en lo de Escalada eran espléndidas. Pero nada se compara con lo que viví. Quiero deciros que esa niña me ha mirado para toda la vida.

Carlos y Carmencita sonrieron. Habían percibido cada uno de los movimientos de su compañero.

Capítulo II

La sala vibraba con los acordes de Remedios. Había elegido la *Danza Gitana* de Haydn. No tenía ganas de cumplir con el *allegro* que la partitura indicaba. Su humor la llevaba hacia un *moderato*. Necesitaba tocar el piano. Era la mejor manera de evadirse. Escondida detrás de las corcheas y semicorcheas *rallentate*, aprovechaba para pensar. Tenía los ojos fijos en el pentagrama a pesar de que conocía las notas de memoria. Había tomado una determinación. No podía casarse con Gervasio. No debía. Ahora más que nunca sabía que si llevaba a cabo ese contrato familiar, iba a ser la mujer más infeliz del mundo. Hacía varios días había conocido al único hombre que podría hacerla dichosa. Y no era Dorna, ni mucho menos. Todas las noches había soñado con los brazos de José de San Martín alrededor de su cintura. Gracias a aquellos dos bailes, la conversación y unas miradas intensas, estaba segura de que ese hombre la había enamorado. Ese uniforme impecable, aquellos ojos penetrantes que la habían observado durante toda la noche... Se había hecho la tonta, pero había notado el interés del teniente coronel para con ella. Ahora el problema era su prometido. ¿Cómo haría para sacárselo de encima, borrarlo de su vida? ¿Qué debía hacer? No estaba acostumbrada a estos menesteres. Había escuchado que algunas señoritas se habían sublevado ante el mandato paterno pero el desenlace nunca llegaba a ser positivo. Si la muchacha en cuestión lograba imponer su voluntad, en general, la familia le hacía notar su desacuerdo. Era difícil. Pero ella llegaría hasta el final. Prefería entrar al convento antes que casarse con ese hombre. Prefería la muerte...

De nuevo sobre la tecla blanca, y re, fa sostenido, la, en el acorde de la mano izquierda. Y otra vez la sonata entera. Como en un sinfín la música se repetía.

Esa mañana, mientras tomaban el desayuno, había escuchado que sus hermanos se dirigirían rumbo al Cuartel del Retiro, adonde habían sido trasladados los Granaderos, que se ampliarían con nuevos escuadrones. Los muchachos estaban entusiasmados. Querían formar parte del regimiento y para eso debían cumplir al pie de la letra las órdenes del teniente coronel que los había tomado en cuenta. Una de ellas era aprestarse con puntualidad para la práctica en conjunto. ¿Y si daba una vuelta por el lugar? La otra tarde había escuchado a las mujeres del servicio doméstico hablando de aquellos soldados a caballo y la forma en que practicaban hora tras hora sin cansarse. Y lo hacían frente a todos los habitantes de la zona del Retiro. ¿Por qué no iba a poder caminar ella por ahí? Estaba decidido.

—¡Encarnación! ¿Puedes almorzar rápido algo conmigo y acompañarme a un sitio? —propuso Remedios a su sobrina, que estaba en su casa.

—¡Por supuesto, Remeditos! ¿Pero solas?

—Ay, querida, no. La llevamos a Felicia, por supuesto.

Fueron a la cocina y apuraron a María con la comida. Tomaron una sopa, comieron una manzana y una naranja, y corrieron en busca de Felicia. Las jóvenes se

cubrieron con las chaquetas y salieron de la casa junto a la nana. Bajaron por Victoria^[15]. Debían llegar al Campo de Marte^[16], donde se realizaban las prácticas. Hasta los primeros días de mayo, los soldados habían desensillado en la Ranchería. El día 5 San Martín había recibido el despacho firmado por Miguel de Azcuénaga, que decía:

«Queda puesto a disposición del Comandante del nuevo escuadrón de Granaderos a Caballo, el cuartel que ocupa en el Retiro de Dragones de la Patria; y lo aviso a V.S. en contestación a su oficio de ayer en que me comunica haberlo ordenado así el Superior Gobierno.»

Allí había mudado sus cosas, abandonando así la casa de su amigo. Se había instalado en el cuartel, rodeado del ambiente al que estaba acostumbrado.

Las muchachitas llegaron a Pío Rodríguez^[17] y se toparon con la parte trasera del cuartel. Lo rodearon por Lasala^[18] y caminaron hasta el Campo de Marte, un aula a cielo abierto donde se ejercía la práctica. Delante de ellas había más grupos curioseando. Remedios sintió alivio. No quedaría tan expuesta. Podía esconderse detrás de los demás. Se escuchaban algunos gritos de arenga. Aun lejos de la vista de todos, la multiplicación de trotes y galopes anunciaba la presencia de los militares en acción.

Fueron detrás de tres hombres y dos señoras, hasta que llegaron al lugar de las prácticas. Allí estaban don José y una decena de soldados. Remedios pellizcó el brazo de Encarnación y su sobrina ahogó un grito. Se miraron cómplices y se colocaron en el mejor sitio para ver el espectáculo de los hombres a caballo. Sobre monturas punzó trabajadas con bordados dorados, las botas de caña alta negras resaltaban con fuerza. Las piernas fornidas apretaban el lomo de los animales. En una fila perfecta de uniformes donde era imposible ver una mancha o un botón opaco, el escuadrón escuchaba a su jefe. San Martín, a viva voz, ordenaba y enseñaba. Remedios y Encarnación permanecieron como hipnotizadas. Con tono andaluz, José les explicaba a los reclutas la posición sobre el caballo, el modo de colocar la cabeza y la vista, los brazos, las piernas, las rodillas, las manos. El cuerpo debía mostrar una postura airosa, elegante. Y como un modelo viviente, el mismo teniente coronel, en un instante, exponía lo que esperaba de sus soldados. Como ninguno, el comandante hacía honor a sus expectativas. Parecía una escultura griega. Era perfecto.

Las jóvenes, del brazo, observaban en silencio. Al grito de San Martín, el escuadrón comenzó a practicar giros y marchas, de frente y de flanco.

—Parece una danza, Remedios. Mira qué belleza de movimientos...

Pero la joven tenía ojos solamente para quien impartía las órdenes. No podía dejar de mirar a ese hombre que creía conocer de memoria luego de haber respirado de su aire, a tan poca distancia uno del otro, la noche en que lo había conocido de verdad.

Los hombres, acostumbrados a practicar con gente en los alrededores, no habían reparado en la presencia de las jóvenes. Y llegó el momento del manejo de las armas. San Martín en persona, con una enorme paciencia y claridad, enseñó los movimientos

de la tercerola, la lanza y el sable. Las armas parecían una continuación de sus miembros en manos de don José. Los reclutas bajaron de sus monturas y siguieron con la instrucción de marchas de a pie, y maniobras de pelotón y de compañía.

—Ay, Remedios. ¡Nunca había visto un sable de cerca! ¿No te impresiona?

No contestó. Nada la sacaba de la profunda atracción hacia aquel hombre que ordenaba con voz feroz, que seguía de cerca el comportamiento de sus subalternos y caminaba con seguridad ese campo.

—De lo que mis Granaderos son capaces, sólo lo sé yo. Quien los iguale habrá; quien los exceda, no. Sólo quiero tener leones en mi regimiento. ¡A ver soldados, a la monta otra vez! —gritó San Martín.

Todos montaron sobre sus caballos. Cascotes de tierra y barro volaron bajo los cascos templados. De a uno galoparon desde una punta del campo a la otra. Cuando el último terminó su carrera, le llegó el turno al jefe. Don José acomodó sus botas y presionó con fuerza contra el lomo de su animal. El ruido de las patas cortando el aire impactó a las muchachas. Con las manos cubriendo sus bocas y sin darse cuenta, empezaron a acercarse cada vez más a la zona de la práctica. Y el escuadrón reparó en la presencia femenina. El teniente coronel notó que sus soldados perdían concentración. Dirigió su mirada hacia el lugar adonde miraban y descubrió el motivo del rompimiento de filas. Eran la niña de Escalada y dos acompañantes. Galopó hasta donde estaban las tres mujeres.

—Señorita Remedios, ¿qué hace usted por aquí?

—Buenas tardes, don José. Perdón, no quisimos interrumpir el trabajo de los soldados. Quisimos pasar a observar las prácticas. Me habían dicho que los Granaderos son la honra de la Patria y quería verlo con mis propios ojos. —Remedios no dudó ni un segundo al responder. Parecía segura. Sin embargo, no sabía de dónde sacaba las fuerzas para hablar.

—Si queréis puedo haceros pasar a un lugar más acorde a vuestra presencia.

—De ninguna manera, teniente coronel. No quiero importunar.

—Tú nunca serías una molestia —contestó en voz baja San Martín, animándose a un tuteo que sólo ella debía oír. Y en voz más audible—: Me halaga por demás que tan bellas damas observen nuestro trabajo.

—No miro, yo admiro vuestro quehacer —respondió la joven sin vacilar, mirando fijo a los ojos negros del militar. Felicia bajó la vista. Esto hacía más evidente el dejo altanero de la heredera. No se iba a perder esta oportunidad. Iba a conquistar a ese hombre.

—Si hay alguien que admira en este lugar, soy yo. Su belleza, Remedios. Es usted una mujer deslumbrante.

La joven se ruborizó y la autoridad que había demostrado hasta ese momento se desvaneció. A pesar de su desfachatez, sus pocos años, al lado de la experiencia evidente de don José, se notaron. Casi en un susurro, agradeció el cumplido.

—Vamos, mi amita. Su padre se va a inquietar si no emprendemos la vuelta. El

sol empieza a bajar.

—Hasta pronto, Remedios. Me has hecho el día —saludó don José, tironeó de las riendas y giró el caballo.

Las señoritas desanduvieron los pasos que habían hecho. Se alejaron del Campo de Marte. Pero Remedios se detuvo. Dio vuelta su cara. Lejos y con el caballo detenido, San Martín la miraba. Ella mantuvo sus ojos en los de él. Su sobrina la tomó del brazo y la arrastró a seguir.

—Remedios, estás loca. ¿Qué es lo que está pasando acá? No quiero ni imaginar.

—No imaginas, Encarnación. Estoy enamorada de don José de San Martín.

—¡No! ¡Pero ni se te ocurra! ¡Estás prometida a otro hombre! —Encarnación se detuvo en seco y su tía siguió caminando. Felicia iba dos pasos atrás, con la cabeza hacia abajo, haciéndoles creer que no escuchaba el escándalo que se avecinaba.

—No me lo recuerdes, por el amor de Dios. Mi vida no tiene sentido si no estoy cerca de José. Eres la primera persona que lo sabe, Encarna. Por favor, ayúdame.

—¿Y qué quieres que haga? Ay, Remedios, te metes en un problema enorme. Olvida a ese militar. Sácatelo de la cabeza, te lo suplico. Sólo te traerá disgustos.

El llanto desconsolado arrasó la cara de Remedios. Encarnación la abrazó y siguieron la caminata con la nana detrás. Algunos transeúntes miraron de reojo la escena. La sobrina intentó calmarle la angustia, pero era imposible. Pasaron algunas cuabras y las lágrimas se fueron secando. Iban mudas. Sin embargo, la cabeza de Remedios no dejaba de pensar.

—Voy a hacer el anuncio en casa. Que rompo con Gervasio...

—Ay, por Dios. Tu madre no te lo va a permitir. Jamás.

—Voy a hablar con Tatita. Él me va a saber entender. Prométeme, Encarnación, que aún no le dirás nada a nadie. Quiero ser yo quien anuncie mi decisión —dijo Remedios. Se detuvo en seco e increpó a su nana—. Y tú, Felicia, no escuchaste nada, ¿no es cierto?

—¡Nada de nada, mi niña! —respondió Felicia, con la cabeza gacha y las mejillas enrojecidas.

* * *

No puedo. Intento con todas mis fuerzas cumplir con el deseo de Tatita, pero es más fuerte que yo. Estoy desobedeciendo sus órdenes, pero ¿cómo sería vivir una vida atravesada por la infelicidad? Yo sé que si me caso con un hombre al que no quiero, atraeré las peores desgracias que pudieran existir. El desamor no está hecho para mí. Así cavilaba Remedios en el patio de su casa. Intentaba buscar fuerzas de donde no tenía para hacerle frente a su padre. Con Tomasa no se atrevía. A lo largo de los años no había podido lograr una relación con ella tan estrecha como la que tenía con Antonio. Su madre era más dura. Era difícil hacerle cambiar de opinión. Si no hablo, si no les cuento qué me sucede, este sentimiento me va a hacer daño. Me va a

enfermar por dentro. La sola idea de que esa angustia se transformara en un mal, la decidió. No podía dilatar ni un segundo más la decisión que había tomado. Debía enfrentar a su padre ya mismo.

—¡Tatita! ¿Dónde estás? Necesito hablar contigo —nerviosa cruzó el patio, pero Juan Manuel la interceptó en el acto.

—Niña Remedios, su padre está ocupado en el despacho. No puede atenderla ahora —respondió el esclavo intentando que la joven bajara la voz. Sus rizos negros se balancearon, la respiración se le entrecortó. El intento fallido por confesar la verdad la paralizó.

En el despacho de don Antonio se desarrollaban otros asuntos. Hacía media hora que había recibido la visita anunciada de Juan Pablo Sáenz Valiente. Ya era una costumbre que durante las últimas semanas, hombres de diversas extracciones pero las mismas intenciones se reunieran con el patriarca de los Escalada. El problema seguía siendo el mismo. A pesar de que hacía dos años que el virrey había devenido en tres Triunviros, la calma, todavía, era un estado desconocido para los habitantes de Buenos Aires. Los realistas seguían siendo un peligro. Y más que latente. Se percibía en las calles, en las reuniones públicas y de las otras. Los patriotas unían sus fuerzas y demostraban, en cuanto podían, su intención política. El caballero que ocupaba el tiempo de Antonio de Escalada era uno más de los tantos que ofrecían su contribución a la causa.

Remedios se dirigió a la cocina. Era un manojito de nervios. Necesitaba calmarse para cuando llegara el momento de la conversación. Tenía que pensar muy bien cómo decir lo que le iba a anunciar a su padre. Le pidió un té a María y se sentó a esperar. Felicia la miró de reojo.

—¿Está bien, niña Remedios?

La joven revolvía la infusión. Miraba fijo el fondo de la taza y seguía revolviendo. En completo silencio. Felicia se acomodó a su lado y repitió la pregunta. Nada. Tomó el té íntegro, como si fuera un vaso de agua. Permaneció sentada en el mismo lugar, mirando fijo con los ojos bien abiertos. La servidumbre intercambiaba miradas. Algo pasaba, y no sabían qué. Pero parecía importante. Felicia intuyó lo que se venía pero sabía que era mejor no contarles nada. No quería problemas con su amita.

La conversación del despacho continuaba. Sáenz Valiente había sacado un paquete de su bolsillo, con 200 pesos adentro.

—Aquí le dejo esta suma. Espero que sea de utilidad. Así aunaremos fuerzas en contra de esos malditos realistas.

—Muchas gracias, don Juan Pablo. Por supuesto que nos son útiles. Se ha recaudado una bonita suma, pero se necesita más, con esos infames al acecho. Las contribuciones siempre son bienvenidas —agradeció don Antonio.

Se despidieron y don Antonio llamó a Juan Manuel para que acompañase al visitante. Remedios notó el movimiento en el despacho de su padre. Escuchó pasos

de hombre sobre el piso de la sala. Tomó aire, estiró la falda de su vestido y cerró los ojos por unos segundos. Intentó calmar los nervios. Ligera, fue hasta el escritorio. Se detuvo en la puerta.

—¡M'hijita! ¿Qué haces ahí parada? ¿Cómo andan las cosas, Remeditos?

—Andan, Tatita. ¿Puedo sentarme un rato?

—Por supuesto, hija. Tengo algunas cosas que hacer, pero pueden esperar. Ay, la política, mi querida. No son tiempos tranquilos los que estamos viviendo, pero ya lo sabes. No estoy diciendo ninguna novedad —dejó de acomodar los papeles y levantó sus ojos. Miró a su hija por primera vez. No le tranquilizó para nada lo que vio—. ¿Te sientes enferma?

—No, bueno, sí. Me siento morir, me siento mal. No sé qué me pasa. Creo que no puedo respirar.

Don Antonio se levantó de la silla y apuró el paso hacia donde estaba su hija. La tomó de los hombros y juntos se sentaron en el sillón que adornaba su despacho.

—Tienes la cara muy pálida, Remedios —y la muchacha soltó unas lágrimas. Sin demasiada intensidad, su hija empezó a llorar.

—¡Me duele tanto el pecho! Tengo algo dentro de mí que me está matando. No puedo silenciarlo más. Me lastima y mucho.

Él sabía que si se mostraba ansioso delante de su hija corría el riesgo de que no le revelara nada. Esperó con tranquilidad el momento de la confesión, con las manitas de la joven entre las suyas.

—No me quiero casar con Gervasio —casi en un susurro disparó la frase mortal—. Si lo hago, seré la persona más desgraciada del mundo.

—Pero ya cerramos el contrato, mi querida. ¿Cuál podría ser la razón para que ahora nos vengas con semejante contrariedad? Sabes que sería bastante deshonroso para nosotros romper el compromiso.

—Es que si me caso con un hombre al que no amo, me someteré a un daño irreparable. Jamás podré reponerme de algo así. Yo sé lo que digo —Remedios abrazó a su padre y llenó de lágrimas su casaca—. Amo a otro hombre.

De a poco, Antonio quitó a su hija de su hombro y le clavó los ojos. La jovencita metió su mano en el bolsillo del saco de su padre y le robó el pañuelo. Secó las lágrimas, sonó su nariz. Las mejillas le ardían.

—¿Qué es ese disparate, m'hijita?

—Es la verdad. No me quiero casar con Gervasio porque amo a otro hombre. Jamás me quise casar con el hijo de Antonio Dorna. Y el hombre que amo es inigualable. Es caballero, cuidadoso. Y yo le gusto.

Don Antonio respiró profundo. Debía tener paciencia y esperar. ¿Quién podría ser aquel que había robado el corazón a su hija? Remedios fijó sus ojos en los de su padre. Quería descubrir el humor escondido detrás de esa espera. Mas ya había arriesgado todo. Debía decirle la verdad.

—Ese hombre es el teniente coronel don José de San Martín —confesó con la

cabeza alta. Don Antonio apretó la mandíbula. Había notado algo aquella noche en la sala. Ahora se daba cuenta de todo.

—Hija querida, me dejas sin habla. Ese soldado acaba de llegar a estas tierras. No lo conocemos.

Remedios se sentó a los pies de su padre y desde allí le suplicó con la mirada negra, esa que la sacaba de apuros siempre que podía. La mirada que compraba a su padre. Pero este asunto había traspasado los límites.

—Prométeme, aunque sea, que lo pensarás.

Antonio se levantó y con lentitud se dirigió a la puerta. Giró sobre sus talones, miró a su hija y suspiró. Remedios detuvo la respiración. Su padre se dio vuelta y salió del escritorio. El silencio la aterró. La verdad había salido a la luz y ya era imparable. Ahora sólo le quedaba esperar. Esta vez dudaba del poder que siempre había tenido sobre él. Había notado su molestia cuando le había planteado su desazón. La angustia le corroía el alma.

* * *

José franqueó la puerta de la finca de los Balbastro. Estaba cansado de todo un día de prácticas. Había acordado una visita con su amiga Carmen. La negra Juana lo acompañó a la sala y allí, sentada con su bordado, estaba la esposa de Alvear.

—Don José, acérquese. ¿Cómo ha sido el día de hoy? ¿Suman candidatos al regimiento? Venga a tomar un té conmigo y conversemos un rato. Hilaria ya me trajo las dos tazas.

El teniente coronel desabrochó el cinto que sostenía el sable, se lo quitó y lo dejó en la entrada. Se sentía desnudo al quitarse el arma, pero sabía que debía despojarse del filo dentro de la casa de familia. La espada era la prolongación del brazo para San Martín. Sin ella cerca se sentía vulnerable. Pero lejos de los caballos y del Campo de Marte, no tenía demasiado sentido que acariciara el metal o jugueteara con la empuñadura de su sable. Se acomodó en el sillón de brocato y tomó la taza que Carmen le acercó. Aguardaba que el té se enfriara, en silencio. No le gustaba caliente. La mujer de Alvear lo miraba con ansiedad, esperando alguna palabra suya. Cansada de esperar en vano, volvió a iniciar la conversación.

—¿Está bien, José? Se lo ve agotado.

—Estoy bien, Carmencita. No se preocupe. Estamos muy contentos con el desarrollo de los acontecimientos.

—¿Está a gusto en Buenos Aires? ¿Instalado?

—Os quiero agradecer todo lo que hacéis por mí. Me siento muy a gusto en esta ciudad. Y su suegra es encantadora. Cuando paso a visitaros me trata como si fuera un príncipe.

—Doña Bernarda es muy zalamera.

San Martín, de tanto en tanto, parecía desconcentrado. Como si estuviera a leguas

de distancia. Algo lo distraía y Carmen lo notaba. ¿Qué podía afectar a su amigo de ese modo? Lo conocía bien. Sabía que era un hombre de pocas palabras pero nunca había sido descortés con ella. No era que lo fuese en ese momento, pero lo notaba extraño.

—Me parece que está distante. ¿Pasa algo?

—No lo creo —José miró fijo a la esposa de su amigo—, pero si me nota raro...

—A mí me parece que ya es tiempo de que encuentre a una buena muchacha y se comprometa. Está en edad, mi querido. La soledad no es buena consejera. Eso decía mi padre y siempre tuvo razón.

Don José sonrió. Imaginaba hacia dónde se dirigía Carmencita.

—¡Mi adorada mujercita! ¡Don José!, ¿cómo está? Vengo exhausto de algunas reuniones. Estuve en casa de varios camaradas, y llego con buenas noticias —saludó exultante don Carlos mientras hacía su entrada a la sala. Besó a su esposa y se sirvió un té en su taza, sin importarle que aún quedara un resto por beber.

—Ya que estás aquí aprovecho para repetir lo que le comentaba a José. ¿No te parece, querido, que nuestro amigo debería echarle el ojo a una de las jóvenes disponibles de esta ciudad?

Carlos de Alvear intercambió miradas con su esposa y su amigo. Lanzó una carcajada. Los humores del hijo de Diego de Alvear iban de una punta a la otra. Y siempre con estridencia. Esta vez era evidente su excelente talante.

—Pero por supuesto. Estoy completamente de acuerdo. Hagamos la lista de las mejores damas de la sociedad. Veamos cuál es la más conveniente.

San Martín ya sabía quién era la elegida. Su elegida.

—No creo que haga falta un listado. Creo saber cuál es. No sé qué pensáis, pero Remedios de Escalada me parece la indicada —y observó con atención a los esposos. Necesitaba saber cuál era su verdadera opinión antes de que respondieran.

Carmen y Carlos intercambiaron miradas. Por supuesto que la hija de Antonio y Tomasa era perfecta.

—Qué gran elección, no podría haber elegido mejor. La chica de Escalada es espléndida, me gusta. Además de resultar de un gran provecho.

—¿Provecho? —preguntó Carmen.

—Sí, por su belleza, por su juventud, por ser de buena familia, rica... La dote de una hija de don Antonio de Escalada ha de ser de las más dignas de consideración en esta ciudad... ¿Qué te parece, Carmencita?

—Me parece muy bien, pero creo que tenemos un inconveniente. Tengo entendido que la joven ya está prometida.

Don José no medió palabra. Sólo apretó los dientes. No había contado con ese detalle. Ahí se dio cuenta de que era imposible que semejante muchacha estuviera soltera y sin compromiso. Era una lástima. El silencio inundó la sala de los Balbastro. San Martín no pensaba darse por vencido. Sabía que no estaba bien visto que hiciera caso omiso a las convenciones, pero de una forma o de otra, intentaría conquistar a

esa muchacha.

«Qué extraño... ¿comprometida? Pues no lo pareció la otra tarde en el Campo de Marte... Parecía muy directa y creo no equivocarme... Remedios quiso seducirme...», pensó el soldado.

—Mi amigo, yo no me dejaría amedrentar por eso. No sé hasta qué punto pueda ser verdad. Yo creo que ésa es la novia que estamos buscando y lo ayudaré en todo lo que pueda para que esa relación prospere. Déjame a mí, Carlos. Una de estas tardes debo pasar por la casa de los Escalada para hacer mi aporte a la causa. Allí aprovecho y le hablo de nuestro pretendiente.

No quería cambiar el rumbo. Se había convencido de que era esa jovencita de pelambre negra. Sentía que aquel encuentro fortuito en la iglesia, en Misa de Gloria, era una señal. No quería tentar a los dioses. Así elucubraba su presente y futuro don José de San Martín, mientras acariciaba con ligereza los muslos enfundados en el paño azul de su pantalón.

* * *

Tomasa estaba feliz. Había llegado repleta de paquetes. Al fin Mistress Hill le había terminado los vestidos y enaguas que le había encomendado. Los extendió sobre su cama para mirarlos. Eran perfectos. Como ella los había pedido. Los cordones, cintas y encajes de las dos enaguas amarillas iban a dejar sin habla a su hija mayor. Eran su debilidad. Se reía sola mientras acomodaba sus ropajes. «Debo comprarme un par de medias de seda. Las que tengo están viejas», meditaba mientras hacía orden. La próxima parada sería en la habitación de sus hijos. Estaban todo el día practicando con el nuevo escuadrón y dejaban sus aposentos como si fuera un campo de batalla. Entró en los aposentos de éstos y eso fue lo que vio. La ropa tirada, unos estribos rotos, todo desperdigado, cuánta paciencia debía tener. Paciencia, mucha paciencia. Estaba a punto de llamar a una de las sirvientas, cuando vio pasar como una sombra a su marido.

—Mi querido, estoy acá, en el cuarto de Manuel y Mariano. Te veo contrariado.

Antonio apoyó su cuerpo pesado en el umbral de la puerta. Miró a Tomasa en silencio. Y suspiró. Como si el aire le sobrara.

—Pero, hombre, no me asustes.

—Nuestra hija quiere romper su compromiso. Dice que está enamorada de otro hombre.

—Pero no digas pavadas, Antonio, por favor. Qué habla de amor esa chica si no tiene ni la más remota idea de lo que es eso.

—No son pavadas, querida. Remedios me dijo que está enamorada de José de San Martín.

Tomasa sintió que el mundo se abría debajo de sus pies. El pecho se le cerró y no pudo respirar más. Con lentitud se sentó sobre la cama de su hijo Mariano, y susurró:

—Dime que todo esto es mentira, Antonio. Que es un mal sueño.

—No, es así como te digo. Y no sé qué vamos a hacer.

—¿Pero cómo que no sabes qué haremos? Casar a esta chica con su prometido. Como debe ser. Ya está todo dicho. ¿No es así, Antonio?

El corsé le impedía respirar. Las lágrimas se amontonaron en sus ojos. Tomasa no sabía qué hacer.

—La culpa arrasaría mi alma si Remedios no fuera feliz —susurró Antonio con un hilo de voz.

—¿Pero quién es ese soldado, por el amor de Dios? Es un plebeyo, Antonio. ¡Nuestra hija no se puede casar con ese hombre! Esa chica me quiere destrozar el corazón. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de lo que está haciendo? ¿Casada con ese advenedizo? Es intolerable.

Antonio entendía a su mujer, pero el llanto y el reclamo de Remedios retumbaban en su cabeza. Verla en ese estado lo había derrumbado. Gervasio era un hombre de bien, lo sabía. Pero este otro... Su vida era un misterio para él, además de su clase social. Aunque había llegado con todos los honores a Buenos Aires, de la mano del hijo de Diego de Alvear. Y la otra noche, en su casa, le había caído simpático.

Como una tromba hicieron su entrada los varones Escalada. Al ver a sus padres en semejante estado se detuvieron en seco.

—¿Pasa algo, padre? —dijo Manuel.

Tomasa intentó acomodar su cara, pero le fue imposible. Antonio caminaba por la habitación de sus hijos, como un león enjaulado.

—Tenemos un problema enorme. Su hermana quiere romper el compromiso. Dice estar enamorada de San Martín, el jefe de ustedes —vomitó el patriarca. Hubiera preferido discutir esto a solas con su mujer, pero la aparición de sus hijos había apurado los acontecimientos.

—Pero miren a nuestra hermanita —sonrió Manuel—. Les confieso que nunca vi con buenos ojos el compromiso de Remedios con Dorna. No sé por qué, pero no me parecía adecuado para ella. Pero el andaluz...

Mariano abrió grandes sus ojos negros. Sentía casi adoración por su teniente coronel. Pero no quería que su familia tuviera problemas. Y menos que menos, su hermanita querida. El menor de los Escalada prefería escuchar y observar en silencio.

—Yo no estoy de acuerdo. Para nada. Pero su padre es quien tiene la última palabra.

* * *

Un golpe en el portón de calle rompió el silencio que adormecía la casa. Juan Manuel cruzó el sector doméstico hasta el pasillo y llegó al vestíbulo. Abrió y en mano recibió una esquela. Iba dirigida a la señorita Remedios. Fue al salón, sabía que doña Tomasa estaba allí; le entregaría el papel lacrado. Antes de llegar, Felicia lo

interceptó, se lo quitó y corrió a la habitación de su amita.

—¡Niña Remedios! ¡Llegó algo!

—Pero cuánto estruendo, por Dios. ¿Qué pasó?

—Llegó una esquila a vuestro nombre. Juan Manuel se la iba a entregar al ama doña Tomasa, pero yo llegué antes —sonrió la nana.

—A ver, Felicia, trae para acá. Vamos a ver de quién es —la muchacha rompió el sello con ansiedad y la abrió. Con una letra perfecta, las palabras le aceleraron el pulso:

«Señora mía,

V. M. me ha mirado para siempre, y vengo ahora obligado a rogarle que me permita verla una vez más, al menos. En la Alameda, el domingo al mediodía.

B. M. de V. M.

J. S. M.»

Remedios ahogó un grito de excitación. Estrujó la esquila contra su pecho y comenzó a reír. Felicia la miró atónita. No sabía quién era el remitente de la misiva pero lo suponía.

—Ay, Felicia, ¡qué alegría! Don José me ha invitado a pasear. Quiere verme. Ya mismo le responderemos. Tú le llevarás mi respuesta. Esto, por demás está decírtelo, es secreto absoluto. Nuestro secreto. Y tengo que suplicarte otro favor. Ve al despacho de mi padre cuando él no esté, y me traes el papel epistolar especial y el sello. Yo tengo aquí una pluma.

—Niña Remedios, me da un poco de miedo todo esto. ¿Qué hago si su madre me descubre? No debe hacer esto. Está mal, está prometida a otro hombre.

—Por poco tiempo. Él aún no lo sabe pero mi padre, en menos de lo que te imaginas, romperá el contrato. Y el domingo nos escaparemos juntas a la Alameda. Le voy a pedir a Encarnación que nos acompañe. Nadie notará mi ausencia. Inventaremos alguna excusa.

Felicia salió de los aposentos de su amita rumbo al despacho de don Antonio. Sabía que el peligro le respiraba cerca pero no tenía argumentos para negarse. Decirle que no a Remedios era imposible. Y no sólo porque la joven desde pequeña había aprendido a manejar su vida a base de caprichos de todo tipo. En esta oportunidad parecía en serio. Ella, que la conocía mejor que nadie, creía ver que esta vez la cosa era seria.

Capítulo III

La residencia de los Escalada era un constante ir y venir de gente. Don Antonio podía a duras penas retirarse de su despacho a tomar unos mates debajo del peral del patio. El Triunvirato le había encargado la recaudación de fondos para la compra de fusiles destinados a las tropas revolucionarias en campaña, y la respuesta de los interesados era un éxito. Los contribuyentes entraban y el arcón se llenaba con las donaciones. Escalada estaba agotado pero exultante. Sentía que cumplía con su deber de ciudadano, además de cumplir la orden que había recibido.

La luz del día había comenzado a descender y un atardecer fresco se avecinaba. Abrió el cuaderno donde asentaba cada contribución. La lista se había agrandado. José Agustín de Aguirre y Lajarrota había contribuido con una onza de oro, igual que Nicolás de Anchorena y su yerno José Demaría; Benito Lynch había entregado cuatro onzas y León Ortiz de Rosas, seis; además de su propia onza de oro que elevaba la abultada suma. Dio vuelta unas páginas. Buscaba los otros nombres y cifras que ocupaban el libro: la lista de señoras que se habían suscripto para el pago de fusiles. Su mujer y sus tres hijas, además de María de la Quintana, Ramona Esquivel de Aldao, Mariquita Sánchez de Thompson, Rufinita Orma, Isabel Calvimonte de Agrelo, María de la Encarnación de Andonaegui, Magdalena de Castro y Ángela Castelli de Igarzábal; Petrona Cárdenas había donado dos.

Golpearon a la puerta de su despacho. Era Juan Manuel que le comunicaba el arribo de dos nuevos aportantes. Estaba cansado pero debía cumplir con su labor.

—Que entren directamente —ordenó.

Desde su sillón escuchó una voz de hombre y otra de mujer, que sólo daban respuestas cortas. La puerta se abrió y entraron don Carlos de Alvear y su esposa.

—Pero qué alegría, doña Carmen; Carlos, qué buena visita me hacéis. Ya estaba terminando mis ocupaciones. Acabo de cerrar el libro de cuentas. En este mismo instante pido té y galletas para los tres.

—No cierre aún, don Antonio. Mi adorada Carmencita viene a agrandar las arcas del gobierno.

—Caballero, traigo mi contribución para los fusiles que ayudarán a liberar al pueblo —Carmen metió la mano dentro de su pequeño bolso y sacó dos onzas de oro. Las puso sobre el escritorio.

—Muy bien, señora. Os doy las gracias en nombre del gobierno de Buenos Aires —guardó el oro dentro del gran cofre de madera que dominaba la mesa e hizo unas últimas anotaciones—. Pero quedaos un rato. Tomemos algo, ¿qué os parece?

—Desde ya, don Antonio. Además de traerle nuestra contribución, veníamos de visita —don Carlos se acomodó en su asiento.

Entró Juan con una bandeja llena de platos, tazas y delicias. La dejó sobre una mesita baja frente a los sillones y se retiró.

—Aprovecho para volver a agradecerle la invitación que nos hicieron, don

Antonio. Lo pasamos de maravillas aquel miércoles en el que participamos de vuestra tertulia. ¿Recibisteis nuestra esquila de agradecimiento?

—Desde ya, doña Carmen. Al día siguiente. Qué suerte que la disfrutasteis. Nos gustó mucho recibirlos.

—Y queremos agradecer en nombre de nuestro amigo don José, por supuesto. Aunque él también envió la suya —agregó Carlos, simulando distracción.

La cara de Antonio de Escalada palideció en un segundo. Sin embargo, intentó disimular. No quería crear suspicacias entre sus amigos. Era un tema íntimo y prefería mantenerlo dentro de la discreción de su hogar. Sabía que, gracias a los chismes que tanto atraían a las damas de la sociedad, tarde o temprano el intento de rompimiento de su hija podía correr como reguero de pólvora en las reuniones.

—¿Cómo está Remedios? —preguntó Carmencita mientras revolvía el té. Le clavó los ojos a don Antonio. Sonrió como si no supiera de qué estaba hablando. Su marido esperó en silencio. Quería escuchar la respuesta para luego arremeter.

—Mi hija querida está muy bien, gracias. Preparándose para el compromiso. Supongo que tendréis conocimiento del contrato matrimonial que hemos organizado para nuestra hija con don Gervasio Dorna.

—En absoluto, don Antonio. No sabíamos, pero lo recuerdo en tu tertulia... El caballero que sacó a bailar a Remedios luego de que recorriera la sala con José, ¿te acuerdas, querida?

—Me parece que no. Será que las danzas de la muchacha con nuestro amigo atrajeron mi atención por completo. ¡Qué bella pareja, la de Remedios y don José! ¿No es cierto, mi querido?

—Por supuesto, Carmencita. Hablemos en serio, don Antonio. Ahora que me ha expresado que su hija tiene un pretendiente, aprovecho para decir que mi amigo y colega es un hombre con todas las de la ley. Es un caballero espléndido y valiente. De esos que tanta falta hacen en el país para el bien de estos pueblos. No me ha dicho nada, pero puedo asegurar que viene con una considerable fortuna. Si no está dicha la última palabra, me parece que deberíais reconsiderar a don José como el candidato perfecto para vuestra hija. Tiene la vida resuelta, es un militar de renombre en Europa. Y prefirió desembarcar en estas tierras antes que embriagarse con el éxito europeo, un soldado repleto de condecoraciones, y con ideas claras y firmes. Me atrevo a alentar el encuentro entre San Martín y la familia de Escalada, don Antonio. Sé que los Dorna son gente adinerada, pero, insisto, no es menor la fortuna de mi amigo. Y eso sin hablar de su fortuna como militar o de su consideración política. No quiero vilipendiar a don Gervasio, pero si no me han informado mal de cosas sucedidas antes de nuestro arribo, no ha quedado muy bien parado que digamos tras el motín de los Patricios por el tema ese de sus trenzas. ¿No fue el batallón que comandaba don Gervasio el que disolvieron, por estar lleno de agitadores? ¿No fue a él a quien le negaron el pedido de crear una nueva unidad? En cambio, ahí lo tiene usted a don José, con una foja de servicios destacada en la Península, reconocido

como uno de nuestros hombres más capaces por el gobierno, al punto de encomendarle la creación de un cuerpo de caballería que, le puedo asegurar, maravillará a América. No dudo en asegurarle a nuestro don José un porvenir más que promisorio... y me atrevería a decir que no sólo en el Ejército. Y en estos tiempos tan revueltos que corren, cuando las familias más encumbradas son las que más tienen que perder, no sería prudente desatender la conveniencia de una alianza tan provechosa.

Antonio escuchó con atención los argumentos de don Carlos. Desde el primer día, cuando se lo habían presentado en San Miguel Arcángel, el militar andaluz lo había impactado. Y debía ser honesto consigo mismo, los comentarios que escuchaba, en general, eran todos positivos. No recordaba palabras de desprecio. Y por las noches, cuando la familia se sentaba a la mesa, sus hijos dominaban la comida con un sinfín de halagos para con su teniente coronel.

—Perdóneme que me entrometa, don Antonio. Soy mujer y tengo otra sensibilidad. Estuve observando a su hija, sobre todo en aquella tertulia, y me parece una muchacha encantadora. Y habiendo hablado alguna que otra vez con ella, creo que Remedios tiene los ojos puestos en don José.

—¿Os dijo algo? —preguntó inquieto Escalada. Temía que el incidente de su hija ya se hubiera transformado en un rumor a voces.

—No se asuste, mi querido, para nada. Pero no hay que ser demasiado perspicaz para verlo. Os damos todas las garantías en lo que a José respecta. Es un caballero, un hombre honorable... y como mujer, agrego que es muy apuesto —largó una carcajada, dio un golpe seco con su abanico y lo cerró.

El silencio hizo ruido en el salón. Sólo se movían los ojos de los allí reunidos. Los Alvear aguardaron sin hablar. Antonio miraba hacia abajo y acomodó su pelo encanecido. Su hija era lo que más adoraba en el mundo. No quería que sufriera, pero este asunto lo ponía en una encrucijada.

—Nos retiramos, mi amigo. Nos espera en casa mi santa abuela. Espero no haber sido demasiado imprudente con mis apreciaciones.

—Gracias por la visita, Carlos. De ninguna manera. Sé que lo haces con honestidad. Prometo pensar en vuestras palabras, no pasarán desapercibidas.

La pareja salió del despacho y Juan Manuel los acompañó hasta la puerta. Con la tranquilidad de la tarea cumplida, don Carlos y doña Carmen partieron sonrientes hasta su casa.

En la soledad de su escritorio, Antonio tomó un último sorbo de té repleto de pensamientos. Las palabras de los Alvear retumbaban en su cabeza. Y la posibilidad de una alianza provechosa le revolvía sus ansias. ¿Y si se equivocaba para siempre? Había visto y sentido las lágrimas de su hija al hablar de Gervasio. No podía entender cómo esa muchachita se atrevía a enfrentarlo.

* * *

Hacía demasiado frío. Y para peor, se había despertado con un resfrío atroz. Remedios no sabía si tenía fiebre, pero el cuerpo le demostraba que no estaba bien. No podía creer lo que le estaba pasando. ¿Podía ser que la enfermedad la postrara esa mismísima mañana? No lo permitiría de ninguna manera. Hacía varios días que esperaba el encuentro con San Martín. Un enfriamiento miserable no se lo iba a prohibir.

Le había pedido a su madre faltar a misa y se lo había concedido. Pero ahora no sabía qué excusa darle para escapar a la Alameda. Para colmo ese dolor de cabeza...

—¿Mamita? ¿Me podrían acompañar Felicia y Encarnación a la casa de María Sandalia? Ella tiene unos caramelos que le recetó el boticario Jenkinson para el mal de garganta, que son lo que necesito para curarme. —La idea había sido brillante. Su madre adoraba recurrir a cuanto medicamento existiera. Creía que todo se curaba de la mano del farmacéutico.

—Bueno, m'hija. Pero buscan las pastillas y vuelven a casa de inmediato. Hace frío y no quiero que andes por la calle en tu estado. Y te abrigas, por favor.

Se apuró en buscar a su nana y Encarnación, que estaban en su habitación.

—¡Nos vamos ya mismo! Le dije a mamá que íbamos en busca de medicación para mi resfriado. Ponéis cara de nada y salimos. Felicia, tráeme el abrigo y mi sombrero. Y tú, Encarna, no me mires así, pareces un carnero degollado. Tengo todo arreglado. En unos minutos estamos en la Alameda con José.

Se pusieron los abrigos y salieron en absoluto silencio. No querían que ningún inconveniente las detuviera.

El viento congeló las caras de las tres. Levantaron los cuellos de sus abrigos y emprendieron la marcha rumbo a la cita. Remedios estaba ansiosa por llegar. Eran ya las doce del mediodía y aún estaban en camino.

—¿Os apuráis, por el amor de Dios? Es muy tarde y no quiero que José se retire.

Su sobrina y la nana casi corrían. El tranco de Remedios era gigantesco. Parecía el de un varón más que el de una señorita. El taconeo de las botinetas marcaba el ritmo de la caminata. Ese hombre bien valía la pena. Ya cerca, por la calle de Sáenz Valiente, vieron al fondo a la Alameda. El río impregnaba su olor en el aire. Remedios respiró hondo y cerró los ojos. Sentía que la estabilidad la traicionaba. Las sienes le latían. No estaba bien. Pero faltaba poco para encontrarse con el hombre que le quitaba el sueño.

Llegaron al paseo. Una cantidad de parejas iba y venía con el agua del Río de la Plata al costado. Algunos niños correteaban y reían a las carcajadas. La Alameda era una algarabía.

—¿Alguien lo ve? ¿Está por algún lado? Ay, me parece que ya se fue. Llegamos tarde, ¿no veis? ¿Y si no vino ni siquiera...?

—No se apure, mi niña. Tal vez no haya llegado aún. Caminemos hacia el norte. Seguro que lo encontramos por allí.

Los ojos tristes de Remedios contrastaban con la alegría de los transeúntes. Caminó lento por el paseo, con sus acompañantes al lado. La ansiedad le jugaba una mala pasada. Tampoco era tarde. Pero no verlo apenas llegaron le había cambiado el humor. Esforzaba la vista para encontrarlo a lo lejos. No tenía suerte.

—Buenas tardes, Remeditos. Qué afortunado soy, estás más bella que nunca.

Don José saludó a su dama por detrás. La había seguido unos pasos sin avisarle de su arribo. Había bajado varias cuadras más al sur, por eso se habían desencontrado.

La niña se sobresaltó. Quedó petrificada sobre el piso. Giró sobre sus talones y lo miró sin poder contestar ni una palabra. Sus labios se entreabrieron. Y se acordó de sonreír. Tenía palpitaciones. No sabía si eran gracias a su salud o a sus emociones. Encarnación la codeó. La boca del militar era una sonrisa llena, y sus ojos negros se instalaron en el rostro de la muchacha para no retirarse nunca más.

—¿Cómo está, don José? Bastante fresco pero qué linda tarde, ¿no? —encaró la sobrina de Remedios ante el incómodo silencio que inundaba ese tramo de la Alameda.

San Martín lanzó una carcajada. Le dio gracia la escena. Su conquista demostraba una timidez inusitada.

—Sí, señorita. Muy bella. No tanto como esta niña de cabellera morena. ¿Caminamos, Remeditos? El aire de río me gusta mucho.

San Martín y Remedios dieron inicio a una caminata lenta, donde la seducción podía sentirse a cada paso. Él no dejaba de mirarla; ella, de vez en cuando, bajaba sus pestañas y miraba el piso. Necesitaba descansar de la intensidad de esos ojos. Felicia y Encarnación los seguían algunos pasos detrás.

—Gracias por haber aceptado mi invitación.

—De nada, teniente coronel. Pensé que estaba llegando tarde, pero por lo visto, no fue así. Es que hoy desperté sintiéndome mal. Pero le había dado mi palabra, así que aquí estoy —Remedios sonrió mientras entrecerraba los ojos.

—Enferma y todo, tu belleza es infinita.

Encarnación y Felicia se miraron atónitas. Tenían terror de que algún conocido las viera en esa situación.

—Supongo que es evidente que he quedado prendado de ti. Desde el mismo minuto en que te conocí, niña. Pero sobre todo luego de nuestro encuentro en tu casa.

Remedios sentía la ambigüedad de una felicidad enorme con trazos de angustia por la realidad.

—¿Pasa algo, mi niña? No tienes buena cara. ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

—¡No! Perdón, no. Hace frío y no me siento bien, nada más.

—¿Sólo eso?

—Sí —mintió la joven—. Pero caminemos un poco más.

José le ofreció su brazo, Remedios le pasó el suyo y lo tomó fuerte. Sintió una

tranquilidad única, la protección que nunca había percibido. Siguieron caminando y sus voces se transformaron en susurros y risas.

—Tal vez te parezca algo apresurado. Pero quiero advertirte, antes que nada, que mis intenciones son serias, Remeditos. Quisiera decirte que mis sentimientos son verdaderos.

El corazón de la joven dio un vuelco. Sintió que la presión le bajaba y la palidez de su rostro devino en transparencia. Perdió el pie y tuvo un vahído sobre el cuerpo de su acompañante. Él la tomó con fuerza y la rodeó con sus brazos. Sintió el olor del cuello de Remedios, que subía desde sus enaguas. San Martín sintió que quedaba contaminado para siempre por esa muchacha.

—¿Qué pasó? ¡Por el amor de Dios! ¿Remedios, mi querida? ¿Estás bien? — Encarnación corrió al lado de su tía y le tomó la mano. Remedios, de a poco, comenzó a volver en sí. La palidez seguía. Se incorporó y recuperó el aire.

—Ya estoy bien. No se preocupen, por favor. No es nada.

—¿Cómo que no es nada? Ya mismo vamos a tu casa, sin objeciones.

San Martín llamó con un gesto a Felicia, para que tomara de un brazo a su ama, y soportando él la mayor parte del peso, la ayudaron a caminar de regreso. Notó que la frente de Remedios estaba húmeda de sudor, y buscó su pañuelo para secarla.

—Tienes fiebre, Remeditos. Ahora me siento culpable por haberte hecho venir.

—No, yo soy responsable de mis actos. El único problema es que le mentí a mi madre. Le dije que iba a lo de mi amiga María Sandalia en busca de medicación. Y si ahora me ve llegar contigo...

—No te preocupes. Le digo que os crucé en el camino, que te vi mala y os ayudé.

—No es sólo eso...

—¿Qué, entonces?

—Mi madre es especial...

—A ver, querida, terminemos con esto. Tomasa no es especial. Remedios está prometida a otro hombre, don José — Encarnación vomitó la verdad ante los ojos embravecidos de su tía. San Martín le clavó la mirada a la débil jovencita.

—Sí, José. Es así como dice Encarna, pero ya hablé con mi padre de esto. Quiero romper el compromiso. No quiero a ese hombre —y se largó a llorar. San Martín le secó las lágrimas con su pañuelo. Le tomó las manos y se las besó.

Ya estaban cerca de la calle de La Merced. Remedios, de a poco, calmó su angustia. Extrañamente se sentía tranquila al lado de ese hombre. Llegaron a Santísima Trinidad y giraron. Se detuvieron en la puerta de la casa.

Doña Tomasa, desde adentro, había escuchado voces en la calle. Se acercó a la ventana de la sala y vio a su hija con Encarnación y Felicia, y ese soldado que la sacaba de quicio. Salió como una tromba.

—Hola, mamita. Veníamos hacia la casa y nos cruzamos con el teniente coronel San Martín. Como me sentía mal, se ofreció a acompañarnos —con la cabeza gacha, Remedios entró a su casa rodeada por las jóvenes. Tomasa la miró con atención. Se

quedó sola un instante y miró con desprecio al hombre vestido de azul.

—Adiós, teniente coronel. Le agradeceré que por respeto al decoro no vuelva a aparecerse por aquí —ajustó el chal morado a su cuello, se dio vuelta en seco, entró y pegó un portazo.

San Martín observó la puerta con la mente en blanco. Torció la cabeza y miró la gran ventana de la sala que daba a la calle. Allí, con la mano contra el vidrio, estaba Remedios. Pero al instante desapareció. El cortinado se cerró de inmediato. Contuvo la rabia y siguió rumbo a lo de Balbastro.

* * *

Como dos años atrás, la escena se repetía. Tomasa pasaba la noche en vela al lado de su hija. El simple resfrío que había acusado Remedios terminaba en un cuadro de fiebre, catarro y enorme debilidad. Al final del día su salud había empeorado por completo. El doctor Dick había pasado a hacer su visita y el diagnóstico no había sido alentador. La temperatura no bajaba. Su decaimiento era brutal. Remedios había dormido toda la tarde y ahora el descanso se le hacía imposible. Su madre cuidaba de ella. Con paños de agua fría intentaba palear la transpiración. Ya no sabía qué más hacer. La angustia la estaba matando.

Apuró el paso hasta el despacho de su marido, que seguía leyendo y haciendo anotaciones a esas altas horas de la noche.

—Antonio, no puedo más sola. Por favor, ¿me ayudas con Remedios?

—¿Pasó algo?

—Nada nuevo. Pero está bastante mal. El doctor no quiso decir la palabra fatal pero sus ojos fueron más que elocuentes, ¿no te pareció? No quiero susurrarla ni siquiera, pero nuestra hija tiene tisis —Tomasa no pudo refrenar el sollozo y su marido la abrazó. Así permanecieron un rato. Juntos y en silencio, compartieron esa realidad desoladora. Con lentitud, fueron hasta las habitaciones de su hija. Allí, diminuta entre almohadas blancas, sábanas y cobijas, estaba Remedios. Pálida, con su pelo oscuro, mojado de transpiración. Sus ojos, cerrados, sólo mostraban unas pestañas tupidas y negras. Su padre se acercó y se sentó en la silla que estaba al lado de la cama. Acarició la mano de su niña y ella entreabrió los ojos.

—Tatita..., qué suerte que estás aquí —susurró.

—No te canses, hijita. Yo me quedo contigo. Trata de dormir.

Remedios empezó a respirar despacio. El ritmo era lento. Antonio le tocó la frente. La fiebre seguía arrasando a su hija. Miró a su mujer y la vio agotada. Demasiado.

—Querida, ¿por qué no descansas unas horas? Yo me quedo con Remedios, no te preocupes.

—Gracias, Antonio. Lo necesito, ya no resisto.

Y así permaneció el hombre, con el semblante cansado por demás. Cada tanto,

mojaba el paño en la vasija de agua fría y la depositaba sobre la frente de su hija.

—¿Pensaste en lo que te dije la otra tarde? —abrió los ojos Remedios.

—Sí, mi querida. Pero no es momento para hablar de estas cosas.

—Sí es momento. Si me obligas a casarme con Gervasio me dejo morir. No estoy bien, y lo sabes. No sé si mamita te contó, pero estuve con don José. Él es el hombre de mi vida. Y tiene intenciones serias.

—Sí, Tomasa me contó que las trajo hasta casa. No te voy a negar, Remedios, que estuve meditando al respecto. Y voy a serte honesto, la otra tarde estuvieron Alvear y su mujer haciéndole honores. Me han hablado muy bien de San Martín... y para qué recordarte lo que tus hermanos piensan de él. Es un hombre bastante querido por alguna gente...

La respiración agitada de la enferma se escuchaba en el silencio de la noche. Remedios miró con ansiedad a su padre. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Don Antonio no podía tolerar ver a su hija en ese estado. Se le estrujaba el pecho. ¿Qué sentido tenía seguir el protocolo si su hija sufría de ese modo? Debía hablar cuanto antes con Dorna. Ya pensaría una excusa adecuada. No podía ocupar su mente en eso ahora.

—Mi hijita querida. Vas a estar mejor, te lo prometo —metió su mano en el bolsillo del pantalón y sacó una carta lacrada—. Te llegó esto hace unas horas, Remedios. Ya sabrás de quién es. No la abrí y ni siquiera tu madre sabe de su existencia. Es un secreto entre nosotros dos, ¿está bien?

—Gracias, Tatita —y abrió la carta delante de su padre. Ya no le importaba que la viera así, enamorada de otro hombre. Pocas palabras, pero de un afecto extremo:

«Mi querida niña:

No te vi bien al dejarte. Rompo el silencio de estas horas interminables para saber de ti. Confío en que tu salud mejore lo antes posible. ¡Bendita mi estrella que te ha puesto en mi camino!

A partir de ahora, mi corazón está sólo dedicado a ti.

Por siempre

Pepe»

La cara de Remedios se iluminó. Miró fijo a su padre, como si quisiera transmitirle sus emociones. Antonio confirmó una vez más que su hija podía ser feliz. Pero sólo de una manera. Junto al soldado andaluz. No de otra forma. Le sonrió sereno, volvió a colocarle los paños y le tocó su pelo negro. En voz muy baja empezó a cantar una canción de cuna. La boca de Remedios soltó la tensión. Era la misma que cantaban juntos cuando era pequeña. Acomodó su cuerpo para dormir, y de a poco, pudo conciliar el sueño.

Capítulo IV

Eran las seis de la tarde en el Cuartel del Retiro y faltaba poco para que oscureciera. Las prácticas habían terminado hacía algunas horas. San Martín, Alvear y Zapiola aguardaban con ansiedad la llegada de los demás afiliados a la Logia de Buenos Aires. Habían decretado que la reunión fuera en el cuartel. Debían mantenerla en total secreto y optaron por la tranquilidad de esa zona de la ciudad. Don Carlos había preferido no usar su casa. Era indispensable que su mujer y su abuela quedaran completamente afuera de estos asuntos. La política era cosa de hombres. Y las sociedades secretas, más.

El primero en llegar fue el joven Tomás Guido. Con sólo 23 años, su compromiso era inmenso. La entrega para con la causa estaba a la par de sus cofrades mayores. José miraba con buenos ojos al muchacho.

Y de a uno fue llegando el resto: Álvarez, Murguiondo, Luzuriaga, Donado y Bernardo de Monteagudo. Las sillas estaban dispuestas alrededor de una larga mesa. Carlos de Alvear se acomodó en la cabecera y José de San Martín a su derecha.

—Debemos ser prudentes, pero a la vez audaces, camaradas. Falta cada vez menos para lograr la libertad por la que bregamos desde hace tanto tiempo —Alvear inició la reunión—. Por ahora, para atizar el fuego, me parece conveniente que la Sociedad Patriótica exprese el descontento con el gobierno, mientras que los hermanos jefes militares sigamos a cubierto, para no despertar sus sospechas y, cautamente, ir sumando voluntades y brazos a nuestra obra hasta que nuestra unión se imponga por la fuerza.

—No sé si estoy de acuerdo con esas estratagemas —refutó San Martín—. Es cierto que nuestro lema es «unión, fuerza y virtud». Debemos estar más unidos que nunca, lo sé. Pero lucho y lucharé siempre por la independencia de esta tierra y creo que no tenemos más tiempo que perder, si queremos preservar la virtud...

—Si no lo conociese mejor, diría que el hermano es víctima de sus arrebatos. No podemos irrumpir todavía hasta no asegurarnos la adhesión de los hombres más poderosos del comercio y la oficialidad, o al menos hasta que su hartazgo con esos señorones del Triunvirato nos deje las manos libres para actuar a nuestro antojo. Las cosas no están lo bastante convulsionadas todavía, y no queremos que nuestra causa se vea derrumbada por los afanes de algunos —respondió don Carlos.

San Martín enmudeció por unos minutos. No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Él, un arrebatado? Si había alguien víctima de su propia grandilocuencia ése era su cofrade Alvear. Las diferencias entre la plana mayor de la Logia empezaban a manifestarse. Tenían los mismos fines; los medios, en cambio para algunos eran distintos. José había empezado a tener su propia vida sin la necesidad suprema de que Carlos lo apañara. Eran tiempos de independencia, en todos los sentidos. A pesar de eso los lazos entre ellos eran grandes. Todavía se respetaban y la admiración mutua existía.

—De eso no tenemos dudas, don José. Todos juramos alcanzar la independencia y expresamos que no reconoceríamos por gobierno de las Américas sino a aquel que sea voluntad de los pueblos —dijo Bernardo de Monteagudo, en un intento por calmar la tensión.

—Sí, don Bernardo. Pero usted mejor que nadie sabe que a las cosas, como están, se las va llevando el demonio. Varios de nosotros hemos sido víctimas de persecuciones solapadas, a modo de amedrentación. Todas las facciones, sean realistas o de las otras, que quieren mantenerse en el poder se sienten amenazadas por nosotros. Y no se detendrán hasta que no sientan que logran su cometido. Insisto, no tenemos tiempo —afirmó San Martín.

—Coincido con don José —se alineó el joven Guido—. Desconfío de los hombres del Triunvirato y sus allegados. Nuestras ideas deben impregnarse por completo en el gobierno. Cuanto antes.

Alvear metió los dedos entre su pelambre castaña. Los detuvo a mitad de camino y quedó con su cara frente a la madera de la mesa. Sus ojos azules se congelaron por un rato. Sabía de los seguimientos, no era ingenuo; pero de ahí a seguir las propuestas de San Martín, había un largo camino. A pesar de sus cortos años, Alvear era el más poderoso de los logistas. No podía permitir que su comandante escalara posiciones dentro de la Logia. Necesitaban apoyo de los grandes comerciantes porteños y de los ingleses, y aún lo veía difícil de concretar. Solos no podrían con todo. José, mientras tanto, cavilaba en silencio. Como acostumbraba a hacer. Lo acusaban de parco, y él no hacía nada por revertirlo.

—¡Inútiles y cobardes! ¡Estos triunviros de mierda! —gritó don Carlos—. ¿A ver si creéis que no sé quiénes son?

—Pero si de eso estoy hablando. Debemos declarar cuanto antes la independencia, votar una constitución y trabajar en pos de la libertad de otros pueblos de América. Todo se dilata cada vez más. Y el artífice de estos obstáculos no es otro que el secretario de Gobierno y Guerra, Bernardino Rivadavia.

San Martín sabía que la ciudad vivía de conspiración en conspiración, y que aterrado, el gobierno respondía con acusaciones de alta traición y ejecuciones sumarias. No quería que eso se normalizara más de lo que ya sucedía. El miedo paralizaba a los ciudadanos dentro de sus casas.

Las velas fueron ardiendo. El cuartel empezaba a atenuar su luz. Los logistas guardaron silencio. Como llegaron, de a uno se fueron yendo. Antes de abandonar la sala de reuniones, un soldado golpeó la puerta y se acercó a su comandante. Le entregó una carta en mano. Sabía de quién era. Hacía días que intercambiaba esquelas con Remedios. La excusa primera había sido su salud. A medida que las entregas fluyeron, la cercanía entre ambos creció. El estado de ella había mejorado; las galanterías de él, crecieron.

El teniente coronel esperó a que todos se fueran. Rompió el sello y abrió el papel.

«Mi querido Pepe,

Sé que te alegrarás por mis nuevas. Ya estoy completamente recuperada y saludable. Y para celebrar mi alegría contigo, mi padre se complacería en invitarte a comer el lunes que viene.

Feliz,

RdE»

Guardó el papel en su bolsillo. Clavó la mirada en un punto fijo y así permaneció un buen rato. Las cosas se acomodaban. Ojalá en el plano político hubiera podido decir lo mismo.

* * *

Antonio tuvo que precipitar los acontecimientos. Luego de una larga reunión con el padre del prometido de su hija, el contrato matrimonial llegó a su fin. El padre de Remedios le expresó sus razones, pidió las disculpas pertinentes y el compromiso se disolvió. Antonio Dorna entendió sin ofenderse. La excusa de la enfermedad de la joven impedía cualquier reclamo. Y él, ante todo, era un hombre de bien.

Ahora esperaban al verdadero candidato. Esa noche comerían con él. La familia entera conocería en serio al amor de Remedios. La joven había pasado toda la tarde acicalándose. Se había probado un vestido tras otro. Ninguno la convencía. Su habitación se había transformado en un gineceo, repleto de mujeres. Felicia, Maruja, sus sobrinas dilectas Encarnación y Dolores, su hermana menor Nieves y Tomasa, que entraba y salía. Todas daban sus opiniones pero casi nunca se ponían de acuerdo. Cuando a Encarnación le gustaba un atuendo, su madre dudaba. Y así sucedieron los cambios de vestuario. Después de un largo rato de ensayos y pruebas, Remedios salió. El peinado repleto de perlas y cintas, un vestido color malva de talle princesa que contrastaba perfecto con su pelo negro, y unos esarpines del mismo color, bordados en hilo de oro.

—¡Qué preciosa está mi hija! —exclamó don Antonio—. Ven, acércate, niña, que te quiero ver.

La joven corrió hacia el despacho de su padre y lo abrazó. Antonio la tomó de las manos y la miró de arriba abajo. Estaba orgulloso de ella. Y ahora que había solucionado el asunto Dorna, Remedios estaba radiante. Más bella que nunca. Suplicaba que todo saliera bien esa noche, sólo quería complacer a su hija. El problema era su esposa. Tomasa no podía disimular su enojo. Estaba disgustada por demás con el desarrollo de los acontecimientos. No estaba de acuerdo, bajo ningún concepto, con el acercamiento de ese hombre a su familia.

Eran las nueve en punto y sonó la aldaba de hierro de la puerta. La hora señalada.

—¡Ay, Tatita, ya llegó! Estoy muerta de miedo. Vamos a la sala, por favor —

gimió Remedios y salió a las apuradas, seguida por su hermana y sus sobrinas.

—Vamos, Antonio, que llegó el soldadote —dijo Tomasa en voz alta.

—Pero, mujer, por el amor de Dios. ¿Podrías callarte? ¿No te das cuenta de que es nuestra hija? No le hagas esto.

—Es lo que pienso y para peor, desde el primer día. No es de nuestra clase, es un plebeyo, un soldadote cualquiera, por favor —la indignación que tenía, la superaba. No podía creer que ese sujeto franqueara la puerta de su residencia como si nada.

—Ya hablamos de esto anoche. Te lo vuelvo a pedir. No alteres la alegría de Remedios. ¿Eres incapaz de ver que nuestra hija es feliz esta vez? ¿No le ves la carita?

—Pero si de eso se trata, mi querido. Ella es feliz hoy; mañana quiero ver... Conozco a mi hija de memoria, Antonio. Y ese hombre... no me gusta y nunca me gustará. Pero no te preocupes, no te haré pasar papelones. Siempre fui una perfecta anfitriona. Lo seguiré siendo —sonrió Tomasa—. No será la primera vez que enmascaro mis sentimientos.

Giró en seco y estiró la mano para que su marido entrara junto a ella a la sala.

Don José de San Martín entró a la casa con su edecán detrás.

—¡Don José, hombre! Qué alegría nos da al aceptar nuestra invitación —saludó Antonio con una sonrisa franca—. Mis hijos están adentro. Ya mismo los mando a llamar. Aquí están las mujeres de mi familia.

—A una de ellas la conozco bastante bien, mi señor —dijo, y dirigió su mirada negra a Remedios, quien no pudo disimular su agitación. Caminó hasta la dueña de casa y estiró su brazo. Tomasa le entregó su mano para que la besara, como si nada sucediera. Pero ellos sabían muy bien que el aire se cortaba con navaja.

—Buenas noches, teniente coronel. Bienvenido a mi casa. Le hemos preparado unos manjares especiales —dijo Tomasa y con la otra mano se abanicó el pecho.

—Muchas gracias, doña Tomasa. No os hubiérais molestado —respondió José, sin sacarle la mirada. Sabía que aquí se encontraba con un enemigo.

—Bueno, bueno, apuremos con los saludos, que de la cocina me avisan que la mesa ya está puesta y debemos sentarnos —aprestó Maruja.

Antonio lideró el camino, con sus hijas a cada lado. Al instante aparecieron Manuel y Mariano, quienes saludaron a su jefe. Tomasa se dirigió a la cocina y ordenó al edecán de San Martín que la siguiera. El patriarca se sentó en la cabecera y a su derecha ubicaron al invitado. Al otro lado se ubicaría Tomasa. Junto a José sentaron a Remedios. Antonio comenzó a servir el vino, y vio que don José estaba inquieto.

—¿Dónde está mi edecán? —preguntó.

—En la cocina, comiendo con el servicio —respondió Tomasa mientras acomodaba los faldones de su vestido.

—Donde come mi edecán, como yo —y se levantó. Con pasos largos se dirigió a la cocina y se sentó a la mesa junto a los sirvientes de los Escalada.

En el comedor, todos enmudecieron durante unos segundos sin saber qué hacer. Manuel y Mariano intentaron levantarse pero su madre los paralizó con la mirada. Remedios se quedó sin aire. Se puso pálida. El único que pudo pararse fue Antonio. Miró a su hijita como para calmar su angustia. Fue a la cocina y allí estaban don José y su edecán, de gran charla con Juan Manuel, Saturnino, María y los demás domésticos. Hicieron silencio cuando vieron al patrón.

—Por favor, no os calléis por mí. No quisimos ofenderlo, don José. Si es de su gusto, mudamos al edecán a nuestra mesa.

—¿Y si le hacemos un lugar a Vuestra Señoría en esta mesa? Venga aquí, frente a mí tiene una silla —lo convidó San Martín. Antonio dudó un instante. Miró a su gente. Se sentó frente al teniente coronel. María se paró inmediatamente y llenó un plato con sopa.

La familia sentada en el comedor escuchaba las risotadas que llegaban desde la cocina. Remedios entrecerró sus ojos, aliviada. Tomasa, en cambio, sintió el agravio.

—Madre, ¿podemos ir nosotros también? —imploró Manuel. Su madre arqueó las cejas y exhaló con fuerza. Ante la falta de palabras, los varones corrieron sus sillas y salieron del comedor. Entraron en la cocina y allí estaban su padre, el comandante y su edecán, comiendo y conversando como si fueran conocidos de toda la vida. Afable, don Antonio ya tuteaba al teniente coronel, como a un hijo más. Con respeto, los jóvenes acercaron dos sillas y se acomodaron entre ellos. Escalada y don José hablaban de política. Entusiastas, intercambiaban opiniones del gobierno, del futuro del territorio, de las batallas, de negocios. La conversación era interminable. Un tema derivaba en otro, y en otro. Y así llegaron al postre. María colocó un plato repleto de frituras de papa con huevo y harina, espolvoreadas con azúcar molido. Antonio festejó la delicia y se agenció dos pastelitos. Terminaron de comer y los invitó a pasar a la sala. Las botas de San Martín sonaron fuerte sobre el piso de la casa.

—¡Mis mujeres! Cuando terminen de comer las delicias que preparó María, vengan a la sala. Nosotros ya comimos, las esperamos allí —les ofreció Antonio, con un humor espléndido.

Tomasa miró fijo a Remedios. Intentó no violentarse con su hija. Ella no tenía la culpa de los desplantes evidentes de ese soldado. En silencio, terminaron de comer.

—Espero no haber abusado de vuestra paciencia, don Antonio. Es que no tomo conciencia del tiempo que paso hablando de mi vida en España —dijo San Martín, ya instalado en la sala que había conocido hacía unos meses.

—Para nada, hombre. Me habían hablado de ti, y qué mejor que conocerte por tus propios dichos. Has tenido una vida agitada, José. Espero que el desembarco en esta ciudad te haya traído algo de tranquilidad.

—No es una vida serena, precisamente, lo que he venido a buscar a estas tierras. Mi obligación es servir a la Patria y a eso me he llegado hasta aquí. Espero poder lograrlo con la asistencia de tantos patriotas...

—Desde ya. De eso no debes tener dudas. Somos muchos quienes apoyamos las ideas nuevas —afirmó Escalada, mientras saboreaba un cognac español.

—Don Antonio, aún no he tocado el tema más importante. He correspondido la invitación que me habéis hecho por una sola razón. Quiero anticiparos, antes que nada, que mis intenciones con vuestra hija son serias. He quedado prendado por su belleza, eso es cierto. Pero no es la estética lo que mueve mi vida. Soy un hombre construido para y por la ética, señor. Remedios es una muchacha encantadora, inteligente, y mi deseo es conocerla mejor. Eso si usted me lo permite.

El tema de la jovencita alteró el tenor de la conversación. José había cambiado el tono de voz y su interlocutor lo miró fijo. Antonio intentó meterse adentro de la cabeza del militar. Aunque hablaba de cuestiones del corazón, no era ahí adonde podía encontrar respuestas a semejante confesión.

—Remedios es lo más importante de mi vida, José. Desde pequeña ha sido una niña especial. Supongo que sabrás que hasta hace poco estuvo comprometida con otro hombre. Hemos roto ese contrato por pedido de ella. Su salud es frágil y todo lo que pida, mientras pueda, se lo concederé. Quiero lo mejor para mi hija. Y no permitiré que nada entristezca su vida. ¿Entendido?

—Por supuesto. Y por eso agrego a mi petición una fuerte suma de dinero. No aceptaré un no como respuesta —sacó una bolsa del bolsillo y se la entregó. Antonio miró su contenido, la volvió a ajustar y se la guardó—. Sigo sus pasos, don Antonio. Nada hará infeliz a su hija. Créame, le doy mi palabra.

Tomasa, Remedios, Maruja y sus hijas entraron en la sala. Los hombres las recibieron con cordialidad y ellas ocuparon sus lugares. Antonio lideró la reunión con una alegría renovada. La única que permaneció callada fue Tomasa.

* * *

Las semanas corrieron al ritmo de los enamorados. Día por medio, José se hacía de un tiempo para cortejar a Remedios. Siempre en la casa de ella y cuidada de cerca por algún familiar. La joven recibía los halagos y galanteos del oficial. Y como era de esperar, una tarde en la que San Martín estaba reunido con don Antonio, le pidió la mano de su hija. El padre, muy feliz, llamó a su mujer para que el novio reiterara el pedido frente a ella. Pidió unas copas, sacó el mejor vino que guardaba para las ocasiones especiales e improvisó un brindis. Tomasa acercó su copa mientras intentaba una cara amable. Había insistido con su marido de todas las maneras posibles. Pero su negativa no había prosperado. Sus argumentos —la diferencia de edad y de clase entre su hija y el militar, pero sobre todo el hecho de que el aspirante a yerno no perteneciera a una familia establecida— no habían sido escuchados por Antonio. Así que lo único que le quedaba era no arruinarle la vida a Remedios. La de ella ya estaba arruinada.

Don José solicitó al Triunvirato la licencia militar reglamentaria para contraer

enlace con Remedios. Después de que corrieron las tres proclamas sin impedimento alguno, recibió la respuesta en el Cuartel del Retiro. Su edecán, bien entrada la mañana, llegó con dos mensajes del gobierno. Abrió primero la licencia y la leyó:

«Buenos Aires, agosto 27 de 1812

Concédese licencia por este superior gobierno al Teniente Coronel y Comandante del Escuadrón de Granaderos a Caballo, don José de San Martín, para la verificación del matrimonio que solicita con doña María de los Remedios Escalada, hija legítima de don José Antonio Escalada y de doña Tomasa de la Quintana, vecinos de esta capital, y sacándose copia certificada de este permiso, diríjase al Estado Mayor para que, dándole el correspondiente curso, puedan los interesados hacer de él uso consiguiente.

Chiclana - Pueyrredón - Rivadavia
Nicolás Herrera, Secretario»

Respiró con tranquilidad. Ahora sólo restaba acordar el día con su futura familia política y celebrar el enlace. Guardó la licencia en su bolsillo y abrió la otra carta. Con una mueca parecida a una sonrisa, leyó las instrucciones de su primera misión. Por fin sacaría a parte de sus hombres del cuartel y los pondría a prueba. Debía verificar las acusaciones contra el comandante del pueblo de San Fernando, Carlos Belgrano, el hermano de Manuel.

San Martín preparó una escolta de Granaderos y se dirigió a casa de Remedios. Ordenó a sus hombres que lo aguardaran. Debía acomodar unos asuntos. Bajó de su caballo y golpeó la aldaba de la puerta.

—Buenos días, Juan Manuel. Avísale a don Antonio que necesito verlo.

Pasó al despacho y esperó. Al rato, Remedios y sus padres le dieron la bienvenida.

—¿Qué tal, Pepe? ¿Cómo están las cosas? —saludó Escalada.

—Buen día, don Antonio. Doña Tomasa —le besó la mano, y acercó su boca y le dio un beso en cada mejilla a Remedios—. Estoy muy feliz de llegarme con la buena nueva. El gobierno me otorgó la licencia matrimonial, como era de esperar.

—¡Qué gran noticia! Ahora tenemos que decidir cuándo —dijo Antonio.

—Tengo el día perfecto, Tatita —disparó Remedios. Estaba agitada de felicidad—. Me gustaría que fuera el 12 de septiembre. ¿Te acuerdas, aquella tarde hace años, que me pediste que recordara esa fecha para toda la vida? Se cumple tu profecía, padre.

—Ése será el día entonces. ¿Te quedas a almorzar, Pepe?

—Les pido disculpas, no puedo. Debo cumplir una misión —San Martín golpeó los tacos de sus botas y se despidió de los Escalada.

Remedios ahogó unas lágrimas de impotencia. Hubiera querido celebrar la alegría

de su boda junto a los suyos y su amado. Pero el deber llamaba a su novio. Tomasa miró fijo a su esposo y él la evitó. Caminó hasta su hija y la abrazó.

—Remeditos, mi querida. ¿Por qué no vamos a tu habitación y pensamos cómo querías que fuera el vestido? Tengo algunas ideas —la consoló Tomasa y fue detrás de su hija. Miró otra vez a Antonio, entrecerró los ojos y se retiró junto a Remedios.

* * *

Luego de varias horas el teniente coronel y su escolta arribaron a San Fernando de la Buena Vista. El Gobierno Superior le había encomendado que esclareciera la conducta del sargento mayor Carlos Belgrano, quien había sido acusado por un sector de vecinos de «sospechoso y opuesto a los intereses del Estado».

Rápidamente, San Martín notó que el pueblo también era víctima, como en Buenos Aires, de intrigas y confabulaciones. Sin embargo, en pos del cumplimiento de su obligación, decidió quedarse dos días más para no tener dudas. Quería salir triunfante en esa primera misión y así limpiar el camino de posibles obstáculos. Se puso en contacto con quienes habían hecho la denuncia, para luego comunicarse con las fuerzas más importantes del lugar. Después de comprobar que los cargos eran infundados, reunió a la población —con la presencia de los acusadores— en un acto público. Era la primera vez que San Martín se dirigía al pueblo en territorio americano y eso lo mantenía excitado.

—Hermanos, vengo aquí a reuniros para el bien de la Patria. Os exhorto a la unión entre todos, que es la única manera posible de vivir. Y antes que nada, habitantes de San Fernando, os insto a que cumpláis respeto a las autoridades. Os aseguro una vida de paz y bienaventuranza.

Cumplió su misión, repuso en el cargo al hermano de Manuel Belgrano y escribió el informe al Gobierno.

Preparó su montura para la vuelta. Dejó un piquete de sus Granaderos para resguardar el orden y reprimir las posibles incursiones realistas, y emprendió el regreso.

El camino se complicaba. Las lluvias habían transformado la tierra en barro y debía mantener la mente alerta para que los caballos no trastabillaron. El frío se metía entre sus ropajes. Era lo único en lo que pensaba. El clima hostil y las obligaciones castrenses.

Capítulo V

Faltaba media hora para que su vida cambiara por completo. De ser la niña mimada de don Antonio de Escalada, se transformaría en un segundo en la esposa de un militar. Remedios había logrado lo que tanto quería. Pero estos minutos previos acrecentaban su terror. Las dudas habían empezado a carcomer su decisión. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si la vida de casada no era lo que imaginaba? Las preguntas azotaban su cabeza.

Le había pedido a su madre que la dejaran sola por un rato. Se había acomodado frente al espejo de su tocador. La cara de susto la delataba. Intentaba buscar respuestas pero no las encontraba. En ese ir y venir tocaron a la puerta. Preguntó con impaciencia quién era.

No entendía por qué le interrumpían esos instantes de soledad, tan preciados.

—Soy yo, Remedios. Déjame pasar —sin esperar respuesta, María Sandalia entró en los aposentos de la joven. La imagen que vio la dejó sin habla. Remedios parecía una princesa de cuento. La seda blanca del vestido, sobre la transparencia de su piel, contrastaba con los rulos negros recogidos de su peinado. Y la cruz de rubíes apoyada sobre la inmediatez de su pecho. Era la novia perfecta.

—Había pedido algo de soledad, pero a ti te recibo —hizo un silencio que pareció eterno—. Estoy un poco asustada. No sé lo que me pasa...

María Sandalia acercó una silla al tocador y se sentó al lado de su amiga. La tomó de las manos y la observó de a poco, con una sonrisa.

—Yo todavía no me casé, pero dicen que unos días antes los novios se mueren de miedo. Tienes los ojos más grandes que nunca, Remedios —se miraron fijo y unas carcajadas inundaron la habitación—. Estás muy bella. ¿Te falta algo o ya estás lista?

—Sólo me resta colocarme la tiara de perlas y un poco de polvo. ¿Cómo me veo?

—Estás divina, amiga. Y así de divina será tu vida junto a José.

—¿No estás enojada conmigo por lo que hice con tu hermano?

—De ninguna manera, Remedios. Yo te quiero antes que nada. Todo lo demás son anécdotas que no me interesan.

—Gracias. Sólo esto me faltaba para ser completamente feliz —giró y abrazó a su amiga—. ¿Ya están todos?

—Sí, querida. Te están esperando. Solamente faltaba que estuvieras lista para cruzar a La Merced. Ya deben estar los testigos y el sacerdote. Me dijo Maruja que no es el de siempre.

—Sí, tiene razón. El enlace es privado y la elección del presbítero fue de José. Es el padre Luis José Chorroarín, íntimo de él. Es uno de sus amigos más cercanos. Me contó que es doctor en Filosofía, además de sacerdote. A papá le pareció bien. Bueno, ayúdame con las perlas.

Terminó de arreglarse, se puso un poco de polvo y salieron rumbo a la sala. Allí estaban todos a la espera. Su padre la abrazó, Tomasa le acomodó el peinado con

lágrimas en los ojos, y sus hermanas y sobrinas suspiraron de admiración al ver cómo brillaba con su traje de novia.

—Vamos, mi niña, no queremos llegar tarde. Los muchachos recién llegan y nos dicen que está todo listo en la capilla —apuró don Antonio.

Los Escalada, junto con José Demaría y María Sandalia, salieron de la casa, cruzaron la calle y apuraron el paso rumbo a Nuestra Señora de la Merced. Del brazo de su padre, la novia franqueó las rejas y luego el inmenso portón de madera. Sentados frente al altar se encontraban los testigos de la boda: el sargento mayor don Carlos de Alvear y su esposa doña Carmen Sáenz de la Quintanilla. Don José de San Martín aguardaba de pie. El silencio era impactante. El templo había sido reservado para celebrar el enlace de forma completamente privada. Nadie podía entrar a La Merced. Los practicantes rutinarios que gustaban de la visita religiosa debían esperar que la boda llegara a su fin.

El sonido de los tacones de los zapatos de Remedios retumbó en las paredes y la bóveda dorada de la iglesia. San Martín miró fijo a su futura mujer del brazo de su padre, caminando lento por la nave principal. Estaba hermosa como nunca. Etérea y frágil. Parecía sostenida por don Antonio, como si no pesara nada. Llegaron al altar, su padre la entregó y la joven se paró al lado de su inminente esposo.

—Hoy es un día especial. Asistiremos a un bendito enlace. Con especial comisión del Señor provisor y Vicario Capitular, vengo a desposar en legítimo matrimonio según la orden de Nuestra Madre Iglesia, a mi hermano el teniente coronel y comandante del Escuadrón de Granaderos de a Caballo don José de San Martín, hijo legítimo de don Juan de San Martín y de doña Gregoria Matorras, con doña María de los Remedios Escalada, natural de esta ciudad e hija legítima de don Antonio José de Escalada y de doña Tomasa de la Quintana —anunció el presbítero Chorroarín. Una sonrisa iluminó su cara. Estaba pletórico de alegría por la unión de su hermano, como lo llamaba en la intimidad y en esta ocasión tan especial—. Han corrido las tres proclamas conciliares sin que de su lectura resultara impedimento canónico alguno. Don José de San Martín, ¿aceptas por esposa a doña María de los Remedios de Escalada?

—Sí, acepto.

—Doña María de los Remedios de Escalada, ¿aceptas por esposo a don José de San Martín?

—Sí, acepto —respondió, emocionada.

El padre Chorroarín los declaró marido y mujer ante la mirada atenta de los padres de la jovencita. Remedios y José se unieron en un tímido beso. Antonio se acomodó mejor sobre el bastón de gala; Tomasa suspiró y entrelazó las manos sobre su pecho. La suerte ya estaba echada. Sólo faltaba la bendición de la misa de velación en la Catedral, dentro de una semana. Sin embargo, su hija ya estaba casada para las formas. Sabía que su deber era apoyar a Remedios, asistirle en lo que fuere. Su marido tenía razón. Tal vez el soldado resultase un individuo fácil de manejar y se

transformase en el instrumento ideal para el ascenso aún mayor de la familia en el poder político. Habría que confiar en Antonio. Pero por momentos, el rechazo era más fuerte que ella. Sólo pensaría en su niña, nada más.

La pareja giró y lideró la caminata por la nave hasta llegar al atrio. En casa de los Escalada los esperaba una pequeña recepción. La fiesta más importante sería la semana siguiente, luego de la bendición.

Llegaron a la casa. Juan Manuel, Saturnino, María y Felicia esperaban en la puerta. Abrazaron a su amita apenas llegó. Todos demostraron la enorme emoción que los embargaba. La sala había sido decorada especialmente. Enormes jarrones repletos de flores en cada una de las mesas, sahumerios y platos con dulces. Sólo la familia y su nuevo integrante participaban del festejo privado. Juan Manuel le acercó una caja a don Antonio.

—Remeditos, Pepe, me parece que ha llegado un regalo del escuadrón —anunció don Antonio.

San Martín tomó el paquete y lo abrió. Adentro, bien doblado, había un pañuelo. Lo sacó y desplegó.

—Mira, Remeditos. Los Granaderos nos mandan este pañuelo bordado con nuestras iniciales entrelazadas.

Doña Tomasa tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar un comentario. Sólo a semejantes brutos se les podía ocurrir enviar, en una ocasión así, un paño para sudores y lágrimas... Pero se mordió los labios y en su mente rogó a Nuestra Señora de la Merced que el mal augurio se les volviese en contra a quienes habían tenido la malhadada idea. Y al hacerlo, sintió un estremecimiento y sin saber por qué pensó en la mirada azul de Carlos de Alvear.

La celebración duró unas horas. Don José conversó con su suegro y sus cuñados. Las mujeres se acomodaron en la otra punta y los temas fueron del nuevo noviazgo de la sociedad, a las novedades de la moda venida de Europa. Remedios sentía que la felicidad la inundaba. Había preparado el baúl con la ropa que llevaría para la semana de luna de miel en la quinta que tenían su hermana Maruja y Demaría, en las barrancas de San Isidro. Esperaba con ansiedad esos días a solas con su marido. Tenía ganas y miedo al mismo tiempo.

—Vamos, mi querida. No quisiera llegar de noche a la quinta. Prefiero, aunque más no sea, algo de luz —apuró el novio. La recién casada suspiró con alegría. Todo salía tal y como lo había esperado.

Acomodaron el equipaje en el carruaje que aguardaba en la calle. Los dos peones que habían llegado desde la quinta montaron sus caballos y esperaron la orden de partir. Un piquete de granaderos los escoltaría hasta San Isidro.

—Hasta pronto, hija. Nos vemos en unos días. Sé feliz —la despidió Tomasa—. Cuida a Remedios, José. Aquí nos encargaremos de la misa que celebramos la semana que viene.

El carruaje y su escolta partieron a paso lento.

* * *

El ama de llaves les dio la bienvenida. La quinta de las barrancas estaba de punta en blanco. Los postigos abiertos, las ventanas refulgentes y los cuartos preparados. Todo olía a lavanda, como le gustaba a Remedios. Su hermana y su madre se habían encargado de que no faltara nada en el caserón.

Empezaba a atenuarse la claridad del día. La recién casada se dirigió a las habitaciones. José, en cambio, se quedó en la sala intentando prender fuego en un gran brasero para paliar la humedad de la casa.

La muchacha abrió el baúl y desplegó su ajuar sobre la cama. Estaba encandilada con la lencería de seda hecha especialmente con tela que, previsor, don Antonio había conservado de unas partidas llegadas de Bristol hacía unos años. Con suavidad, pasó sobre su cara los calzones con puntillas de Río de Janeiro. Olían delicioso. Los vestidos paquetísimos parecían un manchón de color sobre la ropa de cama. ¡Y la cantidad de escarpines de raso que le habían hecho las mujeres de la familia! Demasiada belleza toda junta. Remedios suspiró de alegría.

—Remeditos, ¿dónde estás? —la llamó su marido.

—Aquí, esperándote.

San Martín, con su ropa de gala, entró a la habitación con una lámpara. Llegaba plácido y contento. Vio a su joven esposa sonriente, rodeada de sedas. En un segundo, su cara se transformó. Los músculos se tensionaron y sus ojos sólo despidieron furia.

—¿Qué es todo esto? —gritó.

—No sé de qué me hablas, Pepe —susurró llena de miedo. No entendía qué sucedía.

—¡Qué es este lujo! ¡La mujer de un soldado no puede andar calzada de seda!

San Martín arrancó de la cama todos los vestidos y trapos de Remedios y salió embravecido. Sus ojos eran dos carbones encendidos. Descalza y desbordada de lágrimas, la joven corrió detrás. El soldado salió al patio y buscó una antorcha. Entró a la sala como una tromba y la encendió en el brasero. Volvió a salir y tiró el ajuar revuelto sobre las baldosas de la entrada. Bamboleó el arma ígnea y Remedios, a su lado, vio la cara feroz de un militar lleno de ira. Desconocía a ese hombre. Con las mejillas arreboladas y sucias de lágrimas de miedo le imploró que no quemara sus vestidos. Se arrodilló y le rodeó las piernas con sus bracitos. Firme y sin una gota de conmiseración, la levantó de un brazo.

—Agradece que no te los quememos. Mandas todo este lujo de vuelta a tu casa. Y le adelantas a tus padres que yo le doy a mi esposa lo que le corresponde —le susurró al oído con su tono andaluz—. Y también devuelves ese vestido. Es demasiado estridente. Te quiero austera.

Y la miró fijo a la espera de que se quitara todo. Los ojos de Remedios estaban

mojados. Su boca desmesurada con congoja y la punta de la nariz respingona, enrojecida. Con la vista baja, comenzó a desabrocharse los botones del vestido. Desanudó el lazo y todo se soltó. Se bajó el hombro derecho, luego el izquierdo. La angustia arrasaba su pecho. Todo bajo la atenta mirada de José. El vestido cayó sobre los baldosones. Apareció un cuerpo joven sólo cubierto por un calzón blanco ajustado en los muslos y un corsé que dejaba la mitad de su pecho al descubierto. Remedios levantó la vista y clavó sus ojos en los de su marido. Él pisó las prendas tiradas y se acercó de a poco a su esposa. Apenas rozó su boca en la oreja diminuta y con lentitud la bajó. Sus manos empezaron a subir por las rodillas de la muchacha. Las metió por debajo del elástico del calzón y Remedios suspiró con fuerza. Tiró su cabeza hacia atrás y los rulos negros acariciaron su cintura.

—Vas a aprender todo conmigo, Remedios. A ser mujer, mi mujer —susurró José mientras acariciaba el cuerpo femenino hasta la exasperación.

Con su mujer semidesnuda de la mano, entró en el caserón. En silencio la llevó hasta la habitación conyugal. Se detuvo frente a la cama, le arrancó el corsé y el calzón, y la miró de arriba abajo. Con prestancia se quitó el uniforme y con una firme suavidad, la empujó sobre la colcha de flores.

* * *

Se instalaron en la casa de ella. La residencia de los Escalada era grande. Eso era más que suficiente como para aceptar de buen talante la situación.

La pareja había vuelto de la luna de miel, había recibido la bendición en la Misa de Velación en la Catedral y celebrado junto a la familia y unos pocos amigos. Sin embargo, el teniente coronel no estaba para festejos. Las reuniones secretas y el entrenamiento constante con los escuadrones le demandaban muchas horas. Demasiadas para el gusto de su esposa. A pesar de que Remedios sabía que la vida junto a un militar era así, la realidad la golpeaba muy temprano. Había fantaseado con años de absoluta felicidad.

Ya era muy tarde. Se había quedado con los Granaderos repasando tácticas hasta bien entrada la noche. El trabajo había terminado. Tomó su sombrero y se retiró del cuartel. Estaba cansado. Y para peor no le restarían suficientes horas de descanso. Se levantaba a las siete de la mañana, siempre.

No había casi nadie en las calles. Las pocas personas que aparecían de vez en cuando eran pequeños grupos de hombres desperdigados. «Seguramente estarán confabulando...», pensó San Martín. «Qué complicado está todo...», su cabeza trabajaba sin cesar. Venía de enterarse del éxito que habían logrado Belgrano y el Ejército del Norte, en Tucumán. Ésa era una excelente noticia. Por suerte, el general se había rebelado a las órdenes del Triunvirato y optado, en cambio, por la decisión de lanzarse a la lucha sin cuartel. «Ojalá este triunfo marque un cambio en el destino de esta guerra. Tenemos bajas por demás con esos realistas... ¿Cuándo se darán

cuenta estos hijos de puta que hay que accionar?...», impaciente, daba vueltas sobre lo mismo. Estaba harto de la pasividad del gobierno. Sentía, al igual que varios de sus cofrades, que el Triunvirato prefería la inercia de la nada. Los ánimos estaban caldeados. Ellos eran cada vez más y el trabajo en las sombras, una constante. La acción inminente y la convocatoria a una asamblea eran las premisas. Pero veían que estos políticos no transitaban por el mismo camino. «Evidentemente, sus relaciones las tienen con otra gente; de otras orillas, tal vez...», rumiaba.

Siguió el camino y atravesó la Plaza de la Victoria a paso lento. El silencio de la noche lo ayudaba a pensar. La impaciencia no sólo era una sensación de algunos integrantes de la Logia; empezaba a generalizarse. Parte de la ciudadanía estaba disconforme con la política del Triunvirato, se notaba. Y ellos hacían todo lo posible para que esa sensación se multiplicara.

Llegó a la Trinidad. Todavía seguía bastante embarrada a pesar de que las lluvias habían dejado de caer hacía varios días. Sus botas se hundieron en el barro. Tendría problemas con su suegra. Siguió la marcha por esas cuadras.

La casa estaba en silencio. Todos se habían retirado a sus aposentos. Entró en su cuarto. Su esposa dormía. Se quitó la ropa y observó a Remedios con su pelo desordenado sobre la almohada.

* * *

Desde muy temprano las calles de la ciudad habían empezado a abarrotarse de personas. El pueblo se había enterado del triunfo en el norte. Esa noticia había sido el estímulo necesario, además de la última decisión del gobierno de lanzar un impuesto al consumo de carne. Esos actos habían sido el disparador para que la gente saliera de sus casas a mostrar el descontento generalizado. Las turbas clamaban, y marcharon rumbo a la Plaza de la Victoria.

San Martín había llegado al Cuartel del Retiro pasadas las siete. A la hora tuvo a los granaderos listos. La decisión estaba tomada. Marcharían rumbo a la plaza para deponer al gobierno. Los motivos eran más que suficientes. El teniente coronel y sus granaderos montados a caballo arrancaron al trote hasta la Plaza de la Victoria. Los esperaba allí la tropa al mando de Francisco Ortiz de Rosas, los Arribeños, y los artilleros al mando del general Pinto. La revolución estaba en marcha. El apoyo popular había sido movilizado por la Sociedad Patriótica y la Logia Lautaro. Era imposible que los hombres del gobierno insistieran en permanecer en el mando. Los jefes de las tropas entraron al Fuerte y dieron a conocer sus intenciones:

«Comparecemos en la Plaza con nuestras tropas para proteger la libertad del Pueblo, para que pudiese explicar libremente sus votos y sus sentimientos, dándoles a conocer de este modo que no siempre están las tropas —como regularmente se piensa— para sostener gobiernos y autorizar la tiranía, que saben respetar los derechos sagrados de los pueblos y proteger la justicia de éstos. Suplicándoles solamente que

se trabajase por el bien y la felicidad de la Patria, sofocando esas facciones y partidos que fueron siempre la ruina de los Estados.»

Los triunviros y sus allegados fueron detenidos; ya estaba decidida su suerte: desterrarlos de la capital y confinarlos lejos, adonde no pudiesen complotar. Se convocó entonces a los vecinos a «asamblea», para elegir nuevas autoridades. Fue una elección muy particular. Ya se sabía de antemano quiénes sacarían los votos. Los hombres de la Logia habían trabajado fuerte durante esos meses para asegurar que fuesen los suyos. Antonio Álvarez Jonte, Juan José Paso y Nicolás Rodríguez Peña conformaron el Segundo Triunvirato.

San Martín volvió al cuartel, escribió varias cartas y luego se reunió con sus cofrades para organizar los pasos a seguir. En esas horas se decidía el destierro de Rivadavia y Pueyrredón. Estaba más que conforme con el confinamiento del primero. No así con el del segundo. A la noche emprendió la vuelta hacia su casa. Entró, exultante, a la sala y se encontró con su mujer y sus suegros.

—¡A ver, Pepe! Las novedades, por favor —lo saludó don Antonio.

—Bueno, todo ha salido como imaginábamos. Derrocamos al Triunvirato y se han elegido nuevos hombres para tomar su lugar. Si todo va como planeamos, en unos meses tendremos por fin un Congreso General o Asamblea de todos los pueblos, a ver si constituimos de una vez una nación como Dios manda. Estoy satisfecho. Le he mandado una explicación a don Juan Martín. Un oficial insultó su casa y la de su hermano. Dicen que creyó que venía de mi parte.

—Es raro que Pueyrredón dude de ti. Has hecho bien en mandarle una satisfacción.

—Mi querido, no has comido nada. Le digo a María que te prepare algo. No te vas a acostar con hambre.

—No te preocupes, Remedios. Como algo de pan con queso, y ya.

Acompañaron al teniente coronel en su comida frugal. Al rato, Antonio y Tomasa se retiraron a sus aposentos. La pareja permaneció en el patio un poco más. El silencio de la noche traía serenidad, algo que el militar necesitaba después de tanta exaltación vivida. Remedios permaneció callada. Aún no sabía cómo actuar frente a su esposo. Era demasiado hermético y por momentos no entendía si ella le causaba gracia o impaciencia.

* * *

El calor de diciembre era más intenso que nunca. Remedios apenas salía de su casa. Temía que le bajara la presión estando fuera. Su marido, en cambio, desaparecía bien temprano y regresaba recién entrada la noche. Siempre había alguna excusa: la creación del 3.º Escuadrón del Regimiento de Granaderos a Caballo, su nombramiento como coronel, reuniones imprevistas; y así se sucedían las obligaciones impostergables del militar. Pero cuando la tristeza embargaba casi por

completo a Remedios, San Martín lo notaba e intentaba algún gesto amoroso. Esperaba el momento de soledad en su recámara y la miraba con fijeza. Le soltaba el pelo y jugaba con la melena renegrida entre sus dedos. La muchacha adoraba esa caricia y se entregaba a las manos de su esposo. Había aprendido que ése era el modo de acercarse a San Martín. Después del juego de las manos entre sus rulos, ella lo invitaba con la mirada. Él se dejaba convidar y la desvestía con lentitud. José era puro fuego entre esas cuatro paredes. Él le enseñaba todo y ella era una discípula perfecta. Eran cómplices en la cama. Y llegaba el momento en que San Martín debía cubrirle la boca con su mano inmensa. Remedios se perdía en el frenesí de la pasión.

* * *

Como nunca, el gobierno necesitaba transformar las ideas en actos. Apoyados por los hermanos de la Logia, pudieron hacerlas efectivas. Reforzaron el ejército y enviaron una expedición para sitiar Montevideo, que estaba ocupada por los realistas. Habían pasado tres meses de la revolución de octubre y las posiciones militares empezaban a consolidarse. El enemigo dominaba los ríos con su flota, asolaba las ciudades costeras y hacía desembarcos con bastante frecuencia para hacerse de tropas y alimentos. A fines de enero se supo que una escuadra realista, liderada por el corsario Rafael Ruiz y el capitán Juan Antonio Zabala, se organizaba para desembarcar.

El Triunvirato llamó a una reunión de inmediato y citó al coronel San Martín. El militar hizo sonar sus botas y entró en el Fuerte. Con mucha seriedad recibió la orden de proteger las costas del Paraná del desembarco realista. Era la primera misión auténtica que recibía. Se sintió honrado. La adrenalina empezó a correr por su cuerpo. Hacía mucho que no defendía sus ideales en el frente; hacía mucho que no mataba, que no veía carne desmembrada en el campo de batalla. Había llegado la hora. Al fin.

Con la sensación del cumplimiento del deber, salió del edificio y caminó hasta su casa. Debía conversar con Remedios. Al día siguiente partía a combate. Ahora sí tenía sentido todo lo que había planeado hacía años. Las decisiones tomadas en Londres junto a sus compañeros de Logia empezaban a hacerse realidad.

Abrió la puerta de calle y buscó a su esposa. Remedios estaba en su habitación.

—Vengo a darte una noticia.

—No me inquietes, Pepe.

—Mañana parto temprano con mis soldados. Debemos defender las costas del Paraná. No sé lo que pueda pasar, Remedios. Se complican las cosas con los realistas.

El corazón de Remedios dio un vuelco. Era la primera vez que sentía una amenaza verdadera. La integridad de su marido podía estar en peligro. Ella sabía quién era San Martín. Pero en esta oportunidad sentía que la vida le daba la espalda. Las lágrimas le bañaron los ojos pero las retuvo. No quería demostrarle a su marido que la angustia la dominaba. Quería ser la digna esposa de un soldado. Muchas veces,

José le había repetido esas palabras. Y éste no era el momento de traicionarlas. La besó con ternura y se fueron a la cama. Él durmió con una tranquilidad que hacía mucho no tenía. Remedios, en cambio, no pegó un ojo en toda la noche.

* * *

A las siete de la mañana salió de su casa rumbo al cuartel en busca del escuadrón. Estaban listos, aguardaban a su jefe. Partieron con la ciudad dormida y las órdenes precisas. Sabían que la flota enemiga constaba de once naves y unos trescientos soldados. Ése era el único dato que tenían. En silencio marcharon con el río a su derecha.

El sol del 28 de enero era abrazador. No amainaba y los soldados sabían que tenían unos días por delante con ese calor. Su jefe no les permitía el desarreglo personal. Debían mantener el uniforme perfecto, a pesar de las inclemencias del clima. Por la noche acamparon en tierras desiertas, comieron algo y descansaron. La marcha se repetía temprano a la mañana siguiente, y así día tras día. Hasta que el 2 de febrero por la noche llegaron al Convento de San Carlos, en San Lorenzo. Entraron con sigilo y se encontraron con los frailes. San Martín les preguntó si habían visto a la flota enemiga. Los religiosos respondieron que las naves habían fondeado aguas arriba y que los españoles habían desembarcado, subido las altas barrancas hasta llegar al monasterio, y que al regresar habían intercambiado algunos disparos de cañón con los paisanos al mando de Celedonio Escalada. El coronel San Martín, advertido, ocultó a sus granaderos en el patio sin encender fuegos y se dirigió a la torre. Desde allí vigiló toda la noche las luces de las naves enemigas.

Amaneció y los lanchones de la expedición realista tocaron tierra. Los españoles desembarcaron y subieron la barranca en dos columnas, listos para el combate. San Martín también dividió sus tropas en dos. Hizo sonar el clarín y ordenó el asalto desde cada lado del convento. El choque fue instantáneo. Sin embargo, desde la primera carga el caballo del coronel se desmoronó. Con un grito enfurecido un soldado español galopó hacia San Martín, que había quedado atrapado debajo del animal herido. En el segundo que el realista apuntó al corazón de su enemigo, el granadero Baigorria lo atravesó con su lanza. El español se derrumbó. El soldado Juan Bautista Cabral corrió a levantar el caballo para liberar a su jefe y fue herido de muerte. San Martín lo tomó con sus brazos para revivirlo. Pero casi con una sonrisa, Cabral lo acercó para susurrarle algo al oído. Y respiró por última vez.

* * *

Tomasa volvió a pedirle a su hija que la acompañara. Mariquita Sánchez había cursado la invitación y le parecía perfecto llevar a su hija a la tertulia. La tentó con la

presencia de su padre. Remedios dejó de rechazarla y aceptó. No estaba de muy buen talante desde que su marido había partido a combate. Tal vez esta reunión lograra alegrarla un poco.

Los tres tomaron la calle y se dirigieron a lo de su amiga. Estaban todos en casa de Mariquita. Remedios fue rápidamente rodeada por las señoras para conocer detalles del andaluz. El matrimonio Escalada se dirigió hacia la mesa.

—En una de éstas mi hija queda viuda, cuánta felicidad.

—No seas pájaro de mal agüero, Tomasa. Basta ya.

—Bueno, querido. Sería una viuda espléndida. Joven y guapa. ¿Qué más podría pedir?

Remedios bebía un chocolate caliente y conversaba con amigas. La dueña de casa zarandeaba su abanico con incrustaciones de marfil y organizaba los grupos. Los invitados probaron los budines. Las bandejas entraban y salían de los interiores de la casa, repletos de delicias. Y sonó la música. Los hombres sacaron a bailar a las muchachas y las risas acapararon la sala.

Llegaron tres señores y una dama. Fueron directo a saludar a Mariquita.

—Mi querida, ¿cómo estás?

—Buenas noches, amigos. Pasad, divertíos —recibió la señora de Thompson.

—¿Te enteraste? Parece que esa batalla que se libró las otras semanas fue un éxito. Pero dicen que su jefe no pudo sobrevivirla.

Remedios estaba a pocos pasos de allí. Escuchó lo que la recién llegada decía. Su marido, José, su adorado Pepe, muerto. Y perdió el conocimiento. Antonio y Tomasa corrieron a su lado. La acercaron a la ventana y le abanicaron la cara. Mariquita pidió sales a la servidumbre. De a poco se recuperó. No podía creer lo que había escuchado. Sin dar demasiadas explicaciones, sus padres la ayudaron a salir y mandaron traer el coche para volver.

—No puede ser verdad, Tatita. Mi marido no puede haber muerto. ¡Está vivo, está vivo!

Entraron con gestos adustos al caserón. Le pidieron a Felicia que le preparara un tilo y la acompañaron a su cuarto. La joven estaba bañada en lágrimas. Su padre la sostenía entre sus brazos. Le costaba respirar al ver a su hija en ese estado. Tomasa esperó al costado de la cama. En un silencio absoluto. Cuando llegó el té, la acomodó en el silloncito de brocato. Desfigurada por el llanto y la congoja, Remedios se sentó sin soltar la mano de su padre. Y así permaneció durante horas. Como si la muerta fuera ella.

* * *

San Martín entró en Buenos Aires con la sensación de triunfo. Recién salía el sol. Sólo se escuchaban los cascos sobre las calles en esa ciudad dormida. Agotado pero feliz, llegó a su casa. Necesitaba asearse. Habían sido días de una enorme intensidad.

Los sirvientes, al verlo, se quedaron de una pieza. Los ojos más abiertos que nunca. Algunos se persignaron.

—Pero ¿qué os pasa? ¿Os habéis vuelto locos?

—Ay, perdónenos, señor. Es que su mercé estaba muerto.

—¿Pero qué mierda estáis diciendo? —gritó don José. Y después largó una carcajada.

El ruido despertó a don Antonio. En camisón y bata salió y se encontró de frente con su yerno. Pegó un alarido.

—¿Qué está pasando en esta casa? ¿Me dicen que estoy muerto? ¡Estoy más vivo que nunca!

Escalada abrazó a San Martín y le dio la bienvenida más sentida de la historia. Le explicó lo que había sucedido la noche anterior. José se rio y fue hasta su recámara. Entró sigiloso y vio a su mujer encogida como un bebé en el borde de la cama. Se acercó, se sentó a su lado y la acarició. De a poco, abrió los ojos. Se incorporó al instante y arrojó sus brazos al cuello de su marido.

—Yo sabía que estabas vivo. ¡Yo lo sabía! —lloraba y reía al mismo tiempo.

José abrazó a Remedios y la llenó de besos.

Capítulo VI

¿Esto es el matrimonio? Bueno, pues decididamente no me gusta. No soy feliz de esta manera. Me casé pensando que iba a tener una vida plena y ahora siento que las cosas no son como las había imaginado. Casi no me acuerdo de la cara de José. Hasta su voz olvidé. Tanto claudiqué en su nombre, para que ahora no esté a mi lado... otra vez. Entiendo las obligaciones de la Patria. Pero la tristeza que embarga mi corazón no me permite soslayar mi estado actual. Y desde ya que tonta no soy. Algunos amigos empezaron a desaparecer. No lo quieren a Pepe, eso es evidente. Y yo recibo las consecuencias de sus actos..., pensaba Remedios, sola en la sala. Aguardaba la llegada de Maruja, Encarnación y su amiga Rufinita. Iban a ir a tomar unos chocolates al Café de la Victoria^[19]. Los paseos con sus amigas se habían transformado en costumbre. Remedios se sentía muy sola y la única manera de sobrellevar el malestar que le provocaba el abandono de su marido era la asidua compañía de sus amigas y familiares. Era una ilusa. Había pensado que con el regreso de José de aquel triunfo en San Lorenzo iban a construir, de una vez, una pareja feliz. Pero no resultó así. Y nada más alejado.

Ya era la hora. Juan Manuel entró en la sala para avisarle que su hermana y su sobrina acababan de llegar; y detrás, Rufinita. Remedios saltó del sillón, envolvió sus hombros con un abrigo y junto a las demás mujeres subió al carruaje que las esperaba en la calle. Con algo de bamboleo por el deterioro de las calles, llegaron a Victoria 121. Se acomodaron las peinetas y entraron en el café. El lujoso salón tenía una de sus mesas vacías.

—Buenas tardes, señoras —les dio la bienvenida Lagarde, propietario del lugar—. Por favor, pasad a esta mesa. La tengo guardada para vosotras.

Las cuatro mujeres se sentaron, rodeadas por los espejos que decoraban las paredes del café. Con velocidad hicieron el pedido: Rufinita y Encarna una horchata, Maruja un candial y Remedios un chocolate caliente.

—¿Cómo estás, mi querida? —preguntó Maruja. Era evidente que Remedios no se veía bien.

—Para qué te voy a mentir, Maruja. No sé, me siento triste. Mis cosas no están bien. —Las muchachas se acercaron más a ella. Querían que se sintiera mejor. Estaban ahí para contenerla.

—No te des por vencida, Remedios; no te caigas ante el primer obstáculo. Me causan gracia mis palabras. Parezco nuestro padre que siempre ve el lado bueno de las cosas.

—Lo intento pero a veces no puedo. Yo me casé para toda la vida con José, pero para vivirla a su lado. No a la distancia.

—Te entiendo como nadie. El padre de mis hijas está otra vez de viaje. Casi no lo he visto durante el año pasado —dijo Maruja mirando a Encarnación.

—No seas exagerada, Remedios —la interrumpió Rufinita—. Son sólo cuatro meses sin él.

Remedios miró fijo a su amiga. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tenía razón. Su marido había partido rumbo al norte en diciembre. Ya era abril y sólo había recibido unas pocas cartas desde la misión.

—Detesto que haya tenido que cumplir la orden de hacerse cargo del Ejército del Norte. ¿Por qué no lo dejaron a Belgrano en ese lugar? Era al que le correspondía, ¿no? Y a mí me dejaban tranquila.

Pero su malestar no tenía que ver sólo con la partida de su esposo. El año anterior había sido de una intensidad pasmosa. Pero no para ella. Remedios había imaginado que luego del regreso de San Martín de batalla la pareja se afianzaría, incluso podrían tener la buena noticia de la llegada de un hijo. Sin embargo, eso no sucedió.

El 31 de enero, pocos días antes de la batalla que casi dejara sin vida a San Martín, se había reunido la Asamblea General Constituyente con Carlos de Alvear como presidente y siete de sus veintiséis miembros, hermanos de la Logia. Con la vuelta del regimiento vencedor y su jefe, los constituyentes habían decidido premiarlo con el nombramiento de «comandante de la fuerza disponible de la capital en caso de invasión». Premio era un decir. Alvear había querido cercenar la posición ganadora de su contrincante, colocándolo en un puesto intrascendente. Pero los planes del coronel eran otros. No quería quedarse con la defensa de la ciudad. Insistía con la independencia. Rechazó el cargo. Ése fue el inicio de una lucha intermitente por el poder. Ese año que Remedios y José habían estado juntos en Buenos Aires había sido lo mismo que la nada. El militar se encomendó a su regimiento y cuando no entrenaba, se dedicaba a la política. La recién casada aguardaba su turno, que siempre era el último.

—Estás siendo demasiado dura con José, mi querida —la retó Rufinita—. Tú sabías que te casabas con un hombre de acción. ¿Qué creías?

—Tu madre tenía razón, Remedios. No quiero ahondar en ese tema, pero sabes de qué te estoy hablando —dijo Maruja, mientras su hija se movía sobre la silla, incómoda por lo que se avecinaba si continuaban por ahí.

—No te permito que te pongas del lado de mi madre. A pesar de mi desazón, mi vida le pertenece a José. No quiero escuchar más esas palabras llenas de malicia. Eso son y nada más, pura maldad.

En ese instante entraron Carmen Sáenz de la Quintanilla y su esposo Carlos de Alvear, definitivamente encumbrado en el poder y convertido, a sus escasos 24 años, en general. Su tío Gervasio Posadas hacía cuatro meses que gobernaba con el título de Director Supremo. Pero todos en Buenos Aires sabían que era don Carlos quien mandaba en realidad. Lagarde se apuró a recibirlos. Remedios bajó la vista. No quería cruzar miradas con el matrimonio Alvear. Algo se había roto entre ellos y no quería pasar un mal momento. Rufinita, ingenua, los saludó desde su lugar como si nada.

—Buenas tardes, señoras. ¿Cómo os encontráis? —se acercó don Carlos—. Tengo entendido que tu marido, Remedios, está muy bien en Tucumán. Me alegro de que así sea.

—Gracias.

—Perdón, nos retiramos. Carmen se siente indispuesta. Mis señoras, que sigáis bien.

Los recién llegados salieron del café. Como si no hubieran entrado.

—Qué extraño, se despidieron con una velocidad... ¿No les pareció que doña Carmen estaba agitada? —preguntó Rufinita.

—Por supuesto que se fueron. Me vieron y salieron disparados. Las cosas ya no son igual como cuando fueron los testigos de mi boda. Ella no tiene la culpa. Carlos ya no es el mismo con Pepe. Prefiero desconocer los hechos pero creo que es por asuntos de poder. La política y sus sinsabores, como siempre.

Desde la instalación de la Asamblea y el papel que Alvear ocupó en ella, la relación entre los hombres de la Logia había empezado a agrietarse. Ese par de amigos más que cercanos, que habían viajado desde Londres para salvar a la Patria y con sueños en común, ya no parecían los mismos. San Martín y Alvear —sin que todavía se notara demasiado— eran los enemigos íntimos más inquietantes que podía ofrecer Buenos Aires. El bando de don Carlos era mucho más importante, en número y posición política. Sus seguidores, entre otros, eran Valentín Gómez, Gervasio Posadas, Juan y Ramón Larrea, Hipólito Vieytes, Bernardo de Monteagudo, Miguel de Azcuénaga y Juan Ramón Balcarce. San Martín contaba con José Matías Zapiola, Manuel Moreno, Agustín José Donado y pocos más. Él insistía con la acción. Quería declarar la independencia de inmediato. Alvear, en cambio, era mucho más político. Sistemáticamente se negaba a dar ese paso. Aquel año se había transformado en una seguidilla de controversias y disputas por el mismo asunto. San Martín prefirió abocarse a sus soldados junto con el planeamiento de defensa y ataque contra los realistas. Alvear no paró hasta sacarse a su contrincante de encima. Lo nombró jefe del Ejército del Norte y lo mandó a combate en la frontera. Hacia allí partió el militar, sin oponer resistencia.

Las muchachas continuaron con la charla. De vez cuando, la mirada de Remedios se ensombrecía. Recordaba que su hombre no estaba allí para acompañarla y la melancolía volvió a contaminarla. Su hermana mayor intentó por todos los medios sacarla de ese estado. Luego de una hora y media subieron al carro que las devolvería a la casa. Allí, con el buen humor de siempre, las esperaba don Antonio.

—M'hijita, a ver, cambia esa cara. Traigo noticias del Cabildo. Me cuentan que tu marido anda teniendo un desempeño honorable contra los realistas. Deberías estar orgullosa y dejar los lamentos para otro momento.

Remedios intentó una sonrisa. Las proezas militares de su esposo no lograban alegrarla. Se sentía sola.

* * *

Los últimos días de marzo fueron un suplicio para San Martín. La dolencia en el pecho que había traído de Europa reaparecía con creces. La noticia del mal que aquejaba al coronel se desperdigó entre los soldados y la preocupación por su salud creció. Sin embargo, se desconocían los motivos de la enfermedad. El jefe del Ejército del Norte no salió del cuartel durante varios días. A tanto llegaban los cuidados especiales que el toque marcial se ejecutaba bien lejos de su puerta para que el ruido no lo incomodara. Era indispensable que todos aquellos que se encontraran cerca guardaran el mayor de los silencios. El sector donde reposaba San Martín parecía un hospital de campaña. Habían llegado emisarios desde Buenos Aires a informarse de su estado de salud y eran tales los rumores, que el diagnóstico dado por los médicos fue ínfimo. Y el humor del enfermo no era del mejor.

A la semana los doctores decidieron que era preferible que se recluyera en el campo. La tranquilidad de una estancia, alejada de las presiones castrenses, se encargaría de aliviar el asma que le impedía respirar. El 1 de abril delegó el mando en el teniente coronel Fernández de la Cruz y partió rumbo a «Ramada de Abajo», una de las cuatro estancias que tenía don Rufino Cossio y Villafañe Aráoz, a varias leguas de la ciudad. Allí lo esperaban el rico dueño de casa y su esposa doña Juana Rosa Gramajo Molina. Lo acomodaron en una de las seis habitaciones —la más alejada— para evitar el contacto con los demás habitantes del caserón. La propietaria del lugar quería que su invitado se sintiera cómodo y que nada ni nadie lo importunara. Los primeros días José guardó reposo. La cama de hierro que le habían preparado especialmente —con varias cobijas y una sola almohada— lo mantuvo abrigado. San Martín pudo descansar. Pero antes de cumplir una semana de cuidados especiales, no aguantó el reposo obligado y salió. Luego de tomar un frugal desayuno, se enfundó en la chaqueta azul y recorrió el campo. A una legua de allí encontró un algarrobo. Se acomodó y desplegó unos mapas sobre la tierra. Un silencio absoluto, interrumpido sólo por el piar de los pájaros, fue el aliciente ideal para que el coronel estudiara el territorio y armara futuras estrategias. Así transcurrieron los días, con un hombre que desobedecía las órdenes de los médicos y cumplía la urgencia de un mandato que traía hacía tiempo.

La relación con la esposa de don Rufino Cossio se estrechó. El dueño de casa tenía algunas ocupaciones, y estaba poco y nada en la estancia. Doña Juana había encontrado en la persona de San Martín un compañero perfecto. Cerca del mediodía, colgaba de su brazo una canasta repleta de frutas, queso, pan y vino, y partía en busca de su nuevo amigo. Interrumpía a don José por unas horas, comían, bebían y se divertían. La señora Gramajo de Cossio se dejaba seducir por ese soldado tan guapo y misterioso. «Nadie nos ve, estamos lejos de la servidumbre», pensaba doña Juana. Y continuó con el cortejo.

* * *

Doña Tomasa tocó a la puerta de la habitación de su hija. No esperó respuesta y entró. Remedios estaba sentada con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, los ojos cerrados y un papel abollado sobre su regazo. Como si estuviera a miles de leguas de ahí.

—¿Qué quieres, madre?

—Venía a ver cómo estabas. —Remedios sostuvo la respiración—. ¿Qué es ese papel?

—Una carta. Es de Pepe —suspiró.

—Y no serán buenas noticias, por supuesto. —La joven la perforó con la mirada. Pero no la pudo mantener por mucho tiempo. La desazón le ganó—. M'hijita, no traigo buenas nuevas de Tucumán. Vengo de la casa de Mariquita y me ha contado que ayer recibió a unas personas que le trajeron novedades del norte. Entre otras cosas, le hablaron de José. También estaban los Alvear y Monteagudo.

Remedios tomó aire y pestañeó. No sabía si quería que su madre continuara con el relato.

—Dicen que tu marido anda con otra. Y para peor de males, es una mujer casada.

—Cállate, madre, por el amor de Dios —la muchacha sintió que perdía fuerzas—. En esta carta, mi marido me cuenta que está débil, que el aire tucumano no le resultó. Que los cuidados de Rufino Cossio y su esposa no sirvieron para nada. Que el 25 de abril, madre, vomitó sangre. O sea, además del mal que lo aqueja al respirar, ahora se le agrega una úlcera. Y te leo: «Mañana me retiro a la hacienda de Saldán en Córdoba para tratar sobre el estado de mi salud». Es decir, está enfermo y solo. Y yo aquí, en mi casa, lejos de él y teniendo que soportar las habladurías de unas mujeres pérfidas.

Doña Tomasa se quedó mirándola. Hablaban de cosas distintas. Era inútil insistir con el rumor que traía de afuera. Remedios la miró con los ojos llenos de lágrimas. Así la veía hacía varios meses. ¿Por qué había permitido esa boda? Se detestaba por ello. Caminó hasta la silla y le tomó las manos.

—Mi querida, tú también debes cuidar tu salud. Estas recaídas en la melancolía te hacen daño. No me gusta verte así. Él es hombre y podrá reponerse. Tú eres más vulnerable.

Remedios se secó los ojos, estiró el papel arrugado, lo dobló y lo guardó en su *secrétaire*. Lo cerró con llave y abrazó a su madre.

—¿Vamos a comer unos huevos con azúcar? ¿Cómo cuando eras mi niña de trenzas?

Remedios sonrió y juntas salieron de la habitación.

* * *

Los primeros días de mayo San Martín se instaló en la hacienda cordobesa, junto a su amigo Tomás Guido. Lo más importante era que recuperara su estado por completo. Pero la realidad demostró que lo único que desvelaba al militar era la preparación de su plan para terminar con los realistas en su guarida principal: Lima. Lo mejor sería ir por mar, desde Chile, y no por ese quebradero de huesos y de ilusiones que eran las provincias del Alto Perú. Ya lo tenían claro los ingleses desde años atrás, en esos planes que había conocido en Londres. Su salud era lo que menos le interesaba. Aprovechaba las horas de insomnio y no dejaba descansar a Guido. Permanecían despiertos toda la noche pergeñando estrategias. Así pasaron las semanas. Una y otra, y otra y más.

—Mi coronel, hemos recibido aviso del mayor La Madrid. Está volviendo de una comisión y quisiera cumplirle una visita, para interesarse por su salud.

—Ah, ese bravo tucumano. Será un placer recibir a un valiente, y quizá nos traiga noticias de Buenos Aires, que tanta falta nos hacen.

Gregorio Aráoz de La Madrid y su comitiva cabalgaron las cuatro leguas que distaban desde la ciudad hasta la estancia donde reposaba el enfermo. San Martín se alegró enormemente al verlo. El tucumano, de apenas 19 años, se había ganado sus ascensos hasta el grado de sargento mayor a fuerza de coraje en los peores momentos, a las órdenes de Belgrano. Las heridas recibidas en Ayohuma no le habían impedido seguir actuando en las guerrillas que contuvieron a los realistas en esa desastrosa retirada. San Martín lo había nombrado su ayudante, y admirada su valentía al punto de regalarle el sable que había empuñado en San Lorenzo.

—¿Qué novedades trae mi ayudante? Qué alegría verlo por aquí, mi amigo.

—La alegría es nuestra, mi comandante. Quería ver con mis propios ojos su estado. Andan diciendo por ahí que lo suyo es un pretexto para abandonar el ejército.

—Me haces reír, muchacho. ¿Crees que podría mentir con algo tan serio? Estoy harto de sentirme recluido. Ya estamos en julio y siento que el mundo se ha detenido.

—No lo vaya a creer. Ha pasado de todo allá afuera. La ciudad de Montevideo se ha rendido al fin, y en Europa también han hecho lo suyo. Las últimas noticias son que Napoleón ha abdicado y Fernando VII se restauró en el trono de España.

—Malas nuevas para nuestra gesta. Espero que en Buenos Aires las cosas estén mejor. Esta revolución no parece de hombres sino de carneros. Esta mañana se me presentó uno de los peones de la hacienda para quejarse de que el mayordomo, español por cierto, le había dado unos golpes por faltas que había cometido en su servicio. ¿Qué les parece a ustedes? ¡Después de cuatro años de revolución, un maturrango se atreve a levantar la mano contra un americano! ¡Ésta es revolución de carneros! Pero parece que no pasaron muchos días, y queriendo el mayordomo hacer lo mismo con otro peón, le dio una buena cuchillada, de la que tuvo que curarse por mucho tiempo.

Los hombres se rieron con ganas. Siguieron con el mate en la ronda improvisada debajo de los árboles cercanos a la hacienda. Todos menos don José. Rosaura, la

negra a cargo de la cocina, le había preparado el té de yuyos que tomaba todas las tardes. Lo único que lograba reconfortarlo.

—¿Pero cómo está, de veras, mi comandante? —preguntó La Madrid, preocupado, al ver el gesto adusto de su cara. San Martín parecía un animal enjaulado.

—No me gusta nada cómo está todo en Buenos Aires. La facción que se ha entronizado no me es favorable. Para nada. Y tú lo sabes bien, no necesito decírtelo. Han rechazado sistemáticamente mis pedidos.

—No le voy a mentir, mi coronel. Las voces son que su amigo Alvear tiene cada vez más poder y nadie entiende por qué, pero los porteños parecen tener mucha inquina contra usted, don José.

La vista de San Martín se nubló. Las ideas de la Logia y los tiempos de la hermandad habían quedado en un pasado que ahora parecía remoto. El presente era otro. Y para él era cada vez más difícil encontrarlo.

—He roto lazos con Buenos Aires, amigo. Lo único que me une a esa ciudad es mi esposa. Y casi nada más.

Se dio cuenta del tiempo que hacía que no veía a Remedios. «¿Cómo estará Remedios? Pobre niña, se casó con tanta ilusión... Desconocía lo que sucedería. Espero volver a verla pronto», pensó.

La tarde empezó a caer. El azul de los uniformes contra el verde de la naturaleza parecía un manchón oscuro. Los grillos sonaron junto a las voces de aquellos hombres llenos de ansias.

* * *

Don Bernardo caminó con paso firme hasta la casa de los Escalada. El plan era perfecto. Con la excusa de pasar a ver al patriarca, haría el intento de cruzar alguna palabra con Remedios. Tal vez ella podría agregarle alguna información acerca de su marido. Hacía meses que no sabían nada de San Martín y, conociéndolo, era más que seguro que anduviese pergeñando algo. No querían llevarse una sorpresa.

Juan Manuel lo acompañó hasta el despacho y allí se quedó un tiempo conversando con don Antonio. Bebieron varios vasos de vino hasta que Monteagudo creyó oportuno preguntarle por su hija.

—Remedios está espléndida, don Bernardo. Como sabrá, su marido se recupera de asma en Córdoba.

—Me gustaría saludarla, si no es inconveniente.

Don Antonio se paró, y con una carcajada desestimó cualquier negativa. Lo instó a seguirlo hacia la sala y le pidió que aguardara allí. Esperó de pie, recorriendo el lugar con impaciencia. Pasaban los minutos y la muchacha no llegaba. Temía que no quisiera verlo, que supiera de las diferencias entre su marido y ellos, y prefiriera, por lo tanto, desestimarlos.

—Don Bernardo, ¿qué lo trae por aquí? —entró Remedios con una sonrisa suave. Caminó hasta el hombre y le extendió la mano.

—Doña Remedios, buenas tardes, ¿cómo anda? Su padre no me dijo lo suficiente, la veo mucho mejor —hizo una reverencia y ella lanzó una carcajada. Hacía tiempo que no se reía—. Vine a visitar a su padre, me iba, pero quise verla antes.

—Bueno, aquí estoy y bien, por lo que dicen ustedes, ¿no? —se sentó y con su mano lo instó a acompañarla—. Pero cuénteme, Bernardo, ¿cómo está usted?

Monteagudo comenzó una interminable sucesión de hechos intrascendentes que construyeron una conversación amena. Al rato, le preguntó por su marido. Ella se detuvo. Una sombra pintó su rostro pero rápidamente la disimuló. Bernardo aprovechó la debilidad y la tomó de la mano.

—¿Qué le pasa, Remedios? ¿No se encuentra bien? Dije algo que no debía.

—No es nada... Es que mi marido está enfermo y recluido en Córdoba con Tomás Guido.

—Eso supimos. ¿Pero está tan grave? —siguió preguntando con su mano entre las de él.

—La verdad, no lo sé. Pensé que usted me traería alguna noticia.

—No he sabido nada nuevo. De ser así, se lo diría de inmediato, puede confiar en mí. Considéreme un amigo, Remedios. No me gusta verla mal, no tiene sentido, nadie tiene derecho a hacerle daño a una dama como usted. Nadie —la miró fijo y ella mantuvo la mirada.

—Gracias, Bernardo. Sé que quiere lo mejor para mí. Es que últimamente me tienen tan olvidada. ¿No le gustaría venir mañana a tomar un té con nosotros? Me hace muy bien tener buena compañía y mis padres estarán dichosos de recibirlo —se paró y llamó a Juan Manuel para que lo acompañara a la puerta.

Se despidieron y Remedios se quedó sola. Le había gustado conversar con ese hombre. De más estaba recordar que Bernardo Monteagudo era uno de los solteros más seductores de Buenos Aires. Ahora se daba cuenta por qué. Sabía cómo mirar a una mujer. Por momentos había sentido que la desnudaba con la mirada. ¿O era su imaginación?

* * *

Las semanas que siguieron Bernardo pasó las tardes junto a Remedios. Llegaba a la misma hora y ella lo esperaba con un té y ricas torrejas. Aquella muchacha silenciosa y triste, ya no era tal. Le había vuelto el alma al cuerpo. Tan contenta estaba, que algunas tardes y cuando la temperatura lo permitía, salían a caminar juntos por la Alameda. Tomasa, quien en otro momento hubiera puesto el grito en el cielo por semejante afrenta a las buenas costumbres, la instaba a que departiera con Monteagudo. Cualquier hombre que pudiera desplazar a su yerno le estaba bien visto. Cuando el apuesto abogado llegaba a su casa, obligaba a la servidumbre y a su

marido a que dejaran tranquila a su hija. Que nadie interrumpiera esos encuentros.

Remedios volvía a ser la que era. Se divertía, seducía y se dejaba seducir. Al poco tiempo, la muchacha y el abogado se convirtieron en amantes. Los encuentros fogosos se llevaban a cabo en la casa de Bernardo. Remedios se cubría la cabeza con un gran pañuelo negro para evitar que le reconocieran la cabellera, ni siquiera de lejos. A veces la acompañaba Felicia, otras iba sola. Los colores habían vuelto a sus mejillas, y ni qué hablar de su algarabía. Se había olvidado por completo de su marido. Ni siquiera hablaban de él con Bernardo, como al principio. El grado de inconsciencia era tal, que Remedios se pensaba como una mujer soltera. Sin embargo, los encuentros estaban tan bien armados que nunca había sido descubierta por la calle. Sólo lo sabían sus amigas, con quienes compartía todo. La envidiaban. Bernardo Monteagudo despertaba calores en todas las mujeres de la sociedad porteña. Y él hacía todo lo posible para engrandecer su fama de padrillo. A pesar de calmar el deseo de Remedios en la cama, el político continuaba de caza. Y las que caían en su trampa, bienvenidas eran. Monteagudo tenía demasiado amor para dar. Y lo daba.

* * *

El coronel daba vueltas el papel entre sus manos. La carta había llegado desde Buenos Aires. El Director Supremo le ofrecía la gobernación de Córdoba. «Ay, Gervasio... Inútiles son tus ofrecimientos. Es evidente que me quieren recluir en este lugar, alejado de donde suceden los acontecimientos...», caviló San Martín. Debía responder a esa oferta.

—Tráeme la pluma, mi lancero. Voy a contestarles. Rechazaré Córdoba pero les propondré una alternativa. Quiero la gobernación de Cuyo con asiento en Mendoza. Lo tengo decidido. Hemos discutido durante días sobre la importancia política de ese territorio. Estaremos a un paso de Chile.

—Es perfecto, mi comandante. Ojalá la petición sea aceptada en Buenos Aires.

A las semanas llegó la respuesta con el consentimiento del cargo. El 10 de agosto fue nombrado gobernador de Cuyo. Con una alegría enorme, San Martín y su colaborador organizaron la mudanza. En pocos días armaron el equipaje. En dos carros colocaron los baúles y los víveres para el viaje. Montaron sus caballos y sumaron algunos soldados a la caravana.

Luego de quince días de cabalgata llegaron a Mendoza. El recibimiento fue bastante particular. La ciudad estaba dividida en dos: aquellos que miraban de reojo la llegada de un «extranjero» y esperaban con una evidenciada resistencia que volviera por donde había venido, y quienes recibieron con entusiasmo la llegada de un gobernante que, al fin, los libraba de depender políticamente de Córdoba.

Se instaló en una casa que le entregó el gobierno, en la Alameda. No era demasiado grande, sin embargo al soldado le pareció perfecta para su nuevo emprendimiento. Estaba muy bien arreglada, a la manera europea. Los muebles eran

todos ingleses, como aquellos que recordaba de sus tiempos en Londres. Su estilo favorito. No le faltaba nada. Tenía importantes cómodas, sillas y mesas de palo rosa, con herrajes de bronce, y un juego de sillones sobre una alfombra de Bruselas.

San Martín recorrió la casa. Llegó a la habitación principal, la que él ocuparía, dominada por la cama. Enfrente estaba el armario. Era amplio y profundo. Colgó sus ropas y acomodó las armas. Con un cuidado más que especial, colocó de a uno sus veinte fusiles, rifles y pistolas. Las observó con detenimiento. Armaba la colección desde sus años en España. Se sentó en una de las dos sillas que completaban el mobiliario del cuarto, y trajo a la mente las batallas en tierra europea, la disciplina feroz de la milicia, los planes de la Logia y las acusaciones de insurgencia. Cuántas vivencias, demasiados obstáculos... Y Remedios, su joven esposa. Ya instalado en esta ciudad, podía pedirle que lo acompañara. Se dio cuenta de que hacía tiempo que no le escribía. Las últimas noticias que había recibido de ella no parecían muy alentadoras. Su mujer le recriminaba por su ausencia y él no había logrado darle una respuesta satisfactoria.

* * *

La noticia le había cambiado la cara. Su marido la reclamaba. Esos últimos días los había vivido en una completa zozobra. Su padre le había traído las últimas novedades desde el Fuerte. Su esposo se instalaba en Mendoza y se transformaba en gobernador de Cuyo. Pero nada le aseguraba que ella podría acompañarlo. Sin embargo, la carta que acababa de leer le cambiaba la vida.

—¡Mamita! ¡Pepe me manda a llamar! Mañana mismo debo partir a su encuentro.

—¿Pero qué idea más descabellada es ésa? De ninguna manera, m'hija. Necesitamos de un buen tiempo para organizar tu partida. Ni tu padre ni yo permitiremos que pases a un país nuevo sin todos los atavíos correspondientes a tu edad y nacimiento.

Estaba intranquila. Debía viajar cuanto antes a reunirse con su marido. ¿Y si la hubieran visto en algún renuncio y se lo hubieran contado a José? No podía arriesgarse. Ahora que su madre le demoraba el encuentro con su esposo, la transformaba en una bestia repleta de ira. Pero en un segundo el enojo se convirtió en angustia. Recordó la escena feroz que le había hecho su marido al descubrir su ajuar en la noche de bodas. Su madre acababa de señalarle que necesitaba varios días para armar su equipaje. ¿De qué atavíos hablaba? Le daba miedo volver a provocar el rechazo y la burla de José.

—No es necesario que me llenen de volantes y puntillas. Soy la esposa de un soldado —advirtió Remedios, poco convencida. La verdad era que los adornos eran una tentación ineludible para ella.

—No digas disparates, mi querida. No sales de esta casa sin la preparación correspondiente a una dama de tu clase. Y no quiero escuchar más.

Tomasa salió de su habitación hacia el despacho de Antonio. Llegó con la noticia. Debían ver con quién partiría su hija rumbo a Mendoza. Era un largo viaje y los caminos no eran seguros. Hubiera dado lo que no tenía por impedir la partida. Pero Remedios era una mujer casada y se había apropiado de la independencia lógica de su estado civil.

Durante dos semanas Antonio y Tomasa organizaron el viaje de su hija. Mercedes Álvarez oficiaría de dama de compañía; eligieron a una de sus sirvientas, Jesusa, para que la asistiera en el hogar mendocino, y se ajustaron al día en que Manolito Corvalán y su esposa Benita Melo debían regresar a su casa en Mendoza. Tomasa prefería que Remedios viajara con esos acompañantes, quienes eran de una de las principales familias cuyanas.

En la mañana del 29 de septiembre, con el cielo más azul que nunca, Remedios se despidió de sus padres.

—Mi niña adorada, que tengas un buen viaje. Cuídate y cuida a ese hombre, que acabará de ponerse bueno con tu amable compañía —la saludó su padre.

—Hasta pronto, Remedios. Espero noticias tuyas desde Mendoza. No me dejes intranquila, por el amor de Dios —la abrazó Tomasa.

—Los quiero, mis queridos. No se preocupen, estaré muy bien y les escribiré todos los días.

Subió al carruaje y se acomodó con Jesusa a su lado. Mercedes ya estaba ubicada. El matrimonio Corvalán se despidió de los Escalada y se sentaron frente a la joven y su esclava. El cochero aflojó las riendas de los caballos y los azuzó para que arrancaran. Remedios saludó con su pañuelo a sus padres y comenzó el viaje rumbo a la vida de casada. Su hermano Manuel le había dicho que debían atravesar veintisiete postas hasta llegar a destino. Tenía cerca de un mes de trayecto. Lo suficiente como para olvidar el *affaire* con Monteagudo. Habían sido días de una enorme pasión. Pero no más que eso. El corazón se le aceleró. La ansiedad la invadía. Y no sólo por la posibilidad de ser interceptados por las montoneras que azotaban los caminos, sino por el encuentro con San Martín.

TERCERA PARTE

Matrimonio en soledad
(1814-1819)

Capítulo I

El tranco de los caballos mantuvo su ritmo. La ciudad de Mendoza recién amanecida les daba la bienvenida. Remedios estaba algo adormilada por el traqueteo, pero en el instante en que aparecieron a lo lejos las altas montañas con sus picos nevados, terminó de despertarse. Al fin se acercaba a su destino. El viaje se le había hecho bastante largo. Desde la primera parada, hacía varias semanas, cerca del río Luján en la posta de Don Dalmacio, adonde pudieron apenas asearse un poco y tomar unas limonadas mientras los cocheros cambiaban los caballos para seguir camino, se dio cuenta de que la paciencia debía ser su mejor aliada. Santa Fe, Córdoba, San Luis, la noche en el paraje del Desaguadero, Villa Antigua de la Paz, fueron otros de los tantos descansos obligados. Sin sobresaltos, salvo algún resquemor que de tanto en tanto la invadía, los días se fueron sucediendo uno a uno. A pocas leguas de la entrada en la ciudad y con la aparición de las primeras casitas, su corazón comenzó a palpar. Estaba nerviosa. Había extrañado a su marido durante tanto tiempo, que sentía que se iba a encontrar con un desconocido. El cansancio dominaba su cuerpo. No quería que eso arruinara el reencuentro. El carruaje se desplazó entre construcciones bajas, blancas, separadas por calles amplias. Pasaron junto al convento de San Francisco, la Plaza de Armas, el Cabildo, la iglesia Matriz. Remedios asomó la cabeza por la ventana y respiró hondo. El aire olía delicioso. Y el cielo estaba iluminado por un sol radiante.

La muchacha, su dama de compañía y su esclava bajaron en la casa del nuevo gobernador de Cuyo. Exultante se despidió de Manolito y Benita, y abrió el pórtico de madera. Con paso lento entró en la sala. Estaba impecable. Como si la persona que la habitara no fuera un soldado. La cruzó y se paró frente a la pared del fondo. La miniatura que colgaba del centro tenía un gran parecido con su marido. A los costados había dos grabados, uno de Napoleón Bonaparte y otro del general inglés Wellesley, convertido en lord Welington por su brillante desempeño en España. José los admiraba. Él le había contado sus historias en los días de noviazgo, que parecían de otro siglo. Un silencio inmenso dominaba la casa. Pero sintió una presencia. Giró pausadamente y allí estaba, altivo y espléndido, San Martín.

—¡Mi amado José! Te extrañé tanto —soltó el abanico y corrió a sus brazos.

—Buenos días, Remedios. ¿Cómo fue el viaje? —la saludó, distante.

El corazón le dio un vuelco. Había fantaseado con un encuentro romántico y amoroso. Al segundo se dio cuenta de que ese hombre, su esposo, marcaba el tiempo de ambos. Tragó las lágrimas de impotencia, se alejó dos pasos y bajó la mirada.

—A verte, mi niña, que hace tiempo que no te miraba. Se te ve bien, hermosa como siempre —estiró su brazo derecho y la buscó con los ojos. Remedios extendió su mano y caminó hacia él. La tomó por la cintura y la apoyó contra su pecho. Durante unos segundos que parecieron interminables, se fundieron en un abrazo. José le olió el cuello y bajó su boca hacia el hombro. Los latidos retumbaron en el cuerpo

de Remedios. Le buscó los botones de la camisa. Nerviosa, desabrochó uno. Y el siguiente. Pero su marido le detuvo las manos.

—Perdóname, Remedios. Debo ir al cuartel. Los soldados me esperan. Acomódate en la casa, al caer el sol me tienes de vuelta.

San Martín besó la mejilla de su mujer y salió de la sala. Otra vez la abandonaba. «Ese bendito ejército. No puedo entender cómo me deja cuando acabo de llegar...», pensó Remedios. Se quedó parada en el medio de la sala durante varios minutos. Las lágrimas desbordaron sus ojos. Caían solas, como si tuvieran vida propia. Si en algún momento había sentido culpa por el romance con Monteagudo, en ese mismo instante desapareció. Mercedes y Jesusa se asomaron por la puerta y la vieron, tan frágil y desamparada. Su amiga permaneció en el lugar, a la espera de que se calmara. Sigilosa, Jesusa se acercó a su ama.

—Doña Remedios, no se ponga malita. Debería ser feliz. Se reunió con su marido nuevamente.

—Tienes razón, Jesusa. Vamos a alegrarnos. Estamos en un sitio nuevo, tendremos otra vida —secó sus mejillas y suspiró. Con su esclava detrás, Remedios enfiló hacia la cocina. Con una sonrisa afectada, como si nada hubiera pasado, saludó al servicio doméstico. Ahora estarían bajo sus órdenes. La casa quedaba en manos de una mujer.

—Quisiera puchero para esta noche. Si hace falta algo, sólo deben avisarme.

Las tres personas que ocupaban la cocina en ese momento se miraron entre sí. En esos casi dos meses, su patrón —cuando no dormía en el cuartel junto a sus soldados — no había acostumbrado a comer por la noche. Pan, queso, tal vez una sopa. Remedios largó una carcajada.

—Pero no pongan esa cara, por el amor de Dios. ¿Qué he dicho?

—Doña Remedios, el señor no nos permite que le preparemos nada —respondió Julia, la cocinera.

—De ahora en más, vamos a alimentarnos. Y será puchero entonces —advirtió la amita—. Vamos, Jesusa, ayúdame a desempacar. Entrad mis baúles, que quedaron en la puerta.

La falda de su vestido celeste se levantó en el aire al girar por completo. Salió de la cocina. Sus bucles negros se bambolearon. Levantó la cara como hacía siempre, respiró hondo y fue hasta el que sería el cuarto que compartiría con su marido en Mendoza.

* * *

Los más de cien soldados al mando del general O'Higgins, que habían logrado sobrevivir en la batalla de Rancagua, se trasladaron a Mendoza luego del auxilio recibido en Uspallata. Con la velocidad de un rayo, San Martín improvisó unas barracas en las afueras de la ciudad y allí se instaló junto a los hombres. Había

organizado un plan para recuperar el estado físico de esos militares y reafirmar el batallón. Los levantaba a las tres de la mañana para hacer el entrenamiento, y él, a pesar de no haber recuperado su salud por completo, participaba como uno más. Además, tres veces al día controlaba en persona el estado de los uniformes y las botas.

El olor a pólvora, el intercambio con los soldados y las charlas interminables con Bernardo O'Higgins eran su único goce verdadero. Apenas regresaba a la casa. No tenía tiempo y ni siquiera se acordaba de hacerlo. Cuando lo hacía, pasaba sólo unas horas y rápidamente volvía al cuartel. Sentía que perdía instantes demasiado valiosos junto a los protagonistas de la historia que deseaba escribir hacía años.

El sol había desaparecido y el clima, por suerte, estaba más fresco. Los dos jefes desabrocharon los primeros botones de sus camisas y se acomodaron alrededor del fuego con una jarra de vino y vasos. Era la hora favorita de San Martín. Descansaba el cuerpo pero no la mente.

—Don Bernardo, las cosas empiezan a mejorar. No desesperemos por la derrota de Rancagua. De una vez nos podremos deshacer de los Carrera. Las órdenes del gobierno son que los envíe a Buenos Aires.

—Ya es hora de que entiendan quién es José Miguel Carrera. A esta altura no se sabe dónde está parado, no sabemos a quién responde. De lo que sí estamos seguros es que persigue sus propias conveniencias. Sin ellos, el éxito será más fácil de alcanzar.

—Estoy de acuerdo. Nunca me gustó don José Miguel. Tiene su costado independentista, no lo podemos negar, pero su afán de protagonismo ensucia sus actos. No me queda claro si sigue los preceptos de la Logia de Santiago, o en cambio se monta en su propio camino. Demasiada ambición, mi amigo...

—Lo he vivido en carne propia todos estos años, desde cuando disolvió el Congreso y aprovechó para voltear el Triunvirato y quedarse al frente del gobierno. Está enceguecido de poder, mi amigo. Él y sus hermanos. No nos convienen.

El atardecer había cambiado el sonido de las palabras por el canto de los grillos. San Martín prendió un cigarrillo. Los obstáculos no lograban amedrentarlo. Esa familia chilena no detendría su impulso guerrero. Conocía de memoria a José Miguel Carrera. Habían coincidido en Cádiz en 1809, en algunas de las reuniones de la Logia. El joven José Miguel tenía los bríos de su edad y de su clase. Rebelde por demás. Le recordaba a Carlos de Alvear. Intempestivos y desmesurados. No eran ésas las formas de llegar al fondo de la cuestión. Así pensaba San Martín.

A lo lejos escucharon unos movimientos. De la tienda donde el médico asistía a los soldados heridos de combate salía un hombre. O'Higgins lo llamó. Quería que su aliado Juan MacKenna participara de la conversación.

—¿Cómo están los soldados, don Juan?

—Caballeros, en un par de días se recuperarán por completo y podrán participar del entrenamiento. Señor gobernador, ya tendrá usted al regimiento completo del

general O'Higgins a su disposición.

MacKenna se sentó junto a sus compañeros de armas. Suspiró con fuerza y cruzó las manos por detrás de su cabeza. Cerró los ojos, agotado.

—Hablábamos de los Carrera.

—¿Qué se puede agregar? Son tres jóvenes sin los menores conocimientos militares, ni políticos, sin valor personal, que como los tiranos, carecen de religión o moral. Han abusado de cuanto hay de sagrado, y con sus excesos y robos, y los de sus cómplices, han hecho que muchos hasta execren el nombre de «Patria»... —señaló Juan, con desagrado.

—Está en lo cierto, mi amigo. Bueno, señores, me retiro. Don Juan, necesitamos descansar. Mañana partimos bien temprano rumbo a Buenos Aires. Tu madre y tu hermana, ¿prefieren salir a alguna hora en especial?

—No, don Bernardo. Apenas despunte el sol, está bien. Buenas noches, don José.

—No os preocupéis por mí, caballeros. Yo me quedo un rato más y vuelvo a la casa. Que tengáis un buen viaje.

Los chilenos se alejaron. San Martín cerró los ojos. Con un sentido menos agudizaba los demás. No dejaba de pensar. Debía acelerar los tiempos. Aumentar la cantidad de hombres a su cargo, afilar los entrenamientos, armar las estrategias de guerra. Y salir a combate. Nada más. Y nada menos. Ahora, antes de hacerlo en el Perú, habría que llenarse de sangre también en Chile. El cansancio no lograría desesperanzarlo. Ahora más que nunca y a pesar de los problemas, sabía que había nacido para la guerra. La pronta independencia de su querida América se olía en el aire.

* * *

Remedios estaba nerviosa. El reloj marcaba las cinco y media. Había cursado la invitación para las cinco de la tarde. ¿Vendrían sus invitadas? ¿Le darían semejante revés? No estaba acostumbrada a desplantes de esa categoría. Las dudas y la incertidumbre la dominaban. Benita Melo no había tenido mejor idea que alentar a la recién llegada a organizar un té en su casa, para presentarla ante la sociedad mendocina. Remedios accedió al instante. Quería caer bien entre las mujeres de rango. Necesitaba armarse una vida por fuera de San Martín. Él estaba poco y nada en la casa. No tenía la compañía masculina con la que había fantaseado, aunque el poco tiempo que compartían era tranquilo. José le confiaba sus planes, las posibilidades de construir un país nuevo con habitantes fieles a la bandera, patriotas de verdad. Remedios lo escuchaba atenta. Lo admiraba. Pero no se conformaba con lo que tenía. Las pocas horas que compartían se le transformaban en míseros segundos. Quería más.

Por cuarta vez se dirigió a la cocina. El servicio estaba sentado alrededor de la mesa central. Al ver a su amita se incorporaron de inmediato.

—No se preocupen, por favor —y miró de nuevo las tortas y masitas que había mandado a preparar especialmente.

Sonó la puerta de entrada y Jesusa sonrió. Eran las visitas. Los nervios de su patrona se calmarían al fin. Remedios corrió a la sala donde ya estaba Mercedes, y aguardó de pie con las manos tomadas sobre su regazo. No quería que notaran su ansiedad.

Benita entró en la casa junto a tres mujeres. Al instante, la habitación se llenó de risas y besos.

—Te presento a las señoras Dolorita Prats de Huisi, mi cuñada Margarita Corvalán y la joven Laureanita Ferrari. Mis grandes amigas, y espero que pronto también sean tuyas, Remedios.

—Señoras, mi casa es vuestra. Estoy más que contenta de recibirlos en ella, y ansío que las delicias que hemos preparado sean de vuestro agrado.

—¡Casi tan joven como yo! Remedios, te adoptamos en este mismo instante. Serás parte de nuestra cofradía —dijo Laureana entre risas. Las mujeres se acomodaron en los sillones de la sala. Jesusa depositó los platos con la comida. Las tazas, cucharas, el té y el mate ya estaban sobre la mesa. Probaron las delicias que se habían horneado en la casa. Cada una de las invitadas desplegó sus vidas para que la dueña se sintiera cómoda y no padeciera por ser la recién llegada. Remedios se deshizo con rapidez de la discreción protocolar y en pocos minutos les confió la historia de amor que había protagonizado con el soldado más inquietante del Río de la Plata.

—Remedios, tu marido es uno de los hombres más guapos que he conocido —disparó Margarita entre suspiros—. ¡Debes cuidarlo, mi querida amiga! Pero no te preocupes, él debe estar encantado con una mujercita como tú: joven y rica. ¿Qué más puede pedir?

Las carcajadas se escuchaban hasta en la cocina. Remedios se divertía como hacía mucho no le sucedía. Un grupo de amigas le vendría bien. Éstas parecían leales y sinceras.

Al caer el sol Benita batió palmas y arrió a las señoras. No sólo quería dejar que la dueña de casa reorganizara su rutina y tuviera tiempo para preparar las cosas para su San Martín, sino que algunas de ellas debían volver también a las suyas para esperar a sus maridos.

—Señoras, quiero agradecerlos la tarde que me habéis hecho pasar. Fue la mejor en mucho tiempo —saludó Remedios en la puerta.

—Chiquilla, mañana daremos un paseo por la Alameda. Pasamos por ti a la tarde. ¿Estás de acuerdo? —la invitó Benita.

—Por supuesto. Estaré lista —besó a sus nuevas amigas y cerró la puerta con una sonrisa.

Fue al despacho de su marido y se sentó en el escritorio. Abrió el primer cajón y sacó el papel de carta y la pluma que le había regalado su padre antes de partir. Les

había prometido que escribiría todos los días. Faltaban unas semanas para que comenzara diciembre, el mes de Navidad, su fiesta favorita. Ahora sentía que no iba a pasar esa fecha llena de tristeza. El festejo sería alegre, como cuando lo celebraba en la quinta con sus hermanos, sus padres y sobrinas. El desamparo que había sentido apenas llegada a Mendoza había desaparecido en esa tarde espléndida de té y amigas. Le habían vuelto las ganas de escribir. «Querida mamita, he conocido a unas señoras maravillosas...», comenzó la carta. Sabía que así tranquilizaría los ánimos de Tomasa. Tan animada se sentía, que luego le escribiría a su padre. Corrió los rulos negros de su cara y no sacó la vista del papel.

* * *

A las nueve de la noche, el caserón de los Ferrari abrió sus puertas a los primeros invitados. Como todos los años, don Joaquín Ferrari y doña María del Rosario Salomón recibían a lo mejor de Mendoza para celebrar la Navidad. Las ventanas coloniales que rompían con la severidad augusta de las paredes estaban abiertas y dejaban ver la gran sala iluminada como nunca. Los pisos rojos de ladrillo brillaban bajo la luz de las velas.

Toda la sociedad mendocina y los «nuevos» fueron apareciendo de a poco: el teniente coronel Juan Gregorio de Las Heras, Remedios y su dama de compañía Mercedes Álvarez, y San Martín junto a su asesor personal, el chileno José Ignacio Zenteno, los Corvalán y su hijo José, Dolores Prats y su marido, fray Luis Beltrán, el doctor Diego Paroissien, los Zuloaga —Pedro León, Alejandro y Manuel Antonio—, el joven Manuel Olazábal, candidato de Laureana, y los jóvenes José Félix Correa de Saa y el teniente segundo Pedro José Díaz. En cada rincón del gran salón de la residencia se armaron los grupos de acuerdo con los temas e intereses. Por un lado se reunieron las señoras; en la otra punta se sentaron algunos señores, el resto se acomodó cerca de los ventanales que daban a la calle.

—Caballeros, debemos instaurar medidas para recaudar. No creo que vaya a ser fácil que lleguen los medios desde Buenos Aires. Es más, pensemos en no contar con ellos. Podemos intentarlo desde aquí —confió San Martín a su audiencia de varones.

Algunos se miraron sorprendidos, pero nadie osó contradecirlo.

—Estas tierras me inspiran confianza. El silencio de este lugar me permite pensar. Aquí he retomado mis fuerzas —brindó el gobernador.

Las damas se reían a carcajadas. Remedios bebía de su copa con los ojos a media asta, en un estado de felicidad mezclada con ansiedad. Estaba más bella que nunca. El vestido a rayas ajustaba su cuerpo. El aire mendocino le había caído bien. Se había olvidado de las complicaciones de salud que la habían desvelado los últimos tiempos en la casa materna.

—¿Eres feliz, Remedios? Te veo radiante.

—Más feliz que nunca, Mercedes. Atrás quedaron mis miedos y la tristeza por la

lejanía. Ahora estoy con mi marido. Además estoy contigo. Me gusta estar acá en Mendoza con ustedes —abrazó a su amiga. Mercedes lanzó una carcajada y la emoción las embargó, ayudadas por el licor que habían bebido.

Cada tanto, José dirigía la mirada hacia donde estaba su mujer. Lo tranquilizaba que ella hubiera intimado rápidamente con las señoras mendocinas. Sabía que Remedios era una muchacha sociable, pero como buena niña mimada por sus padres podría haberse retobado. No había sido así. Otra vez tenía razón. No se había equivocado en la elección. Su mujer era la adecuada.

A las once, los dueños de casa guiaron a sus invitados a la mesa. Varias bandejas de carne asada dominaron la comida navideña, además de papas, zapallo, maíz y otras delicias. San Martín se sentó a la derecha del dueño de casa. Los demás hombres se acomodaron cerca.

—¿Qué se sabe de los asuntos porteños? —preguntó Manolo Corvalán.

—Como siempre, repletos de conspiraciones. No creo que Posadas dure mucho más. Lo único que hacen en esa ciudad es intrigar y olvidar los verdaderos motivos de esta lucha. Es una lástima —contestó lleno de hastío San Martín.

—Confío que nosotros no nos dejaremos invadir por ese sentir. Nosotros no estamos contaminados —agregó Beltrán.

—No sé por qué seguimos confiando en Buenos Aires. El centralismo de esos individuos es desagradable —se acaloró el oficial Olazábal.

—Por favor, ¿podemos cambiar de tema? Quiero la fiesta en paz. Propongo un brindis —Laureanita se levantó de la silla—. Por el gobernador más generoso que hemos tenido. Y por su bella esposa, mi amiga querida.

Remedios se secó el sudor del cuello con su pañuelito de hilo. Ruborizada, se escondió detrás de una carcajada. Miró a Laureana, luego a su marido y levantó el vaso. Bebió unos tragos con los ojos fijos en San Martín. Él no le quitó la vista de encima.

El servicio continuó trayendo comida y bebidas. A la medianoche brindaron por la Navidad y el ambiente se puso cada vez más alegre y ruidoso. Sin embargo y a pesar de la algarabía reinante, Remedios recordó a sus padres con nostalgia. «Deben estar en la quinta. Tatita comiendo sus humitas, y mamá cuidando de que todo esté bien...», sonrió en silencio. No había día en que no recordara a su padre. Gracias a él estaba esa noche con el hombre de su vida. Si no hubiera sido por él... Laureana la sacó del letargo. Le llenó el vaso y le ofreció un membrillo.

Capítulo II

El aire del despacho de la finca de los Balbastro se cortaba con cuchillo. La tranquilidad de la calle contrastaba con la ferocidad que se tejía entre esas majestuosas paredes. Carmencita cuidaba de que nadie importunara la reunión de su marido. Don Carlos, el jurisconsulto Nicolás Herrera y el coronel Enrique Paillardell permanecían encerrados en la habitación hacía ya varias horas. Nadie debía interrumpirlos. Eran las órdenes que había dado Alvear.

—Por fin ha llegado mi hora, caballeros. Sabía que tarde o temprano me darían el lugar que siempre anhelé. Es el que merezco, por otro lado —vociferó el ahora poderoso Carlos de Alvear.

Luego de perder autoridad paulatinamente, el director Posadas había renunciado a su cargo el 9 de enero. El año empezaba con cambios. Los ciudadanos de Buenos Aires, sin embargo, habían aprendido a convivir con ellos desde tiempo atrás.

—Es el cargo que le sienta, don Carlos. Nadie mejor para guiar los destinos de la Patria —respondió Paillardell.

—No le quedaba otra a la Asamblea, nombrarme a mí luego de la renuncia de mi tío. Fue demasiado benévolo, hombre de poco carácter. Ya verán que conmigo no se jode. Nicolás, seguirás en tus cargos. Se retiró Posadas pero tú no partirás con él. Cuento contigo, ¿no es cierto? Te quiero en el gobierno.

—Por supuesto. Soy leal a nuestra causa.

Alvear caminaba por su despacho como un león enjaulado. Desde la sala, doña Carmen sentía el retumbe de las botas contra el piso. Su marido había desaparecido esos días. Le había confiado que tenía mucho trabajo. Y ahora que había asumido en el cargo, peor. Su casa se llenaba de hombres todas las noches. En silencio se dirigían al despacho y allí permanecían durante horas.

—Y a ti, Enrique, quiero anunciarte que en honor a tu lealtad te voy a nombrar comandante del Fuerte. Has demostrado una gran valentía y tengo plena confianza en ti. Debemos armar un muro invencible contra los traidores. Estamos rodeados de enemigos, y donde menos se los espera.

El coronel Paillardell observaba atentamente a su jefe. Acordaba con sus ideas. Pero el fervor de Alvear no le permitía ni siquiera asentir. Don Carlos paseaba con tranco inmenso por su despacho, como si estuviera solo. Cada tanto dirigía sus ojos encendidos hacia la ventana que daba a la calle. Como si buscara atravesar el vidrio y ver más allá de sus posibilidades.

—Y ese hijo de puta de San Martín, en Mendoza con sus aliaditos de pacotilla... Más le vale no volver a pisar estas tierras. No lo queremos en Buenos Aires. No vaya a ser que sea víctima de un accidente —lanzó una carcajada y vació su vaso de un trago.

Las alianzas y complots dominaron la conversación. Más que una charla, parecía un discurso de Alvear. Sus compañeros ya lo conocían. Era su costumbre. Hablar

para una audiencia, aunque más no fuera ficticia o de un solo miembro. El nuevo Director Supremo había trabajado con toda su energía para acumular poder, y siendo el jefe máximo de Buenos Aires lograba su cometido.

Carlos miró el reloj. Ya eran las dos de la mañana. Dormiría poco, debía levantarse temprano. Pero el fragor de esas noches dominaba su tiempo.

—Carlos, nos retiramos, ya es hora. Nosotros comenzamos al alba. Te conviene descansar —le dijo Herrera.

—Perfecto, Nicolás. Mañana en el Fuerte, ¿está claro?

—Buenas noches, don Carlos.

Los hombres de confianza se retiraron. Se quitó la camisa transpirada y se apoltronó en su sillón favorito. La mirada de ojos azules se perdió y sus pensamientos volaron. La única manera que conocía para detener las emboscadas de sus enemigos políticos y las murmuraciones viles del pueblo era el terror. Una sonrisa leve torció su boca. Le causaba gracia que la muchedumbre supusiera que él desconociera la realidad. *Soy más inteligente que todos vosotros, habló para sus adentros. ¿O creéis que yo no sé cómo me llaman? ¡Se atreven a nombrarme el nuevo Catilina! Perfecto, señores. Llevaré, entonces, mi apodo con todos los honores. Nosotros tenemos la solución para este país. Era hora de que pudiéramos llevar a cabo nuestras estrategias. Traer a los ingleses y evitar que las Provincias Unidas caigan en poder de los españoles. Mañana mismo envío a Manuel José García a Río de Janeiro para que entregue la documentación al ministro Strangford. Ofrecerles el dominio del Río de la Plata, eso mismo. ¡El golpe perfecto!*

Tenía miles de proyectos. Sólo debía ordenarse. Volvió a mirar el péndulo del reloj. Elevó la mirada. Eran las tres de la mañana. Debía dormir.

* * *

La angustia crecía en el pecho de Remedios. Había aprendido a convivir con ese punzante dolor desde pequeña. A veces era tan fuerte que necesitaba colocarse un trapo helado debajo de la garganta. Recordaba aquella noche, siendo muy niña, que con lágrimas en los ojos le había preguntado a su padre cómo se llamaba esa parte de su cuerpo que tanto le dolía. Antonio le había develado el secreto y a partir de ese día, cada vez que sentía el dolor, les comunicaba que le dolía el esófago. Sus padres se lo tomaron en gracia, y ella entendió que debía encargarse sola de su mal. Cada vez que la pena o los nervios la embargaban, el dolor de esófago la envolvía. En esa tarde de calor abrasador, la puntada volvió.

—No me gusta verte así, Pepe. Tienes los ojos inyectados en sangre. Se te ve pálido.

Su marido estaba sentado en su escritorio mirando la nada. Su camisa impecable subía y bajaba. La respiración lo delataba. Estaba crispado, muy alterado.

—Pero ¿cómo quieres que esté, Remedios? Tu inocencia a veces me causa

gracia. La semana pasada supimos que habían nombrado a Carlos de Alvear. ¿No te parece suficiente? ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, José, entiendo que no es un buen augurio. Pero también entiendo que nosotros estamos aquí, a miles de leguas de distancia, alejados de todas esas intrigas.

—Por supuesto que estamos en Mendoza. Pero por si no te enteras, quiero avisarte que en el mismo instante en que conocía la noticia envié la renuncia a mi cargo.

—¿Con qué excusa?

—Mala salud.

—No te van a creer.

—Y qué me importa. Quiero evitar mi destitución. Pero qué vas a entender tú de estos asuntos —San Martín ni siquiera miró a su esposa. Respondía como un autómatas.

Remedios tragó con dificultad. Se le cerraba la glotis. No le gustaba que su marido no recurriera a ella en los momentos difíciles. Reconocía que de estrategias e intrigas políticas no entendía, pero le parecía que podía ayudar en algo. Aunque más no fuere para ofrecerle contención. Su juventud no tenía por qué ser un impedimento para sosegar a San Martín. Sus amigas le contaban que sus maridos confiaban en ellas, aunque fuera un poco. Otra vez esa rara sensación de abandono. ¿No sería una niña caprichosa? ¿No eran éstos los vestigios de la chiquilina mimada por su padre? Las palabras de José durante las discusiones se le hacían carne. Tal vez debía aprender a callar. Tenía a un hombre muy importante a su lado, repleto de responsabilidades y prioridades que justamente no tenían que ver con ella. Lo mejor que podría pasarle era tener un bebé. Quería ser madre. Rezaba todas las noches para que se cumpliera su deseo. Pero nada.

—Quiero tener un hijo, Pepe.

—Con qué cosas me vienes en estos momentos, Remeditos.

—Las cosas que quiere cualquier mujer. ¿Tan raro te parece?

—No, pero tengo otras cosas en qué pensar. Ya tendremos un niño. No desesperes.

Remedios se levantó, miró fijo a su marido y salió del despacho. Buscó una pava con agua caliente en la cocina, la lata del té, su taza, y se acomodó en el silencio del patio. Respiró hondo. Necesitaba la ausencia de ruidos para pensar. Estaba sola. Otra vez.

* * *

Un pueblo enfurecido. Eso era lo que Remedios vio por la ventana de su casa. La Plaza de Armas estaba revuelta. Una multitud la ocupaba y a viva voz repudiaba al coronel Gregorio Perdriel. El militar había llegado el día anterior, nombrado por el Director Supremo, para ocupar el cargo que había abandonado San Martín. Remedios

cubrió su boca con las manos, aterrada. Una ráfaga de piedras voló contra el Cabildo. Los hombres allí reunidos se exacerbaban cada vez más.

—Por favor, mi querida, no te asomes tanto. Que la gente no te vea, van a venir a gritarte a ti, Remedios —dijo Mercedes.

—Pepe no tiene la culpa de haber tomado esa decisión. Se vio obligado y tú lo sabes.

—Por supuesto, pero el pueblo no entiende de razones. No lo quieren a Perdriel y puede correr sangre.

—Dios no lo permita.

Cerca de allí los ciudadanos se habían constituido en cabildo abierto. El calor de febrero no era tan feroz como el que sufrían gracias a la encendida discusión. Transcurrían las horas y las razones. Al caer el sol la decisión estaba tomada: no obedecerían a ningún gobierno que no fuera elegido por la voluntad de los pueblos y declararon nulo el nombramiento del gobernador intendente hecho por Alvear. Luego de un aplauso cerrado aclamaron a San Martín como gobernador de Cuyo por la voluntad popular. Los gritos inundaron la ciudad.

Remedios abrió la puerta de calle y salió corriendo rumbo a la plaza. Su amiga la siguió. La muchedumbre impedía que llegara con celeridad a donde se encontraba su esposo. Se escuchaban los vozarrones que repetían: «¡Queremos a San Martín!» Era un grito cerrado. Mercedes le apretó la mano e intentó tomar la delantera. Los hombres y mujeres mendocinos reían y festejaban su triunfo en plena plaza. Un joven alto y fornido buscó la mano de Remedios y la atrajo hacia sí. Sus compañeros hicieron una ronda a su alrededor y entonaron unos cánticos. La joven se asustó y buscó a su amiga con la mirada. No la encontró. Lo único que veía eran caras transpiradas de felicidad. Mujeres con las mejillas enrojecidas y sonrisas plenas; muchachos desgreñados que emanaban masculinidad.

—¡Merceditas! ¿Dónde estás? ¡No te veo! —gritó Remedios.

Y la cercaron cada vez más. Sonaron estruendos de tiros al aire. El pueblo mendocino había logrado torcer el rumbo de Buenos Aires y el festejo era pleno. Las muchachas la tomaron a Remedios de las manos y la obligaron a correr en círculo. De tanto tironear, las costuras de las mangas de su camisa cedieron y dejaron parte de sus brazos al descubierto. Quiso soltarse y no pudo. De repente, entre los cuerpos, apareció Mercedes. La tomó de la falda y la tironeó hacia ella. Remedios trastabilló y cayó. Con ella arrastró a varios más. Las risotadas de los caídos contagiaron a los demás. El desmadre incitó a Mercedes e intentó rescatar a su amiga a toda costa. Tiró de la camisa blanca ya repleta de polvo que aparecía debajo de piernas y brazos, y levantó a Remedios. La tomó con fuerza de la mano y la sacó de allí. Corrieron hacia un costado de la plaza, donde la euforia era menor.

—¡Mi querida! ¿Estás bien? —Mercedes abrazó a su amiga y la separó un poco para observarla. Remedios estaba sucia, con la cara arrebolada de lágrimas, agitación y calor. Los rulos caídos y despeinados. Las muchachas se miraron. La imagen de

ambas era patética. Y explotaron en carcajadas.

—Yo sólo quise ir en busca de Pepe. ¡Y mira lo que nos pasó! —gimió Remedios, tentada.

—No puedo creer en lo que te has transformado. Pareces una loca.

—¿Seguirán allí, o ya se habrán ido? Quiero ir a buscar a mi marido.

—Pero esta vez permíteme que te indique el mejor camino.

—Sí, Merce. Te sigo —contestó Remedios. El corazón aún le latía con fuerza. El terror la había dominado durante unos minutos. Pero al mismo tiempo, el gusto por la euforia había sido tal, que esa combinación la había acelerado. Lo desconocido la había inquietado.

* * *

Don Antonio y doña Tomasa habían cerrado la puerta del despacho para no ser escuchados. Los ruidos de afuera, el ir y venir de la servidumbre, exaltaban a la señora de Escalada. Cuando su marido tenía un tiempo libre, cuando no presidía el Cabildo o tenía reuniones de trabajo, o simplemente abandonaba las lecturas cotidianas, Tomasa entraba en el espacio privado de Antonio y lo convidaba con algún pastelito y unos mates. Sabía que ese momento le estaba destinado a ella y, aunque el comerciante frunciera el entrecejo ante el golpe en la puerta y su inmediata intromisión, lo tomaba como un juego y de inmediato abandonaba todo lo que estuviera haciendo para compartir una conversación y un descanso con su esposa.

—Gracias, mi querida. Necesitaba un mate. Estos instantes son indispensables para que pueda continuar. Ni te imaginas todo lo que debemos recomponer. Los disparates que hemos debido soportar de la mano de nuestro amigo Alvear. En fin, fuimos amigos en otros tiempos, porque ahora...

—Es increíble, inconcebible, Antonio. No es el mismo Carlos que hemos conocido. No es posible. Alguna cosa he escuchado en la tertulia en casa de tu hermano las otras tardes. Pero no quise intervenir. Imagínate, algunas señoras me cuestionaban a mí por haberlo elegido como padrino de bodas de Remedios.

—¿Qué te han dicho?

—Hablaban de que sufría delirios de grandeza, se reían de él, querido. Por suerte nuestros hijos no se enlistaron en aquel reclutamiento que hicieron apenas asumiera en su cargo. Hubiera sido un deshonor que ahora señalaran a Manuelito y Mariano de haber participado en las escoltas de granaderos a caballo que lo acompañaban.

—Ahí empezó a demostrar que algo no andaba bien. Pero el espionaje, los arrestos, las ejecuciones en la Plaza... Sembró el terror. Terminó siendo un imbécil y peor, dándoles la razón a sus detractores.

Tomasa cebó los mates, una y otra vez. Podía parecer distraída, pero escuchaba a Antonio con atención. Sabía que podía dormir tranquila con su hija y su yerno a miles de leguas de distancia. No quería pensar qué podría haber pasado si Remedios y José

hubieran pisado suelo porteño. Sus vidas no hubieran valido nada y la muerte en manos de algún adicto a la causa de Carlos de Alvear hubiera sido algo inevitable.

—Tu hermano dijo que había sido una lástima que uno de los nuestros quedara afuera de la escena política.

—Francisco es un exagerado. Carlos no hizo otra cosa que avivar el fuego de una guerra civil. Intentó tomar decisiones erradas y así le fue. Tuvo que renunciar y salir corriendo para que no lo mataran. La historia de siempre: los traidores huyen, mientras que los leales se quedan aquí y son arrestados. Como su tío. Mira, Tomasa, el bueno de Posadas mantuvo sus pies en estas tierras y lo metieron preso. Quisiera ver ahora lo que hace Álvarez Thomas al mando de Buenos Aires.

La conversación había logrado que Tomasa olvidara el verdadero motivo de su intromisión en el mundo de su marido. Había llegado una carta desde Mendoza. La correspondencia de Remedios era intermitente. A veces recibía ella, en otras oportunidades el destinatario era su marido. Sin embargo, hasta los silencios de su hija hablaban. No necesitaba que escribiera para que supiera lo que le pasaba. Pero esa mañana, bien temprano, había llegado la carta de su hija. La había leído varias veces y había estado a la espera de su marido durante todo el día, para leérsela y ponerlo al tanto de sus reflexiones.

—Querido, tengo carta de Remedios. ¿Te la leo?

—Pero qué alegría. Ya mismo, mujer.

Tomasa metió su mano en el bolsillo de la falda y extrajo un sobre blanco con el lacre quebrado. Desplegó la carta y comenzó a leer. Ella no necesitaba alejar el papel como su marido, quien había perdido un poco la visión. Tomasa bromeaba con eso de tanto en tanto, y él se ofendía. Pero se le pasaba de inmediato.

—Escucha con atención, Antonio. Tu hija no está bien.

«Mendoza, mayo de 1815

Mamita querida:

¡Los extraño tanto! Yo, quien ansiosa de escapar rumbo a los brazos de mi amado, no pude ni quise entrar en razones, ahora me veo de tanto en tanto, repleta de desdicha. Madre mía, te pido que no le cuentes a Tatita de mis secretos; él no podría entender de cuestiones del corazón. Esto no significa que me arrepienta de haber elegido a José como esposo. Nada más alejado. Pero mi matrimonio no es lo que soñé. Mi marido está mañana, tarde y noche en el cuartel, rodeado de militares, pólvora y estrategias, las cuales desconozco. Cuenta poco y nada. Si quiero enterarme de algo, debo acudir a sus subalternos para saber. Hay varios que son muy generosos conmigo y sueltan prenda ante mis preguntas. No sé si es porque soy la señora de San Martín, o porque les caigo en gracia. Así me enteré del alivio que sintió ante la renuncia de Alvear y el nombramiento del nuevo Director Supremo; y que ahora más que nunca se embarcarán en la creación del Ejército de los Andes.

Te escucho, mamita, como si estuvieras a mi lado. Tú me advertiste que este no era hombre para mí; que vosotros habíais pensado en otro destino para mi vida. Pero qué más puedo hacer... Me enamoré de San Martín...

Pero sus silencios, sus evasiones. Pasa días sin volver a casa... no sé. Te juro, mamita, que cumplo al pie de la letra tus consejos. Hablo poco, trato de escuchar y ser amorosa. Pero pocas veces recibo una respuesta gratificante. Quiero tener un hijo y parece que esto no es para mí. Nada. Y para peor, la semana pasada no me he sentido muy bien. Tuve temperatura y un catarro terrible. Por suerte, fui asistida por las buenas de Mercedes y Laureanita, quienes no me abandonaron ni a sol ni a sombra. Pepe estaba muy ocupado y no pudo venir. Pero me mandó a su médico para que me revisara.

Mamita, os extraño mucho. Qué no daría por tenerte aquí conmigo, pero sé que es imposible. No le cuentes de mi desasosiego a Tatita, insisto. Moriría de pena si supiera que está intranquilo por esto. Seguro que pasa, ¿no es cierto?

Tu hija, Remedios de Escalada de San Martín»

Tomasa bajó lentamente la carta y la apoyó sobre el escritorio de su marido. Lo miró fijo. Una seriedad imperturbable atravesaba su rostro. No había cumplido el pedido de su hija. Lo que ocurría era serio por demás.

—¿Qué hacemos, Antonio?

—Nada, mujer. Nuestra hija ya es adulta. Ya va a pasar, son cosas de mujeres como ella bien dijo. Seguro que queda embarazada y se olvida de todo. Vosotras sois así, tenéis un hijo y la vida recobra sentido.

—Sabes cómo pienso. Me voy a la cocina a dar indicaciones para mañana — Tomasa levantó la bandeja y salió del despacho de su marido. Cerró la puerta sin hacer el menor ruido.

Don Antonio llevó su mano a la ceja derecha. El gesto automático que repetía cuando su mente volaba. La respuesta que le había dado a su mujer no era cierta. Las palabras de su hija habían calado hondo en su corazón. Remeditos le había advertido a su madre que no le contara nada. Quería evitar su intranquilidad. Si algo llegaba a pasarle a su niña, estaba dispuesto a abandonar su vida por ella. Insistía que haberla entregado en nupcias a ese militar había sido una decisión perfecta. Pero ahora que veía que ella sufría por su desapego, empezaba a dudar. Tironeaba con suavidad de los pelos canos de la ceja. Una y otra vez. ¿Habría algo que pudiera calmar la desazón de su hija? ¿Y si mañana bien temprano iba a la Recova en busca de las cintas de seda natural que tanto le gustaban de pequeña? El pecho se le estrujó de nostalgia. Aquellos sábados que paseaban de la mano, cómplices. El mundo era de los dos, de nadie más. Y recorrían las calles del vecindario. La risa infantil de su Remeditos la tenía bien guardada en su memoria. Era un tesoro que escondía en su mente y le alegraba la vida. Pero ahora no se sentía bien, otra vez. No le gustaba la

confesión que había escuchado en boca de su esposa. Su hija había vuelto a sentirse mal. Su salud era tan frágil. Hubiera entregado todos sus bienes por cambiar la debilidad de Remedios por la fortaleza de él.

* * *

Remedios había convidado a su amiga Laureanita a tomar el té en su casa. Julia había preparado pastelitos con dulce de membrillo y Jesusa había adornado la mesa con varios platos repletos del dulce. Las latas con diferentes hebras y el mate que tanto gustaba a sus amigas estaban en la cabecera, junto a las tazas. Pero Remedios prefirió instalarse junto al brasero. El frío calaba hondo. Sólo el crepitar de las brasas lograba calmar el hielo interior y evitaba el temblor de su cuerpo. El catarro persistía y cuando bajaba el sol, se intensificaba.

—¡No te muevas, Remedios! Yo te alcanzo el té. ¿Cuál de ellos? —preguntó solícita Mercedes.

—Gracias, mi querida. Cualquiera de ellos, me da igual. El agua caliente me alivia enormemente.

—Deberías respirar vapor. Es una solución mágica, hazme caso —dijo Laureanita, husmeando en el plato de los pastelitos. Eligió los tres más grandes. Los repartió a sus amigas y se sentó en el piso, al lado de Remedios.

—¿Cómo están, mis amigas? ¿Tienen algunas novedades para mí? Luego les cuento yo. Recibí carta de Buenos Aires.

—Qué te podemos contar que no sepas ya. Algunos señores se retobaron con el gravamen de un peso que puso nuestro amigo el gobernador al barril de vino. Se lo escuché decir a mi padre —anunció Laureanita con una sonrisa dominante. Miró a sus amigas, largó una carcajada y las contagió.

—A ver si juntamos algo de dinero para este gobierno, señoras. Mi marido ya no sabe qué más hacer para recaudar. Va a ser difícil que lo escuchen desde Buenos Aires. Mi padre me cuenta en su última misiva que andan queriendo invadir Santa Fe. Así que imaginen nuestro panorama. Las intenciones de Pepe son casi invisibles para el puerto.

—Bueno, pero se han establecido nuevos impuestos y se han puesto a remate algunas tierras públicas, Remedios —refutó Mercedes.

—Yo traje los tres uniformes remendados que me habían tocado a mí. Los tiene Jesusa. ¿Has visto qué rápido los arregló? Me ayudaron las muchachas en casa. Puedes entregárselos a tu marido —dijo Laureanita, orgullosa de la contribución a la causa.

Remedios mantenía la taza entre sus manos. La temperatura de la loza calentaba todo su cuerpo. Había probado un pastelito, pero lo había dejado por la mitad. No tenía demasiada hambre. Mercedes y Laureana sabían que no debían insistir con la comida. Cuando su amiga no comía era inútil obligarla. Se enojaba y era peor. Se

encerraba en un silencio sepulcral y se notaba que no lo pasaba nada bien. Como si no se dieran cuenta de lo que pasaba, continuaron con la conversación. Sabían que Remedios comería en algún otro momento.

—Qué bonito vestido tienes. Es nuevo, no te lo conocía —le dijo Laureana desde el suelo, acariciando la falda amarilla con flores verdes y moradas.

—Para nada, Laureanita. El otro día lo encontré entre mis cosas. No me acordaba que lo tenía. Tengo tanta ropa colgada que me olvido. Por suerte mi marido ni mira mis armarios. Si los viera, los arrancaría de cuajo.

—¡Pero, querida! ¿Cómo se le ocurriría hacer algo así? —preguntó indignada Mercedes.

—Ya lo hizo una vez, y con seguridad lo haría cien más. Dice que la virtud de una mujer no está en sus ropajes. ¿Podéis creer? Y yo que amo la belleza de las telas ricas, y los encajes. De todas maneras he aprendido a esconderle algunas cosas. Si no, no se puede vivir —y se rieron, cómplices.

—Bueno, me retiro mi querida. Ya es tarde, mis padres me esperan en casa. ¿Quieren venir a comer mañana? —dijo Laureana.

—Por supuesto. Si José se excusa, voy sola.

—Encantada. Te espero, sola o acompañada.

La joven se dirigió al vestíbulo. Allí la esperaba Julia con su abrigo. Desde allí saludó a Remedios, quien aprovechó para atizar el fuego. Jesusa entró en la sala con una canasta llena de leña.

—Déjeme a mí, doña Remedios. Son pesados, no se vaya a caer.

Jesusa empujó su melena hacia atrás y colocó tres troncos nuevos sobre los restos que aún quemaban. Y se oyó a alguien golpear la puerta.

—A ver, Jesusa, debe ser mi amiga que se olvidó algo. No te preocupes, voy yo —y dejó a la sirvienta a cargo del fuego.

Remedios envolvió su cuello con un rebozo de alpaca y abrió la puerta de par en par, con una sonrisa pícara. Del otro lado no estaba Laureana. Allí, ocupando en pleno la entrada de su casa, había dos soldados.

—Buenas noches, señora. Soy el capitán Pedro Vergara; y él es el alférez Mariano Necochea. El general San Martín aprovechó nuestro viaje para que le trajéramos una esquila suya. Perdona la hora, mi señora.

Lo miró de arriba abajo. Era mucho más alto que ella. Y más joven que su esposo, al igual que el otro soldado. Ambos rebosaban juventud. Necochea la miró sin disimulo, con una inocencia inusitada. Remedios no estaba acostumbrada a que la escrutaran así. Lograron ruborizarla.

—No queremos molestarla, señora. Sé que no son horas pero nuestro jefe nos lo ordenó.

—Gracias, caballeros —extendió su mano para recibir la nota. El capitán Vergara se quitó el guante y metió su mano en el bolsillo del pantalón blanco. Sacó la esquila y se la entregó. El roce de las manos duró unos segundos. Pero fueron suficientes

como para que Remedios sintiera la piel áspera de un militar que manejaba las riendas a la perfección. La diferencia de su piel blanca contra la mano curtida de ese hombre, a quien creía haber visto antes alguna vez en una de las pocas visitas que le había hecho a su marido en el cuartel, dominó la escena.

—Buenas noches, doña Remedios. Y otra vez, perdón por importunar así — golpeó los tacos de sus botas y bajó la cabeza. Giró para retirarse. El alférez se mantuvo inmóvil. No podía dejar de mirarla. Ella le clavó los ojos y le sonrió.

—Esperen, por favor. Tengo unos uniformes remendados para entregarles, pero no aquí. ¿No quieren pasar a buscarlos mañana?

—Por supuesto, señora. Son fundamentales para la tropa. A la hora que diga, los pasamos a recoger.

Se colocaron sus sombreros y montaron sus caballos. Remedios cerró y apoyó su espalda contra la puerta. Sonrió con los ojos cerrados. Cuando los abrió, vio a Jesusa que la miraba. Caminó hasta la sala como si nada hubiera sucedido. La mirada escrutadora de su esclava le importó un ápice. «No hice nada malo», pensó. Se arrojó en su sillón y buscó el tapiz en la canasta. Colocó su cuerpo en pos del bordado. Era el escudo ideal para que nadie la interrumpiera. Pero su cabeza comenzó a volar lejos de allí.

* * *

Quedaban los últimos dulces sobre la mesa. El puchero, como siempre, había sido un éxito entre los comensales y no había sobrado nada. El vino, en cambio, se multiplicó. Los vasos se reponían una y otra vez en el salón de la casa de Remedios y San Martín.

A último momento el general había llegado con algunos colegas y amigos, obligando a las mujeres de la casa a improvisar un menú. Expeditiva, Remedios voló a la cocina y dio las órdenes. Sabía que con una buena cantidad de puchero contentaría a sus inesperados invitados. La mesa estuvo servida a las diez de la noche y San Martín lideró la comida. Junto a él se sentaron Zenteno, fray Luis Beltrán, el doctor Paroissien y los hermanos Zuloaga. Cerca de la medianoche, sólo quedaban las migas.

—Señores, llegó la hora de los verdaderos patriotas. Ya no se trata de encarecer y exaltar las virtudes republicanas, ni es tiempo de exhortar a la conservación de las fortunas o de las comodidades familiares —señaló San Martín y levantó la vista hacia su mujer. Remedios se ruborizó. Seguía con atención todo lo que decía su marido. Mercedes le apretó el brazo con complicidad. La ponía sobre aviso para que no entrara en discusión con José.

—Ya han empezado a donar sumas de dinero. No creo que las familias ricas de Mendoza se pongan en contra. La lealtad es lo primero que hemos conseguido. Ahora sólo resta que entreguen sus bienes. O parte de ellos —replicó Zenteno.

—El primer interés del día es el de la vida. Éste es el único bien de los mortales. Sin ella, también perece con nosotros la Patria. Basta de ser egoístas para empeñar el último esfuerzo en este momento único, que para siempre fijará nuestra suerte. A la idea del bien común y a nuestra existencia, todo debe sacrificarse. Desde este instante el lujo y las comodidades deben avergonzarnos —insistió el general y apuró el último trago de su vino. Tenía una noche intensa. Contaba las horas como si fueran un escollo interminable de su mandato. A veces sentía que los obstáculos se reproducían y que el tiempo se le acababa. Éste era uno de esos días. La ansiedad lo había ganado.

Remedios se paró e intentó salir del salón. No quería escuchar más. Sabía que las palabras de su marido la rozaban. Era inevitable asociar su discurso con la vida que ella había llevado.

—¿A dónde vas, Remeditos? Quédate aquí que te hará muy bien escuchar todo lo que tengo para decir —el general miró fijo a su mujer. El silencio dominó la escena. Hasta las respiraciones de los presentes parecían detenidas. La joven detuvo el envión que había ganado y le retrucó con la mirada. Con altanería ensayó una sonrisa débil. La batalla muda se había desatado en los ojos negros de ambos. Remedios apretó la mandíbula y su respiración comenzó a agitarse. Mercedes la rodeó por los hombros y pidió permiso para buscar más vino en la cocina. San Martín lo concedió y salieron. La tomó de la mano y la llevó lejos de allí. Al soltarla se dio cuenta de que tenía la marca de las uñas de Remedios clavadas en su mano.

—¡No puedo creer lo que me hizo! ¿Cómo puede agredirme así, delante de la gente? ¡Lo detesto! ¿Será posible que me humille frente a sus hombres, sólo por ser la hija de mi padre?

—Pero, mi querida. No te dijo nada...

—¿Pero no escuchaste? Habló de la vergüenza que debía sentir por el lujo. ¡Ya me desembaracé de todos mis bienes! Me hizo tirar todos mis vestidos, ¿qué más quiere?

—No lo entiendes. Él predica con el ejemplo.

Remedios mantuvo los puños cerrados y morados por la fuerza. La furia la dominaba. Había entregado su vida repleta de comodidades en pos de este hombre y detestaba que no se lo tomara en cuenta. ¿Qué más debía hacer para demostrarle a su marido todo lo que había hecho por él?

—Yo también creo que hay que dejar de lado los caprichos para salvar a la Patria. Y a pesar de mi abolengo, de todo lo aprendido dentro de mi casa, apoyo las ideas independentistas de José y sus hombres. ¿Cómo puedes pensar que yo podría ser tan desleal? Merceditas, te desconozco.

Tomó a su dama de compañía de la mano y volvió a la sala. Como si nada hubiera pasado, los hombres seguían hablando. Caminó hasta la silla donde reposaba su marido y se detuvo detrás de su respaldo.

—Qué desafortunadas noticias nos han llegado, general. La derrota en Sipe Sipe no nos ayuda para nada —dijo Manuel Zuloaga.

—Tiene razón. Y ahora más que nunca se confirma que nosotros somos la única esperanza para vencer de una vez y para siempre a los realistas.

—Debemos armar un plan certero para recaudar —señaló fray Beltrán.

—Desde hoy quedan nuestros sueldos reducidos a la mitad. El empleado que no quiera donar lo que deja de percibir recibirá un boleto para su abono en mejores circunstancias. Yo graduaré el patriotismo de los habitantes de esta provincia por la generosidad. Cada uno es centinela de su vida —arengó San Martín.

Remedios escuchó lo que dijo su marido. Esas palabras, tan sentidas, la perforaron por entero. José tenía razón, había que tomar el toro por las astas. Debía responderle como se merecía.

—Mañana a primera hora haré entrega de mis joyas. Me comprometo a llevar a las señoras mendocinas al Cabildo conmigo y desprendernos juntas de nuestras alhajas. Los diamantes y las perlas nos sentarían mal en la angustiosa situación en que se ve la provincia y peor si por desgracia volviésemos a arrastrar las cadenas de un nuevo vasallaje —anunció. San Martín le tomó la mano que ella tenía sobre su hombro y la giró hacia él. La sentó sobre su regazo y la besó frente a todos.

Capítulo III

Faltaban pocos días para que terminara el año. Casi sin darse cuenta habían llegado a los albores de 1816. Durante toda esa semana Remedios había pensado en organizar una fiesta para despedir el año. Quería celebrar. Todavía tenía una excusa para hacerlo. No sabía si ésta llegaría a ser la última oportunidad. Las otras noches San Martín le había comunicado que en unas semanas se mudaría junto a sus hombres a unas leguas de Mendoza. Inauguraría un campamento. En El Plumerillo comenzarían las prácticas para los embates contra los realistas. Sus gestos de súplica no habían logrado nada con su marido. Se quedaría más sola aún. Su esposo partía a la vida castrense. El día entero. Y el regreso parecía cada vez más alejado. Así se lo había advertido.

Hacía dos días que se sentía extraña. Por momentos tenía un hambre voraz, y al segundo las náuseas la dominaban por completo. No había querido alarmar a José. Ya tenía suficiente con sus catarros constantes. Además, la salud de su marido también dejaba mucho que desear. La úlcera lo estaba aquejando nuevamente y no quería recargarlo con sus cuitas.

Se sentó frente al espejo de su tocador. Se soltó el recogido y los bucles negros cayeron pesados sobre su espalda. Empezó a pasarles el cepillo. Pasó sus dedos por el cuero cabelludo. El placer que le provocaba era inmenso. Comenzó a masajearse la cabeza con lentitud. Desde la nuca fue subiendo hasta la coronilla. Una y otra vez. Los párpados se le entornaron.

Tocaron a la puerta. Estaba tan lejos de ese mundo, que el ruido la trajo a una realidad incómoda. Aquella ensoñación era un placer inagotable. Los nudillos desconocidos volvieron a retumbar sobre la puerta.

—¿Quién es? Adelante —respondió con desgano.

Jesusa abrió despacio y se asomó. Con los ojos redondos e inmensos, miró a su ama para ver si importunaba.

—A ver, Jesusa, entra de una vez. ¿Qué quieres?

—¿Está bien, niña Remedios?

—Cuántas veces te he dicho que no me llames niña. Soy una mujer, Jesusa.

—Sí, mi niña. Pero es que parece tan pequeña, es tan menudita. Me parece imposible llamarla de otra manera —rio Jesusa.

—Acércate. Ya que estás, hazme unos masajes, estoy bastante tensa. Aprovecha y dime lo que venías a decirme.

—Estuve escuchando en la cocina, mi niña, que en un tiempo, don José y sus soldados se mudarán a un campamento.

—Sí, Jesusa. ¿Y qué hay con eso? —respondió por obligación. Las manos de su esclava sobre su cabeza eran maravillosas. Sentía que los pensamientos se desintegraban y le costaba mucho hablar.

—Me gustaría ayudar a nuestros soldados. Si le parece, puedo colaborar de vez en

cuando. Limpiarles las barracas, hacerles de comer.

—¿Podemos hablar de eso en otro momento, mi querida? Seguramente no tendrás problemas, Jesusa. Pero ahora sigue con tus manos, te lo suplico.

La esclava le desabrochó los botones posteriores de la camisa. La bajó y le dejó los hombros al descubierto. Remedios bajó la cabeza y sus rulos cayeron hacia delante.

—Me haces muy bien, Jesusa. No sabes cómo lo necesitaba.

La esclava continuó con los masajes. La presión de sus dedos sobre la nuca, el cuello todo, y la piel blanca de Remedios que se erizaba. Su cuerpo se ablandó. Jesusa le tomó la cabeza floja y la volvió a su lugar. Los ojos de su ama estaban cerrados. Las pestañas renegridas resaltaban sobre los párpados transparentes, que apenas temblaban. Su boca se había entreabierto un poco. La camisa se le había bajado por completo y yacía sobre su regazo. El corsé de Remedios dejaba al descubierto la mitad de sus pechos. La respiración profunda los alzaba y bajaba a un ritmo parejo. Las cortinas se movieron y una brisa suave entró por la ventana de la habitación. Lentamente, Remedios abrió sus ojos.

—¿Qué me miras, Jesusa?

—Nada, mi niña. La veo un poco más rellenita —se rio y mostró los dientes blancos—. ¡Qué bonito le queda! Mire, mire.

Remedios bajó la vista de los ojos de Jesusa que se reflejaban en el espejo, y se observó. Era cierto, sus pechos parecían más llenos que de costumbre. Sonrió y los tomó con sus manos.

—Jesusa, ¡tienes razón! Parezco otra —señaló entre carcajadas—. Incluso al tocarlos parecen más gordos.

—Está embarazada, niña. Mire su cara, sus mejillas, está preciosa. Como nunca, yo sé lo que le digo.

Los ojos de Remedios se llenaron de lágrimas. Sus manos bajaron del pecho hasta la panza. Se acarició lentamente, como si buscara algo escondido. Miró con congoja a su esclava, en busca de una confirmación.

—No me mire así, doña Remedios —la tomó de los hombros, la retiró de la silla y la paró enfrente de ella—. ¿Cómo se siente?

—Creo que bien. Pero ahora que me dices, pasaron ya unas semanas de cuando debiera haber tenido el período. Ni me había dado cuenta —sonrió agitada—. No digas nada todavía, por favor. Sabes cómo es. Si lo cuentas en la cocina, lo sabe todo Mendoza en un instante. Quiero estar segura para decírselo a José.

—No se preocupe, niña. Soy muda —se cubrió la boca con una mano, con la otra acomodó su delantal y salió del cuarto.

Remedios se quitó la falda y quedó en calzones y corsé. Desató el nudo de la cinta que lo sujetaba y lo dejó caer sobre el piso. Se observó en detalle. Notó que estaba un poco más rellenita. Se puso de perfil pero su vientre estaba igual que siempre. Frunció el entrecejo. Sabía que el posible embarazo era demasiado reciente como

para que su panza se redondeara. Era imposible que se le notara. Pero el deseo era tan inmenso que la posibilidad de verse embarazada la dominó por completo.

* * *

La fiesta de fin de año no pudo celebrarse. Remedios había comenzado a sentirse mal y había perdido las ganas de organizar su casa para ese acontecimiento. La misma noche que había esperado despierta a su marido para contarle su feliz novedad, había sufrido un desmayo. José había pasado de la alegría a la seriedad, en un segundo. Remedios le había servido una copa de vino, obligándolo a que brindara. Él, asombrado, no había entendido el motivo. Cuando ella le contó que estaba embarazada, San Martín la tomó de las manos y la atrajo hacia sí. La abrazó y ella comenzó a llorar, llena de emoción. Así se quedaron durante un tiempo que pareció eterno. Remedios agradecía en silencio la criatura que le alegraría la vida. Y el general acarició el pelo de su esposa, la mujer que lo haría padre. Pero los calores le subieron y perdió la conciencia por unos segundos. La casa se revolucionó y la acostaron de inmediato.

La salud de Remedios no se encontraba del todo bien. Por las mañanas, las náuseas se hicieron rutina, y eso la llevó a que no pudiera probar bocado. La debilidad que acarreaba había crecido y la casa estaba a su entera disposición.

—¡Las fiestas quedan olvidadas por un tiempo! Tendremos demasiado para festejar dentro de nueve meses, cuando nazca mi hijo —ordenó José.

Los primeros días de la novedad, San Martín cuidó de su mujer. Casi no la dejaba valerse por sus propios medios. La trataba como si estuviera convaleciente. Si Remedios quería un vaso de agua, él se lo traía de la cocina; si necesitaba cambiar el pañuelo, San Martín se lo buscaba antes de que lo pidiera. A veces le daba gracia ver a su marido tan ocupado por ella y atento a cuanto le pudiera suceder. Por momentos, hasta lo veía torpe y atolondrado. Pero sus amigas le habían avisado que todos los hombres se transformaban en una suerte de ánima boba durante un tiempo.

Eso duró una semana. Tanta entrega no podía ser para siempre. El general San Martín preparó un baúl con sus pertenencias —las mínimas indispensables— y se mudó a El Plumerillo junto a sus soldados. Pero antes le encomendó a Jesusa que cuidara de Remedios, que la siguiera de cerca. No quería que le sucediera nada. El nacimiento de su hijo estaba en juego.

Remedios se despidió de San Martín con lágrimas escondidas en los ojos. Había aprendido a aparentar frente a su marido. Había impostado la mejor sonrisa en sus labios, velado la mirada detrás de una helada película, para fundirse en sus brazos. Se separó de su pecho, le acomodó la chaqueta y le pidió que se cuidara. José la besó, le acarició la panza con ternura, se dio vuelta y montó su caballo. Tres soldados lo aguardaban para escoltarlo.

Cerró la puerta y lo miró por la ventana de la sala. Las patas de los caballos

levantaron una nube de polvo, y así, escondido detrás de la niebla, se despidió de su hombre. Se sentó en su sillón y buscó la canasta que estaba a sus pies. Hurgó entre los trastos y sacó el tapiz que había empezado a bordar. Buscó los carretes, eligió los colores y se entregó al bordado, su actividad favorita para abstraerse del mundo. Pensó en su bebé, en el embarazo, en la felicidad que le traería una criatura a su vida. Ser madre, eso por lo que había rezado tanto y deseado como nadie.

* * *

Había logrado su cometido. Tanto había insistido, que su ama le había permitido pasar unas horas por día en El Plumerillo.

—Yo sé que el general me pidió que la cuidara, pero usted, niña Remedios, la tiene a doña Mercedes. Ella la cuida mejor que nadie, ¿no es cierto? Además, los peores meses pasaron. Ya no hay peligro de nada. ¡Mire la panza cómo está de crecida!

—Me haces reír, Jesusa. Mira que eres atrevida. Yo no sé por qué José te pidió que cuidaras de mí. Si eres la persona menos indicada —Remedios largó una carcajada y contagió a su esclava—. Tienes razón, ya soy pura redondez.

Se acarició la panza. Los vestidos hacía rato que no le entraban más. Había tenido que mandarse a hacer dos faldas con la opción de desajustar la cintura a medida que su talle creciera. Era gracioso, porque cuando pasaba sus manos por la panza sentía que el bebé se movía adentro de ella, como si quisiera avisarle algo.

—Te quiero en casa cuando baja el sol, Jesusa. No quiero que andes sola por ahí en la oscuridad de la noche. Trata de llegar temprano, ¿me haces el favor?

—Se lo juro, amita.

—Y ya que estás, me traes noticias de Pepe.

Así partió Jesusa, en el matungo de la casa, con una canasta repleta de víveres y cepillos para asear las instalaciones adonde los militares realizaban sus prácticas. El camino de tierra estaba desierto. El cielo empezó a nublarse con espesura. Todo parecía indicar que una lluvia estaba por irrumpir. Ése podía ser el motivo por el que los asiduos caminantes no decoraban el paisaje. La esclava apretó los ijares de su monta, pero no hubo caso. El matungo era perezoso y parecía que el aguacero no lo atemorizaba en absoluto. Se apretó el pañuelo que le cubría la cabeza y le imploró a sus dioses que la lluvia se mantuviera en el cielo por unas horas más. Sus pensamientos volaron lejos de allí. No sabía si su patrón se enojaría al verla llegar. Él le había encomendado que cuidara a doña Remedios y ella escapaba rumbo a El Plumerillo. Oscilaba entre la culpa por haber dejado sola a su ama, y las ganas de llegar a ese lugar lleno de hombres y aventuras. Además, la señorita Mercedes cuidaría de su amiga con más esmero que ella. Su ama no la necesitaba. Así, en medio de conclusiones y conjeturas, fue Jesusa rumbo a la barraca.

Los truenos retumbaron en el campo y las gotas comenzaron a caer. Jesusa miró

hacia arriba. Quería adivinar si la lluvia podía transformarse en tormenta. El agua mojó su cara. Pasó su antebrazo para secarla y sacudió las riendas. El caballo apuró la marcha. El polvo dejó de volar y la tierra del camino empezó a aplastarse bajo el tranco del animal. Lejos en el horizonte, Jesusa vio un monte que le indicaba la pronta llegada a El Plumerillo. Suspiró aliviada. Por lo menos estaba un poco más cerca. Acomodó la servilleta sobre la canasta y movió su cuerpo para cubrirla y evitar que se mojaran las cosas que llevaba adentro. Siguió por el camino. La arboleda se acercaba cada vez más.

Giró a la izquierda y en el fondo vio decenas de hombres marchando en uniforme, con sus sables en mano. La boca de Jesusa permaneció abierta mientras pasaba por el costado de la práctica. Con su sonrisa típica llegó al sector de tiendas y pidió por el general San Martín. Con un grito buscaron al jefe y al rato apareció.

—¿Qué haces aquí, Jesusa?

—Mi general, la niña Remedios me permitió que viniera a ayudar a la Patria. Vine a cocinar y a limpiarlos. Lo que necesite. Me dijo que volviera a casa temprano.

—Bueno, pero con esta lluvia no lo creo demasiado oportuno. Quédate en una de las tiendas y mañana vemos.

Jesusa desensilló y dos soldados la acompañaron a la otra punta del emplazamiento. Vacío la canasta y se cambió el pañuelo por uno seco. Estaba contenta. Esperaba que su amita no se enojara por su permanencia en El Plumerillo. Seguro que entendería que la lluvia la retrasaría.

* * *

Mercedes recorría la sala como un animal enajenado. Cada tanto, se pegaba al ventanal que daba a la calle para tratar de calmar la ansiedad. Julia y los demás domésticos refregaban sus manos y respiraban profundo. Remedios había perdido el conocimiento otra vez y la habían postrado en su cama. Uno de los peones montó a caballo y galopó hacia la casa del médico. No había motivos para que tardara tanto. Y Jesusa que no había vuelto de El Plumerillo. Había pasado más de una semana de su partida y no tenían ni noticias.

—No sé por qué se demora tanto este doctor. Qué mala suerte que Paroissien esté en El Plumerillo con San Martín ¿Cómo está Remedios, Julia?

—No se preocupe tanto, doña Mercedes. La señora va a estar mejor. Tiene un poco de temperatura. Ya va a llegar el doctor Cullen.

—Mamá, Remedios te llama —llegó corriendo Julián, el hijo de Julia—. Me vio que la miraba desde la puerta y me pidió que vayas.

Todos salieron rumbo al cuarto donde esperaba Remedios. Recostada sobre los almohadones, respiraba agitada. Sus mejillas ardidas parecían pintadas de carmesí.

—Ahí tocan la puerta. Julia, ve a abrir y si es el médico apuren hacia aquí —mandó Mercedes.

Salieron en busca del recién llegado y las amigas quedaron a solas en la habitación. Mercedes se sentó al lado de Remedios y le tomó la mano. Parecía que volaba de fiebre. Pero ya llegaría el médico para dar un diagnóstico certero. Escuchó movimientos y murmullos. Entró el doctor Cullen y la servidumbre quedó en la puerta, mirando con ansias. Necesitaban que alguien les dijera algo sobre la salud de su patrona. El médico se acercó a la enferma. La auscultó, le tomó la temperatura y se le acercó para hacerle algunas preguntas. Entre susurros, mantuvieron un escueto diálogo. La ayudó a incorporarse y le pidió que respirara profundo con su oreja apoyada en su espalda. Mercedes aguardaba al costado observando con detenimiento, pero sin entender nada de lo que veía.

—Doña Remedios, tiene un estado bastante débil, con temperatura y catarro. Le voy a dejar una medicación para que tome. Va a estar bien si se cuida. El embarazo no corre peligro si hace reposo. No puede llevar una vida activa. Estos últimos meses le recomiendo, o en su defecto, le ordeno que se quede en cama. Abríguese, no tome frío y todo saldrá como esperamos —dejó los medicamentos sobre la mesa y salió con Mercedes detrás. Caminaron hasta la sala.

—¿Cómo está, doctor?

—Débil, pero no debemos preocuparnos por demás. Doña Remedios no puede exponerse, en su estado, al clima áspero de estos meses. Deben obligarla a comer aunque no tenga ganas, que no se levante, como dije antes. Qué lástima que no esté su esposo cerca de ella.

Mercedes bajó la mirada. ¿Cómo explicarle que ése era uno de los motivos principales de la desazón de su amiga? La debilidad de Remedios no era otra cosa que la consecuencia de un alma débil.

—Voy a mandar que le avisen a la barraca. Se enojaría si no le comunicamos esta noticia.

—Buenas tardes, señorita. Cualquier cosa, mandan a buscarme. A su disposición.

Mercedes lo despidió y fue hacia la habitación principal. Remedios se había incorporado y bebía un vaso de leche caliente que le había traído Julia.

—¿Cómo te sientes?

—Algo mejor, mi querida. Parece que necesito descansar —sonrió Remedios—. ¿Llegó Jesusa?

—No. ¿Le habrá pasado algo?

—Ojalá que no. Pero es raro que no haya regresado. Hay que avisarle a Pepe de mi estado. Manda al hijo de Julia a El Plumerillo. Y que vuelva inmediatamente.

Salió en busca de Julia, le dieron la orden a Julián y le prepararon el mejor caballo. El niño estaba entusiasmado, veía a los soldados de cerca. Abrigó a su hijo y arrió al animal. Lo vieron desaparecer por la esquina y volvieron a entrar en la casa. Había que esperar. Si todo salía bien, al atardecer, el niño estaría de regreso.

* * *

—¡General, general! Vengo con noticias de la casa —al trote sobre su caballo, Julián se inmiscuyó entre los soldados en busca de San Martín. Los uniformados desplegaban sus armas a los gritos y no prestaban ninguna atención al niño. Volaban cascotes y barro, y el olor a cuero invadía el campo. Julián desmontó, ató las riendas a un tronco y corrió hasta las tiendas. Preguntó por su patrón hasta que le indicaron el camino. Llegó a la última tienda y un soldado le pidió que esperara. San Martín salió y lo vio.

—¡Julián! ¿Pero qué haces aquí, niño? —los soldados que acompañaban al general lo miraron de arriba abajo.

—Doña Remedios está mala. La vio el doctor y está en la cama.

—¿Y mi hijo? No me aterres, Julián.

—No, don José. La barriga está bien. Pero tiene que ser buena y quedarse en cama. Me dijeron que venga conmigo, a cuidarla.

—No puedo.

Desde el interior de la tienda apareció Jesusa. Tenía las mangas arremangadas y sonreía.

—¡Juliancito, muchacho! Qué alegría verte. Don José, mire qué grande que está el jovencito. Puede tomarlo, ya parece en condiciones —se rio la esclava.

—Ya calla, Jesusa. Remeditos no está bien. Montas uno de los caballos y te vuelves a casa con Julián. Serás más útil allá.

La esclava refunfuñó y acató las órdenes. Preparó su canasta con velocidad, se despidió con un movimiento de cabeza y montó el caballo.

Galoparon en silencio el primer tramo del viaje. Julián iba serio sobre su montura. Había cumplido con lo que le había pedido la patroncita de su madre. Miró de reojo a Jesusa. Iba con el pelo suelto, negro y enrulado sobre la espalda. Nunca se lo había visto así. Los grillos comenzaron a dar su concierto tardío. El atardecer cerraba el cielo y el sol se escondía hasta el día siguiente.

* * *

Faltaba menos para llegar. Los techos de las casas empezaron a multiplicarse por el camino. Estaban en los límites de la ciudad.

Era de noche cuando arribaron a la casa de los San Martín. Julián abrió despacio el portón, por si doña Remedios estaba recostada. No quería molestarla. Apenas adentro, Julia salió de la cocina para recibirlos. Abrazó a su hijo y lo felicitó.

Jesusa se dirigió a las habitaciones de Remedios. Desde la puerta vio que su ama estaba acostada.

—¡Niña Remedios! ¿Cómo se encuentra?

—Un poco mejor. ¿Has venido sola? ¿Y por qué tardaste tanto en volver?

—Mi niña, es que era muy necesaria en El Plumerillo. No se enoje conmigo. El

general reclamó mi presencia. Pero con estas noticias me mandó de vuelta.

Mercedes escuchó con atención lo que la mulata decía. Su amiga no pudo disimular la cara de decepción ante las novedades. San Martín no había venido a verla. Jesusa se acercó a la cama de Remedios. Con cuidado le quitó las cobijas de encima y le miró la panza. Se fregó las manos con fuerza para sacarles el frío de afuera y las pasó sobre el camisón agigantado.

—No se preocupe, doña. Su hijo va a nacer sanito.

Remedios puso sus manos sobre las de su esclava y suspiró. Dos lágrimas cayeron sobre sus mejillas, pero la sonrisa permaneció intacta. Mercedes estaba intranquila. El estado de ánimo de su compañera no era el mejor. Aunque intentara demostrar alegría, ella sabía la verdad. Había esperado que San Martín, con esa noticia, volviera a su casa. Sin embargo, hacía ya unos días que había notado un cambio en Remedios. No la notaba tan desolada. La tristeza se había transformado en impotencia. Su amiga estaba acostumbrándose a la realidad que había construido junto a San Martín. Le daba miedo. No quería que esto terminara mal.

Capítulo IV

—La buscan, doña Remedios. Hay un soldado en la puerta, que trae noticias del señor. Viene de El Plumerillo con una esquila de don José —le anunció Julia.

—Hazlo entrar. La señora está en condiciones de recibirlo. Yo me quedo con ella —dijo Mercedes. Le acomodó los almohadones para que se incorporara un poco más y Remedios dejó el bollito dulce que estaba comiendo. Se limpió las migas de la boca y prendió el botón de su camión. Las botas pesadas contra el piso de la sala llegaron hasta la habitación de Remedios. Los pasos a los que estaba acostumbrada eran cortos y casi inaudibles. Ahora sonaban otros, fuertes, precisos. Como si estuvieran dispuestos a perforar el suelo. Desde afuera de la puerta un soldado alto, joven y de piel trigueña golpeó los tacos y asintió con la cabeza.

—Buen día, doña Remedios. Me presento: soy el cabo Gregorio Murillo. Traigo una encomienda del general San Martín. Sé que vengo de improviso. Si es su deseo, espero afuera y le escribe unas líneas para que yo le lleve.

Mercedes y Remedios se quedaron mudas ante la presencia masculina. El soldado era imponente. Además, hacía tanto tiempo que no veían un hombre en la casa, que su aparición desarticulaba la rutina de una manera feroz. Remedios lo miró fijo y estiró su brazo. El granadero sostenía su gorra azul con el brazo derecho. Miró a Mercedes como solicitando su permiso, ella asintió. Se acercó hasta la cama y le entregó la esquila de su jefe. Remedios se quitó un rulo de la cara y la abrió para leerla. El cuarto se llenó de silencio. Sus ojos leyeron con rapidez la carta de su marido. Eran pocas líneas. La volvió a doblar y la apoyó sobre la mesa, al lado del plato con restos de bollo.

—¿Cómo están las cosas en El Plumerillo?

—Bien, señora. El general practica cuando puede con nosotros. Tiene mucho trabajo; desde tempranas horas.

Mercedes notó que su amiga no prestaba demasiada atención a las palabras del soldado. La sintió lejos, distraída. Le hizo una seña al soldado para que esperara afuera.

—¿Quieres que te ayude a escribirle la esquila a José?

—Hazme el favor y escríbele tú. Estoy un poco cansada. Sabes cómo hacerlo. Dile que estoy bien, que la casa está en perfectas condiciones y que mi estado continúa sin sobresaltos, fuera de peligro.

Mercedes acató el pedido y repitió las palabras que le había dicho su amiga. Dobló la esquila y se la llevó al soldado.

—Gregorio, ven. Quiero despedirme y decirte algo —lo llamó Remedios.

El soldado se acercó a la cama y metió la carta en el bolsillo de su pantalón azul. Esperó que la muchacha hablara.

—Me gustaría que me trajeras noticias de la barraca. Si vuelves a la ciudad, no dudes en pasar por aquí. Te espero con mate y pastelitos.

Gregorio le clavó los ojos y asintió. Remedios estiró su mano pálida y él la besó. Giró sobre sus talones y se retiró de los aposentos matrimoniales. Mercedes miró a su amiga. Le buscó los ojos pero Remedios había volteado su cara hacia la ventana. Su mirada se había perdido y sus labios habían transformado su mueca hacia arriba.

* * *

Era noche cerrada y San Martín era el único soldado que no podía dormir. Los escuadrones y sus jefes, los demás integrantes de los regimientos además de los ayudantes y jóvenes que trabajaban a destajo, descansaban hacía varias horas. Un silencio sepulcral inundaba El Plumerillo. Salió de su tienda y aprovechó la luna llena para caminar. Se alejó de las tiendas. Necesitaba no tener presencias cerca, soledad. Buscó un árbol y se apoyó en él. Ya ni acostarse podía. Los dolores habían disminuido un poco, pero cada tanto la úlcera lo derrumbaba y no le permitía pensar con tranquilidad. Los nervios le desestabilizaban el cuerpo y el alma. Estaba cansado de esperar lo que prometían desde Buenos Aires. Las sumas que arribaban nunca eran las apalabradas. Era imposible organizar la expedición a Chile como él pretendía. A veces no sabía cómo convencer a sus hombres para que mantuvieran el respeto y amor por la patria. Por suerte, los cuyanos aportaban regularmente sus contribuciones, pese a lo pesadas que resultaban, sin que hubiera demasiadas resistencias. Pero ese aporte no era suficiente. El frío, y a veces el hambre, se multiplicaban.

En dos días partiría rumbo a Córdoba a reunirse con Juan Martín de Pueyrredón, que había asumido como nuevo Director Supremo. Le había reclamado una entrevista para ultimar detalles del plan que debían seguir. Esperaba que entendiera sus razones y pusiera manos a la obra de una vez. Aunque ya estaba más que acostumbrado a las falsas promesas que llegaban desde Buenos Aires. Estaban ocupados en otras cosas, así le había comentado por escrito su amigo Tomás Guido. Las noticias que llegaban desde aquella ciudad no eran alentadoras. Le habían contado que lo acusaban de godo, espía y traidor. Y los murmullos ya se habían convertido en acusaciones a los gritos. Y él continuaba con sus propósitos. Intentando hacer oídos sordos a la enfurecida embestida porteña.

Debía intentar dormir, aunque más no fuera unas pocas horas. Los dolores habían aplacado. Se incorporó despacio y respiró hondo. Hasta donde pudo. El resoplido de siempre lo acompañó una vez más. El crujido de algunas hojas secas inundó el silencio nocturno. Caminó hasta su tienda de campaña. Corrió la abertura y entró. Sólo debía dormir y silenciar sus pensamientos. Nada más.

* * *

Había logrado su cometido. De tanto insistir, Remedios había convencido a las mujeres de la casa de que no había diferencia entre su cama y la *chaise longue* de la sala. Julia y Jesusa habían improvisado un lecho para que su patroncita cambiara de escenario.

—¿No ven que es lo mismo? Les juro que de aquí no me muevo. Salvo a la noche, para volver a mi cama —sonrió Remedios—. Así airean mi cuarto. Pienso en todo, ¿han visto?

Y rio a carcajadas. Al mismo tiempo, unas pataditas en su vientre le avisaron que la panza crecía día a día. La acarició por encima del camisón de algodón. La sintió inmensa. A veces no aguantaba más y quería que naciera su bebé de inmediato; pero en otros momentos el miedo ante lo desconocido la dominaba y prefería volver el tiempo atrás. Mercedes entró con una bandeja. Traía buñuelos de verdura y limonada. Remedios sonrió y se dio cuenta de que tenía hambre. Con fruición, comieron y charlaron. Como hacían siempre que podían estar solas, sin intermediarios o interferencias caseras.

—Falta menos para que nazca mi bebé. ¿Qué crees que será?

—Será una niña. Ojalá acierte, amiga. ¡La podremos llenar de moños! — Mercedes rio con complicidad.

—¿Pero crees que Pepe se alegre si es una niña? Temo que prefiera un varoncito.

—Mira, Remedios, un hijo es una bendición de Dios, sea varón o niña. Más le vale a tu marido que se contente por igual.

Y como si estuviera escuchando, la panza de Remedios se volvió a mover.

—¡Mira, mira cómo se mueve! ¿Qué nos querrá decir? ¿Que es una niña? — Remedios se rio y acarició su embarazo.

Las amigas terminaron de comer. Mercedes buscó su canasta de costura y sacó la camisita del futuro bebé que estaba por terminar. Luego le bordaría las iniciales de los apellidos de sus padres. Buscó el bordado de su amiga y se lo entregó. Cada una con su labor. Los braseros ardían y el crepitar sonaba por sobre la charla de las muchachas.

Pasó el tiempo y el bordado de Remedios cayó sobre su regazo. Se había quedado dormida. Mercedes se lo quitó y la cubrió con las cobijas. Adentro de la casa estaba templado, pero afuera el frío era helado. Los picos, que se veían a lo lejos, estaban completamente nevados. Las calles amanecían escarchadas. Sin embargo, Julia y Jesusa se ocupaban de que la casa mantuviera una temperatura agradable. Estaban atentas a que la puerta de calle y la que daba al patio nunca quedaran abiertas. Las corrientes heladas eran pésimas para la salud de Remedios. Pese a todo, no había sufrido ninguna recaída. Y todo gracias a los cuidados de las mujeres. Estaban todas ansiosas por la llegada del bebé. La cocina se llenaba de apuestas por el sexo de la criatura. Las tentativas de nombres que se ensayaban era una práctica habitual. Julia y Mercedes preferían que fuera niña; Jesusa y Julián eran los líderes del grupo que vivaba por el varón.

Sonó la puerta. Jesusa fue a abrir, y reconoció al soldado que había estado los otros días por allí. El mismo que había traído la carta. El ruido despertó a Remedios, quien curiosa, quiso saber qué pasaba. Al ver la cara de Jesusa, la obligó con la mirada a que hiciera pasar al recién llegado.

—Buenas tardes, Gregorio. Qué alegría volverte a ver. No te preocupes por la cara de desasosiego de mi esclava. Es que dormía y acá me cuidan como si fuera una niña. Pero ya me desperté y podemos tomar un té si así te place.

—Gracias, señora. Me encantaría un té, afuera hace mucho frío. Le traigo noticias de su esposo. Partió rumbo a Córdoba.

—Sí, ya lo sé. Antes pasó por aquí para despedirse y para ver cómo estaba de salud. Pero no me trates de usted, Gregorio. Tenemos casi la misma edad —sonrió Remedios.

—La trato con el respeto que se merece.

—Me respetas igual diciendo mi nombre, sin tanto de usted —largó una carcajada—. Jesusa, no te quedes allí como una tonta y nos traes té a los dos.

La esclava voló a la cocina y dejó a la pareja sola. Las mejillas de Remedios estaban arrebatadas. No se entendía muy bien si era por el calor de la chimenea o los nervios. Jesusa volvió a entrar con la bandeja. La llevó hasta la mesa con lentitud y se paró al lado, con los ojos puestos en ambos.

—Ya está, Jesusa, te puedes retirar —la miró con furia. La esclava se secó las manos con el delantal y caminó despacio hacia la cocina, refunfuñando.

—Perdona a mi esclava. Es demasiado indiscreta.

—Me parece haberla visto en El Plumerillo hace un tiempo —dijo Gregorio y apuró un trago de té.

La muchacha lo estudió con disimulo. Le gustaba ese joven de pocas palabras y timidez incipiente. Le despertaba una curiosidad inusitada. El soldado mantuvo la taza entre sus manos. La loza se las calentaba. Eran grandes y parecían ásperas. Las prácticas permanentes a la intemperie dejaban sus huellas. Bebieron el té en silencio. La temperatura de la infusión había hecho transpirar un poco a Remedios. Buscó su pañuelo dentro de la manga pero no lo encontró. Se pasó el dorso de la mano por la frente. El soldado vio las perlas de sudor que adornaban las sienes de la joven. Se acercó a la mesita que flanqueaba la *chaise longue* y tomó el pañuelito que estaba allí apoyado. Se lo acercó a Remedios. Ella estiró su mano y se rozaron. Bajó la mirada para esconder cualquier atisbo que la delatara. Gregorio retiró el brazo y volvió a su asiento.

Desde la cocina, Mercedes y el servicio escuchaban las risas que inundaban el salón. Hacía mucho tiempo que no sentía a su amiga tan alegre. El motivo era evidente. Miró a Julia y la cocinera volvió a sus quehaceres. En la cocina, todos guardaban las apariencias. Como si a unos pasos de allí, nada ocurriera.

—¿Es muy agitada la vida en la barraca? —preguntó Remedios.

—Es nuestro deber, señora. Supongo que para una mujer nuestra vida debe ser

demasiado intensa.

—¿No se aburren, Gregorio?

El soldado largó una carcajada. Esa muchacha le parecía encantadora.

—No sé qué te parece tan gracioso. Todo el día ahí encerrados, no tienen vida. ¿Tienes esposa, novia, amigas?

—Pues sí. Tengo vida. La que me gusta, por otra parte. Y usted, ¿tiene una vida?

—¿Qué es esa pregunta?

—Yo hago preguntas, no afirmo. Mis días son de una intensidad furiosa. Me preparo, junto a mis colegas, para servir a la Patria. Ése es el motivo de mi vida. No tengo tiempo para pensar en otras cosas.

—Perdón si has sentido que fui indiscreta. Sólo te mostré mi interés.

Gregorio cambió la tensión del ambiente y sonrió. Le gustaba cuando Remedios reaccionaba ante una provocación suya. Y ella, para disimular la inestabilidad que le había causado el desafío del soldado, estiró su taza vacía, como pidiendo que se la llenara debido a su inmovilidad. Gregorio se paró y retribuyó el pedido.

Así transcurrió la tarde. Casi sin darse cuenta, Remedios notó que la luz había descendido y en la sala reinaba la penumbra. Mercedes y Julia entraron con lámparas y las depositaron sobre la mesa.

—Perdón, Murillo, pero doña Remedios debe descansar. No sé si sabe de su estado —anunció Mercedes.

—Por supuesto, doña Mercedes. Ya estaba al retirarme. Lo que menos quiero es molestar a las señoras.

Julia fue hasta la entrada para buscar el capote y el sombrero.

—¿Podemos pedirle un último favor a nuestro amigo, Merce? Gregorio, sabrás que el médico me obligó a hacer reposo. Debo volver a mi cama pero tengo terminantemente prohibido caminar. No sé qué pasa en esta casa que no se encuentra ninguno de los hombres que acostumbran a circular a toda hora. ¿Podrías alzarme y depositarme en la cama?

El corazón de Mercedes latió con velocidad. ¿A qué estaba jugando su amiga? Temía que esto llegara a mayores y que no supieran cómo manejarlo. Pero los ojos de Remedios hablaron y se dio cuenta de que iba a ser imposible negarse. Gregorio la levantó con sus brazos como si no pesara nada. Con mucho cuidado, caminó por la casa hasta la habitación principal. Remedios le rodeó el cuello con sus brazos lánguidos. Se sentía segura allí. El cuerpo fuerte de Murillo la tranquilizó. Sentir los músculos de un hombre sobre su cuerpo era algo que ya casi no recordaba.

Despacio, la apoyó sobre las sábanas de su cama. Las caras de ambos quedaron casi pegadas. Remedios le susurró un suave «gracias», y sonrió. Mercedes se apuró por sobre su amiga y le acomodó las cobijas. A pesar de estar en el medio de los dos, eso no impidió que se despidieran.

—Te espero, Gregorio. Con las novedades de El Plumerillo, ¿no es cierto?

—Por supuesto, doña Remedios. Aquí estaré.

Mercedes lo acompañó hasta la salida y volvió con paso firme a la habitación de su amiga.

—¿Te has vuelto loca?

—Completamente —se tapó la cara con las sábanas blancas. Sólo dejó sus ojos negros a la vista—. Ni se te ocurra decirme una palabra. Tengo hambre. ¿Le dices a Julia que me prepare una sopa de verduras? Y después quiero algo dulce, algo rico.

* * *

A San Martín no le gustaba esperar. Tampoco que lo esperaran. Los acuerdos los cumplía, siempre. Había quedado con el flamante Director Supremo que se encontrarían a mitad de camino para ambos, y así arreglar las urgencias que lo dominaban. Les había convenido que el punto de encuentro fuera Córdoba. Pueyrredón le había escrito que partiría de Tucumán y llegaría a la estancia de Jesús María entre el 10 y el 12 de julio. José calculó minuciosamente y llegó a la casa de don Orencio Correas un día antes. La impaciencia se la tuvo que tragar porque Juan Martín llegó una semana después.

Esos días en la estancia, sin embargo, fueron bien frenéticos. Correas recibía en su casa las noticias de lo que sucedía en Tucumán y las compartía con su amigo. Las novedades del Congreso y la declaración de la independencia las escuchaba en la sobremesa que se había armado en unos improvisados almuerzos adentro. En el patio era imposible permanecer sentados por mucho tiempo. El frío les congelaba las orejas.

—Mire usted, don Orencio, las nuevas. La maldita suerte no ha querido que me hallase en mi pueblo para el día de la celebración de la Independencia. Créame que habría echado la casa por la ventana.

—Don José, una pena. Pero agradezcamos los acontecimientos. Vivimos días gloriosos —respondió Correas mientras volvía a servir vino en el vaso del general.

—Qué maravilloso este vino, mi amigo. Ya me habían hablado de él —y miró con detenimiento el color de la bebida.

—Son años de elaboración, don José. El lagrimilla es el primer vino americano que se probó en España.

La mandíbula de San Martín estaba tensa. Ni siquiera el vino lograba amainar su disgusto. Sentía que perdía el tiempo en Córdoba y eso lo atormentaba. Había dejado un tendal de asuntos pendientes antes de la llegada de la primavera. Y también el nacimiento de su hijo, que lo aguardaban para fines de agosto. Debía tener paciencia. Cuanto más nervioso se ponía, peor salían las cosas. Y los dolores de úlcera, que se agravaban...

Al fin llegaron Juan Martín de Pueyrredón y su comitiva. Una semana después de que lo hiciera San Martín. Durante dos días y dos noches deliberaron a puertas cerradas en el despacho de don Orencio. La consigna fue arreglar con exactitud el

plan de operaciones más adaptable a sus circunstancias. No les fue difícil acordar en todo. Pueyrredón le ofreció toda su colaboración. Los temores que invadían al general, hacía bastante tiempo, cesaron de inmediato. El «dignísimo» Director Supremo, como lo llamaba don José, prometió ayudar de inmediato al ejército con dinero y víveres.

Luego de la segunda noche de deliberaciones, el general madrugó y fue hasta la cocina. Necesitaba unos mates antes de emprender la vuelta. El servicio le preparó una pava con agua caliente y se sentó a la mesa con sus soldados. Apareció Correas y se despidió de sus amigos. Les entregó, de regalo, un poncho a ambos. San Martín y Pueyrredón, junto con sus comitivas, montaron sobre sus caballos y partieron, cada uno rumbo a su casa.

El viaje era largo. Pero era el mejor lugar para acomodar las ideas. El silencio al que obligaba a sus laderos era moneda corriente. Todos conocían las costumbres del general y a nadie se le ocurría interrumpirlas. Los caminos repletos de piedras y obstáculos no impedían al soldado una máxima concentración. Sobre la chaqueta se colocó el poncho. El frío era duro. Sin embargo, no se dejaba amedrentar por el clima. Sentía que la misión estaba cumplida. Por primera vez confiaba en un Director Supremo; por única vez sentía que su gesta no quedaría sujeta a las oscilaciones políticas que tanto lo habían perjudicado. La cara adusta con la que había convivido los primeros días en Jesús María se había suavizado. Intuía que la unión entre Pueyrredón y él iba a ser inalterable, que los deseos de ambos eran los mismos. Al fin un aliado entre tanto improvisado, con el cual había logrado sellar este acuerdo mientras la patria atravesaba un singular momento: la declaración de la Independencia y la decisión certera de organizar la revolución más allá de las fronteras. Era consciente de que transitaba horas únicas. Se sentía un privilegiado.

El trayecto fue difícil. El frío atentaba contra su salud y la de sus acompañantes. Cuando José salía de un estado febril, alguno de sus soldados caía enfermo. Y así fue durante los días que duró el viaje a Mendoza. Llegó con la garganta inflamada y casi no tuvo tiempo de reponerse del todo. El 1.º de agosto fue designado general en jefe del Ejército de los Andes. Para acatar del todo las novedades castrenses renunció a sus tareas administrativas de la gobernación intendencia. En el cargo lo dejó al coronel mayor Toribio Luzuriaga.

Capítulo V

—¡Julia, llama de inmediato a Pepa! Me parece que esta vez va en serio. Remeditos no aguanta más. Va a dar a luz en cualquier momento —gritó Mercedes en la cocina.

Jesusa se había quedado con su ama en la habitación. Nerviosa, fregaba sus manos sin saber qué hacer. Iba y venía. Remedios jadeaba sobre su cama. San Martín le secaba el sudor de la frente pero no daba abasto. Transpiraba cada vez más. Su mujer estaba desfigurada de dolor. Le imploraba con los ojos que la salvara. Pero él no sabía qué hacer.

—Ya deben estar por llegar Julia y Pepa, mi querida. No te inquietes —la tranquilizó Mercedes entrando en la habitación. Miró al único hombre que se encontraba en el cuarto. No ayudaba demasiado. Es más, incomodaba bastante.

—Don José, ¿no querría retirarse a la sala? No tiene nada que hacer aquí. Pone nerviosa a su mujer —San Martín salió y cerró la puerta detrás de sí.

Se sentó en su sillón a esperar. Su ansiedad era inmensa. Julián le trajo una bandeja con la pava y el mate. Salvo por los quejidos de Remedios, el silencio inundaba la casa. Al rato, Julia entró por la puerta trasera, seguida de cerca por doña Josefa Álvarez.

—¡Al fin, doña Pepa! No sabe cómo está Remeditos. Por favor, haga algo —le instó el general.

Las mujeres fueron directo a la habitación de la parturienta. Pepa se limpió el resto de harina que tenía en las manos. Amasaba bollos cuando entró Julia en su casa, como una tromba. No le había dado tiempo a lavarse. Pasó a la habitación de Remedios y allí estaba, con Jesusa sentada a su lado, secándole la frente. Al verla entrar, las dos —una acostada y con la cara arrebolada de lágrimas, y la otra, a su lado con gesto aterrado— respiraron con alivio.

San Martín ya no sabía qué hacer. Iba de la cocina a la sala, y de ahí al patio. Pasaban los minutos y nadie salía a darle noticia alguna. Parecía que el tiempo se detenía para siempre. Julián lo perseguía. Iba dos pasos detrás de su patrón. Quería estar cerca por si necesitaba algo. Y el tiempo seguía pasando.

—¿Don José, le parece que cargue los braseros? Digo, por la llegada del bebé; para que la casa no se enfríe demasiado —advirtió Julián.

—Es una gran idea, muchacho.

Fueron juntos a la cocina. Dentro de una de las gavetas estaba la canasta llena de carbón. Entre los dos la llevaron a la sala. Julián se trepó sobre un banquito y San Martín le entregó los carbones para llenar el brasero. Fueron de habitación en habitación, José con el canasto y Julián y el banco, para realimentar el calor. De repente, un fuerte llanto rompió el silencio de la casa de la Alameda. Soltó el canasto y con tranco fuerte llegó hasta su habitación. Mercedes salió y cerró la puerta.

—¡Es una niña, don José! Y es perfecta, no sabe lo bonita que es —Mercedes

saludó al flamante padre—. Pero aún no entre, por favor. Están limpiándola. Voy en busca de más cobijas, ¿me acompaña?

Fueron hasta el ropero del cuarto de huéspedes y Mercedes eligió las dos mantas más blandas que encontró. La cuna estaba preparada hacía una semana. Desde Buenos Aires, Tomasa había enviado varios juegos de sábanas de lino bordadas. Remedios había hecho y deshecho la cuna, cientos de veces. Volvieron al cuarto cerrado. Mercedes entornó la puerta y se asomó. Giró su cara y asintió para que José entrara. Madre e hija estaban acostadas una al lado de la otra, con los ojos cerrados. Respiraban con lentitud, contagiando serenidad. San Martín se acercó al lecho y acarició con un dedo la mejilla de la bebita. Remedios entreabrió sus ojos y sonrió apenas.

—¿Has visto lo preciosa que es?

—Tranquila, Remedios. Descansa, te hace mucha falta.

—Mírala, Pepe. ¿A quién se parece?

—Es igualita a ti, mi querida. Pero no hables más.

Mercedes le agregó las dos mantas y la arropó. Todos salieron de la habitación menos Jesusa, quien se quedó para ordenar los trastos del alumbramiento.

—Doña Pepa, ¿salió todo bien?

—De maravillas, mi amigo. Su mujer nos asombró con su fortaleza. A pesar de su salud, Remedios fue una leona. Notable, querido —Mercedes, ella y San Martín se acomodaron en el salón. Julia depositó una botella de licor y copas sobre la mesa.

—Tenemos todo decidido de antemano, doña Pepa. En seis días la bautizamos con el presbítero Güiraldes. ¿Le avisó mi mujer que usted será la madrina?

—Por supuesto. Es un honor, mi querido. Tenemos todo dispuesto para el bautizo.

—Ya le pregunté a José Antonio si aceptaba ser el padrino y aceptó.

—Allí estaremos nosotros y los Álvarez Condarco para hacer los honores de Mercedes Tomasa de San Martín —levantó la copa y bebió de un trago el resto de licor—. Bueno, amigos, vuelvo a casa. Tengo que terminar lo que estaba haciendo.

Las mujeres acompañaron a doña Pepa y dejaron solo a San Martín. El general se acomodó en su sillón, encendió un cigarro y agregó unos dedos de licor en su vaso. Al fin había nacido su hija. Debía ser honesto y aceptar que meses atrás había fantaseado con un hijo varón. Pero ahora que había visto a la pequeña, su opinión había cambiado por completo.

* * *

Las prácticas habían terminado. El regimiento en pleno condujo sus caballos hasta las vasijas repletas de agua. El sol de octubre ya calentaba. Los resoplidos de los animales y de los soldados se mezclaban unos con otros. Algunos se sentaron sobre unos troncos a descansar, otros a calmar la sed. El trabajo había sido arduo. La ansiedad de los hombres de San Martín era inmensa. Sabían que la partida hacia los

Andes estaba cada vez más cerca, a pesar de los sinsabores que se vivían en el campamento.

A pesar de los esfuerzos de Pueyrredón, el dinero, los abastos, vestuarios y armamentos llegados desde Buenos Aires sólo cubrían la mitad de los gastos totales. Como gobernador, San Martín se había visto obligado poco menos que a esquilmar a los cuyanos con sus contribuciones, voluntarias y forzadas, impuestos, empréstitos y hasta echándoles mano a las cajas eclesiásticas. Ya llevaban gastados casi dos millones y todavía faltaban abrigos, mulas, forraje para los animales, alimentos para el cruce de la cordillera, miles y miles de pesos más. Nada parecía suficiente para equipar, preparar y mantener a ese ejército, el mayor organizado en estas tierras.

Gregorio se quitó la camisa y agachó la cabeza. Dio vuelta una vasija llena de agua sobre su nuca. El impacto del frío en la piel hizo que respirara profundo. El alivio fue enorme. Estaba muy acalorado luego de la práctica. Se peinó hacia atrás con las manos y buscó un lugar apartado para descansar un poco. En breve debía volver al campo.

—¿Cómo se encuentra la niña, mi general? —preguntó Beltrán a San Martín. Salían de la tienda de los oficiales.

—La infanta es soberbia, fray Luis. Remedios dice que se porta muy bien. Y engulle como si fuera la última vez —rió a carcajadas.

Gregorio bajó la cabeza y esquivó a sus jefes con unas ramitas desperdigadas sobre el suelo. Pero su atención estaba en la conversación. Al escuchar el nombre de la esposa de San Martín, su corazón latió más fuerte. Hacía bastante que no la veía. Se había enterado del nacimiento de Merceditas pero le había sido imposible viajar hasta la ciudad. Parecía que todo se confabulaba en su contra. Había pensado en enviarle una esquela pero le pareció peligroso. No podía confiar en nadie.

—Necesito un hombre que vaya a la ciudad. Tengo unos encargos para hacerle —dijo Beltrán. San Martín miró alrededor para ver a quién se lo ordenaba. Gregorio se incorporó. El general lo señaló con la cabeza y volvió a la tienda a cambiarse los pantalones. Los que llevaba se habían roto del todo. Una rama los había enganchado, rompiendo de un tajo el muslo derecho. Beltrán se acercó a Gregorio y le dio dos cartas para que las entregara en el convento de San Francisco y en la Maestranza del Ejército. Montó su yegua en segundos y partió rumbo a Mendoza. Tenía la excusa perfecta. La Maestranza estaba a escasas dos cuerdas de la casa del general. Podría pasar por lo de Remedios para felicitarla por la niña. Pero debía apurar la marcha y llegar cuanto antes y cumplir el encargo, para pasar más tiempo con la mujer que había logrado desvelarlo más de lo común.

* * *

—Buenas tardes, Remedios —Gregorio tomó su mano, la besó y le entregó un ramo de flores silvestres—. Las corté por el camino. Vine a felicitarte por el

nacimiento de Merceditas. Tarde, pero me fue imposible antes.

Era la hora de la siesta y en la casa reinaba el silencio. El servicio descansaba y la pequeña también. La única que estaba despierta era Remedios.

—Gracias, Gregorio. Son muy bonitas —se las acercó a la cara y respiró profundo—. Ven que te muestro a mi hija. Está completamente dormida, es un ángel.

Fueron a su habitación donde dormía Merceditas. Junto al lecho nupcial estaba la cuna cubierta por un mosquitero de tul. Remedios levantó el velo y llamó a Gregorio para que la viera. El soldado se asomó y apareció la carita redonda de la niña entre las mantas blancas.

—Se parece a ti. Preciosa como la madre —y con suavidad, le acarició la mejilla. Remedios soltó el tul sin darse cuenta y entrecerró sus ojos. Volvió en sí y caminó hasta la ventana.

—Te extrañé, Remedios. Quería venir a verte, pero me fue imposible. Tu risa invadió mi cuerpo. Me cuesta concentrarme.

Miró hacia afuera para ver si pasaba gente por la calle. Nadie. Era la hora en que todos se escudaban dentro de sus casas. La muchacha corrió las cortinas.

—Gregorio, también pensé en ti. Aunque, podrás imaginar, el nacimiento de mi hija me mantuvo ocupada. Pero ahora que te veo... —se sentó en el sillón y corrió unos rizos de su frente con suavidad.

Los jóvenes se estudiaron con minuciosidad. La tensión dominaba el cuarto. Las palabras apenas se escuchaban, hablaban en susurros. Sin embargo, la conversación hizo que la niña se moviera, inquieta, dentro de su cuna. Remedios se acercó a su hija y la acomodó. Le hizo una seña a Gregorio para que bajara la voz.

—¿Cómo están tus cosas, Remedios?

—Bien, muy feliz con mi Merceditas. La casa recobró la alegría. Estamos pendientes de la niña. Duerme bien, casi no llora, se porta de maravillas. Es digna hija de su madre —sonrió.

—No hablaba de la niña. Te preguntaba por ti.

Las mantas volvieron a desacomodarse por los movimientos de Mercedes. Remedios volvió sobre la cuna. Se había puesto tensa. Empezaba a incomodarse. Sentía que algo no estaba bien. Permanecer en la habitación, con un hombre que no era su esposo, no era propio de una dama. Si bien era la hora de la siesta y nadie se enteraría, estaba incómoda allí.

—Pasemos a la sala, Gregorio. Mi hija se despierta con nuestra conversación. Además, no queda bien que un hombre esté en mi cuarto.

Miró por última vez a la pequeña y salió de su habitación. Gregorio, unos pasos detrás. Entornó la puerta y casi sin apoyar los tacos para evitar el ruido, giró para dirigirse a la sala. Miró al soldado, que copiaba su gesto silencioso y largó una carcajada. Se tentaron. Gregorio la tomó de la mano y la arrastró unos pasos lejos de allí. Agitados, se detuvieron y rieron a carcajadas. Las risas se terminaron y Remedios se puso seria. Respiró hondo y fijó la mirada al costado de la cara de su

amigo. A un paso de donde se habían detenido estaba la puerta cerrada del cuarto de huéspedes. Gregorio la abrió, tomó de la mano a Remedios y la condujo hacia adentro. La madera, al apoyarse contra el marco, hizo un ruido imperceptible.

* * *

La mesa en casa de los Ferrari rebosaba en delicias. Como todas las Navidades don Joaquín y doña María del Rosario recibían a sus amigos. Desde las cabeceras, el dueño de casa y San Martín lideraban la celebración. Habían comido carne asada con papas, el plato preferido para esas fechas.

Las mujeres se levantaron y comenzaron a llevar las fuentes vacías a la cocina. Sus risotadas inundaron la casa. El vino y los licores ayudaban. Los señores aguardaron los postres con ansiedad. La cocinera de doña María del Rosario era experta en dulces, todo Mendoza lo sabía y hacía lo posible por agradecer una invitación a probarlos. Y en Navidad, los más cercanos no se quedaban con las ganas.

Remedios estaba distraída. Sus pensamientos parecían lejos de allí. Todos aseguraban que su beba de cuatro meses era un motivo más que suficiente para su distracción constante. Pero Mercedes sabía que había algo más. Su cabeza estaba dominada por otros asuntos que nada tenían que ver con su hija.

—¿Quieres que vaya a ver si la niña está dormida? —preguntó Mercedes. Laureanita había improvisado una cuna para la niña en el despacho de su padre.

—No te preocupes, cuando la revisé hace un rato estaba en el séptimo sueño. Ya no se despierta. Es un angelito —y bebió de una copa.

María del Rosario entró con una fuente de natilla, y su hija iba escondida detrás de una canasta repleta de frutas. Sirvió el postre a cada uno de los comensales y volvió a sentarse a la derecha de su marido para empezar con el suyo.

—Amigos, quiero hacer un brindis —dijo San Martín de pie—. Estamos juntos otra Navidad, pero esta vez nos encuentra más unidos que nunca. La Patria se yergue libre y cada vez más cerca de la independencia completa. Brindo por la ventura de todos los presentes, y en especial por Remeditos y mi infanta mendocina, Merceditas.

Miró fijo a su mujer y le sonrió. Ella, que estaba sentada a su lado, le estiró su mano y José la tomó. Se la apretó fuerte y se reclinó para besarla. Todos levantaron su copa y brindaron con el general. Remedios observó a su marido. La seguridad en su cuerpo, la mirada renegrada. Sus labios gruesos decían palabras importantes. Todo el tiempo. Le gustaba escucharlo rodeado de personas que lo atendían sin pestañear. Hacía meses que no lo veía como esa noche. ¿O ella había dirigido su mirada hacia otros horizontes? A veces sentía que el arrepentimiento la dominaba. Volvía a admirar a su marido. Qué extraño era su corazón. Hasta hacía unas semanas el poco interés que había sentido por su esposo la había llenado de dudas. Y la atracción por Gregorio había retornado muy a pesar de ella. Esa noche y como por arte de magia, el joven soldado desaparecía de su mente y San Martín recuperaba su sitio.

María del Rosario volvió a ofrecer natilla a sus invitados. Había sobrado bastante y sabía que todos querrían repetir. Laureana recogió los platos y se los acercó a su madre.

—Sólo nos haría falta una bandera. La valentía del ejército ya la tenemos. Los mejores hombres son los nuestros. Ahora solamente nos resta procurar la bandera con los colores patrios. Y ¿qué mejor que las manos de las señoras cuyanas para realizarla?

—Por supuesto, don José. Una gran idea. Me ofrezco —respondió al instante Laureanita—. Amigas, yo sola no podré con todo. ¿A ver si encuentro colaboradoras?

Sonriendo buscó con la mirada a las demás, que estaban sentadas a su lado. Dolores Prats, Margarita Corbalán y Mercedes respondieron al instante.

—¿Entonces, tengo a mis trabajadoras?

—Ni lo dude, mi general. Tendremos lista su bandera para cuando la necesite —acordó Margarita.

—La quiero para víspera de Reyes, mis señoras. Remeditos, ¿serás de la partida, imagino?

—Pero tenemos pocos días. ¿Les parece que haremos a tiempo?

—Hay que apurar. Mañana, cuando me levante, salgo a comprar todo lo necesario —apuró Laureanita.

—Y yo te acompaño —agregó Dolores. Ella, Margarita y Mercedes iban a pasar unos días en la residencia de los Ferrari. Las amigas eran inseparables y la última semana del año era perfecta para aprovechar las comodidades de la amplia casa.

—Confío en mis damas mendocinas. Entonces el 5 de enero de 1817 tendremos bandera y saldremos a dar batalla a los realistas que se interpongan en nuestro camino. Tomo vuestra palabra, señoras.

Don José levantó su copa y recorrió con la mirada a las amigas de su esposa. Y al final se detuvo en los ojos de Remedios. Ella alzó la suya y le tiró un beso. Por unas horas, los dolores de estómago que la aquejaban cada tanto desaparecían. Podía respirar con suavidad. Sin problemas ni puntadas.

* * *

El calor del mediodía no impidió que Dolores y Laureanita salieran en busca de los elementos para la confección de la bandera. Se calzaron sus sombreros para cubrirse del sol y enfilaron hacia la calle Mayor.

—¿Traes suficiente dinero?

—Sí, Dolores. Traigo de más, por si me tiento con alguna otra cosa —sonrió Laureana y le mostró la bolsita de terciopelo azul que guardaba en uno de los bolsillos de la falda.

Entraron a la pequeña tienda que quedaba a dos cuerdas de su casa. Sabía, por la servidumbre, que allí encontrarían de todo. Dolores preguntó a la encargada y su

amiga se dirigió a una mesa de saldos. No tuvieron suerte. La seda que buscaban no había llegado a esa tienda. Cerraron la puerta al salir y Laureana tomó la mano de su amiga y decidió el camino a seguir.

—Laureanita, ¿has visto que Remedios estaba mejor anoche?

—Sí, me confesó que los dolores le menguaron. Pero la verdad, lo que menos me preocupa es su salud. Mercedes me contó que varias veces la encontró llorando sola. Remedios no es feliz con su marido. Aunque ella intente demostrar lo contrario delante de todos, la verdad es otra. Don Pepe es un hombre encantador pero no quisiera ser su esposa. No la acompaña.

—Lo único que le interesa es su bendito ejército. Pero yo lo comprendo. Vivimos tiempos turbulentos. Hay que tener paciencia.

—¿Más de la que tuvo Remedios? No, Dolores. Apoyo a mi amiga. Soy y seré incondicional con ella.

Laureanita se agachó y se quitó la botineta izquierda. La sacudió y cayó una minúscula piedra de adentro. Eso era lo que tanto le hacía doler. Se apoyó en su amiga y se volvió a colocar el calzado. En la esquina había otro comercio. Abrieron la puerta y sonó un tintineo de campanas. Preguntaron por las sedas y volvieron a recibir una negativa.

—Qué problema. No parece nada sencillo encontrar lo que necesitamos.

—No te adelantes, Dolorica. Vamos a conseguir lo que vinimos a comprar — Laureanita abrió de par en par su abanico y lo sacudió sobre su cara. El calor la estaba matando—. Aún nos quedan dos tiendas de la calle Mayor. En alguna encontraremos las sedas.

Entraron en el comercio de don Octavio. Por fortuna, estaba vacío. Al verlas, el hombre las recibió con una sonrisa. Sabía que venían por algo especial.

—Señoras, ¿qué os trae por aquí?

—Ay, don Octavio, usted nos salvará la vida. Necesitamos seda azul para la confección de una bandera. Y un pedacito de seda color carne, más chico.

Miró sobre el mostrador, donde tenía todas las telas de colores. No había lo que buscaban sus clientas. Pidió permiso y fue para adentro. El depósito de don Octavio estaba repleto de cosas. Al rato volvió con una cantidad de seda azul.

—Esto es lo único que encontré. El otro color no me quedó. Pero la azul se la pueden llevar íntegra.

—No sé qué decirte, Dolorica. Aún nos queda por ver la otra tiendita.

—Ni se les ocurra, mis señoras. No perdáis el tiempo. Está cerrada por duelo. No os esponzáis al calor.

—Perfecto, don Octavio. ¿Nos permitiría llevar un pedacito? Queremos asegurarnos de que sea el color y la textura adecuados.

—Por supuesto, señoras. El resto lo guardo en el fondo. No lo sacaré a la venta hasta que me aviséis.

Les cortó un jirón, lo envolvió y se los entregó. Y emprendieron la vuelta.

—Pasemos por la Alameda, a ver si encontramos a don José. Le mostramos el color y ya. No tenemos demasiado tiempo —dijo Dolores.

Laureanita resopló y cerró los ojos. Estaba agotada. Pero su amiga tenía razón. Debían apurarse. Se desviaron y caminaron hasta lo de los San Martín.

Jesusa las recibió con su sonrisa habitual. Remedios alimentaba a Merceditas y don José tomaba una sopa en su despacho.

—Bueno, qué velocidad, señoras. Ojalá las encomiendas de Buenos Aires se resolvieran de este modo. Vamos a ver.

Las muchachas abrieron el paquete y sacaron el pedazo de seda azul. San Martín hizo un gesto adusto. La dio vuelta de un lado y del otro. La apoyó en su escritorio y la miró. La apoyó contra la ventana, la observó contra la luz.

—Una lástima. No es el color que necesitamos. Demasiado oscuro. Quiero un azul más claro —les devolvió la seda y volvió a su sopa.

Dolores y Laureanita se miraron atónitas. Remedios apareció en la puerta con su hija en brazos. Les hizo una seña y sus amigas salieron en silencio.

—No le gustó lo que trajimos. Se enojó con nosotras.

—Despreocúpense, no está enojado, sólo concentrado en sus cosas. Ya estoy acostumbrada. Ahora sabemos cuál es el color que quiere. Debemos encontrarlo.

—Ya nos vamos, Remedios. Luego combinamos cuándo salimos otra vez.

Y se despidieron.

* * *

El bullicio de la sala en casa de los Ferrari era descomunal. Las muchachas hablaban una encima de la otra. Parecía que no se escuchaban. Sin embargo, se respondían y la conversación mantenía un hilo. No era un diálogo de locos ni de sordos. Sordas podían llegar a quedar por el volumen empleado. Pero a nadie le importaba eso. La charla continuaba como si nada.

—Dimos vueltas por casi toda la ciudad y la tela sin aparecer —repitió Margarita Corbalán por tercera vez—. No quiero ponerlas nerviosas, pero nos queda una semana para entregarle la bandera a don José.

—¿Pero crees que estamos tranquilas? Por supuesto que sabemos que estamos en problemas. Debemos cumplir nuestra promesa, pero todo parece atentar contra nosotras —respondió Mercedes, crispada.

—Mañana nos levantamos temprano y vamos a las tienditas de extramuros. Y si no, roguemos a que don Octavio reciba en unos días una encomienda desde Buenos Aires. Si no, estamos fritas —dijo Laureanita—. Vayamos a acostarnos, que necesitamos descansar.

Laureanita se fue a sus habitaciones. Sus amigas enfilaron hacia las recámaras que les habían asignado, se quitaron los vestidos, las botas, soltaron sus melenas y se acomodaron en las camas. Laureana se durmió al instante. Estaba agotada. Pero

detrás de la puerta de al lado se escuchaban los cuchicheos de sus amigas. Hasta que el sueño, de a poco, las fue venciendo.

La dueña de casa madrugó, como era su costumbre. Se levantó y fue hasta la cocina. Preparó una bandeja con la pava y el mate, y unos bizcochos dulces. Fue hasta el despacho de Manuel. Él ya estaba sentado, leyendo unos papeles.

—Feliz cumpleaños, mi querido —Laureanita apoyó la bandeja sobre la mesa y corrió a abrazarlo. Se rio y se dejó mimar por su esposa.

—Gracias, mi amor. ¿Pero qué haces aquí todavía? ¿No salíais temprano con las muchachas?

—No sé qué hacer, Manuel. Todavía duermen. Me da pena despertarlas.

—Espera un rato, seguro que se levantan. Y tú, mientras, prepárate para la salida.

—Tienes razón. Ya mismo termino de acicalarme —y partió a sus habitaciones. Además les iba a pedir que la ayudaran a elegir un regalo para su esposo.

Tardó media hora en asearse y vestirse. Salió de su dormitorio, caminó hasta la otra puerta y apoyó la cabeza contra la madera. El silencio era absoluto. Abrió con sigilo y se asomó. Dolores, Margarita y Mercedes dormían plácidamente. Volvió a cerrar la puerta y se alejó. No sabía qué hacer. Si zapatearles cerca o instigar a los perros a que dieran una serenata de ladridos.

Tocaron la puerta de entrada. Fue a abrir y allí, del otro lado, estaba Remedios.

—Vengo a felicitar a tu marido por su cumpleaños. Le traigo un regalo de parte de Pepe.

—Pasa. ¡Manuel, mira quién ha venido a felicitarte! —llamó Laureanita.

Olazábal salió de su despacho y dio la bienvenida a su amiga.

—Muchas gracias, Remedios. No deberías haberte molestado. Mi querida, ¿por qué no aprovechan y salen a comprar lo que necesitan?

—Tienes razón, Manuel. ¿Quieres venir conmigo? Las chicas son unas remolonas. Siguen en la cama y ya no sé hasta qué hora deberemos esperarlas.

—Busca tu bolsito y salgamos ya —la apuró Remedios.

Empezaron el periplo nuevamente. Decidieron volver a todos los comercios ya visitados. ¿Y si por una de esas casualidades tenían las telas? Entraron a cuanta tienda poblaba las calles. Así como franquearon las puertas, salieron con la cabeza gacha. Nada de nada. Eran las once de la mañana y el sol comenzaba a calentar. Se tomaron del brazo y enfilaron hacia los comercios de extramuros. Recorrieron las calles que le habían recomendado a Laureanita. Otra vez sin suerte.

—No puedo más. No sé qué decirte. Hemos recorrido la ciudad entera y esa tela no existe. No quiero desalentarte Laureana, pero el calor me está matando. No me siento bien.

—Sí, Remedios, nos volvemos. Ya es demasiado por hoy. No te puedo hacer esto. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Volvieron sobre sus pasos con cuidado, evitando los pozos y piedras que dominaban la callejuela. Pasaron de nuevo frente a las tiendas y llegaron a la esquina.

Iban a girar, cuando un hombre les gritó desde la puerta de su tienducha. Salió a la calle y las llamó con la mano.

—¡Señoras! He visto que andáis a la busca de algo. Tal vez lo encontréis en Cariño Botado, la mejor tienda de Mendoza. ¿Me hacéis el favor? Juro que no os arrepentiréis.

Se miraron. Laureanita revoleó los ojos, hastiada; Remedios levantó los hombros con desgano. ¿Qué podrían perder? Otra vez sobre sus pasos, volvieron a mitad del camino. El dueño de la tienda sonrió y las hizo entrar. Las jóvenes le explicaron qué era lo que buscaban, sin demasiada expectativa. El hombre corrió hacia el fondo y desapareció por un rato. Laureana y Remedios, agobiadas por el calor y el hartazgo, sacudían sus abanicos. El propietario retornó cargado con varias piezas de tela. Las muchachas no pudieron creer lo que veían. Era el color que San Martín había pedido.

—¿Es esto lo que andabais buscando, señoras? Sabía que colmaría vuestras expectativas.

—Parece ser la seda que buscamos. ¿La llevamos, Remedios?

—Disculpad, señoras, es sarga. Pero de muy buena calidad. Llevadla, no os arrepentiréis.

Remedios la tocó. La miró de cerca, la acarició para sentir la textura. Era azul cielo, el color que su marido había exigido. Miró fijo al tendero y le pidió que se la envolviera. Se la llevaba. Y además le agregó al pedido, una pieza de tela blanca, de la misma calidad.

Las amigas salieron de Cariño Botado con una sonrisa de oreja a oreja. Con paso veloz recorrieron de nuevo las calles mendocinas. Ahora sólo faltaba sentarse a coser. Tenían cinco días para terminar la bandera.

Capítulo VI

Sólo pararon para comer algo. La cocinera de los Olazábal les preparó unas verduras cocidas y una panera llena de galletas con queso. No tenían tiempo. Debían entregar la bandera temprano por la mañana. Si trabajaban sin descanso, probablemente terminarían en unas horas. Remedios y sus amigas estaban agotadas. Pero el deber las obligaba a seguir.

—¡Por fin, señoras! La última puntada —suspiró Remedios—. Pongamos la bandera sobre la mesa.

—Quedó perfecta —dijo Laureanita—. Pero no hay tiempo que perder. A seguir con el resto.

—¿Cómo haremos el óvalo del escudo? Va a quedar horrible, arruinaremos toda la labor de Remedios —sollozó Mercedes.

Las mujeres detuvieron la tarea. Desanimadas se miraron unas a otras. No sabían cómo seguir. Hasta que Dolores lanzó un grito y corrió hasta el aparador. Tomó la bandeja de plata que lo adornaba y la colocó sobre la tela azul y blanca. Laureanita sonrió y se dirigió al despacho de su marido. Volvió con un lápiz y dibujó el contorno ovalado de la bandeja, y apareció el escudo. Las demás cortaron dos piezas de tela de cada color y enhebraron sus agujas. Intercalando los colores, cosieron la base del escudo. Dolores dibujó el estandarte con el gorro frigio y las manos entrelazadas que lo sostenían. Sólo faltaba rellenarlos. Remedios se levantó el vestido azul que llevaba puesto. Sobre los calzones, una de las enaguas era de seda roja oscura. La puso sobre la mesa.

—Estás loca, Remedios. Ni lo pienses. No vamos a cortar tu ropa —dijo Mercedes.

—Por favor, me dejas hacer lo que quiero. No la necesito. Usemos la mitad para el gorro, y la otra parte se la damos a la servidumbre. La hierven y le bajamos un poco la tonalidad para las manos.

Entre risas y cuchicheos, las señoras apuraron su labor. Dibujaron las hojas de laurel, y Remedios y Mercedes, una de cada lado, las bordaron con cuidado. Pasaron unas horas, y el escudo, el gorro y el sol quedaron ensamblados a la perfección.

—Perdonen, pero yo le agregaría un poco de brillo a esta bandera. Que refleje el sol cuando nuestros héroes caminen las montañas. Así demostrarán el valor que los domina, ¿no les parece? —preguntó Laureana, convencida.

—No estaría nada mal —respondió Remedios.

La señora de Olazábal se incorporó y se dirigió hacia la puerta.

—Ya vuelvo.

—¿A dónde vas, Laureanita?

—A buscar algunas cosas a lo de mi madre. No se detengan.

Sus compañeras de tareas se miraron y largaron una carcajada. Sabían que Laureana era capaz de cualquier cosa y que era imposible detenerla. Debían esperar.

Era noche cerrada. Faltaba muy poco para que comenzara el 5 de enero. Podían entregar la bandera así. Al fin y al cabo, estaba terminada. Pero ahora había que esperar a Laureana.

A la hora volvió, acompañada por un peón de la hacienda de su madre. Con un gesto pícaro, abrió la caja que traía. Sacó dos abanicos imponentes.

—¿Me ayudas? —le pidió a Mercedes y empezó a quitar las lentejuelas de oro que lo adornaban. Su amiga la imitó y el brillo iluminó el azul y el blanco. Laureanita las tomó y las cosió sobre el sol.

—Acá hay algo más, Laureana —dijo Remedios, hurgando dentro de la caja.

—Los abanicos son míos, el broche es de mi madre. Me entregó esta roseta.

Con cuidado le separó varios diamantes. Los acercó al óvalo, luego al sol. Quería ver dónde quedaban mejor. La bandera brillaba como nunca. Las mujeres miraban la tela sobre la mesa, anonadadas. El trabajo que les había encomendado San Martín había superado sus expectativas. Laureanita tomó la punta de la bandera y la arrugó dentro de su mano para llegar hasta el sol. Comenzó a pegar los diamantes. Remedios se alejó para observar mejor el resultado. Entrecerró los ojos con una tibia sonrisa. Llevó su mano al cuello y con el dedo índice acarició el collar que lo rodeaba. Se lo quitó, tirando con fuerza. Las perlas se desperdigaron sobre la bandera y las muchachas pusieron sus manos para que no cayeran. Y las sumaron al escudo. Sin detenerse ni un segundo, las mujeres dieron las puntadas que hicieron falta para terminar la bandera.

Sonaron las dos de la madrugada en el reloj de la sala. Con los ojos enrojecidos por el cansancio, las mujeres se abrazaron. La bandera había quedado perfecta. Estaba terminada. Rendidas por la fatiga, se hincaron ante el Crucifijo del Oratorio para agradecer. «No merezco que escuches mis plegarias, mi Señor, pero te pido que bendigas esta bandera para que proteja a mi esposo en la cruzada que se avecina. Larga vida a San Martín y a sus hombres. No he sido una buena mujer, pero no quiero que mi hija se quede sin padre...», oró, en silencio, Remedios.

* * *

Remedios tenía a Merceditas en brazos. Quería que durmiera pero era imposible. La niña lloraba cada vez que la madre la depositaba sobre la cuna. Cuando volvía a alzarla, se callaba. Erguida y bien despierta, la criatura observaba todo con ojos enormes. Los mismos de su madre. Remedios la miraba y sonreía. Su hija le parecía preciosa. Ya tendría tiempo para educarla. No podía evitar tenerla en brazos aunque José la reprendiera. Decía que la niña era una consentida; demasiado para su gusto. Ahora que él no se encontraba allí, aprovechaba para hacer todo lo que su marido despreciaba. Paseó por su recámara hasta que la cabecita de Mercedes fue agregando peso y se apoyó sobre su hombro. Remedios la arrulló en voz baja. La niña comenzó a respirar con lentitud. Se había dormido.

—¿Qué haces con la niña en brazos? —entró don José a su habitación y se sacó la chaqueta—. Te lo he repetido hasta el cansancio, mujer. No quiero que mi hija sea caprichosa.

Remedios la acostó en su cuna, rogando que no despertara y largara en llanto. Merceditas, con su cabecita envuelta en una cofia blanca, se movió un poco y siguió con el sueño.

—En diez días parto, Remeditos, no sé cuándo volveré.

Apretó el delantal entre sus manos y respiró hondo. Sola otra vez. Pero en esta oportunidad las cosas ya no eran como antes. Estaba furiosa. Sentía que era incapaz de perdonarlo, se sentía abandonada y más.

—Pues yo no me quedo sola en esta casa. No tiene sentido que la ocupemos si no estás. Esta casa es tuya, Pepe.

San Martín levantó su ceja izquierda y miró fijo a su mujer. Lo único que no quería era una discusión con Remedios. No estaba de humor para soportar un ataque de histeria, y menos de su esposa.

—Me parece una idea brillante. Eres tan inteligente, Remedios. ¿Por qué no partís a Buenos Aires? Allí te vas a sentir acompañada —dijo irónico, San Martín—. Entre tu gente, ¿no es cierto? Podrás ir de tertulia en tertulia, si es lo que te gusta, mujer.

Remedios hizo fuerza y detuvo las lágrimas, prestas por salir. Odiaba a su marido cuando la trataba con sorna. «Basura, por qué no te matarán de un tiro, de una vez. Me arruinaste la vida, canalla. Quise perdonarte pero es más fuerte que yo», pensó mientras bajaba la cabeza.

—Perfecto, querido. Partes a Chile y salgo detrás de ti, a lo de mis padres.

—No te pongas así. Me gustas cuando te enojas. Me causas gracia —sonrió José y la acercó hacia él. Remedios se puso dura. Un frío helado corrió por su cuerpo. Las manos del general bajaron por la espalda frágil. Ella apoyó la frente sobre el hombro fornido. No quería que le viera los ojos. La delataban. Era increíble que faltando tan pocos días para la despedida, lo único que lograban hacer era pelearse. Parecían enemigos.

Le desabrochó los botones de la falda y metió sus manos ásperas entre las enaguas. Le gustaba jugar con esas telas suaves y recorrer el cuerpo de su mujer, imaginándolo desnudo. El cuello de Remedios se paralizó. Rogaba que no siguiera. Sentía su piel helada. Aunque el calor del verano era atroz, el frío la invadía por completo. De repente, sintió la sangre en sus venas, paralizada. Y comenzó a sentirse mal.

* * *

Julia limpió los tres baúles que luego se llenarían de ropa y pertenencias de Remedios y Merceditas. Jesusa, mientras, planchaba lo que su amita llevaría a Buenos Aires. Faldas, enaguas, camisas, botinetas, y la ropa blanca de la niña. Para evitar el

contacto de las telas con la madera, colocaron una cobija y allí, ordenadas, fueron colocando prenda por prenda. A las diez de la mañana las carretas estuvieron listas para partir. En una, el equipaje; la otra la ocuparían la madre y su hija custodiadas por su fiel esclava.

—Merceditas ya está pronta. Le preparé mudas limpias y varios abrigos, por si acaso. Te las he dejado a mano, Remedios —le advirtió Mercedes a su amiga—. ¿Estás lista?

La aldaba golpeó contra la puerta de entrada. Alguien llamaba. Las mujeres caminaron hacia la sala y Julia abrió. Del otro lado y recortado contra un cielo azul diáfano, un joven oficial. Remedios despidió a Julia con la mano y fue ella. Preguntó quién era y cuál era el motivo de su arribo.

—Buenos días, mi señora. Soy el aspirante a alférez Joaquín María Ramiro. Vuestro esposo, hace unos días y antes de partir rumbo a los Andes, me encomendó que os escoltara durante las primeras leguas del camino hacia vuestro destino.

Remedios lo miró de arriba abajo con furia en sus ojos. No podía creer la afrenta personal a la que estaba siendo víctima. Hasta último momento su marido insistía con la provocación. ¿Un solo hombre de escolta? Ella, la mujer del gobernador, ¿escoltada por un mísero cadete? Hasta el recuerdo de su olor la dominó. No podía creer que José disfrutara con estos actos que lo único que hacían era humillarla en público.

—Yo no necesito a nadie. Será mejor que te retires.

—Imposible. Yo no me muevo de vuestro lado. Es una orden y mi deber es cumplirla. Cueste lo que cueste, señora —respondió Joaquín y golpeó los tacos de sus botas.

Jesusa y Julia, con la mirada hacia abajo, salieron de la casa hacia los carruajes, cargadas con las últimas canastas. Mercedes tenía a la pequeña en brazos. Remedios clavó sus ojos en los del soldado. El joven la perforó con una mirada parda, impertérrita. No se dejó amedrentar por la mujer de su jefe. En esos segundos imperó el silencio y ni siquiera la respiración queda pudo escucharse. Parecieron horas, tal la tensión. Remedios respiró hondo y entrecerró los ojos.

—Voy a tomar un té antes de partir. Te convido uno, soldado.

—No, señora. Yo os espero afuera.

Con gesto adusto se dirigió a la cocina. Mercedes la siguió. El agua de la pava estaba caliente aún. Remedios puso unas hebras en la taza, agregó el agua y se sentó. De a sorbos fue tomando su té. Trató de tranquilizarse. Le quedaba un largo viaje por delante. No tenía sentido enfurecerse con su marido en este momento. Estaba lejos.

—Nos vamos, Mercedes. Te voy a extrañar, amiga. Pero sólo serán unos meses. Eso espero —Remedios la besó. Caminaron abrazadas hacia las dos carretas que aguardaban afuera. Jesusa se acomodó y Mercedes le entregó a la pequeña, quien miraba todo con ojazos inmensos. El escolta aguardaba firme al lado de los caballos. La dueña de casa volvió a abrazar a su amiga y se acercó al carruaje. Con la

velocidad de un rayo, Ramiro se anticipó y abrió la puerta. Extendió su mano para ayudar a la señora. Remedios recogió su falda y aceptó la invitación. Una sonrisa tibia fue suficiente como para agradecerle la caballerosidad.

—Hasta pronto, mis amores. No se preocupen por mí. Cuiden mi casa. A mí me cuidarán como a una princesa en Buenos Aires —asomó medio cuerpo y sacudió su pañuelo cuando los caballos comenzaron a caminar.

«Y yo os cuidaré como a una reina», caviló Joaquín, repitiendo el paso sobre su alazán. Había quedado cautivado con la mezcla de fragilidad y orgullo de Remedios de Escalada.

* * *

Llegaron a la primera posta, en las afueras de la ciudad. El viaje había sido imperceptible para Remedios. Había conversado con el soldado, ella desde dentro del carruaje, él montado sobre su caballo mientras Jesusa se encargaba de la niña.

La orden había sido hasta las puertas de Mendoza. Habían traspasado los límites. Ramiro debía volver al cuartel.

—Doña Remedios, debo regresar. El general me ordenó que os escoltara hasta aquí.

—Muy bien, Joaquín. Entonces hasta aquí el viaje ha sido placentero. Nosotras seguiremos solas.

—Si no os resulta impertinente, querría saber de vos. Y de la niña, por supuesto. ¿Puedo escribiros a Buenos Aires?

—Mi soldado, por supuesto. Me gustará enterarme en qué andas, estaré tan lejos de estos lugares...

Escribió la dirección de sus padres en una hoja que arrancó de uno de los libros que llevaba en la canasta y se la extendió por la ventana. La tomó y con prisa la guardó entre la cintura del pantalón y su piel.

—Hasta pronto, Joaquín. Y ten coraje si te toca ir a campo de batalla. Rezaré por ti, aunque no creo que te haga falta.

Remedios extendió su mano desde la ventana del carruaje para que se la besara. El soldado la tomó y la mantuvo cerca de su boca durante algunos segundos. Era suave y olía a flores. Parecía hipnotizado. Ella sonrió y, coqueta, se la quitó.

—Deberíamos continuar viaje, doña Remedios. Se va a hacer tarde y necesitamos llegar con sol a la siguiente posta —apuró Jesusa. Su ama giró la cabeza para reprenderla, pero al instante tomó conciencia de lo que pasaba. Era mejor seguir hacia Buenos Aires, hasta la casa de sus padres. Y no tentar al diablo.

El cochero azuzó las riendas y los caballos dieron unos pasos cansados. Preguntó en voz alta si las señoras estaban en condiciones de seguir. Desde adentro Jesusa gritó que apurara. El carro emprendió la marcha. Remedios suspiró y se echó hacia atrás. Necesitaba acomodarse. Le esperaba un largo camino a casa. Cerró los ojos y varios

pensamientos dominaron su mente. Los meses mendocinos, que por momentos le habían resultado interminables, parecían ahora la nada misma. Pasó sus manos por la muselina azul del vestido. Estaba gastada. Le parecía increíble ver en lo que se había convertido. Aquella muchacha consentida, repleta de sedas y perlas, ya no existía. O por lo menos se mantenía agazapada. Los dichos de San Martín se habían convertido en órdenes imposibles de transgredir. ¿Dónde habían quedado los lujos, la vida de princesa? El general la había transformado. Sin embargo, en unas semanas llegaría a la casa de Buenos Aires. ¡Cómo extrañaba a su padre adorado! La última carta de su madre no había guardado reparos en decirle que José era de lo peor. Ni siquiera lo llamaba por su nombre. Se refería a él como el «plebeyo» o el «soldadote». Pero lo que se repetía en las páginas eran las preguntas sobre Merceditas. Su madre estaba feliz con la nietita. Ahora podría conocerla.

* * *

Una interminable fila de mulas, una detrás de la otra, dibujaban el horizonte en esa mañana helada. Esa y tantas otras mañanas, igual de frías. El general y sus hombres atravesaban aquellos inmensos montes hacía varias jornadas. Ya casi no recordaban cuántos días habían pasado desde la partida de El Plumerillo. Los ascensos empinados y descensos precipitados, los senderos de cornisa, no acababan nunca. San Martín no le quitaba el ojo al terreno escarpado y cuando suponía que era el último riesgo que corrían, a los pocos pasos se avecinaba el siguiente. No podía distenderse ni un segundo. El camino obligaba a que sus sentidos estuvieran en un alerta constante.

Su mula daba pasos cortos, con la nariz pegada a la tierra, como si en eso buscara descubrir los secretos de las tortuosas huellas. El pasto duro y los arbustos retorcidos repletos de espinas forzaban a que el animal cambiara el tranco de tanto en tanto. El viaje era lento. La ansiedad lo ganaba, quería llegar a destino cuanto antes. La necesidad de avanzar era más intensa que los dolores que habían empezado a molestar ya desde antes de partir. La salud no lo acompañaba. No se sentía bien pero hacía esfuerzos sobrehumanos por seguir adelante. Los caudales del ejército sumaban 14 mil pesos, todo lo que había quedado de lo mucho que había sido necesario recaudar. Y eso gracias a que desde San Juan le habían enviado, después de muchas amenazas, 18 mil pesos ya cuando se había puesto en marcha desde El Plumerillo. Ya había superado una punta de cuestiones, como el acopio de animales para el cruce, los víveres, los hospitales; y el intento por esconder los dolores estomacales y la imposibilidad de respirar, aunque su cara lo delatara.

San Martín sentía que faltaba poco para la primera contienda. Necesitaba que fuera así para que sus soldados concretaran la motivación a la que su jefe los había arrastrado. Además, el acoso de las nieves casi constantes se transformaba con el correr de los días en el peor enemigo. Golpeó los hijares de su mula con los zapatonos

forrados en trapo y lana que había hecho coser para todo el ejército. El abrigo de los pies era el primer cuidado y así lo había hecho saber.

La noche los fue cercando. El general estaba cansado. Todavía lograba ver, a lo lejos, que el camino se ensanchaba un poco. Giró la cabeza y gritó que en esa zona descansarían durante unas horas. Luego el silencio. El único sonido que rompió la quietud del crepúsculo fue el golpeteo tenue de las patas de las mulas contra la tierra árida. El general se preguntaba cómo lograría Beltrán atravesar esos despeñaderos con los trineos improvisados para trasladar los cañones. Venían detrás, y hacía ya dos días que no tenía noticias de ellos. ¿Llegarían a tiempo?

Arribaron al lugar elegido. San Martín se apeó de su mula y ordenó que recogieran ramas —las que hubiera— para encender un fuego. Dos soldados repartieron algunos víveres. El alcohol ya lo tenían. Había sido la otra premisa del general: buenas cantidades para que les llevara calor al organismo.

Luego de comer, los soldados bajaron sus monturas del lomo de las mulas y las acomodaron sobre el duro suelo. Así dormirían unas pocas horas, envueltos en sus ponchos y jergones. El general les advirtió que cuidaría del fuego, prefería quedarse allí sentado acomodando las ramas. Agregó un par de troncos y las llamas chisporrotearon. Sus hombres le hicieron caso y se fueron a descansar. Pero la verdad no era ésa. El fuego era sólo una excusa. La realidad, que varios conocían pero no repetían, era que no podía mantenerse acostado. De la única manera que podía disimular el dolor era con el cuerpo erguido.

* * *

Giraron por Victoria a últimas horas de la tarde. Algunas cuadras antes, Remedios sintió que se aceleraban los latidos de su corazón. Todo estaba igual aunque algunas imágenes parecían diferentes. Las calles que ella había caminado unos años atrás ahora se encontraban repletas de personas. El tiempo transcurrido en Mendoza le había borrado su vida anterior. Pero apenas el carruaje recorrió las calles que atravesaban el radio más cercano a la casa de sus padres, todas sus vivencias retomaron el lugar de siempre.

Remedios no esperó ni un segundo. Los caballos se detuvieron en su casa y se abalanzó hacia la entrada. No hizo falta que tocara la puerta. Su madre salió a recibirla, con su padre y los criados detrás.

—¡Mi hijita querida! ¡Qué felicidad que estés de vuelta con nosotros! A verte, Remedios, ven aquí —saludó Tomasa y la abrazó con fuerza—. ¿Dónde está el angelito de mi nieta?

Jesusa bajó del carro con la sonrisa de oreja a oreja que la distinguía, y con Merceditas en brazos. La niña lloraba a grito pelado, agotada del viaje. Tomasa se la sacó de las manos y la llenó de besos. Remedios reía de alegría. Estaba feliz de haber vuelto a casa. Corrió hacia su padre y se abrazaron. Al terminar con los besos

entraron en la residencia. Tomasa había preparado las habitaciones de su hija con una cuna repleta de volados y cintas perladas. Jesusa cambió a la niña y la recostó, y acomodó el mosquitero. Abrió luego el baúl y sacó las mudas que su ama había separado para cuando llegaran.

—Ya está, vete para la cocina, Jesusa. Que organicen la comida, por favor —ordenó Tomasa. Se sentó en la *chaise longue* y miró a su hija caminar por la que había sido su recámara durante tantos años. La vio más delgada y algo pálida. Pero la notó contenta.

—¿Cómo estás, Remedios?

—Bien, mamita. Ahora bien —dejó las camisas sobre la cama y se sentó junto a su madre—. ¿Has visto que bonita es la niña?

—Preciosa, m'hijita. ¿Y cómo se porta?

—Es muy buenita. Casi no llora, te lo prometo. Debe haberse agotado, por eso la has visto mala —sonrió Remedios—. Los extrañé tanto. No te imaginas.

—Por supuesto que me imagino. Nosotros te hemos echado mucho de menos, hija.

—¿Y cómo está Tatita?

—Con algunos achaques normales. Pero hace una semana su salud ha mejorado enormemente. Te aguardaba con ansiedad. Desde ayer lo único que ha hecho es mirar por la ventana, a ver si te veía llegar.

Remedios no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. La emoción la embargó. Con su madre enfrente, en su recámara, rodeada del ambiente familiar, se dio cuenta de todo lo que le había faltado. Se secó la cara con las manos y suspiró.

—Ésta es tu casa, mi hijita querida. Aquí cuidaremos de ti y de la pequeña. Volverás a ser quien eras. Mañana vamos a lo de la modista. Tengo media docena de piezas de telas espléndidas que mandé pedir, especialmente para ti. Seis vestidos nuevos para mi princesa. Y voy a vestir a mi nieta. No voy a permitir que ande con esos trapos.

—Gracias, mamita —dijo Remedios y bajó la mirada.

—Si todavía no quieres hablar, me parece muy bien. Ya me contarás todo cuando te parezca. Quiero que sepas, m'hija, que estoy contigo, que puedes sincerarte conmigo. Yo sé más de lo que parece.

—Estoy muy sola, madre. Mi marido me abandonó, no me quiere. A estas alturas ya creo que nunca me ha querido.

—Ese plebeyo de pacotilla. Te lo advertí, Remedios. Pero no son tiempos para recriminaciones. Lo hecho, hecho está. Aunque ahora corren vientos de renovación, hija. Estás en tu casa, con los tuyos. Ese soldadote inmundo puede morir en la guerra. Sería lo mejor que nos podría pasar.

Remedios sintió una puntada en el medio del pecho.

—Ay, mamita, no diga eso.

—Eres demasiado buena, Remedios. ¿A ver si piensas que él te ha respondido de

la misma manera? Hasta acá llegan los rumores, mi querida.

No sabía de qué hablaba su madre. Pero se imaginaba a todas las damas susurrando en las tertulias.

—¿O me vas a decir que no has escuchado nada? Me han contado, y en varias oportunidades, que ese hombre te engaña. Y no sólo con una.

Remedios había escuchado alguna que otra vez que José tenía amantes. Pero no le había prestado atención. Además, sus amigas, seguramente, no querían preocuparla y no hablaban de esas cosas.

—Quiero ir con Tatita. Prefiero dejar atrás mi vida mendocina. Estamos otra vez en casa. Y espero que por mucho tiempo, mamita —y como un fantasma aparecieron en sus recuerdos aquellas tardes intensas junto a Gregorio Murillo. Y el coqueteo con aquel soldado nuevo...

—Por supuesto, mi querida. Te vamos a cuidar como nunca. He comprado todo lo que te gusta. Vas a ver qué rica comida te preparamos para darte la bienvenida. Vamos con tu padre, que tiene miles de preguntas para hacerte. Me ha vuelto loca estos días —rio Tomasa y rodeó a su hija por la cintura.

Capítulo VII

La felicidad dominaba la vida de los Escalada. Tomasa había tenido una brillante idea al insistir en la mudanza a la quinta. Maruja y las niñas, Remedios con la pequeña y Antonio y su mujer, se instalaron en el caserón de las afueras de la ciudad. Los días transcurrieron con una serenidad perfecta. La familia, o parte de ella, disfrutaba de la tranquilidad de la quinta. Eran las 12 del mediodía y los adultos descansaban en la galería mientras las hijas más chicas de Maruja disfrutaban de una canasta repleta de frutas, debajo del limonero.

—Es llamativo, mi querida, cómo ha mejorado tu estado físico. ¿Qué pasaba en Mendoza? ¿No te alimentaban bien? —preguntó Tomasa, mientras buscaba el hilo adecuado para su tapiz.

—Lo que sucede es que aquí me miman demasiado —respondió Remedios con una sonrisa tenue. Estaba atenta a los movimientos que venían desde la cuna que había instalado en la sala, al lado del gran ventanal que daba a la galería. Faltaba poco para que Merceditas reclamara su alimento a los gritos. La niña tenía su carácter.

—¿Alguna novedad de nuestro hijo en el frente? ¿Has recibido alguna misiva? —se dirigió a su marido sin levantar la vista de la labor.

Antonio dormitaba sentado en el cómodo sillón, al lado de Tomasa. Abría y cerraba sus ojos, como si intentara pelearle al sueño. Con pocas ganas de hablar, negó con su cabeza.

—Imagino que tú tampoco tienes noticias, ¿no es cierto? —clavó su mirada en Remedios.

—No he recibido ni una carta de Pepe, si es eso lo que quieres preguntar.

—Por Dios, ¿cómo iba a escribir ese pobre hombre desde donde está? Vosotras no tenéis idea por lo que están pasando nuestros soldados. Es increíble escuchar tanto palabrerío absurdo —dijo Antonio, ya incorporado.

—Qué gracioso, querido. Ahora parece que estás despierto —ironizó Tomasa.

—¿No creéis que exageráis un poco? Es sabido que esos hombres están sometidos a las inclemencias del clima de esos montes. Pueyrredón me confesó los otros días que Pepe partió con poquísimas divisas. Su valentía o tozudez, habría que ver, es inquebrantable.

—Es un disparate lo que está haciendo. Y arrastrar a nuestro hijo a semejante odisea. Si le llega a pasar algo, Antonio, no se lo perdonaré jamás.

Merceditas lanzó un quejido. Remedios se incorporó y fue a ver qué ocurría. Maruja detrás. Ya era la hora de alimentarla. Alzó a su hija, y juntas fueron a la cocina. Tomasa continuó con su bordado.

—Deja de hostigar a tu hija, por favor —dijo Antonio.

—Yo no hostigo a nadie. Sólo digo la verdad, y todos saben que es así. Detesto al soldadote desde el primer día. No voy a mentir ahora. Además, Remedios se está

dando cuenta de la clase de hombre que es.

—No digas pavadas, mujer. Tú no conoces a tu hija. Que ella sepa quién es San Martín no impide que siga enamorada de él.

—Ahora el que dice pavadas eres tú, Antonio. ¿Y además, qué es eso de estar enamorada? Acá hablamos de matrimonio, no de otra cosa. Lo que le pasa a Remedios es la decepción que siente al no poder cumplir el capricho que fue casarse con ese sujeto indeseable y ser feliz. Ojalá muera en manos realistas. Ese traidor infame, ¿cómo es posible que lo sigas defendiendo?

—Basta ya, mujer, por favor.

—Sabes muy bien lo que se dice. Todo Buenos Aires comenta que es un vendido, no es trigo limpio.

—¿De dónde sacas esas infamias? Tomasa, no creas todo lo que dicen, por el amor de Dios.

Levantó la ceja izquierda y sonrió, socarrona. Se agachó para buscar la caja donde guardaba los hilos del bordado. Prefirió quedarse revolviendo los colores. Discutir con su marido era una tarea imposible. Además, nadie le iba a hacer cambiar de parecer sobre José de San Martín.

* * *

El capitán Mariano de Escalada cerró la puerta del despacho del Director Supremo y con paso firme salió del Fuerte. Las buenas noticias que traía del campo de batalla se las había transmitido a Pueyrredón. Quería llegar cuanto antes a su casa. Su familia se alegraría con su arribo. El clima cálido del atardecer en Buenos Aires lo arropaba luego de los azotes del tiempo que había sufrido durante el viaje. Con el sombrero debajo del brazo, Mariano enfiló hacia la calle Victoria. Mentón erguido y el tranco largo, saludaba a las mujeres que frenaban el paso al verlo pasar.

—Bueno, ¿nadie viene a recibir a este soldado cansado? —gritó mientras franqueaba la puerta de entrada. Tomasa se asomó, incrédula, desde la sala y corrió a abrazar a su hijo. Detrás aparecieron Antonio y Remedios. La alegría inundó la residencia.

—¿Cómo estás, Marianín? Estaba tan intranquila ante la falta de noticias, m'hijo. Tenías razón, Antonio, era mejor regresar a casa. ¿Mira si llegaba nuestro hijo y nosotros en la quinta?

—No seas exagerada, madre. Lo que me va a matar es el hambre. Si no me traen algo de comer, desfallezco en el acto —dijo entre risotadas, el menor de los Escalada.

Tomasaapuró el paso rumbo a la cocina y los demás se instalaron en la sala.

—Cuenta las novedades, hijo; estoy cansado de escuchar rumores. Además, Remedios, ¿estarás ansiosa por saber de tu marido?

La joven miró a su hermano con ojos inmensos. Tomó aire como para decir algo, pero optó por callarse.

—Nuestras tropas han reconquistado la capital de Chile. La hemos quitado del yugo realista con la batalla que se llevó a cabo en el valle de Chacabuco.

—¿Decesos?

—El enemigo tuvo una pérdida de cuatrocientos hombres. Nosotros, sólo cien.

Tomasa volvió de la cocina con una bandeja con mate, galletas y queso. La apoyó sobre la mesa y se sentó al lado de su hijo.

—¿Entre los muertos está el plebeyo?

Antonio acribilló a su mujer con la mirada. Remedios bajó los ojos y su corazón aceleró el ritmo. Quería taparse los oídos y no escuchar lo que su hermano tenía para decir. A pesar de toda la tristeza y hasta la furia, no quería a su marido muerto.

—¿Pero qué dices, madre? Pepe está más vivo que nunca, y mejor no llames a la desgracia. Mira que eres brava —Mariano se acercó a su hermana y la tomó de la mano—. Pepe está bien y me reclamó que te entregara esta carta.

Remedios la tomó con desconfianza y cierto temblor en sus manos. Intentó guardarla en el bolsillo de su falda, pero tres pares de ojos expectantes le obligaron a abrirla. Con velocidad la leyó, y miró a su padre.

—Pepe está bien, Tatita. No dice mucho, que en unos días sale para acá. Espera llegar a fines de marzo. Viene a reunirse con Pueyrredón.

—Bueno, pero qué alegría mi chiquita, ¿no es así? En un mes te reencontrarás con tu marido. Ésa es una excelente noticia —y miró de reojo a su esposa. El silencio inundó la sala. Remedios dobló con prolijidad la esquila y la apoyó sobre su falda. Allí la dejó, debajo de sus manos, y así, con la mirada perdida, se quedó un rato. Un torbellino de pensamientos se amontonó en su mente. Quería ver a José. Ésa fue su primera sensación. Sin embargo, temía que el reencuentro fuera como los anteriores. Frío y de rutina. Se odiaba por sentir siempre lo mismo. Quería arrancárselo de su corazón pero al final le resultaba imposible. Los juegos a los que había jugado con aquellos otros hombres habían sido sólo eso. Jugueteos de muchacha caprichosa. Aunque placenteros y repletos de goce, ninguno había logrado quitarle el lugar a su soldado de tez morena y voz intrigante. A pesar del tiempo transcurrido aún recordaba a San Martín como aquel militar que la había sacado a bailar en su fiesta, y la había cortejado como el mejor.

—Es una gran noticia, Tatita —dijo y sonrió.

Tomasa levantó la bandeja y partió a la cocina. Necesitaba alejarse de su marido. No quería empezar una trifulca nuevamente. No tenía lugar en la sala, todos reían de felicidad. Una melancolía espesa dominó a doña Escalada.

* * *

—¿Qué haces todavía en cama, m'hija? —dijo Tomasa al entrar en la habitación de Remedios—. Es tarde y aún no te has levantado.

El pelo ensortijado le cubría parte de la cara. Se tapó los ojos con las manos. No

quería que la claridad la molestara. Giró para el otro lado y se cubrió con las mantas.

—Vamos, querida, tu hija te reclama.

Remedios destapó su cara y miró a su madre.

—No me siento bien. Creo que estoy afiebrada. No sé el motivo, mamita. Pídele a Jesusa que se ocupe de Merceditas. Yo no puedo.

Tomasa se acercó a la cama de su hija. Se sentó a su lado y le pasó la mano por las mejillas. Estaba caliente y no se veía bien. Tenía el cuerpo hundido entre las cobijas.

—Tienes fiebre. Te quedas en cama, nosotras nos ocupamos de todo, despreocúpate. Ya mismo voy a la cocina en busca de compresas —enfiló hacia fuera, pero como si recordara algo, volvió sobre sus pasos—. Me olvidaba, mi querida, tienes correspondencia de Mendoza. Y no es de ese hombre.

Remedios estiró la mano y su madre le entregó un papel antes de retirarse. Desplegó la carta y fue directo a la firma. La curiosidad la estaba matando. Y allí vio lo que imaginaba. La carta era de Joaquín, el aspirante a oficial al que había peleado antes de partir y con quien luego cambió de humor durante su escolta. Le pareció que todo eso había sucedido hacía años, aunque tan sólo hubieran pasado dos meses. Leyó rápido, tenía miedo de que alguien entrara en su habitación y la descubriera. El joven le contaba algunos acontecimientos castrenses, que le importaban poco y nada. Ya tenía suficiente con lo que debía soportar de su marido. Pero lo interesante llegaba en los últimos párrafos, donde se dedicaba a recordar esas leguas que habían atravesado juntos. La describía con palabras cargadas de admiración y apasionamiento. La manera de usar los verbos era como si le hablara. Hacía tanto que no se sentía halagada, que las formas del soldado la excitaron.

Tomasa entró con un tazón humeante. Con rapidez y disimulo, Remedios escondió la carta debajo de la almohada, donde apoyó su cabeza pesada.

—A ver, m'hija, le puse un poco de cognac al té. Bébetelo todo que luego traigo las compresas, así te quito el sudor de fiebre. Esperemos que sea sólo eso. Yo me quedo a cuidarte. Antonio y Mariano parten al Cabildo. Parece que trajeron a la ciudad una bandera y un estandarte tomados de los enemigos en Chile, enviados por San Martín. La enfermedad te impide salir y participar de ese acontecimiento, y como yo no tengo ni el más mínimo interés de avivar las cuestiones de ese hombre, tampoco voy.

—Mira tú, mamita. Pepe seduce a los ciudadanos hasta con su ausencia.

—Parece que los balcones están llenos de gente, y preparan una fiesta de aquéllas para la noche, con iluminación general, música y fuego en la Plaza Mayor. Mariano le contó a tu padre que en el arco principal de la galería del Cabildo han colgado un retrato de tu marido decorado con una corona de laurel, y al pie, entre los trofeos militares, han colocado un letrero que dice algo así como «San Martín el laurel toma, Grecia no pudo hacer más».

Se le llenaron los ojos de lágrimas. El pueblo adoraba a su esposo y ella sólo

sentía traición en su cuerpo. José mantenía una relación amorosa con todos menos con ella.

—¿Qué pasa, Remedios? Ni se te ocurra debilitarte en estos momentos. No sé para qué te conté esas pavadas. Te quedas en cama, descansas como te mereces que mañana será otro día y te sentirás mejor —arropó a su hija, le acarició la cara, le dio un beso en cada mejilla y entornó los postigos.

* * *

La llovizna tenue no impidió que una gran multitud saliera a las calles. San Martín había entrado casi de incógnito en Buenos Aires para reunirse con Pueyrredón. Era el último día de marzo. El general, en persona, traía buenas noticias y esperaba que esto fuera suficiente como para reponer las arcas. Necesitaba bastante dinero. Los gastos habían sido muchos.

Las autoridades y corporaciones lo recibieron con la opulencia y el séquito que merecía su figura y las glorias adquiridas. Las calles se habían vestido de fiesta. De los balcones colgaban ricos tapices y las salvas y aclamaciones del pueblo avivaron la ciudad. San Martín apenas asentía con la cabeza, en agradecimiento. Llegó a la Plaza Mayor rodeado de un pueblo alegre que lo acompañaba. La noche se había iluminado desde las galerías y balcones del Cabildo, y un castillo de fuego adornaba el centro de la plaza. Desde las instalaciones oficiales llegaba el sonido de la música. Todo el agasajo era para el general don José de San Martín.

—La llegada de este señor se ignora a qué se debe; pero deben ser cosas de mucha entidad por no haberlas querido fiar a la pluma, sino tratarlas y comunicarlas verbalmente con el señor Director —se escuchaban algunos cuchicheos.

A medida que fueron sonando las últimas salvas, José y su cuñado enfilaron hacia la casa. Estaba agotado, quería descansar algunas horas. El día siguiente comenzaba muy temprano. Debía reunirse con sus camaradas para compartir el derrotero a seguir. Pero no finalizaba ahí su jornada. Lo esperaban horas enloquecedoras.

Abrieron la puerta con el menor ruido posible. Era tarde y temían que todos estuvieran acostados. Pero el despacho de Antonio estaba iluminado.

—Pepe, ¡qué alegría! Sabía que estabas en Buenos Aires. Una pena que no pude asistir a la suelta de salvas en tu honor. Pero me superan las obligaciones, ya sabes.

—No se preocupe, don Antonio. No me he llegado hasta aquí en pos de bienvenidas y festejos. Sólo vengo en busca de dinero y para ajustar algunos asuntos. No es de mi interés perder el tiempo en esta ciudad. En unas semanas vuelvo a Mendoza. Mis mujeres quedan aquí.

—Qué pena que no puedas llevar a Remedios contigo. Pero es tu familia, tienes todo el derecho de hacer lo que te plazca. Tomasa va a estar encantada. Adora a la niña —dijo Antonio y cerró el libro que estaba leyendo.

José se quedó mirando a su suegro por unos instantes. Sabía que sus palabras no

eran inocentes. Y no resultaba difícil de percibir que Tomasa no era santa de su devoción. Lo demostraba en cada cosa y situación que podía. La forma en que lo miraba, su sonrisa socarrona, y cada vez que él decía algo, ella se ubicaba en la vereda contraria. Antonio, en cambio, era un poco más dócil. Era encantador con él y con cualquiera. No hacía demasiados distinguos, era parte de su carácter. La diferencia entre él y su suegro era que ese hombre estaba dispuesto a todo en su propio beneficio; él también, pero en beneficio de la libertad de América.

* * *

San Martín se aprestó a salir. Tenía una reunión a las cuatro de la tarde con el cónsul inglés Robert Staples. Había decidido que los recursos para cumplir con sus objetivos debían venir de ahí. Ya había arreglado con Pueyrredón y los integrantes de la Logia que el dinero del país liberado se usase para la organización de una escuadra de guerra. Tenía que recolectar la mayor cantidad de divisas posible. Todo ese asunto lo tenía agotado. No podía entender cómo se les ocurría denegárselo. Pero así eran las cosas.

Ya habían almorzado. Él, poco y nada. El dolor de estómago seguía aquejándolo. Salió de su habitación con la chaqueta puesta. Allí lo esperaba su suegra, con la misma cara de pocos amigos de siempre.

—Hay correspondencia para usted —Tomasa le extendió cuatro cartas. Las tomó y miró de quiénes eran. Una de ellas no tenía remitente. Remedios apareció con Merceditas en brazos y observó lo que sucedía. Le pareció reconocer el papel de la esquila. El corazón se le aceleró, y sintió que se mareaba.

—¿Qué te sucede, mi querida? Estás pálida —su madre le quitó a la niña de sus brazos y se la entregó a su yerno—. A ver, hombre, entrégume esos papeles.

Con las cartas en ambas manos, la abanicó. Remedios volvió a tener color en las mejillas.

—Bueno, señoras. Ya está todo mejor, me tengo que ir, Remeditos. ¿Me entregas las cartas, por favor?

—Mamita, me parece que ésta es para mí. Viene de Mendoza, de mi amiga Laureanita —en un segundo le sacó la esquila y se la metió en el bolsillo.

San Martín tomó las otras tres y se quedó mirando a su esposa y a su suegra. Algo andaba mal pero no sabía muy bien qué. Besó a su hija y volvió a entregársela a Tomasa. Remedios dio media vuelta y se dirigió a la cocina. Don José suspiró y perdió la mirada. Así, durante unos instantes. Se quedó solo. Las dos mujeres habían desaparecido. Se abrochó el botón dorado y salió de la casa.

Tomasa alcanzó a su hija en la cocina. Allí estaba Jesusa. La llamó y puso a Merceditas en brazos de la esclava. Tomó a Remedios de la mano y la sacó de allí. No quería que el servicio escuchara nada.

—¿Qué pasa, m'hija?

—Nada, mamita. ¿Por qué preguntas?

—No soy tonta, querida. Al ver a tu marido te has convertido en un fantasma.

—Nada más alejado, madre. Sabes que no estoy bien de salud. Tengo un catarro muy fuerte. Debe ser eso.

—A mí no me mientes, Remedios. Te temblaba el cuerpo. Nunca te había visto así.

—No tengo ganas de hablar —respondió con la mirada perdida. Tomasa volvió a intentar, pero se dio cuenta de que el hermetismo de su hija era absoluto. No iba a escuchar nada de su boca, estaba segura.

—Te lo repito, no soy ingenua. Pero te advierto, cuidado, m'hija. No me gustaría pasar un mal momento.

Remedios se dirigió a sus aposentos. Metió la mano en el bolsillo. Allí estaba la carta del peligro. Había llegado a tiempo para evitar una catástrofe. Por suerte estaba sola, su marido no volvería hasta tarde. Podría leer y releer las palabras de Joaquín.

* * *

San Martín había partido temprano por la mañana junto a su compañero y amigo, el ahora teniente coronel Tomás Guido. Al fin había logrado que su «amado lancero» — así lo llamaba— colaborara de cerca. Harían una parada rápida en Mendoza para luego continuar a Santiago.

Los últimos días de José en Buenos Aires habían sido extenuantes. Había tenido que participar de todo tipo de homenajes y festejos. Incluso tres días antes de la partida, el Cabildo le había ofrecido una comida con todas las galas. Pero no se había sentido cómodo. Percibía algunas caras largas y miradas desleales. Había llegado con sus suegros y esposa al convite. Los invitados saludaron al homenajeado como si fuera un héroe. Sin embargo, San Martín sabía que allí adentro estaba lleno de serpientes. La presencia de Remedios y sus padres le había servido para desarticular cualquier imprevisto. Juan Martín de Pueyrredón había metido mano en las arcas y gastado más de tres mil pesos para el agasajo de su amigo. Eso le había resultado un derroche innecesario al general. Hubiera preferido que ese dinero hubiera partido con él a Chile.

Remedios despidió a su marido. Había madrugado para estar las últimas horas con José. Le había cebado unos mates, y solícita y silenciosa, lo acompañó en los preparativos finales. La casa estaba en silencio. Los únicos despiertos eran Remedios y José. El general besó a su «infanta mendocina» con suavidad para no despertarla.

Habían sido diecinueve días juntos, pero San Martín casi no había estado en casa con su esposa. Las obligaciones habían dominado la estada. Regresaba tarde por la noche y salía bien temprano por las mañanas. Remedios sentía que estaba con un extraño. Tan poco conocía a su marido.

San Martín cargó el carro. Su caballo estaba listo. Debían partir en breves, en

busca de Guido. Remedios lo siguió, unos pasos detrás. Trató de no enfrentar esos ojos renegridos. Tuvo la sensación de que su marido la miraba diferente. No podía asegurarlo y tampoco se había atrevido a preguntar. Le dio terror. ¿Se habría enterado de todo? ¿Le habría descubierto la correspondencia de Joaquín? La había escondido en el cajón secreto de su tocador. Era imposible que la hubiera encontrado. Sin embargo, esos ojos, esa mirada...

Tomasa entró en el cuarto de su hija. Sentía una alegría inmensa. Los motivos eran más que evidentes. Tenía a Remedios y a la pequeña para ella sola.

—Mi hija querida, vamos, ponte el sombrero. Salimos de compras. Ponte bonita y viste a Merceditas, que nos vamos de paseo.

Remedios sonrió. No tenía ganas pero era imposible contradecir a su madre. Además, tal vez un paseo por el Retiro no le vendría nada mal.

* * *

La correspondencia con Joaquín había terminado hacía algunos meses. No sabía muy bien por qué, pero de a poco, el nerviosismo de los comienzos se extinguió. La frecuencia de las cartas se había espaciado cada vez más hasta llegar a su desaparición total. Casi sin darse cuenta, un día Remedios notó que las noticias del joven militar se habían diluido. Tampoco tenía ganas de reprimirlo o hacerle ver que esperaba alguna palabra suya desde Mendoza. Nada más alejado. Transformándose en lo más normal del mundo, su vida volvió a ser la de antes. Y no sintió el más mínimo remordimiento, como si no hubiera sido la protagonista de las tórridas confesiones que se habían hecho el uno con el otro. Abandonaba la zozobra y los días aciagos que había vivido hasta ese momento. Volvió a respirar con serenidad.

El invierno quedó atrás y el sol primaveral volvía a acariciarla. Recuperaba las ganas de salir a pasear por la calles de la ciudad. Se dirigió al ropero y examinó sus vestidos, uno por uno. Quería sentirse bonita. Su madre le había mandado a confeccionar un vestuario digno de una princesa. Nada que ver con la ropa que usaba en Mendoza. Su marido la había iniciado en la discreción, y aunque al comienzo la furia había ganado, con el paso del tiempo hubo de acostumbrarse al estilo austero de la vida castrense de la esposa de un militar. Sin embargo, ahora que veía todo ese raso, encaje y sedas juntos, volvía a sentir aquellas ansias de antes. Eligió uno de los vestidos nuevos: el amarillo con flores grises, moradas y blancas. Esos colores representaban su estado de ánimo.

Tomasa entró en las habitaciones con Merceditas en brazos, y observó a su hija. La notó resplandeciente.

—¿Qué te parece, mamita, si dejas a la cría con Jesusa y salimos? Vamos para el Retiro. Pasemos por lo de Maruja y recojamos a las chicas.

—Me parece una idea espléndida, m'hija. Termina de acomodarte que llevo a la niña a la cocina. Salimos ahora mismo.

Remedios empolvó su nariz, se miró al espejo y le gustó lo que allí vio. Sonrió, tomó el monedero y esperó a su madre en la puerta de calle.

Salieron, cada una con su parasol. Debían caminar unas cuadras hasta lo de Demaría. Cruzaron la calle y cerca de la esquina, sentadas sobre unas bancas, había dos negras rodeadas por sus canastas, armadas ambas con varas de sauce para espantar las moscas.

—Mamita, paremos por favor. Quiero una torta frita bañada en miel de caña —se agachó sobre la canasta para ver si encontraba su manjar favorito.

—Remedios, me había olvidado tu gusto por los dulces.

La mulata miró a las mujeres desde allí abajo y sonrió. Mostró sus dientes blancos. Lo único que quería era vender alguno de sus productos y recibir las monedas a cambio. Levantó el trapo que cubría el costado de la canasta y eligió el dulce más grande. Remedios aplaudió y hurgó en su monedero. Pagó y se llevó la torta frita. Tomó a su madre del brazo, y con la otra mano se dedicó a comer la delicia que había encontrado en el camino.

Capítulo VIII

Remedios aceptó el convite de Angelita Castelli. Hacía rato que no veía a su querida amiga, así que en cuanto recibió la esquila, accedió de inmediato. Don Xavier de Igarzábal, su esposo, no se encontraba en la ciudad. Podrían conversar hasta largas horas sin interrupciones indiscretas. Ésta era una de las tantas cosas que extrañaba de Buenos Aires. Encontrarse con amigas, compartir tardes enteras de secretos. No era que en Mendoza no las tuviera; las chicas le habían hecho la estada mucho más llevadera. Pero sus amistades de toda la vida, sus grandes confidentes, estaban en su ciudad.

Angelita se levantó del sillón cuando Remedios entró en la sala. Los rulos castaños y largos enmarcaban su cara redonda de ojos escrutadores. Las amigas se abrazaron para separarse y volverse a abrazar. La distancia y ahora el reencuentro confirmaban cuánto se habían extrañado. De pie hablaron y se preguntaron de todo, una encima de la otra, sin escucharse. Angelita tomó de la mano a su amiga y se acomodaron en los sillones. Llamó al servicio para que las atendieran, y continuaron con lo suyo. Recordaron aquellos tiempos cuando Antonio había accedido a los pedidos de su hija, de hospedar a su íntima amiga. Las razones esgrimidas habían sido extremas. Angelita había escapado de su casa para casarse en secreto con Xavier de Igarzábal porque su padre lo detestaba. Y como la muchacha díscola no había tenido lugar donde vivir hasta que se reuniese con su marido, Remedios armó tal escándalo en su casa, que don Antonio tuvo que acceder a la ayuda de la amiga de su hija. Hicieron memoria de travesuras y secretos compartidos. ¡Qué felicidad les daba este encuentro! Hacía rato que Remedios no se mostraba tan contenta.

—Cuéntame de tu marido. ¿Cómo fue tu vida en Mendoza? —preguntó Angelita con los ojos enormes de curiosidad.

—Qué quieres que te cuente. Me la pasé buscando diversión fuera de mi casa. Tuve la fortuna de conocer unas señoras encantadoras —respondió Remedios luego de un largo suspiro.

—Algo supe por tu madre. Me la encontré en varias tertulias y siempre me contó de ti. Me relató incidente tras incidente, aunque seguramente sumó detalles de su propia cosecha. Tomasa no lo quiere nada a José.

—Así es, Angelita. No sé cuánto adornó mamita mi vida mendocina, pero lo que yo te puedo decir es que no fueron tiempos muy felices los compartidos con Pepe.

La mirada de Remedios se perdió durante unos segundos y Ángela lo percibió. La conocía de memoria. Su amiga estaba lejos de allí.

—¿Qué piensas, Remedios?

Volvió en sí y miró a su amiga. Sus ojos negros brillaron con la chispa de quien guarda un secreto y hace un esfuerzo desmedido por mantenerlo, aunque sabe que si le insisten un poco, se delata.

—Nada —contestó y no pudo ocultar una sonrisa.

—Te conozco, algo me escondes.

—Prométeme que no dirás nada, por favor —Angelita le tomó la mano y asintió con la cabeza. Pestañeó con solemnidad y el pecho se le llenó de aire. Se preparó para la confesión casi como si participara de un ritual religioso.

—Tuve un amorío con un subalterno de Pepe. Y un asunto con otro, un galanteo que no llegó a nada más. Unas cartas, una correspondencia —susurró Remedios agitada.

—Ay, mi querida, me lo imaginaba. Es que además es evidente. ¿Cómo ibas a aguantar tanto abandono por parte de tu marido? Cuéntame todo, ¿él no sabe nada no es cierto?

—Te lo ruego, Angelita, Pepe no tiene idea. Es más, le acabo de mandar una esquela amorosa.

—Perfecto, ¿qué le has puesto?

—Algo así como «amado esposo de mi corazón», y le describo que Merceditas y yo estamos bien de salud, que cuento los días desde que se fue, que a la noche sueño con él, y que cuando me despierto sola, las lágrimas inundan mis ojos como un torrente. Le pregunto por el frente de batalla, si ha salido herido, y que se haga un tiempo y me escriba, que no sea ingrato.

—Está muy bien. ¿Y en qué ha quedado el asunto con los jóvenes soldados?

—Todo terminado. La carta que le mandé a mi marido es verdadera, esos sentimientos son auténticos. Te juro, Angelita, que lo hecho de menos. Lo más extraño de nuestra relación es que cuando estoy con él me embarga una enorme tristeza. Y cuando lo tengo lejos, mi amor y mis ganas de estar junto a él renacen.

—Por supuesto que te creo, Remedios. Y te juro que nada de lo que me has contado saldrá de mi boca.

Remedios abrazó a su amiga para sellar la complicidad del secreto. Volvieron a tomar sus tazas y eligieron, cada una, una torta frita. La conversación transcurrió de tema en tema. Los silencios entre ambas eran inexistentes. Debían ponerse al día luego de meses de no saber una de la otra.

Hasta que llegó la hora de retirarse. Remedios se levantó y se despidió de su amiga. Prometieron volverse a ver en unos días. Se besaron en ambas mejillas.

—Ah, antes de irte, ¿sabes quién estuvo dos días en Buenos Aires? Monteagudo. Pero casi no se vio con nadie. Partió con celeridad a Mendoza, a ver a tu marido. ¿No te enteraste?

Remedios se puso lívida. Por supuesto que desconocía la noticia. Había dejado de pensar en Bernardo Monteagudo hacía rato. Desde la última vez que lo había visto habían pasado varios años. ¿Cómo era posible que viajara a ver a San Martín? ¿No estaban, acaso, en las antípodas, no eran adversarios? No iría a contarle de sus encuentros pasados... La desesperación retornó a su cuerpo todo. No podía sucederle semejante desgracia. Justo ahora que deseaba con toda su alma volver a ver a San Martín para recomponer aquel amor tan diluido.

* * *

El clima no lo ayudaba. El frío seco de la montaña, además de la exposición constante a la intemperie y la eternidad blanca de esa nieve que iba y venía, hacían que San Martín, cada tanto, sintiera que perdía el conocimiento. Conocía casi de memoria el camino escarpado de las rocas. Era la cuarta vez que cruzaba esas altas cumbres. Él y sus hombres habían derrotado al ejército realista en la batalla de Maipú. El Plan Continental lograba afianzarse poco a poco. La liberación de Chile, lograr desembarcar en tierras peruanas, la independencia de América. Sus sueños ulteriores se transformaban en la concreción por la que tanto había luchado. Y luchaba.

Montó su borrico y varios de sus hombres más confiables iban detrás. Giró la cabeza cubierta con su infaltable falucho y la cobija que le rodeaba el cuello, y vio que el camastro iba bien atado sobre el lomo del burro que lo seguía. En varias oportunidades se habían visto obligados a postrarlo sobre ese improvisado cuero amarrado con tirantes a dos sólidos troncos, que oficiaba de sosiego para los dolores cuando eran imposibles de tolerar.

El general hizo fuerza con la mandíbula para no temblar. No quería que sus subalternos lo vieran flaquear. Exponer que el frío le calaba los huesos era una demostración de debilidad. Intentaba dominar su cuerpo con la mente. A veces lo lograba, otras no. Sin embargo, era tal el respeto que el ejército sentía por su jefe, que eran incapaces de aceptar sus fisuras. La ropa chorreaba agua, y el estado febril que tenía hacía semanas no le permitía respirar con facilidad.

El camino hasta Mendoza parecía interminable. Pero más largo se le haría la reiterada sucesión de postas hasta Buenos Aires. Por centésima vez reclamaría apoyo económico al gobierno para iniciar la travesía al Perú. Esperaba que en esta oportunidad su reclamo fuera escuchado. Pueyrredón prometía pero luego se deshacía en excusas. El general no podía entender por qué sus pedidos nunca eran retribuidos. Era inconcebible que otros asuntos fueran más importantes que la libertad de América. Las razones que le daban no le satisfacían. ¿Cómo podía ser que unas luchas intestinas, unas peleitas entre gobernaciones hermanas, fueran de mayor envergadura que la emancipación del continente?

Las patas de los animales flaqueaban de tanto en tanto. El general les exigía al máximo. Sabía que arriesgaba demasiado pero quería llegar cuanto antes a la primera parada. Necesitaba reponer la provisión de medicamentos. Su salud no aguantaba. Y no sólo la de él. Sus hombres y los animales en que se trasladaban padecían el frío y el hambre. Por momentos dudaba de sus actos. ¿Valdría la pena semejante desgaste? ¿Podría cumplir con todas sus promesas? Al rato volvía a alinear sus ideas y las dudas que lo acosaban se derrumbaban como un alud. Esos incansables traslados lo hacían pensar. A veces los pensamientos eran reveladores.

Aún faltaban varias semanas para llegar. Había tenido que prometerle a Remedios que apenas pisara suelo de Buenos Aires, correría a verla. No podía concebir la levedad con la que las mujeres tomaban los asuntos de la vida. Su «amada esposa», así había firmado el sinfín de cartas que le había escrito, reclamaba su presencia y le había confesado que la infanta Mercedes extrañaba a su padre. En una esquila veloz y escueta le había respondido que las buscaría a principios de mayo y las llevaría con él. Remedios había insistido tanto que resultó imposible negarse. Además, quería ver a su hija. Se le había olvidado su cara.

A su llegada, lo indispensable y principal sería la reunión con el Director, algunas semanas más para organizar el viaje que podría complicarse con el frío, y el regreso a casa. Su mujer no lo sabía pero él sólo se detendría unos pocos días en su finca de Los Barriales junto a ellas. El plan era inamovible: emprendía un nuevo cruce. Su propósito era afirmar el poder de O'Higgins en Chile, que había ido debilitándose por algunos grupos opositores. Los traidores no sólo habitaban territorio bonaerense. Y también debía comenzar a diagramar la campaña al Perú.

* * *

El 11 de mayo había amanecido húmedo y gris. Envuelto en el silencio del alba y la discreción que le había solicitado al Director Supremo, San Martín entró en la ciudad. Había preferido un arribo sin fanfarrias y celebraciones. Los motivos que lo traían a este lugar en el mundo tan poco habitable para él eran bien concretos: soporte económico, víveres, hombres. En una palabra, venía a la busca, y en persona, del cumplimiento de las promesas del gobierno de Buenos Aires. Y cuanto antes se reuniera con Pueyrredón, mejor.

Era temprano para desensillar en el Fuerte. Estaba seguro de que los despachos estarían vacíos. Estos hombres no eran como él y los suyos. Los asuntos se manejaban de otros modos en la ciudad. No le quedaba otra alternativa que detenerse en lo de Escalada. El general torció el labio derecho en una sonrisa imperceptible. Le causaba gracia que, al fin y al cabo, su esposa se saliera con la suya. Sin proponérselo, la primera parada al pisar la ciudad sería la casa de sus suegros. A José le asombró el poder femenino...

Juan Manuel le abrió la puerta. La casa se encontraba en la mansa quietud del despertar del día. San Martín fue detrás del sirviente, hacia la cocina. Con un cálido recibimiento le ofrecieron un desayuno contundente que le fue imposible rechazar. La gente del servicio de los Escalada apreciaba por demás al marido de la amita Remedios. En las breves estadas en Buenos Aires era de lo más común ver al general en la cocina, tomando unos mates con la cocinera y sus ayudantes.

Y en el medio de la conversación apareció Tomasa. Al verlo, su mirada viró por completo.

—Buenos días, José. ¿Recién llegado?

—Sí, doña Tomasa. Ha sido un viaje muy largo pero ya estamos aquí. No quise molestar a mi mujer, es demasiado temprano.

—Muy considerado de su parte. Pero creo que ya se han levantado. Merceditas está enorme y ya se pone inquieta.

—Claro, faltan tres meses para que cumpla dos años.

—Es un encanto la mocosa, tan despierta —terminó de acomodar la pava, el mate y el plato con la galleta recién horneada sobre la bandeja, y sin mirarlo, concluyó—: Seguro que cuando lo vea, se larga a llorar. No lo va a reconocer.

Salió de la cocina y desapareció de su vista. San Martín quedó en silencio. Su amable compañía se levantó de la mesa y comenzaron con los quehaceres habituales. La entrada de Tomasa había señalado el tiempo de las obligaciones. Intentó quitarse el fastidio de encima y se dirigió a las habitaciones. Ni siquiera llegó a entrar al cuarto de Remedios. Ella salió como una tromba en busca de su marido. En camisón y con la cabellera suelta y desgredada, se le tiró a los brazos. San Martín la abrazó durante un largo rato. La delicia del olor de su piel obligó a que sus ojos se cerraran. Era único. Y ahora que lo percibía de nuevo, se daba cuenta de la falta que le había hecho. Metió sus manos enormes entre los rulos negros de ella. La suavidad de la pelambre acarició su piel áspera como un ungüento reparador. Remedios lo besó y lo volvió a besar. Lo tomó de la mano y lo obligó a ingresar a sus habitaciones. En la cuna y de pie, tomada de los barrotes, estaba Merceditas. Debajo del largo camisolín blanco irrumpían dos piecitos regordetes. Al ver a ese desconocido, la niña comenzó a sollozar y zapatear sobre las cobijas.

—Pero, niña, ¿qué son esas maneras de recibir a tu padre? —se rio Remedios y la levantó de la cuna.

El general se acercó a los brazos de su mujer y miró bien de cerca a su hija. Era preciosa, como todas las niñas. Estiró sus brazos para tomarla, y Merceditas se apretó contra su madre. Y a José se le encogió el corazón.

—No te preocupes, mi querido. Se acaba de levantar, tal vez haya tenido un mal sueño. Ya se volverá a acostumbrar, es que hace tiempo que no te ve. Tienes que entender, es una niña.

En la puerta estaba Tomasa, con el biberón caliente de su nieta. Sonrió socarrona, con la mirada fija en su yerno. Había observado toda la escena.

* * *

A los pocos días de su arribo, el general se mudó a la chacra de Pueyrredón, en San Isidro. El Director Supremo prefirió que tan importante reunión se llevara a cabo a puertas cerradas, en su propiedad. Así fue que, con la celeridad correspondiente, uno de sus lacayos cursó las invitaciones a San Martín y otros miembros de la Logia.

Fueron llegando hasta que desensilló el último. En principio, Pueyrredón supuso que pasarían allí sólo unos pocos días, pero no sucedió así. Sin darse cuenta, la estada

fue más larga de lo planeada.

Se discutía de todo pero el tema favorito era el futuro de los acontecimientos y las estrategias a seguir. El general reiteró, sin importarle el cansancio que pudiera causarles, las necesidades de vida o muerte a las que estaban sometidos él y sus soldados, tan lejos de casa. Algunos asintieron a sus pedidos, otros impusieron otras prioridades. Las jornadas parecían durar menos de lo que el paso del tiempo marcaba en la realidad. Tan bien lo pasaban. Pero cuando comenzaba la caída del sol, San Martín recordaba que tenía un cuerpo marcado por los dolores. Soportaba con hidalguía las horas del día. Las actividades, el intercambio constante con los caballeros lo ayudaban a distraer de la mente la aparición de sus debilidades. El atardecer y la noche eran nefastos. Lo único que lograba contener su sufrimiento físico era el uso de opio y de láudano.

La quinta noche que Pueyrredón fue testigo de la ingesta que hacía su amigo, no aguantó más y lo increpó.

—Perdone que me meta adonde no me llaman, pero me parece conveniente que abandone el opio. No le hace bien, no digo nada nuevo. Ya sabemos cómo termina este asunto.

—Le doy gracias por el consejo, Juan Martín. Pero le aseguro que moriría si lo dejo. El dolor me está quitando la vida, hermano.

—Pero es que no puedo verlo en estas condiciones. Que no lo vean así, no sería bueno para la campaña. No tiene buena cara.

—No soy el portador de la buena cara, ése es Bernardo. Pero estoy bien, no se preocupe. No será de reuma o úlcera que moriré, eso se lo aseguro. Y le prometo que sólo lo tomaré en los accesos de mi fatiga, nada más. Le doy mi palabra de honor.

Pueyrredón confió en sus dichos. Tragó de un saque el resto de vino que le quedaba y se levantó para ir en busca de un poco de reposo. Era pasada la medianoche y el cansancio se le hizo evidente. El general prefirió quedarse en la galería de la quinta, a pesar del frío. Se acomodó el poncho sobre la espalda y despidió a su consejero.

Un día antes del regreso, se establecieron las obligaciones del gobierno. San Martín al fin conseguía que el Directorio le prometiera una suma de 500 mil pesos para sostener los gastos de la expedición del Ejército Unido al Perú. Además, le entregaban el bergantín *Maipú*, con más de cien marineros a bordo, con destino a las costas chilenas. No era toda la ayuda que necesitaba, pero tal como venían las cosas, podía darse por conforme. Su estado de ánimo había cambiado radicalmente. Durante la estada se había dedicado a alegrar a sus compañeros. Era él, indefectiblemente, el artífice del humor durante las largas conversaciones diurnas. Nada le gustaba más que hacer reír al Director Supremo con el relato interminable de anécdotas hilarantes de su vida. Y lo había logrado. Pero el logro más contundente de esta reunión era el apoyo incondicional que Pueyrredón y los miembros de la Logia entregaban al general. Tenía la sensación de que volvía con la tarea cumplida. Ahora sí podía

regresar a sus pagos con la frente en alto.

* * *

—¿Para qué te vas, m'hijita? Ya sabes a lo que te expones en Mendoza — sentenció Tomasa. Madre e hija mantenían el último diálogo antes de partir junto a su marido y la pequeña Mercedes, rumbo al hogar cuyano.

—¿Por qué me lo haces tan difícil, mamita? Si tú sabes que debo seguir a mi esposo, en las buenas y en las malas.

San Martín entraba y salía de la casa, fiscalizaba el estado de los carruajes, que todos los arcones se hubieran colocado en su sitio, que los caballos estuvieran bien alimentados e hidratados ya que la primera posta distaba a varias leguas de allí. Sabía que Remedios conversaba con su madre a puertas cerradas. Era imposible escuchar lo que decían, aunque él se jugaba la vida que sabía cuáles eran los asuntos que se discutían allí dentro.

Jesusa había golpeado, pero nada. Incluso Antonio había querido entrar a su despacho y todo había sido inútil. Ni siquiera a él le permitieron la entrada.

—¿Pero de qué buenas me hablas? Ese plebeyo no es otra cosa que un escalador, ¿es que no te das cuenta, Remedios? No tienes nada que hacer en esa casucha horrenda de Mendoza, sola y desamparada. ¿A qué te vas? Dime, ¿para qué te recluyes en ese páramo? Quédate aquí, hija. Ésta es tu casa, tu gente, lo que te corresponde.

—No puedo, madre. Quiero volver a mi casa con mi esposo y mi hija. Quiero vivir mi vida, necesito alejarme de acá.

—¿Pero de qué te escapas, Remedios?

Miró por la ventana, queriendo evitar la mirada escrutadora de su madre. Temía que le descubriera sus secretos, y que eso, inevitablemente, la llevara a una tragedia. Ni siquiera se sentía preparada para un drama. Estaba aterrada. Tenía miedo de que sus propios temores se hicieran realidad y que la pequeña vida que había logrado construir, se le derrumbara. Debía escapar de Buenos Aires. Todos sus fantasmas revivían en esa casa. Tenía la certeza de que en Mendoza, alejada de su familia y su historia, podría ser feliz.

Salió del despacho de su padre y se dirigió a sus habitaciones. Observó con detenimiento las paredes. Los cuadros que lo adornaban estaban intactos. La cama aún deshecha, la cuna de Merceditas toda revuelta. Los baúles ya habían sido colocados en el carro destinado al equipaje. No llevaba mucho. En el ropero quedaban varios de los vestidos que su madre le había confeccionado para recibirla. No podía llevárselos consigo a Mendoza, pero sí había sido intransigente en llevarse el ajuar que Tomasa le había preparado a la niña. Eso estaba bien guardado en uno de los arcones, sin que su marido tuviera ni la más mínima noticia.

Buscó a su padre. Quería despedirse. Fue de habitación en habitación, hasta que

lo encontró en el patio, sentado con una cobija sobre sus hombros.

—Tatita, ¿qué haces aquí? Te vas a morir de frío.

—No, mi querida. Me gusta estar un poco solo.

—A mí no me mientas. Te viniste acá porque estas triste y no quieres que yo te vea.

—¿Estás segura de irte, Remeditos? —y la muchacha se arrojó a los brazos del padre.

—Por la única persona que no me movería ni una legua es por ti, mi Tatita adorado. Pero entiendes que yo debo armar mi vida, con mi marido y mi hija, como la que armaron ustedes, ¿no?

—Sí, m'hijita, tienes razón. Es la ley de la vida —y perdió la mirada en los baldosones blancos y negros del piso. No quería aceptar las contradicciones que lo embargaban. Sentía que se había equivocado, que el matrimonio de la luz de sus ojos con ese soldado no había sido una buena decisión. Aquella negociación que se había llevado a cabo hacía casi seis años no resultaba, al fin y al cabo, lo que él había soñado. Ahora se arrepentía de haber mezclado la ambición con la felicidad infructuosa de su hija. Se sentía un vil mercader.

—Vamos, Tatita. Me quiero despedir de mamita, y de Maruja y las chicas.

—Muy bien, mi querida. Yo te alcanzo para la despedida final.

Remedios repartió besos a todas las mujeres de su familia, menos a Encarnación que viajaba con ellos. Tomasa y Maruja habían insistido con que la joven acompañara a su tía adorada a esas tierras. Pasó por la cocina y se fundió en largos abrazos con cada uno de los sirvientes de sus padres.

San Martín la esperaba dentro del carruaje, con Jesusa, Encarna y Merceditas bien provistas de abrigo. Los primeros días de julio dejaban ver que el frío que se avecinaba sería muy duro.

Cerró bien su chaqueta, se calzó los guantes y subió a la galera asistida por Juan Manuel. Al sentir que la señora ya estaba bien acomodada, el conductor sacudió las riendas y gritó a los caballos para que emprendieran el viaje. Remedios sacó su cabeza por la ventanilla y saludó con su pañuelito amarillo bordado. El mismo con el que se había despedido hacía unos años. La escena se repetía, pero esta vez sumaban una hija. Y muchas cosas vividas. E innumerables tristezas. Una vida completamente diferente de la que había imaginado.

El carruaje y su comitiva partieron sin grandes ostentaciones. Atrás, en la puerta, quedó Tomasa, flanqueada por su marido y la hija mayor de éste. Remedios permaneció con la vista pegada a las rejas de las ventanas de su casa hasta que los caballos torcieron el camino. Giró la cabeza y observó a José. No tenía buena cara. Vislumbró un brillo extraño en sus ojos.

—¿Qué te pasa, Pepe? No pareces muy contento con nuestro regreso.

—Para nada, Remeditos. Lo único que quería era salir de Buenos Aires.

—Pues no lo parece. Estás ajeno, te siento muy lejos —sabía que era mejor

mantener el silencio, pero no le resultaba fácil. No le gustaba el estado en que se encontraba su esposo.

—¿Para qué te voy a explicar? Son asuntos que no te competen, mujer.

—Pruébame, no me subestimes.

—Ay, chiquilla, cuánta inocencia. En fin, a ver, tengo altísimas preocupaciones; sólo llegar y partir rumbo a Perú, además me vengo a enterar de que en Cádiz se apresta una expedición para reforzar al ejército realista. Y mis hombres de mayor confianza se chucean entre ellos. ¿Será posible que mi lancero sea el instigador de dichos contra O'Higgins y Monteagudo? ¿Por qué tendré que aguantar que me jodan la vida de esta manera?

El nudo en el estómago de Remedios la torció hacia adelante, aunque logró disimular gracias al traqueteo de la diligencia. El grito ahogado se lo atribuyó al bamboleo.

—Te has puesto pálida, mujer. ¿Qué pasa?

—Nada, debe ser el movimiento de esta carcasa. Siempre me han mareado estos viajes —respondió con una sonrisa para disimular la falta de aire.

El general la perforó con sus ojos renegridos. Ella mantuvo los suyos con un esfuerzo inmenso.

—¿Has visto? Si no entiendes nada. ¿Para qué te voy a contar asuntos, que lo único que logran es ponerte nerviosa? Mujercita, mejor ocúpate de tus cosas, y yo de mis soldados.

Remedios giró la cabeza y cerró los ojos con lentitud. De a poco, recuperó la respiración. ¿Por qué, justo en este momento, José nombraba a Bernardo? ¿Le habría confesado algo a su marido? Era poco probable, pero ¿quién podía asegurárselo? Se acomodó contra una almohadilla de terciopelo, para dormir. A pesar de que tenía los ojos cerrados, sentía a San Martín con la mirada puesta en ella. La sensación era inconfundible.

CUARTA PARTE

Verdad y muerte

(1819-1824)

Capítulo I

Al general no le quedó otra alternativa que instalarse en su casa mendocina. Había especulado con dejar a su mujer e hija, y a las horas partir rumbo a El Plumerillo en pos de organizar los últimos menesteres para enfilarse otra vez hacia las altas cumbres. Pero esto no pudo ser. La cordillera estaba cerrada, las heladas eran persistentes. Estaba obligado a esperar a que la temperatura subiera un poco; algo para nada habitual en los últimos días de julio. Incluso en el caserón el frío intenso se hacía sentir. Desoyendo las decisiones de su esposo, Remedios ordenó que se calentaran todos los cuartos. Merceditas se había enfermado los últimos días del viaje, además del catarro constante que sufría ella. Al fin, la casa pareció recobrar algo de vida tras los eternos meses de mínimos movimientos. La servidumbre se arremangó y puso manos a la obra. Los postigos se abrieron de par en par, los leños alimentaron los fuegos de la cocina, la sala y la habitación de la menor, y Remedios desempacó el equipaje. Y la fiel Jesusa fue la encargada de Merceditas.

Luego de guardar el último trapo, Remedios se acercó a la ventana y perdió la mirada sobre la vista que se abría tras el cortinado. Desde afuera le llegaba el sonido de los pájaros y de adentro, la incipiente conversación de su hija con todas esas personas nuevas para ella, que le prodigaban una atención inusitada. José se había encerrado en su despacho, como siempre, en busca de tranquilidad. Remedios prefirió reencontrarse con su casa, sus cosas, el jirón de vida que había abandonado allí luego del regreso al hogar maternal. De alguna manera, sentía que aquí podía guarecerse, proteger sus pensamientos o sus actos, de la mirada inquisidora de su madre. Podía tomar sus propias decisiones sin dejar pruebas que obligaran a sus familiares a opinar acerca de todo. Se sentía libre; aunque sabía que la soledad cuyana podía ser mala consejera.

La sala estaba intacta, como si no hubiera transcurrido ese año sin ella. El servicio había cuidado de que todo mantuviera su lugar. La niña corría por las habitaciones como una tromba. Remedios sonrió imaginándola, investigando cada rincón, como si recién los descubriera.

Julia entró en la sala, cargada de sobres sellados. Estaba contenta de que su patrona estuviera de regreso en la casa.

—Doña Remedios, tengo correspondencia para usted. Ya le entregué al señor una enormidad de cartas, y acá tengo otra cantidad a su nombre.

Quedó perpleja con la novedad. Le parecía extraño que ya le hubieran escrito desde Buenos Aires. Se preguntó qué podría haber pasado.

—Hace una semana que, todos los días, recibimos estas esquelas. Se las guardé para cuando llegara.

—Has hecho muy bien, Julia.

Remedios tomó el fajo atado con una cinta negra. Ahora la intriga era enorme. Cada sobre tenía su nombre con una letra cuidada, de poco ornamento. Abrió la

primera y fue directo a la firma. La ganaba la curiosidad. El artífice de tales esquelas no era otro que Joaquín, el escolta con quien se había despedido de Mendoza. Julia observó la palidez de su patrona y se le acercó unos pasos. Remedios agitó su mano izquierda y la despidió. No quería que la viera en ese estado. Con presteza volvió a su cuarto. Corrió al *secrétaire* y presionó la hendidura debajo del costado derecho, y con un golpe seco se abrió el pequeño cajón secreto. Allí guardaba toda su vida: las primeras cartas que había recibido de manos de Pepe, dos de Bernardo, unas pocas de Gregorio Murillo, además de las de sus padres y su hermana Maruja. Su corazón apuró el ritmo. Encima de las que ya reposaban en su escondrijo, colocó las nuevas. Prefería leerlas con tranquilidad, sin testigos peligrosos merodeando. Sin la presencia del dueño del mayor peligro: su esposo.

Se escuchaba el taconeo cortito de los pasos de Merceditas. La niña estaba feliz y lo hacía notar, a pesar del resfrío. La casa se había revolucionado con la presencia diminuta de la infanta mendocina, como la llamaba su padre.

—Remeditos, acércate a mi despacho por favor —se escuchó la voz del general.

La gravedad del tono la volvió a la realidad. Pasó sus manos por los frunces de la falda, tomó aire y cerró los ojos. Intentó que esos segundos limpiaran las opacidades que intuía, cubrían su rostro. Se aproximó despacio y desde el marco, y con los brazos en jarra, le clavó la mirada preguntándole qué necesitaba.

—Por lo que veo, no podré trabajar en paz en esta casa. Entre todas las cartas que he respondido, le he pedido a Tomás que le solicite al padre Bauzá que me apronte Los Barriales cuanto antes. Será por el bien de todos. Y de allí partiré con mis hombres nuevamente.

—Me parece perfecto. No hemos querido importunarte pero la presencia de la niña, entiendo que pueda molestar.

—Sabes que adoro a mi infanta. Pero necesito concentración absoluta y acá no lo lograré. Se vienen tiempos imposibles. Y para peor, entre las cartas, me llegó una de Buenos Aires, desestimando el dinero que me habían prometido. Es una catástrofe. Tendré que ver de dónde arranco alguna ayuda. Me tienen hartos esos mierdas.

Remedios se dio cuenta de que era imposible hacerle cambiar de opinión. La liberación de Perú era la nueva amante de San Martín; y motivo más que suficiente para dar un paso al costado. Otro más.

* * *

Aprovechó la soledad y el silencio de la siesta para encerrarse en el despacho de San Martín. Su hija dormía, los criados descansaban y el general había abandonado la casa. Tomó la pluma y ensayó unas líneas sobre la cuartilla. No le gustaron, le parecieron por demás intrascendentes. Pensó unos momentos y volvió a intentarlo. Entonces sí. La respuesta al sinfín de esquelas de Joaquín le pareció la correcta. Aquellas confesiones masculinas que había leído una y otra vez le habían colmado

los días. El retiro de su marido fue suplantado en el acto por la lectura recurrente y la imaginación frondosa de la muchacha. Recién esa tarde se decidió a responder al galanteo. «Total, no tengo nada que perder», se convenció Remedios.

Joaquín le había contado que había sido ascendido a alférez gracias a su buen desempeño en las batallas. Y que en breve sería nuevamente trasladado a Mendoza, hasta que su jefe decidiera su destino. No veía la hora de volver a la guerra, escribía; pero no sin antes encontrarse con ella. Con pocas palabras respondió al pedido del joven. A pesar de que su marido y sus camaradas se hallaban lejos de allí, debía guardar todo tipo de reparos. Siempre podía aparecer alguna persona atenta a la conspiración, o disponible para las intrigas. También debía ser cauta a la hora de elegir un cómplice. Necesitaba que fuese una amiga fiel que no la delatara ante ninguna circunstancia. No lo dudó, Laureanita era la persona perfecta. Ella iba a ser la receptora, quien llevara y trajera la correspondencia antes de que se concretara al fin el encuentro, si luego existía alguno.

Así, con ese pequeño engranaje perfectamente armado, Remedios comenzó una intensa conversación por escrito con su nuevo amigo íntimo.

A las semanas, ella y Laureanita se enteraron de que en pocos días Joaquín arribaba a Mendoza. Luego de algunas deliberaciones, organizaron de qué manera podían lograr el encuentro: Laureana le entregaría la última esquila al soldado a una hora señalada en la zona de extramuros, cerca de aquella tienda donde habían encontrado los materiales de la bandera. Era el lugar adecuado, ningún conocido transitaba esas calles. Allí aprovecharía Remedios para espiarlo desde adentro, guarecida por los paquetones de telas. Y si todo salía como las amigas imaginaban, la casa de Laureanita sería la elegida. Con la excusa de visitarla, Remedios dejaría a su hija al cuidado de sus criadas y pasaría unas horas con Joaquín sin despertar sospechas. Olazábal estaba combatiendo en el sur de Chile, y Laureana podía esconder a Remedios y su festejante.

* * *

El primer encuentro en lo de Olazábal fue puro tanteo. Los protagonistas desplegaron sus talentos y se sedujeron de a poco, como en una danza lenta. Daban un paso y se detenían para observar la reacción del otro. A Remedios le gustaba coquetear despacio. Sabía que tarde o temprano el soldado sucumbiría en su red. Para estas lides no usaba la ansiedad. Era mucho mejor así, con lentitud, disfrutaba de cada movimiento. Y Joaquín no se quedó atrás. A pesar de su juventud, era muy seguro de sí y le divertía inmensamente observar las estrategias amorosas de la señora. Ella jugaba a ruborizarse y él insistía con la mirada turbada ante su cuerpo de mujer.

Las sacudidas de su abanico intentaban paliar el calor desmedido que sentía, que más que por la temperatura de las habitaciones de su amiga, era por el deseo acumulado que la embargaba.

Pero el tiempo corrió sin darse cuenta y no era aconsejable despertar sospechas en su casa. Además, la tarde ya mostraba sus últimos resquicios de luminosidad y no quería volver sola por las calles envueltas en sombras. Las ganas de ambos, de esta manera, crecieron como una llamarada. Remedios se acercó al soldado y a modo de despedida, pegó su cuerpo al de él y con su boca sobre el oído, le susurró sus ganas de verlo al día siguiente a la misma hora y en el mismo lugar. Sin aguardar respuesta, giró sobre sus talones y desapareció. La agitación del joven oficial retumbó en el cuarto vacío.

Al rato apareció Laureanita para confirmar la cita. Todo estaba arreglado, cada movimiento se aceitaba con precisión matemática.

Al día siguiente y sin mediar palabra, Remedios y Joaquín, a la hora exacta y en esa misma habitación que conocían casi de memoria, recorrieron sus cuerpos enteros, partícula por partícula, como si hubieran ido detrás de algún secreto escondido. Y cuando parecían encontrarlo, probaban con nuevos territorios. En esas dos horas no dejaron nada sin recorrer. Los murmullos ahogados de ambos fueron fiscalizados en la puerta y desde afuera, por la amiga leal. Laureana jugaba el rol de guardiana, evitando las presencias indeseadas.

Así continuaron los demás días de la semana, con una puntualidad británica. Remedios mentía en su casa y a las dos horas retornaba como si nada, con una sonrisa tenue y nueva. Los criados no preguntaban nada pero era evidente que algo sucedía. Y bastante sospechoso.

* * *

—No me encuentro del todo bien. En los últimos días me he sentido decaída —le confesó Remedios a su amiga.

Laureanita estaba de visita en su casa. Era la hora del té y la mesa parecía decorada para una fiesta. Laureana saboreó todos los dulces, no rechazó ninguno; era uno de sus placeres favoritos. Remedios, en cambio, no probó bocado. Lo único que tomó, y de a pequeños sorbos, fue un té de hierbas que había traído José desde Chile, de los tantos regalos que había recibido.

—A mí dime la verdad. ¿Pero entonces extrañas al soldado? Me habías dicho que estaba todo terminado. Y ya ha pasado más de un mes desde su partida.

—Es así, Laureanita. No fue más que eso, un cortejo, algunos encuentros y ya. No te voy a negar su despliegue, su gallardía —sonrió cómplice a su amiga—, pero fue sólo eso, un romance corto e intenso. Nada más.

—¿Entonces?

Hacía una semana que Remedios se sentía mal y lo había mantenido en silencio. No quería incomodar al servicio y no había dicho nada. Aunque no dijera palabra de lo sucedido, cuando caía la tarde la temperatura empezaba a subir. La fiebre le traía decaimiento y para evitar que los criados la vieran, tomaba un caldo —si tenía

hambre—, se encerraba en sus habitaciones y se recostaba. Por las mañanas se sentía un poco mejor. Pero las noches eran interminables.

—No sé qué tengo, pero me siento enferma.

Su amiga la observó con detenimiento. Remedios estaba pálida. Ahora se daba cuenta de que no estaba bien. La mirada de la muchacha, que siempre era vivaz y brillante, se notaba que había perdido vitalidad.

—¿Quieres que vaya en busca del médico?

—¡No! —Remedios tomó su abanico y lo sacudió con fuerza delante de su cara. Un sudor frío le había inundado el rostro y las mejillas habían perdido el color. Laureana se levantó de la silla y corrió al lado de su amiga. La sujetó por los hombros para evitar que cayera.

—¿Qué te pasa, Remedios? Estás llorando, ¿qué tienes?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y no las contuvo. Ya no tenía sentido.

—Júrame que guardarás este secreto. Te lo llevarás a la tumba.

Laureana asintió con vehemencia. Antes muerta que desleal. Jamás traicionaría a su amiga.

—Creo que estoy embarazada.

Se incorporó con lentitud y abrió los ojos y la boca al mismo tiempo. Fue en busca de la silla más cercana, la arrastró hacia la de su amiga y la tomó de las manos. No dijo palabra, se dio cuenta de que aún faltaban confesiones.

—Y no estoy segura de quién sea el padre.

Laureana ahogó un grito y cubrió la boca de su amiga con la mano. Lo que acababa de escuchar era un sacrilegio. No podía ser verdad. Remedios asintió con la cabeza.

—Sí, ya sé, parece siniestro lo que te estoy contando. Pero es así. Aún no le he dicho nada a Pepe. Está en Los Barriales y no tengo noticias de él hace semanas. La única que me trae cuentos es Jesusa. Ya sabes cómo es.

—Pero vas a tener que contarle de tu estado.

—Por supuesto. Pero necesito estar mejor de ánimo, si no se va a dar cuenta de que algo escondo.

—Estoy de acuerdo, amiga.

—¿Por qué estoy esperando un hijo de esta manera? No lo quiero, Laureanita. Ni de uno ni del otro. Detesto esta situación. La única hija que quiero es a mi Merceditas. Los demás son intrusos en mi vida.

Laureana se persignó y calló a Remedios, indignada.

—¿Pero cómo te atreves a decir algo así? Un hijo es una bendición del cielo. Es lo más importante para una mujer. Y no importa quién sea el padre. Es nuestro secreto y muere aquí. No quiero escucharte más decir semejante brutalidad. Este niño es el hijo del general San Martín y se acabó. ¿Entendido?

Con furia en la mirada, obligó a su amiga a que asintiera. Remedios sollozó bajito y abrazó a Laureana, que le acarició los rulos negros. Se secó las lágrimas, suspiró y

le prometió contener sus emociones.

* * *

San Martín recibió la correspondencia en el despacho. Esperaba con ansiedad carta de Buenos Aires, de su compañero Pueyrredón. Hacía algunas semanas que le había enviado la renuncia indeclinable al mando del ejército. Estaba hastiado de ser el juguete del gobierno y así se lo había hecho saber. Quería cubrir su honor, y con el devenir de los acontecimientos se había sentido cada vez más humillado. Las promesas de envío de fondos y sus sucesivas declinaciones le habían minado la confianza.

Había misivas de varios de sus colaboradores, pero ninguna venía de Buenos Aires. Le solicitaban que no renunciara, que no se conformara con los malos manejos de la capital, que se sobrepusiera y continuara con su plan magistral. Pero los reclamos eran de otros. Las noticias del Director Supremo brillaban por su ausencia.

Volvió a revisar entre los papeles para ver si se le había traspapelado la carta del Director y descubrió una esquela doblada que no había leído. La abrió y vio que la firmaba su esposa. Hacía tiempo que no sabía de ella. Eran pocas líneas. La leyó con velocidad. Entre los anuncios poco interesantes que le hacía, le contaba que estaba embarazada, y agregaba su débil estado de salud. Guardó el papel en el cajón y procesó la noticia. Sería padre otra vez. La novedad no lo entusiasmaba demasiado. No tendría tiempo para dedicarle a la supuesta buena nueva. Para él, la única hija que tenía era su infanta mendocina. Y hacía tanto que no veía a Remedios, que se había olvidado, casi, de ella. En realidad, no había pasado tanto tiempo; habían estado separados durante más meses en otras oportunidades, pero sus obligaciones habían tomado tal relevancia que los asuntos familiares no lo atraían en lo absoluto. Exhaló con fuerza. La noticia lo fastidiaba.

* * *

Remedios lloraba. Se sentía frágil. Ni siquiera tenía fuerzas para obligar a su cuerpo a que repeliera esa vida que crecía en su vientre. No quería ser madre otra vez. Ya estaba Merceditas, aunque tampoco podía ocuparse de ella. Desconocía lo que le sucedía. La tristeza le inundaba el alma. Su vida se desmoronaba. Era madre, tenía un esposo —algo inasible, sí—, esperaba otro bebé. Cualquiera podría acusarla de desagradecida. Pero no tenía ganas de nada.

No podía levantarse de la cama y ya eran pasadas las tres de la tarde. Así había estado durante varios días. Su hija estaba en manos de la servidumbre. Ella no podía encargarse de nada. Merceditas quería verla, pero ella no toleraba ni siquiera sus graciosos parloteos. Laureanita había estado acompañándola casi todos los días. Era

la única que sabía la verdad. Sus otras amigas se habían enterado de su estado y la habían felicitado. Remedios había forzado una alegría que no sentía y les había agradecido.

Esa tarde estaba peor que otros días. Había llorado, con interrupciones, desde temprano a la mañana. Su cómplice había llegado luego de almorzar, convocada por Julia, que había corrido hasta la casa para llamarla, preocupada por el estado de su ama.

—¿Estás peor, mi querida?

—Me siento pésimo, Laureanita. Jesusa tuvo que cambiarme las cobijas. Estaban empapadas de sudor. Las noches se me hacen interminables.

—Le voy a pedir a Julia que te dé un plato de puchero. No has comido nada —le acariciaba la mano blanca mientras hablaba.

—No tengo nada de hambre.

—No puedes seguir así, Remeditos. Debes alimentarte.

Suspiró. Cerró los ojos. No quería pelear con su amiga. La comisura de sus labios subió imperceptiblemente. Apretó los párpados, el dolor le había desfigurado el semblante. Laureana se incorporó, asustada.

—¿Qué pasa? —gritó.

Con la mirada perdida, Remedios se quitó las mantas que la cubrían. Una mancha inmensa había teñido la sábana de lino blanca. Ahogó un grito y al ver la sangre, le bajó la presión. Laureana llamó a Julia de un grito. El servicio entró a la habitación y se quedaron de una pieza con el panorama. Luego de unos segundos de congelamiento, se repartieron las tareas: Julia fue en busca del doctor, Jesusa, que había entrado con la niña en brazos, salió abruptamente y las demás muchachas fueron en busca de unas vasijas con agua y sábanas limpias.

Al poco tiempo llegó el médico y se encerró en la habitación. Las mujeres aguardaron afuera. La espera acrecentó la ansiedad que teñía el ambiente. El silencio se quebró con el chasquido de la perilla de la puerta.

—Sólo para confirmar lo que ya habéis visto, doña Remedios ha sufrido un aborto. Debe guardar cama durante unos días. Alimentadla bien, está demasiado delgada. No la veo bien —cerró el maletín y ajustó las clavijas. Le dio una medicación en mano a Laureana, saludó con la cabeza y se retiró, con Julia detrás.

Laureana entró a la habitación. Su amiga dormía plácidamente. Se detuvo a observarla. Respiraba al ritmo del sueño, de manera hipnótica. Parecía tranquila, al fin; aunque el color de su piel había palidecido más de lo normal.

* * *

El general llegó a su casa lo más rápido que pudo. La esquela que le había enviado Laureana era breve y concreta. «Remedios sufrió un aborto. Se encuentra demasiado frágil de salud», decía. El incidente había interrumpido sus obligaciones pero debía

ver cómo se encontraba, cumplir con sus responsabilidades de esposo. No había podido hacer oídos sordos, no quería despertar rumores —más de los que ya arreciaban— entre las damas mendocinas, para que luego se desperdigaran en Buenos Aires. Era el hombre más detestado entre la gente de alcurnia de la gran ciudad y no quería agregarles motivos.

Se desabrochó el cinto y tiró el sable sobre el sillón que encabezaba la sala. Jesusa se había parado a su lado y recibió la casaca azul manchada de polvo del viaje. Caminó con sigilo hasta sus habitaciones. Cada paso era demorado para así evitar el golpe de las botas contra el piso. No quería despertar a su mujer. Abrió la puerta de a poco y asomó la cabeza. Allí estaba Remedios, con la cara vuelta hacia la ventana.

—¿Los árboles están florecidos, Jesusa?

—Jesusa está en la cocina, Remedios. Soy yo.

La convaleciente giró de un golpe. Su cara delataba asombro.

—Laureanita me avisó de la pérdida.

—Hice todo lo posible pero no sé qué pasó —murmuró Remedios y clavó sus ojos en los del general. Tenía miedo de que se diera cuenta de todo, de que la verdad del embarazo le saliera por los poros.

—Tranquila, tú no tienes nada que ver en esto. No te culpes, son cosas que pueden suceder, ¿no es cierto? —dijo, firme, al lado de la cama.

Remedios sintió que sus mejillas cambiaban de color; el calor le quemó por dentro. Sólo percibía que tenía un extraño enfrente.

—¿Y qué te ha dicho el médico?

—Que en cuanto me sienta bien podré volver a hacer mi vida. Así que ya que has llegado a casa, me levanto para ocuparme de todo —se incorporó pero sintió que las fuerzas la abandonaban.

—No te veo bien, niña. No hace falta que te levantes.

Unas lágrimas de impotencia resbalaron por su cara. No quería darle ni la más mínima excusa a San Martín. Prefería evitar las recriminaciones.

—No quiero quedarme en cama, estoy cansada de dar vueltas entre las cobijas. Vayamos a la sala a tomar algo.

—¿Para qué insistes? Estás pálida, la salud no te acompaña, Remedios. A mí no me mientes.

Se levantó despacio de la cama y se sentó frente al *secrétaire*. Peinó su cabellera y suspiró ante lo que reflejaba el espejo. Si hacía un esfuerzo, podría disimular su malestar. Se colocó un poco de carmesí en los labios, ató la bata de seda fuerte en la cintura y tomó del brazo a su marido.

—No tienes excusa, querido. No me dirás que no. Una copita me hará bien.

Suspiró y la llevó a la sala. Tal vez, mientras tomaran algo, sería más fácil que su mujer digiriera la noticia de que sólo se quedaría en la casa por unos días.

Remedios se acomodó en el sillón ubicado delante del gran ventanal. Hizo sonar la campanita y Julia respondió al instante. Le pidió que les trajera el botellón de licor.

Se había sentado frente a los últimos rayos de sol que entraban por la ventana. El calor sobre su cara le daba un enorme placer. Presentía que su marido tenía algo para decirle. Una vez más. Ya no se ilusionaba con sus discursos. Era imposible que la sorprendiera con actitudes nuevas.

—Parto en breve. Tengo que llegar a fin de mes a Santiago. Y por lo que me anuncias, mejorarás cuanto antes.

Sonrió levemente y suspiró. Ya ni siquiera se asombraba por saber de antemano cuáles iban a ser las palabras de José. Hasta la capacidad de enojo había perdido. Asintió con la cabeza y tragó de a poco el resto de licor que le quedaba.

Capítulo II

Remedios dio vueltas por toda la casa. Hasta se asomó en la cocina para confirmar, al fin y al cabo, lo que imaginaba. San Martín había partido sin avisarle. Se había retirado sin siquiera despedirse. Ni de ella ni de la pequeña Merceditas. Volvió al despacho al que había entrado de pasada, para controlar qué papeles había llevado consigo. El silencio era irrefutable; el olor a cuero, tan característico del general, dominaba las habitaciones. Caminó hasta el escritorio, mantenía el orden de siempre. Apilados, encontró los libros de consulta de San Martín, sus favoritos, aquellos que necesitaba tener siempre a mano, que releía continuamente y citaba cuando la ocasión lo valía. Sobre las cuartillas de papel descansaba una esquila doblada con prolijidad, con el nombre de ella escrito en tinta negra. Aterrada, la tomó y abrió. Miró las palabras por arriba y le recordaron una fila de hormigas. Luego empezaron a cobrar sentido.

En las pocas líneas que le había escrito, su marido le recomendaba que retornara a Buenos Aires, que sería mejor para su salud, que la fragilidad a la que había llegado luego del aborto iba a ser mejor tratada en lo de sus padres. Le encomendaba sus saludos, y firmaba José de San Martín. Cuidadosa, apoyó su cuerpo delgado sobre la silla. En principio la propuesta de su marido le pareció extraña. ¿Cómo no se lo había dicho él mismo? ¿Por qué le daba órdenes por escrito? Volvió a leerla para ver si encontraba un indicio que develara alguna verdad oculta. En realidad, José tenía razón al decir que aún estaba un poco débil. Pero encontrar la solución sugiriéndole que se fuera a Buenos Aires era una excusa vil. Cargó la pluma en el tintero y se dispuso a responderle. De ninguna manera se iría de la casa. Ése era su hogar y allí se quedaría. Hasta el final. Sin rodeos y concreta, escribió:

«Agradezco tus inquietudes, pero prefiero quedarme en mi casa mendocina. Espero no complicar demasiado tus asuntos. Acá, tu hija y yo, estamos espléndidas.

Tu esposa, Remedios»

El esfuerzo la había agotado. Necesitaba volver a recostarse. Con la poca energía que le quedaba fue en busca de Jesusa y le entregó su nota. Le ordenó que averiguara el paradero de su esposo y pagara un chasqui para que se la hiciera llegar. Y cuanto antes. No quería demorar ni un minuto más. Merceditas corría por la sala como una tromba. Le tiró un beso con la mano y enfiló hacia su dormitorio. Había perdido el apetito.

* * *

La boca del estómago se le encogió. Parecía dominada por un nudo imposible de desatar. Las puntadas la doblaban de dolor. No podía ser verdad lo que acaba de escuchar. Miró fijo a Laureanita en busca de alguna solución. Los ojos se le salían de las órbitas. Tomó aire con fruición. Le pareció que faltaba oxígeno en el ambiente. Se paró, y temblorosa, fue hasta su *secrétaire*. Abrió los cajones y encontró, debajo de los pañuelos, lo que buscaba. Quitó el taponcito e inspiró profundamente la esencia de lilas que guardaba entre su ropa blanca. El olor pesado la mareó y trastabilló. Laureanaapuró el paso y llegó a sostenerla.

—Gracias, no te preocupes, ya estoy mejor —la tranquilizó Remedios—. ¿Estás segura, Laureana? ¿De dónde lo has sacado?

—Ya te dije, me lo contó Olazábal en la última carta. Lo escuchó una de las noches en el regimiento, como quien no quiere la cosa. Estaban alrededor del fuego y uno le confió a otro que la mujer del general andaba con un soldado. Mi marido andaba por allí y oyó el chisme.

—Querida, ¿cómo se puede ser tan inmundo? Tú sabes que yo no ando con nadie —entre sollozos puso sus manos sobre los hombros de su amiga.

—Ya lo sé, Remedios. El problema es que se corre el rumor. Y creo que llegó a oídos de Pepe.

—¿Cómo me dices eso? No me asustes, Laureana.

—Hace unos días, tu marido castigó a dos hombres. Los peló y mandó al exilio. Los desterró. Ya sabes lo que eso significa. El peor de los castigos. A Murillo y Ramiro. ¿No te parece sospechoso?

El miedo la dominó por completo. Revolvió entre los calzones y encontró lo que buscaba. Introdujo la diminuta llave, empujó el panel y se abrió el cajón secreto. Allí estaba la pila de cartas atada con la cinta de seda púrpura. Suspiró aliviada.

—¿Qué es eso? —miró, curiosa, los papeles apilados.

Remedios estiró la mano y le entregó las cartas a su amiga. Laureana las abrió de a una y con la velocidad de un rayo las leyó. Sus ojos iban del papel a los ojos de Remedios. La ansiedad la carcomía. Entendió el porqué de sus nervios.

—Mi querida, no lo puedo creer. ¿Cómo no me has contado toda la verdad? ¿Con Bernardo? Tú estás loca. Porque los soldaduchos, vaya y pase. Pero Monteagudo. Chica, debes tener más cautela que nunca.

Los gemidos de Remedios se hicieron cada vez más fuertes. Laureana la tomó por la cintura y le clavó los dedos. Con la cara repleta de furia, la calló.

—No seas tonta. Son sólo rumores de unos cuantos idiotas, nada más. Lo niegas todo, ¿me escuchas? —le gritó.

Remedios tragó el sollozo y asintió. Su amiga tenía razón. La cabeza se le partía. No quería ver a nadie, y menos que la vieran en ese estado. Así se lo hizo saber a Laureana, quien se dirigió rumbo a la cocina a prepararle una tizana caliente.

* * *

Los dolores no lo dejaban dormir. Ni siquiera el opio lo calmaba. Esta vez había sido demasiado. Hacían un alto para descansar, y a las cinco de la mañana retomaban el camino nuevamente. El general había intentado por todos los medios seguir a caballo, pero el ataque de reuma era brutal. Pero por suerte tenían el camastro, que había resultado de utilidad. Detestaba mostrarse así delante de sus hombres, pero no podía seguir de otro modo. Las circunstancias anunciaban que no estaba en condiciones de seguir con la peripecia, pero como todos ya sabían, la tozudez de San Martín era grande y nadie podía recomendarle lo contrario. Podía ser castigado. Y los castigos ejecutados por él podían ser feroces, llegando incluso a la destitución y humillación pública.

No podía moverse a raíz del dolor. Los huesos le perforaban la carne. Así se sentía. Y ahora que no era trasladado en el camastro, peor. Ya no podía distraerse con la visión del camino ascendente. La vista la tenía fija en los resplandores que iluminaban el negro del cielo. Los sonidos de la montaña recreaban una canción por él ya conocida. Los crujidos se repetían noche tras noche; el canto de los animales, el viento, las piedras que acariciaban la tierra. Y sobre el estrépito de la Naturaleza, escuchaba el sordo rumor de algunos soldados que elegían mantenerse en vela en esas pocas horas de reposo.

Aún faltaban varias leguas para llegar a Curimón, sobre la ruta de Uspallata. La impaciencia lo dominó casi por completo. Necesitaba llegar cuanto antes. Había recibido la confirmación de que se aprestaban veinte mil realistas en Cádiz rumbo a Buenos Aires. Eran pésimas novedades. Debía pensar alternativas para continuar con el plan de la expedición al Perú. Estaba casi seguro de que le llegarían obstáculos desde la ciudad. La noticia del arribo de las tropas enemigas detendría el envío de dineros que le habían prometido. Cada vez se hacía más difícil todo, y con su salud malograda, nada se concretaba.

Uno de los soldados más jóvenes se acercó sin hacer ruido. No quería despertarlo. Pero al ver que no dormía le preguntó si necesitaba algo. Hizo un gesto mínimo con la mano para quitarle esa preocupación. El muchacho insistió y le acercó un cacharro con un poco de agua. El general se incorporó con dificultad. El soldado quiso ayudarlo pero se detuvo. San Martín hizo un esfuerzo gigante y se sentó. Su orgullo frenaba cualquier intento por solidarizarse con su mal. Bebió el agua de un trago y volvió a recostarse.

—Dormid, mi general. Os va a hacer bien. Nosotros haremos guardia, no os preocupéis.

San Martín lo miró fijo con sus ojos negros y apretó los maxilares.

—En dos horas emprendemos viaje otra vez. Puntuales.

* * *

Su hermano lo repetía por tercera vez. Eran órdenes de su esposo y él era el mensajero. Nada más. Mariano había llegado temprano a la casa de Remedios en la Alameda y se había asombrado ante su desmejora. Había bajado de peso y la notaba bastante triste.

—Remeditos, a ver, hazme caso, armemos el equipaje y volvamos a casa. No estás bien, mírate —Mariano se acercó y le tomó la mano blanca.

—No me pidas imposibles, Marianín. Ni loca me voy de aquí. Ésta es mi casa y no pienso huir como una rata. ¿Es que se ha vuelto loco José?

—Yo cumplo con el pedido de tu marido. ¿Y por qué debería parecerme tan raro que te mande de vuelta? No es bueno para tu salud que permanezcas en estas tierras.

—¿Ahora se da cuenta? Tú sabes algo más, me está echando y no sé por qué. Estás de su lado y yo soy tu hermana. Me traicionas, Mariano.

—La verdad, Remedios, es que debo llevar unos pliegos con órdenes a Buenos Aires, para entregárselos a Balcarce. Y además me reclamó que te obligara a partir conmigo. Me dijo que no estás bien.

Se paró y puso los brazos en jarra. Lo miró con furia y le gritó como nunca.

—¿Que no estoy bien? ¿Dijo que yo no estoy bien? ¿Te parece que me encuentro tan mal como para meterme en un carro con mi hija y exiliarme? Si estuviera tan enferma no debería mandarme a los caminos.

—En eso tienes razón. La verdad es que tu marido está extraño. Al hacerme el pedido lo noté distante y lleno de ira. Pero también es cierto que tú no estás bien. Algo me había adelantado, pero te veo desmejorada, Remedios. ¿Qué pasa, no comes?

Le faltó el aire y un vahído la dominó. Buscó el sillón y soltó el cuerpo sobre el cojín morado. Estaba aterrada con la confesión de su hermano. Tenía la sensación de que su marido no estaba preocupado por su salud; que sus preocupaciones eran otras. Los motivos de su furia tenían otros nombres en los que prefería no pensar.

—Prométeme que me escucharás a mí. No me quiero ir de casa.

No pudo aguantar las lágrimas. Mariano la rodeó entre sus brazos y la mantuvo así durante unos segundos. Remedios se aflojó en el cuerpo de su hermano y liberada, sollozó.

—No te pongas mal, Remeditos. Hagamos una cosa, te prometo que si el camino se encuentra en peligro, no nos vamos. Mando ya mismo a que averigüen el estado en que se encuentran y si las montoneras avanzaron demasiado nos quedamos aquí. No te preocupes, los pliegos llegarán a través de otras manos. Pepe pensó en esa alternativa si yo no lograba convencerte. Ahora, mujer, deja de llorar por favor. No sé qué hacer con las lágrimas de una mujer.

Dio unos pasos hacia atrás y la miró suplicando consideración. Remedios se las enjugó y sonrió. Las mejillas arreboladas por el llanto, los ojos enrojecidos y los mocos se mezclaron con la risa de una niña encaprichada. Pero ya era una mujer hecha y derecha. Debía cumplir con las responsabilidades de una señora.

Mariano se despidió de su hermana y fue directo a la casa de gobierno. Llegó por la información que buscaba y no le fue difícil encontrar a quién preguntar. En ese mismo instante llegaban de regreso dos chasquis y tres comerciantes. No se habían animado a pasar más allá de San Luis. Como suponía, el camino a Buenos Aires estaba amenazado por las montoneras. Era imposible emprender el viaje sin correr serios riesgos de muerte. Regresó a la casa con la noticia y se la transmitió a Remedios. Ella asintió con la cabeza y la cara se le iluminó. Le agradeció en silencio a las montoneras. Al revés de lo que cualquiera podría suponer, le salvaban la vida.

—Ya mismo le escribo a José, contándole las nuevas. A no ser que tú quieras hacerlo en cambio.

Remedios lo desechó con la mano y le dio vía libre. ¿Para qué iba a escribir a su esposo si no le había respondido a sus esquelas, ni siquiera había logrado un acercamiento? Era mejor que Mariano le diera la noticia y no pensara que ella le daba una excusa para no irse.

* * *

El aire se cortaba con cuchillo en el campamento. El general estaba de un humor temible y así lo había hecho saber. Algunos soldados habían sido castigados sin ningún motivo. En silencio acataban las órdenes. Era mejor así. Sin embargo, quien no pensaba cumplir ninguna directiva llegada desde Buenos Aires era él. Había recibido la orden de que abandonara la campaña para sumarse a la lucha contra los «anarquistas del Litoral». El Director Supremo le ordenaba sumarse a las filas nacionales. Era mucho más importante calmar las aguas del país, que navegar las correntadas de otros. Así se lo habían hecho saber. Las últimas noticias que le llegaban desde San Luis eran nefastas. Un sector de los jefes españoles vencidos, que permanecían prisioneros, se había sublevado. Pretendían asesinar al teniente gobernador Vicente Dupuy y a Bernardo Monteagudo, copar el pueblo y la guarnición, y unirse a los montoneros en Córdoba.

Con la casaca abierta iba de una punta a la otra, cavilando. Reflexionaba acerca de los últimos acontecimientos y analizaba cuáles podrían ser las reacciones acertadas. Las botas se le hundían en el barro. Tan profundo y certero era su andar. Pero ese asunto no era el único que hacía trastabillar el desarrollo de los hechos. Sus informantes le habían revelado que los conspiradores pretendían cruzar la cordillera para así unirse a las facciones realistas del sur de Chile. Nada mejor para los planes de su archienemigo el chileno José Miguel Carrera, que nunca había abandonado su intención de recuperar un lugar en el gobierno. Instigar a las montoneras desperdigadas por las provincias, arengar a cuanto realista encontrara o tan sólo encender conspiraciones, eran bienvenidas por Carrera en pos de un renovado posicionamiento.

San Martín confiaba en sus aliados. Sabía que Dupuy y Monteagudo saldrían

airosos de la afrenta. Por algo lo tildaban de sanguinario a Bernardo. Mejor tenerlo de su lado. Siempre. Era capaz de cualquier cosa. ¿Lo volvería a ver? Suponía que se encontrarían nuevamente, pero prefería tenerlo lejos por ahora. Habían llegado a sus oídos unos rumores que le desagradaron profundamente. Le parecían inverosímiles, pero desde el día en que los tuvo que escuchar, volvían con recurrencia a su mente. En voz baja y en el momento preciso le habían revelado que su compañero de armas, su hermano de Logia, había estado muy cerca de Remedios. Demasiado. Lo desechó y le quitó trascendencia al escucharlo. Pero el chisme regresaba en un sinfín sin quererlo.

—Preparadme unos caballos. Regreso a Mendoza. Debo solucionar unos asuntos por allá. La cosa está difícil. Tenemos que aunar fuerzas y disparar a donde más nos convenga —anunció y señaló a cuatro de sus hombres para que lo escoltaran.

—Empieza a anochecer, mi general. ¿No sería mejor emprender la partida en los albores de mañana?

—De ninguna manera, teniente. A cumplir mis órdenes ya mismo. Nadie os pidió opinión ni sugerencia —bramó San Martín.

* * *

No estaba tan débil como había imaginado. En la carta que le había escrito su cuñado, donde le informaba que era imposible convencer a Remedios de partir rumbo a Buenos Aires, le había confiado, además, que la fragilidad en la que se había sumido era importante. Sin embargo, ahora que la veía no le parecía así. Mariano era un exagerado.

Remedios había recuperado algo de peso. Sus mejillas habían dejado de hundirse debajo de los pómulos. Evidentemente, la cocina de Julia había hecho milagros. No sabía cómo, pero durante las últimas semanas había comido sin chistar. Los calores de febrero la obligaban a desnudar sus brazos. Eran blancos, casi transparentes, pero menos huesudos que hacía unos meses. Tenía el vestido marfil con finas rayas moradas, que tanto le gustaba. Y así estaba, con sus galas, cuando su marido abrió la puerta de entrada de la casa. La sorpresa se instaló en su cara. Nada le gustaba menos que las sorpresas. No tenía ni la más mínima idea del regreso de San Martín. Hacía semanas que no tenía noticias de él. La ansiedad comenzó a crecer en su pecho. Tenía la intuición de que no sería un reencuentro demasiado feliz. Algo en la mirada de José le decía que las cosas no estaban bien.

Se estiró la falda, luego acomodó un rulo rebelde y caminó hacia su marido.

—Qué sorpresa, Pepe. No sabía que venías a casa. Mariano no me avisó nada —lo abrazó, intentando una bienvenida cordial pero fue como sentir una pared de piedra contra su cuerpo. San Martín estaba rígido. Con una suavidad inusitada en él, la alejó de su lado y caminó unos pasos.

—Te veo algo recompuesta, Remedios. ¿Dónde está mi hija?

No le gustaba verlo así. San Martín era un hombre de pocas palabras, pero había en él algo nuevo, diferente de otras veces, que la llevaba al abismo. Más que nunca, estaba frente a un desconocido. Con paso firme fue a la busca de Mercedes. Remedios se quedó sola en la sala. Comenzó a faltarle el aire y tuvo que sentarse para reponer el equilibrio que, a esta altura, había perdido por completo. Inhaló profundo y trató de tranquilizarse. ¿A qué había venido?

Mariano se asomó por la puerta y vio a su hermana, más parecida a un fantasma que a la mujercita que conocía. Estaba más pálida que la leche.

—¿Qué te pasa, mujer?

Remedios volvió de su ensimismamiento y miró a su hermano como si no lo viera. Pasaron varios segundos hasta que pudo responder.

—Vino Pepe, y no sé a qué. ¿No le habrás pedido algo que me escondes?

—¿Pero qué podría esconderte? Sólo le advertí que no querías salir de Mendoza y que no estabas bien de salud.

Remedios se refregó la frente. Su hermano se la quedó mirando sin entender nada de lo que pasaba. Pero de seguro algo no andaba del todo bien. José regresó de la cocina con la niña en brazos. Mercedes abrazaba a su padre, lo tomaba de las orejas, movía los hombritos y se reía a carcajadas.

—¡Qué suerte que te veo, Mariano! Y gracias por cumplir las órdenes. En cuanto pueda salgo hacia San Luis; no sé si estás al tanto de la revuelta murranga que tuvo lugar hace unos días. Sé todo lo que pasa en este país, así que cuando se despeje el terreno parten a Buenos Aires.

José miró de reojo a Remedios y volvió a atender a su hija. Mariano asintió con la vista puesta en sus botas, pero adivinó la cara de su hermana. La muchacha se paró y enfrentó a su marido.

—Ya te dije que no me voy, Pepe. Nos quedamos aquí, ésta es nuestra casa —lo refutó con ojos brillantes.

—Remedios, estoy convencido de que este clima no te hace bien. Acepto que estás algo mejor, pero no me has de mentir en cuanto a tu estado de salud. El camino a Buenos Aires está liberado, ¿no es cierto? Cuando arreglemos el asunto partirás con los tuyos a reunirte con el resto de tu familia. Allá te cuidarán como corresponde.

Los caminos cercanos estaban despejados pero Mariano sabía que los peligros acechaban tierra adentro. No podía creer que su cuñado expusiera a su hermana a semejante peligro. Remedios arrancó a Mercedes de los brazos del general y llamó a su sobrina.

—Encarnación, te llevas a mi hija de acá. Hay mucho ruido en esta casa. Sácala por la puerta trasera y quédense un largo rato afuera.

La muchacha miró de a uno a los tres adultos que ocupaban la sala. Se percibía una sensación espesa en el ambiente. Abrazó a Mercedes y la sacó de allí. Remedios giró de golpe y volvió a mirar fijo a San Martín, con lágrimas de furia en sus ojos.

—A ver, terminemos de una buena vez, Remedios. Te quiero fuera de esta casa.

No compliquemos más las cosas.

—Tú no compliques más mi vida. Yo me quedo en mi casa, no te entiendo, José. ¿Cuál es la diferencia? He estado meses sola aquí y nunca se te ocurrió regresarme.

La paciencia del general se había terminado. Él, que era conocido por su serenidad y cautela para los impulsos, empezó a descontrolarse.

—¿Quieres que te diga la verdad? ¿No sabes la verdad? ¿Me la dirás tú? — vomitó San Martín con los dientes apretados. Su cara daba miedo. Mariano notó que la discusión iba a ponerse peligrosa, que estaba de más y se retiró. Su hermana y su cuñado ni se dieron cuenta de su sigilosa retirada.

Los colores se le subieron a la cara y su corazón comenzó a acelerarse. Entonces era verdad lo que le había adelantado su amiga fiel. José sabía todo. La boca se le secó, no pudo emitir sonido. Laureana le había aconsejado que negara todo, pero no pudo responder, sentía como si se hubiera olvidado el habla. Las palabras habían desaparecido por completo.

—Ya está, Remedios, déjalo así y regresa a Buenos Aires. Será mejor.

—Me quiero quedar contigo. Perdóname, José, no sé de qué me hablas pero el pasado ya lejos está. Nuestra hija y yo queremos permanecer a tu lado —jadeó entre lágrimas. No podía dejar de llorar.

—No insistas, es una decisión tomada. Prefiero que te cuiden lejos de acá. Además yo tengo que partir y no tengo ganas de agregar preocupaciones a mi vida. Necesito estar despejado, se vienen días difícilísimos.

—¿No puedes tener un poco de piedad? —suplicó mirándolo a los ojos.

Un movimiento desde la puerta los interrumpió. Allí estaba Julia, con las manos entrelazadas sobre su regazo, incómoda por la interrupción.

—Disculpe, doña Remedios, está su tío. Quiere verla.

—¡Una gran noticia, Julia! Pues haz pasar al general, es muy bienvenido en esta casa —dijo San Martín.

Con una sonrisa de oreja a oreja, entró en la sala el hermano de Tomasa, don Hilarión de la Quintana. Se quedó de una pieza al ver a su sobrina con la cara deformada por el llanto y miró a José, en busca de alguna respuesta.

—¿Cómo está, don Hilarión? No se asuste, no pasa nada, es nuestra niña que se encapricha con pavadas. No está nada bien de salud, no es ninguna novedad por otra parte. Le he dicho que se vaya con la madre para que se reponga y no me hace caso, parece tonta. A ver si le habla usted, tal vez entienda mejor su idioma —miró con ojos asesinos a Remedios, palmeó en la espalda a su camarada y se retiró de la sala.

Hilarión se acercó a su sobrina y ella se abalanzó sobre su pecho y lo abrazó. Con palmadas suaves sobre la espalda, intentó calmarla. La dejó llorar un rato, sabía que era mejor que las mujeres largaran sus emociones. No era conveniente interrumpirles el llanto, era parte de la naturaleza femenina.

—Tranquilízate, mi querida, ya está. ¿Qué son estos disparates de contradecir a tu marido?

—José no comprende que mi deber está en quedarme a su lado. Cueste lo que cueste, aun poniendo en juego mi salud. Aunque me muera.

—¿Pero qué dices? Cállate, niña. Lo que ha decidido es sólo por tu bien. ¿No te das cuenta? Te repones con los cuidados de Tomasa y vuelves a reunirte con él en Lima. Es una espléndida idea.

Remedios volvió a apoyar su cara en el pecho de su tío. La angustia dominaba su cuerpo. Le costaba respirar. Sabía que todo estaba terminado, que jamás volvería a ver a José. No sólo por su enfermedad que la distanciaría a leguas de él, sino por la traición en la que lo había hundido. Había actuado mal, se había equivocado mucho. Necesitaba que su marido la perdonara, pero eso parecía imposible.

Capítulo III

Cada uno partió por su lado. El general, unas horas antes rumbo a San Luis; Remedios y su comitiva, después. Desde temprano los baúles con la ropa habían estado bien amarrados en el carro secundario. El tío Hilarión había llegado a la casa para despedir a sus sobrinos y para fiscalizar de cerca que todo estuviera en condiciones para la partida. Cumpliendo las órdenes de Remedios habían amarrado un ataúd sobre las ancas del burro más fuerte de la tropilla, por si moría en el trayecto. Así de devastada se sentía la esposa de San Martín. Con un frío adiós, José se había despedido de ella.

El carruaje y su escolta habían estado listos bien temprano. Mariano montado sobre su yegua negra con el falucho apretando sus sienes; Encarna y su baulito lleno de vituallas para su prima, por si acaso; y Merceditas a su lado, prolija y quietecita, como si entendiera que era preferible guardar silencio. Sólo faltaban Jesusa y Remedios. Los caballos de tiro empezaron a golpear sus cascos contra la tierra, inquietos. Resoplaban, uno detrás de otro, como si retumbaran en un eco de descampado. Vestida toda de negro, apareció Remedios. Con la cintura más reducida que nunca y su cuerpo bien erguido, la oscuridad del traje contrastaba con violencia con la palidez de su rostro.

—¿Puedes subir de una buena vez? —incredó Mariano a su hermana—. No quiero salir tarde.

—A ver, mi querido, espero a Jesusa. La busqué por todos lados y no la encuentro.

—Me importa un bledo tu esclava. Te subes ya y partimos, que el horno no está para bollos —Mariano saltó de las ancas de su yegua y la apuró. Estaba nervioso. Tenía a las tres mujeres de la familia a su cargo. Y las rutas desbordadas de peligros. Con una mano la tomó de la cintura, y con la otra la empujó con suavidad hacia el estribo del carruaje. Su hermana jamás iba a encontrar a Jesusa. Él la había visto dentro de la comitiva de su cuñado. La esclava se había ido a San Luis con el general, la muy descarada. Pero para qué confiarle la verdad a Remedios. Ya tenía demasiado.

La frente tirante, salvo por el entrecejo que no podía dejar de lado el gesto de preocupación y tristeza. Así se instaló Remedios, frente a su sobrina y su hija. Los ojos afiebrados de tanto llorar, sus labios agrietados. Y un sudor que iba y venía, de acuerdo con el pensamiento que dominara su mente.

El cochero levantó el brazo derecho y el látigo perforó el aire para luego caer sobre el eje de madera. Los animales se despabilaron. Partieron a paso lento. Remedios pegó su cara contra la ventana. Quería guardar en la memoria la fachada de la casa. Esa casa en la que había vivido los últimos tiempos. Días felices y de los otros. Allí había nacido su hija Merceditas, a quien no podía ni registrar. Había perdido la paciencia, un hijo y tantas cosas más. El portal oscuro sobre las paredes blanqueadas se trasladó hacia atrás, mientras ella y su vida fueron hacia delante. No

sabía hacia dónde, pero de algo estaba segura: de su inexistente alegría. El pecho se le estrujó. «Adiós Julia, mi adorada Julita. Tanto me protegiste, tu silencio y discreción cuidaron de mí como nadie; sé que entendiste todo sin que te explicara nada», se repitió Remedios para sus adentros. Iba a extrañar a Laureana, ella le había prometido un pronto viaje, pero sabía que sería imposible. De cualquier manera, prefería guardar alguna esperanza.

* * *

—Despierta, Remedios, llegamos —susurró al oído Encarnación. Le había costado despertarla, se había sumido en un sueño profundo. Era mejor verla dormida que arrasada por la melancolía que todo hacía suponer que le costaría bastante abandonar.

Abrió los ojos con dificultad y se incorporó. No tenía ni la menor idea de dónde estaban. El sonido de los habitantes de esos campos era intenso y reiterativo. Le llamaba la atención que ese ajeteo no la hubiera despabilado antes. Mariano salió del pequeño establecimiento que los recibía y abrió la puerta de la galera.

—Vamos, señoras, debemos detenernos aquí. No podemos seguir.

—¿Dónde estamos? —preguntó Remedios.

—En la posta de Gallegos, en el paraje de Los Desmochados.

—¿Qué hacemos acá, Mariano? Sigamos, por favor. No quiero parar.

—Lo lamento, pero tus deseos no serán órdenes, mi querida. No te asustes pero no podemos seguir adelante. Corremos peligro, hay una partida de montoneros sitiando el lugar.

Remedios cerró los ojos con furia. «Desalmado, canalla, no mereces ser hombre», pensó con la figura de su marido en la cabeza. Y recordó que no estaba sola, Merceditas viajaba con ella. La rodeó con sus brazos y pegó la cabecita contra su pecho. La niña la empujó con sus dedos regordetes y llamó a su tío para que la bajara de allí.

—Bueno, entren. No es una gracia lo que les digo. Son hombres del general Estanislao López y no se van con pavadas. No quiero que las vean, y menos que se enteren de quién eres, Remedios.

—Por algo traje mi ataúd. Así resolveríamos un problema, ¿no es cierto?

Mariano la perforó con la mirada. Abrió la puerta y chasqueó los dedos. Apretó la mandíbula para no decirle las cosas que quería gritarle.

Entraron en la posta y ocuparon un rincón. Encarnación fue en busca de agua y algún alimento. Ella y Mercedes comieron galletas con queso; Remedios no probó bocado. Acomodó unas cobijas y se volvió a recostar. Prefería dormir otra vez.

* * *

Los ruidos de una tropa de caballos la despertaron exaltada. Era media mañana y Mariano, Encarnación y Mercedes se habían levantado hacía rato. Se envolvió con una pañoleta y salió a la intemperie. La diferencia que encontró con lo que había visto la tarde anterior la asombró. Un escuadrón de unos cuarenta hombres ocupaba el lugar. Su hermano se le acercó junto a uno que parecía estar al mando. Su brazo derecho apenas si tenía movimiento.

—Buenos días, doña Remedios. Soy el comandante José María Paz —se presentó—. Serví a las órdenes de su marido, hace años ya, en Tucumán. No se asuste, por ahora las cosas están bajo control. Me manda el general Belgrano para que la custodie.

Remedios miró a su hermano y le hizo una seña para que la acompañara. Se ajustó el pañuelo y volvió a entrar a la posta, Mariano detrás.

—Me explicas ya mismo qué sucede aquí.

—López se enteró de que estaba por ser atacado por el ejército. Propuso una suspensión de hostilidades y se formalizó una tregua hace unas horas mientras negocian la paz. Don Manuel está acá, a seis leguas, en la posta de la Candelaria, y nos envió a Paz y sus hombres para escoltarnos hacia allí.

Belgrano había ordenado al comandante de Dragones que trajera de inmediato a los familiares de San Martín hasta donde él se encontraba. Al amanecer, Paz partió al mando de cuarenta soldados. Reconoció el campamento de los sitiadores, que llegaba a unos trescientos montoneros e indios, logró esquivarlo y arribó a la posta.

Los hermanos salieron luego del diálogo a puertas cerradas. El gesto de Remedios, algo más suave, había cambiado. Y como si mirara con detenimiento a cada uno de los hombres a caballo, asintió con la cabeza a modo de saludo. Aprestó a su pequeña comitiva e inició el regreso al carruaje para seguir al comandante. A paso lento y en absoluto silencio recorrieron el camino que los llevó a la Candelaria. Allí los recibió el general Manuel Belgrano, quien había dispuesto las instalaciones lo mejor que pudo. A Remedios le importó poco y nada el estado de la construcción. Sólo quería seguir viaje hasta el Rosario, la siguiente parada, según le informara su hermano. El camarada de su marido no quiso dejarla ir hasta no controlar los caballos, el estado de los carros y los víveres de los que disponían. Le propuso que era mejor salir al día siguiente. Remedios aceptó a regañadientes y se encerró en un cuarto junto a su sobrina y su hija, del que no salió hasta la salida del sol. Preparada para la partida, extendió su mano y se despidió de Belgrano.

—Que tengáis un excelente viaje, señoras. Ya mismo me pongo a escribir a San Martín para avisarle que todo ha salido bien.

Los dos carruajes, el burro con el ataúd, y Mariano junto a un soldado, ambos a caballo, partieron dejando una estela de polvo detrás.

—Se la vio feliz a doña Remedios, y preciosa y muy viva la pequeña Merceditas, ¿no es cierto, Paz?

El comandante se dio vuelta y prefirió alejarse. No estaba para nada de acuerdo

con lo que decía Belgrano. Más bien le sonaba a una expresión de deseo. Era evidente que la dama no se encontraba nada bien. Y no era su estado de salud, precisamente, lo que evidenciaba su mala predisposición. Era al menos temerario que el general hubiera dispuesto ese viaje de manera repentina y en circunstancias tan críticas. Exponía a su mujer a que cayera en manos de feroces montoneros, y aunque Belgrano insistiese en quitarle peso a la resolución de San Martín, allí todos sabían que la retirada de Remedios de Escalada de su casa de Mendoza se debía a razones domésticas, que intentaban ocultar. El general había echado a su esposa. Era mejor hacerse el sordo y el ciego.

* * *

Remedios no tenía paciencia para encargarse de su hija. Tenía la suerte de que su madre estaba feliz de ver a su nieta otra vez. Apenas llegadas a Buenos Aires, Antonio y Tomasa abrazaron a su Remedios, y sin preguntar nada la ubicaron en las habitaciones de siempre. A Merceditas le instaló una cama en su dormitorio; el abuelo estaba encantado de compartir horas con el diablillo menor de la familia. Le recordaba mucho a su hija, aunque la niña era más robusta y sana. Salían a caminar por las mañanas, siempre que Tomasa no se la quitara para algún que otro menester. Él sabía que eran excusas de su mujer, que no quería perderse ni un segundo con su nieta. Se había entristecido mucho cuando Remedios y la pequeña habían partido la última vez. Estaba muy encariñada con Mercedes.

Intentaron por todos los medios de que su hija saliera a divertirse un poco, pero era imposible. Remedios apenas salía de casa. Intentó con ofrecimientos tentadores, como que la acompañara a la modista. Suponía que con eso podía convencerla. Siempre había tenido debilidad por la ropa y las visitas a lo de Mistress Hill habían sido su programa favorito. Pero no en esta oportunidad. Tomasa presentía que su hija había perdido la voluntad. Y no sabía cómo hacer para que la recobrará.

Sus amigas intentaban visitarla pero las esquelas eran respondidas con una negativa sistemática de Tomasa, quien les advertía que sería mejor en otro momento. El único que había logrado ver a Remedios era Juan Martín de Pueyrredón, amigo cercano de su padre. Una fría tarde otoñal, había tocado la puerta para darle una visita a Antonio. Iba a confiarle su derrotero luego de que, finalmente y tras mucho insistir, habían aceptado su renuncia al gobierno. Pensaba instalarse en Montevideo y quería despedirse de su amigo.

Juan Manuel lo recibió y le pidió que lo siguiera al despacho de su amo. Al atravesar el vestíbulo escuchó la voz de Remedios, que llamaba a su madre. Haciendo caso omiso al mayordomo, se detuvo frente a la puerta de la sala y asomó la cabeza. Allí se encontró con una muchacha diferente de la que había visto la última vez, hacía unos años.

—Buenas tardes, Remedios. Perdón por el atrevimiento, pero vine a saludar a don

Antonio, y te encuentro aquí.

—¿Cómo está, don Juan Martín? Mi padre lo atenderá cuanto antes.

Remedios estaba sentada al lado del ventanal, trabajando sobre un tapiz. Lo había apoyado sobre su regazo para saludar a Pueyrredón. El abrigo que cubría la parte superior de su cuerpo no lograba disimular su falta de peso. El político tomó la mano que le extendió Remedios y la besó. Sin querer quedó atrapado, con la mirada fija en esos nudillos salientes. La muchacha escondió la mano y le sonrió.

—No se asuste, estoy un poco mejor. Ya debe saber que los doctores al fin me han diagnosticado tisis. Pero me han encontrado bastante mejorada, a pesar de todo.

Pueyrredón la tomó de ambas manos y la miró como si buscara encontrar la verdad de ese cuerpo fragilizado. Suspiró con pena pero consciente del intento de la muchacha por mostrarse bien. Era un secreto a voces el estado de salud de la mujer de San Martín.

—Si me dices que te encuentras en mejores condiciones, te creo. Pero ¿no estás demasiado encerrada aquí en esta casa?

—He hecho una promesa, Juan Martín. Le he pedido a Dios que mi marido salga airoso en todas sus campañas. He jurado no participar de nada; ni diversiones, ni algarabías, nada.

La miró y vio tristeza en sus ojos. Aunque hacía un esfuerzo por verse animada, se notaba que algo le faltaba. Era difícil de explicar, de darle un nombre a eso que dejaba entrever, pero la cara de Remedios estaba atravesada por la incomodidad. Le quitó la mirada y volvió a su tapiz.

—Le pido disculpas pero debo terminar con mi bordado. Mi padre lo espera en su despacho. Juan Manuel, lleva al señor Pueyrredón a reunirse con mi padre —llamó Remedios y no volvió a mirarlo más.

Retomó su labor. Esos colores sobre el tapiz eran perfectos para pensar y alejarse de allí. Le resultaba agotador tener que compartir momentos con gente ajena. No tenía ganas de sentir la obligación de poner cara de interés cuando lo único que la alegraba era sentirse acompañada por sus padres. Antonio y Tomasa la cuidaban. Sabía que su madre hablaba pestes de José, pero trataba de no hacerlo frente a ella. Escuchar agresiones y desprecios contra su marido la demolía. Desconocía qué era lo que San Martín pensaba de ella, luego de esos meses de separación. Le había escrito una carta por día desde su llegada a Buenos Aires, pero no había obtenido respuesta. Ni siquiera un mensaje a través de algún amigo. Nada. ¿Cómo podía ser tan ingrato? Pero ella aguardaba, tenía paciencia. Estaba segura de que su marido la perdonaría. Aunque a veces tambaleaban sus convicciones.

* * *

«Ayer tuve el gusto de ver a vuestra señora doña Remedios; se conoce aún que ha estado muy enferma pero sigue reponiéndose y ya tiene Vd. compañera segura.»

El general levantó la vista del papel en el centro de su escritorio. La carta había llegado desde Buenos Aires y la firmaba Pueyrredón. Parecía ser la última de una seguidilla en la que habían estado intercambiando órdenes y contraórdenes. Ya había cumplido la de la detención del cruce por la urgencia que había llegado desde el gobierno, de que mandara en cambio, las tropas a Tucumán para detener un foco realista. Pero ésta era diferente. El Director Supremo se despedía. Le anunciaba su renuncia. Y además le confiaba algunos detalles de su esposa en Buenos Aires. Parecía imposible pero la había visto. Le resultaba extraño, ya que hacía unos días había recibido una carta del almirante Blanco, en la que, entre otras cosas, le contaba «estuve en casa de Remedios, a quien no pude ver ni he visto en seis o siete veces que he estado por saber de su salud, sintiendo en mi corazón no poderos anunciar nada favorable».

Pueyrredón le relataba algo diferente. Sin embargo, no era esto algo que lo desvelara. Aún se enfurecía por haberse sentido un cornudo. Prefería no recordar la última semana junto a Remedios. No tenía tiempo para distracciones banales. Necesitaba aunar fuerzas con los demás miembros de la Logia para afirmar el plan americano en desmedro de la toma de decisiones porteña. De ninguna manera acataría los intentos de lucha entre hombres de un mismo país. Pero para eso le urgía el apoyo de sus hermanos.

Percibía algo de resquemor en las palabras de Pueyrredón. Entre líneas sentía que lo culpaba de no haber hecho lo suficiente para que no conspiraran en su contra. Carlos de Alvear, Manuel Sarratea y el chileno José Miguel Carrera habían planeado, desde Río de Janeiro, la destitución del Director Supremo. Para ello también habían sumado a los caudillos López y Ramírez. Solícito y en respuesta a la urgencia, había enviado un batallón de Cazadores de los Andes al mando de Mariano Mendizábal para defenderlo. Pero no había contado con que el capitán se sumara a la revuelta.

Estaba harto de las traiciones. De todo tipo. Parecía que había nacido para cornudo. Era una idea que le rondaba hacía varias semanas. Y así se lo había hecho saber a su querido amigo Tomás Guido. A esta altura sentía que él era el único que lo entendía y apoyaba. Fuese lo que fuese y urdiera lo que urdiese.

Se incorporó con cuidado y llegó hasta la puerta con paso lento. Allí lo esperaban Julia y Jesusa. Lo siguieron de cerca hasta su recámara. Debían controlar que nada le pasara. Hacía dos semanas que estaba enfermo. Una fístula producida por unas almorranas agangrenadas lo tenían postrado en la cama. Era el primer día que se levantaba y estaba agotado.

Se puso el camisón y se recostó. Las mujeres enfilaron a la cocina, a prepararle un caldo de gallina. Se acomodó sobre las almohadas y volvió a tomar la pluma y el papel, para finalizar la carta que le enviaría a Tomás. No iría a Buenos Aires como tanto le reclamaba Pueyrredón. Y menos en invierno, que la humedad le resentía aún más su estado. Le enviaba sus afectos a los amigos. Y a nadie más.

Capítulo IV

Remedios sentía que sus piernas no podrían aguantarla ni un minuto más. No dejaba de llorar. Una debilidad física la arrasaba de tal manera, que ni siquiera el sostén incondicional de Maruja lograba sostenerla. Se había quedado al lado de la cama de su padre moribundo durante toda la noche, sin soltarle la mano en ningún momento. Creía que si lo apretaba con fuerza podría transmitirle su vitalidad. Aunque si se detenía a pensar un poco, ésta dejaba mucho que desear. La insistencia de su madre y su hermana por el cuidado que debía darle a su salud había sido en vano. No se le pasaba por la cabeza dejar solo a su padre. Pero con los primeros rayos de sol del 16 de noviembre, Antonio de Escalada dejó de respirar. Hacía varios meses que un cáncer en la parte lateral de su cara le había comido la vida. A los 68 años, el viejito querido, el hombre con la cabeza repleta de canas y de risa franca, la dejaba para siempre. Había hecho fuerza para contener las lágrimas pero cuando el doctor asintió con la cabeza para avisarle a Tomasa que había fallecido, Remedios rompió en llanto y se arrojó sobre el cuerpo todavía tibio de su padre, para abrazarlo. Su hermana intentó quitarla de ahí pero le fue imposible. La hija predilecta de Antonio sollozaba y le rogaba que no la dejara, y que si se atrevía a irse, la llevara con él. En medio del silencio que abrumaba la recámara, el llanto quedo de Remedios parecía un canto repleto de tristeza profunda. Tomasa se mantuvo en un costado, enjugando sus lágrimas. Al rato apareció Merceditas de la mano del negro Saturnino. Al ver a su madre en ese estado se aterró y también comenzó a llorar. Hubo que sacarla del lugar. No era la situación ideal para que viera una niña.

Debían organizar el velatorio, el entierro y los funerales. Recién ahí Tomasa comprendió lo sola que quedaba. No sabía hacer nada sin Antonio. Debía ocuparse de los preparativos y no sabía cómo ni por dónde empezar. Se acercó a la cama, se arrodilló al lado de su hija y la rodeó con su brazo.

—Mamita, ya no quiero vivir. Sin Tatita nada tiene sentido —murmuró sin fuerzas, con la cara empapada sobre el pecho de su padre.

—No digas así, m'hija. Tienes que estar bien para Merceditas, la niña te necesita.

—¡Y yo necesito a mi padre! ¿Por qué se fue? —respondió desolada.

Tomasa la acarició. Apretó los labios para tragar su propia tristeza. No podía ver a su hija en ese estado. Tenía miedo por ella.

—Ya mismo mando a buscar a tu tío Francisco para que nos ayude con todo. Necesitamos a un hombre en estos momentos. ¿José sigue preso, querida? —le preguntó a Maruja—. En todo caso, continúa recluido en el Paraguay; y con tu marido no contamos, por supuesto.

Al escuchar que alguien hablaba de San Martín, Remedios se incorporó. Eran palabras poco amigables, como se acostumbraba en esa casa. Pero no tenía ni fuerzas ni ganas de salir en su defensa. Por primera vez culpaba a su marido de todos sus males. Incluso de la muerte de su adorado padre. Volvió a mirar el cuerpo inerte

cubierto por cobijas blancas. A pesar de todo, parecía en paz.

A la media hora llegó Francisco de Escalada. Abrazó a su cuñada y le dio el pésame. Al instante se ocupó de organizar los funerales que le correspondían a un hombre de la estirpe y posición de su hermano. Antonio había vuelto al cargo público, había sido hasta el día de su muerte miembro de la Sala de Representantes de la nueva provincia. Armaron una larga lista de nombres para comenzar a escribir las esquelas. Estaban en plenos preparativos cuando golpearon a la puerta. Juan Manuel condujo hasta el despacho al escribano Juan José Núñez, quien también había sido llamado para fiscalizar el deceso y leer el testamento. Tomasa llamó a Maruja y Remedios para que estuvieran presentes en la lectura. A nadie tomó por asombro el último deseo de Antonio. No quería ninguna pompa, sólo pedía que su cuerpo fuera cargado por sus criados y sepultado con sólo tres posas en el cementerio del curato de la Catedral, de donde era feligrés. Además solicitaba que el entierro fuera el más pobre, sin más mesa ni paño negro que el suelo, donde se pondría el ataúd rodeado sólo por cuatro velas de media libra. Tampoco quería esquelas de convite para el entierro y funerales; que sólo fueran avisados los parientes, amigos y vecinos por medio de un recado verbal; y que el costo del mate, chocolate, panales y mesa de licores, que era tan impropio y pretencioso, y un mero desperdicio y fugaz ostentación para una casa mortuoria, fuera en vez a manos de los pobres.

Su hermano sonrió. Por suerte no habían dado comienzo al reparto de esquelas. Hasta último momento, Antonio daba la nota. Tomasa comenzó a juntar los papeles y sacudió su cabeza con entrega. El escribano llamó la atención de los presentes nuevamente. Tenía el testamento y debía leerlo. Maruja y Remedios se acomodaron una al lado de la otra y miraron a Núñez con atención para que diera comienzo a la lectura. Pasaron las páginas y los números se sucedieron con orden. Antonio había dictado su legado un mes antes de su muerte. Entre la división de bienes y de créditos activos, la casa se la dejaba a Remedios y Mariano en condominio, además de la sexta parte de los muebles, cuadros, la plata labrada y los libros. Los trece criados recibieron seis pesos cada uno, y dejaba donaciones a los conventos de Santo Domingo, La Merced, San Francisco y Recoleta, y a las monjas catalinas y capuchinas.

El letrado bajó los papeles y los apoyó sobre la mesa. Había concluido con su obligación. Maruja levantó la vista y miró a Tomasa. Era más que evidente lo que había sucedido. Su marido, José Demaría, había sido nombrado al menos siete veces en el testamento de su padre. Su cuñado, en cambio, ni una sola. Se confirmaba el vacío que le hacía Antonio, y por ende, la familia toda.

—Pepe no existe en los papeles de Tatita —observó en un susurro Remedios.

Tomasa endureció el gesto en un segundo. Como por arte de magia, la tristeza de su cara se transformó en la mismísima iracundia.

—Mi querida, no es una novedad. ¿O es que pensabas que tu padre iba a dejarle algo a ese individuo? Es increíble la desfachatez. Por otro lado, aquí nos hemos

enterado de la lista de bienes que tiene, que también te corresponden a ti y a tu hija. Que el soldadote no se encuentre en Buenos Aires no significa que yo no haya tomado nota de las cincuenta cuerdas y las otras doscientas que conforman Los Barriales; además de los dos sitios contiguos ubicados en la Alameda.

Maruja abrió el ventanal del despacho de su padre. Le faltaba el aire. No le gustó nada el colorido de su hermana. Estaba demasiado pálida. Acomodó una silla cerca del cortinado y empujó con suavidad a Remedios hacia allí. Debía descansar y recuperar algo de salud.

* * *

Rosa dormía plácidamente. Su cuerpo refulgía gracias a la luna llena que entraba por el gran ventanal de su recámara. Era tal la seguridad con la que llevaba sus curvas, que así, desnuda por completo, se había dormido luego de pasar casi toda la noche haciendo el amor con su «Protector». Hacía cinco meses que vivía un tórrido romance con el Libertador del Perú don José de San Martín. Había escuchado tantas cosas de él antes de conocerlo, que se había transformado en una leyenda. Y había soñado tanto con un encuentro con ese hombre, que al final pudo lograrlo. Insistió como nadie para participar de la fiesta que le ofrecían por la proclamación de la Independencia, en el Cabildo. Llegó allí gracias a la influencia que tenía sobre Bernardo Monteagudo. Le encantaba su moreno. Cuando su piel suave se pegaba a la de él, los cuerpos respondían de inmediato. Era un amante de fuego. Pero cuando cruzó miradas con don José, sintió que el mundo se detenía y todos los amoríos que recopilaba pasaron a segundo plano. Hizo de todo para seducirlo. El general se acercó a hablarle, y en vez de bajar la vista y mostrarse dócil, Rosa le demostró que era una mujer inteligente y comprometida con la causa; además del regalo que le hizo con la visión del generoso escote de su vestido de terciopelo bordó.

José se calzó los pantalones. Hacía horas que meditaba despatarrado en el sillón de seda. No podía dormir. Estaba acostumbrado. El insomnio era parte de su rutina. Cada noche le servía para reconstruir los hechos del día, de los meses que habían transcurrido. Y los que se avecinaban.

El vaso de Rosa había quedado casi vacío; el de él estaba lleno. Tomó un sorbo de licor y miró detenidamente la exuberancia de la limeña. La belleza de esa mujer era inquietante. Hasta dormida era capaz de despertar las pasiones más bajas. Habían pasado demasiadas cosas. Le resultaba increíble y lejano en el tiempo el día de su renunciamento al mando del ejército con la excusa de su salud. Sus razones no habían sido exageradas, pero cualquiera que lo conociera bien habría sabido que eso era una mentira. Pero en Buenos Aires no lo tuvieron en cuenta y cruzó los Andes. Lejos quedaban todos los escollos que había debido sortear. Incluso traiciones viles de algunos compañeros de armas.

Su vida estaba en el Perú. Después de aquella vez, en que casi se traslada a

Buenos Aires para reunirse con el flamante Director Supremo Rondeau, nunca más se repitieron las posibilidades de un reencuentro con su familia. Aquellos lazos estaban cada vez más débiles. Casi rotos, podía afirmarse. Gracias a la correspondencia que le había llegado desde el sur se había enterado de la muerte de don Antonio. Ni Remedios, ni sus cuñados o su suegra le habían avisado de la terrible noticia. Los hechos evidenciaban una realidad que era imposible ocultar. Las relaciones se agrietaban día a día.

El suspiro de Rosa lo devolvió a la realidad. La muchacha de labios carnosos giró y volvió a acomodar su cuerpo en medio de murmullos, para seguir durmiendo. Parecía que sonreía. Seguramente estaría soñando.

* * *

Maruja había partido rumbo a la quinta de San Isidro con Mercedes y sus hijas. Adoraba a la niña, era la luz de sus ojos. Era la única alternativa, su hermana no tenía fuerzas para cuidarla.

A medida que los meses fueron pasando, la salud de Remedios se resintió cada vez más. Era evidente que a partir de la muerte de su padre la muchacha había abandonado las ganas de vivir. Casi no sonreía. Hacían todo lo posible por alegrarle los días, pero ni siquiera hacía un esfuerzo por intentarlo. Y Mercedes, cada vez que veía a su madre, demostraba un pésimo humor. Lloraba, le tiraba los brazos para que la alzara —cosa que ya le era imposible—, correteaba por toda la casa tirando todo lo que encontrara a su paso; en fin, sólo quería llamar la atención de su madre. Pero Remedios no podía responder a las demandas de la pequeña y, además, no quería que la viera en ese estado.

Estaba en la sala. Los rayos del sol de media mañana le calentaban los brazos flacos. Alguna que otra conversación callejera se colaba por la ventana. Ésa era la única conexión con la vida que tenía, además del parte diario que le entregaba su madre. Le costaba respirar, se sentía fatigada.

Tomasa entró con un vaso de leche y un platito adornado con dulces. Era una de las formas de tentar a su hija para que tragara bocado.

—M'hijita querida, qué bien verte tomar el aire. Te traigo estas delicias para que comas —los apoyó en la mesita. Su hija parecía ida, ni siquiera había reparado en su llegada.

Remedios tomó aire y exhaló con desgano. El vestido negro que la cubría ni siquiera se le ajustaba al cuerpo como antes. Le quedaba demasiado grande. Tomasa la observó. Tragó con dificultad y le tomó la mano.

—Hemos tomado una determinación con tu hermana. Te mudarás a la quinta de tu hermano Bernabé. El aire de allí es mejor que el de esta ciudad infame. Allí te cuidaremos mejor, no te contaminarás con los recuerdos que te trae esta casa. Tu padre, el plebeyo...

—Como digas, mamita. Tienes razón, tal vez me siente mejor estar lejos de aquí.

—Ahora les digo a Juan Manuel y Saturnino que preparen el equipaje. Y si te parece adecuado, partimos hoy mismo.

Remedios asintió y miró a su madre con una sonrisa forzada. Se notaba que hacía esfuerzos para conectarse pero no resultaba. Tomasa la besó en la mejilla y salió hacia la cocina.

Sola de nuevo, apoyó su cabeza contra el respaldo mullido. Cerró los ojos y escuchó los murmullos de la calle, que crecían cuando los transeúntes se acercaban a la ventana, para luego alejarse otra vez. Algunos se quejaban del Gobernador, otros despotricaban contra su secretario de gobierno. Unos días atrás, su madre le había contado que en algunas tertulias a las que había regresado luego de los meses de luto, las señoras hablaban loas de Martín Rodríguez y Rivadavia. Repetían como loros los dichos de sus maridos, de que al fin alguien lograba restituir el orden en la ciudad. Ella, sin embargo, recordaba la furia que le despertaba «El sapo del diluvio» —así llamaban algunos a Bernardino Rivadavia— a su marido. San Martín tenía al enemigo en Buenos Aires, y con un inmenso poder. En realidad, era un pensamiento más que generoso. Rivadavia no era la única persona enemistada con su marido. El general era mala palabra en cuanta reunión hubiere. Traidor era lo menos que se decía de él.

Al rato, Saturnino y Juan Manuel comenzaron a cargar el carruaje bajo las órdenes de su ama. Cuando todo estuvo listo fue en busca de su hija y se acomodaron en los asientos. Tomasa iba preparada con dos abanicos y una pañoleta empapada en agua, por si el polvo del camino complicaba la respiración de Remedios.

* * *

El tiempo transcurrió con una velocidad inusitada. Los acontecimientos habían tenido vida propia, llevándolo hasta donde se encontraba en ese momento. José estaba casi desahuciado en Chile. Bajo el cuidado de la madre y la hermana de su amado y leal compañero O'Higgins, Director Supremo de Chile, guardaba reposo en la quinta del Conventillo, en los valles de Cauquenes. Su padecimiento había comenzado con el reumatismo, mal que lo acompañaba hacía años, y vómitos de sangre que a las pocas semanas se le complicaron con una profunda fiebre tifoidea.

Hacía un mes y medio que había llegado a Santiago luego de la renuncia en el Perú. Se había quitado la banda bicolor ante la mirada del pueblo. Sus camaradas habían demostrado tristeza y dolor. Pero él sintió que su tiempo se había terminado. Ya no tenía nada que hacer allí. Debía partir cuanto antes. Y como le confesó luego a su fiel lancero Tomás Guido, él y Simón Bolívar no cabían en el Perú. Envuelto en acusaciones que decían que había huido de manera escandalosa y robado caudales, entre otras traiciones habidas y por haber, San Martín encontró refugio en lo de su amigo Bernardo O'Higgins.

Enfermo y solo. Así se encontraba don José. Se sentía morir, y por primera vez escuchaba de cerca la respiración de la muerte. En otras oportunidades y en campo de batalla, había percibido el tan temido final. Pero postrado en cama por el deterioro de su salud, era la primera vez. Se había creído invencible y hasta inmortal. Pero ahora no era así. La fiebre alta le causaba estragos. Las noticias que le habían llegado desde Perú tampoco eran alentadoras. Sus enemigos aducían que su retiro abría el camino para el regreso de los realistas. Además, el Ejército Libertador comenzaba a desmembrarse.

Doña Isabel entró en la recámara. La madre de O'Higgins controlaba el estado del general. Se sentó en la silla que descansaba al lado de la cama del inválido. El amigo de su hijo estaba mal. Le secó el sudor que empapaba su cara crispada. San Martín deliraba. Así sucedía hacía unas semanas, después de las siete de la tarde. Sabía que debía esperar. Al rato se le pasaba y dormía tranquilo durante algunas horas. Pero un médico amigo le había confesado que no lo veía nada bien. Que podía esperarse lo peor. Su hijo Bernardo estaba muy triste con la pésima noticia, aunque no decía palabra.

Su respiración comenzó a suavizarse. El pecho cubierto por el camisón abierto, que dejaba entrever una mata enrulada, subía y bajaba con un ritmo hipnótico. Don José lograba conciliar el sueño. Al fin.

* * *

Y pasó lo peor. Parecía increíble. Jamás hubieran imaginado que tanto pudiera suceder en tan poco tiempo. Una muerte ya había sido suficiente. La desaparición de Antonio había sucedido hacía casi un año ya, pero estaba demasiado fresca en la sensibilidad de Remedios y Tomasa.

Madre e hija estaban instaladas en la quinta. Los días de la muchacha no transcurrían mucho mejor que en la ciudad. Las únicas actividades que realizaba eran unas breves caminatas a la mañana, y los largos atardeceres, sentada en la galería mirando la nada. Cada tanto llegaba Maruja desde Buenos Aires, a visitarla. A veces, con alguna de las chicas y otras, sola. Hasta el mediodía del 29 de octubre, que fue la última vez que la vio.

Maruja arribó sola a visitar a su hermana. El viaje de ida le había resultado largo. No se había sentido demasiado bien, pero no dijo nada. No quería incomodar a Remedios y Tomasa con sus debilidades. No era el lugar propicio y además no tenía sentido hablar de su estado cuando la salud de su hermana estaba cada vez peor.

Almorzaron las tres juntas. Remedios casi no probó bocado. Ya ni esfuerzos hacía. Le era muy difícil tragar la comida. La carita redonda que todos habían alabado en el pasado ya no existía. Sobre el grisáceo de su piel dominaban los ojos saltones y ojerosos, arriba del filo de unos pómulos demasiado salientes. La enfermedad le había ganado la batalla a su cuerpo.

Después de comer se sentaron en la galería. Era el sitio ideal para disfrutar del aire, y en esa época del año la fragancia de los azahares se olía constantemente. Compartieron sus cosas hasta que Remedios se quedó dormida. Maruja seguía con el malestar que había traído desde su casa. Esperó que bajara un poco el calor y se despidió de Tomasa. Su hermana seguía durmiendo, así que subió al carruaje sin despedirse de ella.

El viaje de regreso le resultó interminable. El polvo del camino casi no le había permitido respirar. Era pesado e inmundado. Sentía que la garganta se le cerraba por completo. Entró en su casa. Los ojos le pesaban más que nunca. No entendía qué le pasaba pero podía jurar que no era nada bueno.

A las horas su corazón dejó de latir. Sus criados hicieron lo que pudieron, pero Maruja murió pocos días antes de cumplir 41 años. Encarnación ordenó a uno de los esclavos que partiera con urgencia a la quinta. Lo que acababa de suceder era premonitorio.

Capítulo V

Remedios de Escalada murió la helada tarde del 3 de agosto de 1823. La muerte la encontró en la cama. Hacía días que no se levantaba. Las fuerzas no la habían acompañado. Junto a ella estaban su madre, que no la había abandonado en ningún momento, y su sobrina Trinidad, quien, derrumbada por la tristeza, no paró de llorar desde el último ahogo y hasta muchas horas después de muerta. «Mira, parece una santa», le dijo a su abuela con el rostro desfigurado por la desolación.

El desenlace trágico no asombró a nadie. Toda la familia sabía que de un momento a otro Remedios dejaría de vivir. A pesar de alguna que otra mejora, la «niña» como le decía la servidumbre, abandonaría este mundo. Durante el último año no había visto a nadie. No quería que la vieran en ese estado. Sólo aceptaba la compañía de su madre y de sus sobrinas, cuando la fatiga no la arrastraba a la soledad de la cama. La enfermedad se había ensañado con su cuerpo. Ya no parecía el de una mujer de 25 años. Las curvas habían desaparecido hacía rato. Era pura piel y huesos. A pesar de todo, había seguido con la coquetería hasta el final. Aquella melena brillante, de rulos negros rebeldes se había transformado en una junta de pelos sin vida. No le gustaba verlos en ese estado, así que se había hecho traer una cofia de lino para cubrirse la cabeza, desde Buenos Aires.

Seis meses antes de su fallecimiento se decidió y le escribió una carta a su marido rogándole que se mudara a cuidar de ella. Recibió una respuesta acotada, diciendo que si su salud se lo permitía, allí estaría. Pasaron los días y Remedios aguardó, con la poca ansiedad que le restaba, el arribo del general. Pero nunca llegó.

Las últimas semanas de vida fueron horrendas. Los ahogos eran casi diarios y los ataques de tos que sufría por las noches la agotaban por completo. Tomasa debía cambiar las sábanas al día siguiente. Amanecían teñidas, sanguinolentas.

Y así, casi sin sangre en el cuerpo, como si se le hubiera escapado toda por la boca, Remedios desistió y murió. Demasiado había sobrevivido. La muerte de su padre la había matado un poco, para luego casi morir del todo con la partida de su hermana mayor. Esos meses sólo había sobrevivido. La llegada de San Martín hubiera calmado, tan sólo, la desidia en la que había quedado envuelta. Pero la soledad empujó su vida hacia el final.

* * *

San Martín se enteró de la muerte de su esposa en Los Barriales. Afincado en Mendoza, seguía por correspondencia los hechos que mantenían en vilo al Perú. Eso, y los rumores que arreciaban en las reuniones bonaerenses acerca de la posible alta traición, además de sus deseos de derrocar el gobierno de Martín Rodríguez, lo habían detenido allí. Le había sido imposible acompañar a Remedios en su lecho de

muerte. Pero con ella muerta, debía cumplir con las responsabilidades de padre. Debía volver a Buenos Aires a buscar a Merceditas.

Mientras organizaba sus últimos compromisos antes de partir, recibió una carta de Guido. Entre otras cosas, su amigo le advertía que no era aconsejable que se llegara a Buenos Aires en esas circunstancias. Su familia política estaba indignada con su proceder y no lo iban a recibir. Que no hubiera llegado al deceso de Remedios les resultaba imperdonable.

El general aceptó el consejo de su edecán y decidió que sólo pasaría por Buenos Aires para buscar a la niña y partir juntos rumbo a Europa. No podía quedarse ni un día más en el país. Su vida corría peligro. Las calles estaban llenas de asesinos que por algunos pesos, o hasta por convicción, serían capaces de ensartarlo hasta la muerte.

El 20 de noviembre, sin escolta y bajo la mayor austeridad, partió hacia Buenos Aires. Llegó luego de catorce días de viaje, con la intención de que nadie se enterara de su presencia. Bastante nervioso se encaminó a la casa de los Escalada. Don Antonio ya no estaba allí, su único cómplice. Fue recibido por Tomasa, que a esa altura ni siquiera se molestó en guardar las apariencias. Con una honestidad brutal, le demostró el odio que le prodigaba. Pidió de ver a Merceditas. No se lo permitió. Su suegra le respondió con evasivas. Le dijo que la chica había salido a dar un paseo con sus tías. Sabía que era mentira, pero no podía reclamarle nada.

Pasaron varios días hasta que pudo ver a su hija. La niña no reconoció al padre. Tuvieron que pasar unas semanas hasta que José pudiera entablar una relación con Mercedes. Él también la desconocía. Ya no era la que él recordaba de aquellos tiempos que habían pasado juntos. Era una niña caprichosa y arisca. Así la veía él.

San Martín le comunicó a Tomasa que se llevaría a su hija con él, a Europa. Quería que tuviese una buena educación, y además, en Buenos Aires tenía los días contados. El peligro azotaba a la vuelta de la esquina. La mujer sintió que el alma se le iba del cuerpo. Adoraba a su nieta, era su favorita. Pero sabía que era imposible prohibirle esa decisión. Al fin y al cabo, era el padre.

El 10 de febrero, con los pasaportes de ambos pero sin los sueldos que le adeudaban desde cinco años atrás, San Martín y la pequeña Mercedes subieron a bordo del barco francés *Le Bayonnais*, rumbo a Le Havre.

Vestida de negro de pies a cabeza, Tomasa despidió a su nieta en el puerto de Buenos Aires. Se quitó el abanico negro que le cubría la cara y las lágrimas, y lo sacudió para saludar a la luz de sus ojos. Le había prometido que la visitaría cuanto antes. Sólo así pudieron convencerla de que se fuera con su padre. Pero Tomasa sabía que le mentía. Era la última vez que vería a Merceditas de San Martín y Escalada. Y la congoja la ganó.

Epílogo

José tomó la última bocanada marítima de todas las mañanas. Sentía que así tragaba el remedio para calmar sus males. Miró el mar antes de volver a la casa. Quería retenerlo en la memoria, como hacía todos los días. Con el sonido de la marejada a sus espaldas, retomó el camino que lo había dejado allí. Sus nietas Mercedes y Josefa eran sus ojos. Él ya casi no veía pero los recuerdos estaban tan vivos dentro de él que vivía su vida como si la viera por primera vez.

La caminata obligada que se había transformado en la rutina diaria era la excusa para revolver las ideas que tanto lo inquietaban. Recibía constantes noticias de Buenos Aires, a pesar de los intentos de su hija por evitarlas o, a lo sumo, esconderlas. Sentía que todo aquello le hacía mal. Y tenía razón. Pero él necesitaba saber, tenía avidez de conocimiento. Y aunque no lo dijera, se llenaba de orgullo cuando algún compañero del pasado le anunciaba algún honor o recordatorio en esas tierras. Todavía se emocionaba antes esas cosas.

Retomaron el camino. Josefa soltó el brazo de su abuelo y lo rodeó con el suyo por la cintura. José sonrió. Adoraba a su nieta menor. Todas las tardes, ella se acomodaba en una silla a su lado y le leía los libros que él ya no podía. Y a pesar de sus doce años, era la encargada de escribir con una caligrafía perfecta las cartas que le dictaba su abuelo.

Con paso lento llegaron hasta Grand Rue. Josefa iba pegada a su abuelo; Mercedes caminaba adelante. Llegaron al 105, subieron al segundo piso. San Martín se acomodó en el sillón que enfrentaba a la ventana que daba a la calle. Su pelo blanco contra la claridad de la mañana.



FLORENCIA CANALE. Nació en Mar del Plata. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Es periodista y trabajó en varias publicaciones: *Noticias*, *Living*, *Gente*, *Siete Días*, entre otras. Actualmente es editora en la revista *Veintitrés*.

Pasión y traición, su primera novela, lleva vendidos desde su publicación en 2011 más de cincuenta mil ejemplares; seguida por *Amores prohibidos*, publicada en 2013 y también un éxito editorial.

Notas

[1] La calle de la Santísima Trinidad era, en 1805, la actual San Martín; La Merced, la actual Perón. Los Altos de Escalada estaban ubicados en la esquina de Hipólito Yrigoyen y Defensa. La Plaza del Fuerte (rebautizada Plaza 25 de Mayo en 1811) era el sector de la actual Plaza de Mayo entre la Recova y el Fuerte. <<

[2] La actual Hipólito Yrigoyen. <<

[3] En la actualidad, Florida. Y desde 1808 hasta 1822, Unquero. <<

[4] Hoy desaparecida como plaza, en las actuales Paraná y Bartolomé Mitre. <<

[5] Actualmente, Carlos Pellegrini y Bernardo de Irigoyen. <<

[6] Cerrito y Lima. Desde 1808 hasta 1822, Varela. <<

[7] La iglesia de San Nicolás estaba en las actuales avenidas Carlos Pellegrini y Corrientes, entonces zona de las «orillas» de la ciudad. <<

[8] Avenida Callao. <<

[9] 25 de Mayo en la actualidad. Desde 1808 hasta 1822, Arze. <<

[10] Reconquista en la actualidad. De 1808 a 1822, Liniers. <<

[11] En la actualidad, 25 de Mayo, entre Rivadavia y Bartolomé Mitre. <<

[12] Perón en la actualidad. <<

[13] Actualmente Suipacha. <<

[14] En la actualidad, Perú y Alsina. <<

[15] San Martín. <<

[16] Actualmente Plaza San Martín. <<

[17] Avenida Santa Fe. <<

[18] Maipú. <<

[19] El café estaba ubicado en la intersección actual de las calles Hipólito Yrigoyen y Bolívar. <<